

~~2-15-1986~~

Suppl<sup>o</sup> Bank

	C
	33
	92

3 27-12

R. 2.711

ECONOMIA POLITICA,

PRINCIPIOS

DE LA CIENCIA DE LAS RIQUEZAS,

POR J. DROZ,

De la Academia francesa.

TRADUCIDA AL ESPAÑOL Y ADICIONADA CON UNA INTRODUCCION  
Y VARIAS NOTAS

POR

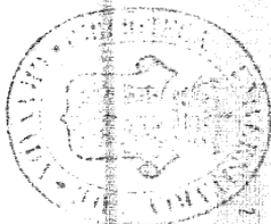
Don Manuel Colmeiro,

DOCTOR EN DERECHO Y CATEDRÁTICO SUSPENDIDO DE  
DICHA ASIGNATURA EN LA UNIVERSIDAD  
DE SANTIAGO.

Madrid:

LIBRERÍA DE LOS SEÑORES VIUDA DE CALLEJA Y C<sup>o</sup>.

1842.



~~2-15-1946~~

Suppl<sup>o</sup> 12 on 15-

1000000000
1000000000
<hr/>
C
<hr/>
33
<hr/>
92
<hr/>

3 27-112

R - 22.711

**ECONOMIA POLITICA,**  
6  
**PRINCIPIOS**  
**DE LA CIENCIA DE LAS RIQUEZAS,**  
**POR J. DROZ,**  
De la Academia francesa.

TRADUCIDA AL ESPAÑOL Y ADICIONADA CON UNA INTRODUCCION  
Y VARIAS NOTAS

POR

**Don Manuel Colmeiro,**

DOCTOR EN DERECHO Y CATEDRÁTICO SUSTITUTO DE  
DICHA ASIGNATURA EN LA UNIVERSIDAD  
DE SANTIAGO.

---

**Madrid:**

LIBRERÍA DE LOS SEÑORES VIUDA DE CALLEJA É HIJOS.

1842.



IMP. DE A. R. CALLEJA.

---

## INTRODUCCION.

---

*Los progresos del siglo influyeron con desigualdad en las conquistas que el entendimiento humano hizo en las ciencias físicas y en las morales. Un solo principio de raciocinio en las primeras, un nuevo metodo que dando de mano á las lucubraciones aristotélicas fijase el punto de donde debe arrancar el primer eslabon de la cadena de nuestros razonamientos, levantó á las ciencias naturales de su estado de abyeccion y les dió un impulso maravilloso. En estos ramos del saber humano todo adelantó, (¿qué decimos?) todo ha nacido y germinado con rapidez increíble desde la hora feliz en que la observacion y la esperiencia fueron proclamadas como bases únicas de los sistemas. Indicada la senda del progreso se avanzó con paso firme hácia él; y si es cierto que á pesar de la luz difundida á torrentes por la escuela moderna, cupieron y aun caben extravíos, culpemos tan solo á la limitada com-*

*preñion de nuestra inteligencia. No es poco para el progreso habernos concertado en el punto de partida, aunque no es suficiente para precavernos de toda aberracion del espíritu.*

*En las ciencias morales por el contrario hay todavía un océano de dificultades que vencer antes de elevarlas al nivel de las físicas. En estas es posible obtener que los hechos aparezcan á los ojos del observador con entera sencillez, desnudos de todo ornato y se repiten cuantas veces se desea, porque ó la naturaleza se brinda sin reserva á nuestras observaciones ó la ponemos como en tortura para obligarla á que nos revele sus arcanos: por el contrario en las morales hay principios, hay deducciones lógicas, y en la sutil red que forma la trabazon de los principios con las consecuencias y en el encadenamiento de estas entre sí, consiste el mecanismo de las ciencias de raciocinio.*

*Cierto que la verdadera teoría se funda en último resultado en la observacion de los hechos del orden moral; pero estos hechos no son tan ductiles como los del orden físico: son unos hechos ya lejanos, ya complejos é inertes por lo general, sujetos á un imperfecto análisis como el cuerpo humano á la inspeccion del anatómico, y por eso es tan difícil apreciar esac-*

tamente su influjo en actividad, clasificarlos y elevarlos despues á fórmulas generales. De aqui la veleidad en las teorías y la poca firmeza hasta en algunos principios: de aqui el exclusivismo de los sistemas y las perpétuas reacciones de los unos sobre los otros: y en fin, de aqui proviene el atraso comparativo de las ciencias morales conocidas de mas antiguo y el estado de embrion en que se encuentran las mas modernas.

Por una fatalidad, la manía de generalizar y ceñir los hechos á un sistema en vez de plegar el sistema á los hechos deslumbró á los filósofos de la escuela dominante en el siglo pasado y aun hoy preocupa á ciertos ingenios parásitos que profesan una veneracion supersticiosa á sus doctrinas. No negamos nuestro tributo de admiracion y respeto á los profundos pensadores del siglo XVIII que lograron por lo menos desmontar el terreno que otros cultivaron despues: dignos son de nuestra veneracion, de nuestro culto; pero no por eso les seguiremos en todas las revueltas que á impulso del propio ingenio describieron en su brillante carrera: sus errores son los errores del siglo en que vivieron, á los cuales el filósofo mas insigne suele pagar su deuda de flaqueza. "Hay abuelos en la ciencia, dice

*Blanqui, como los hay en la naturaleza, y es una prueba de mal gusto ó de malos principios el ofenderlos con nuestro desprecio."*

*Mas ahora que la tendencia del siglo es abandonar el espacio inmenso en que se agitan, se cruzan y chocan un sinnúmero de teorías tan encantadoras como vanas y sin resultado: ahora que vivimos en el siglo que apellidan de lo positivo, solo apreciamos los sistemas, cualquiera que sea su linage, por las ventajas de su próxima ó remota aplicacion, sin la cual no hay progreso posible. No permita el cielo que abogemos por el empirismo: tan distantes estamos de él, como de toda investigacion puramente especulativa.*

*Dos clases concebimos de teorías: haylas que ofrecen en una fórmula general el resultado de los hechos: otras, aunque creadas con ánimo de explicar los fenómenos del mundo fisico y moral, rayan en delirios de la imaginacion. Admitimos de buen grado las primeras, y repudiamos como estériles y aun como nocivas las segundas. Diremos mas: respecto de aquellas profesamos la doctrina de que deben cejar en la práctica tanto cuanto reclamen el número y la gravedad de los obstáculos que las atajen, porque como no pretendemos hacernos exclusivistas, opinamos que*

*se inventan las teorías en provecho de las naciones, y no que las naciones sirvan de laboratorio en donde se deban ensayar sin cautela y sostener á todo trance las teorías.*

*La ignorancia de los principios de una parte, el espíritu de sistema de la otra, la hostilidad de las doctrinas, hija de las reacciones violentas de una teoría sobre las anteriores, todo de consuno contribuyó á embarazar el paso á la Economía política: así es como la ciencia se mantuvo en constante oscilacion sin haber podido aun cobrar su cabal aplomo.*

*Sin embargo, no infiera la juventud (á quien esclusivamente consagramos nuestra humilde tarea) que nada hay todavía averiguado en la ciencia, que á cada instante surge un problema irresoluble. Existen á la verdad varios sistemas, cada uno de los cuales quisiera subyugar sin transacion el resto; pero de ellos los unos están vencidos para siempre, y los otros acorralados. Fuera de que ¿hay muchas ciencias cuyas doctrinas sean tan generalmente admitidas, tan compactas que no den lugar á fracciones ó escuelas eternamente encontradas? y no obstante el choque violento de las opiniones, las ciencias se sostienen arraigadas en los principios. Los sistemas en la*

*La economía política sirven para explicar mas ó menos felizmente los fenómenos económicos, y cualquiera que sea la divergencia ó colision de sus doctrinas, se acercan y se avienen respecto á las verdades fundamentales. "Pretender mas, dice Mr. Droz, fuera olvidar que la libertad del pensamiento excluye la identidad absoluta de opiniones, y esta identidad seria irreconciliable con las investigaciones que reclama el progreso de las ciencias."*

*¿Qué ciego sectario de la escuela mercantil, de la industrial ó de otra cualquiera no se pondria de acuerdo con su mas fanático antagonista acerca de los siguientes principios? "El trabajo del hombre aplicado á las cosas las modifica de suerte que puedan satisfacer sus necesidades. Mas no consumiéndose todo el trabajo resulta un ahorro, y este ahorro aplicado como fuerza productiva aumenta la produccion. Porque el amor al placer y el deseo de multiplicar sus goces enseñan al hombre que su riqueza se aumenta con el ahorro aplicando este ahorro á la produccion. Asi es como el trabajo y los capitales multiplican la riqueza (1).*

*Véase pues, como la senda que conduce al*

---

(1) Rossi, Curso de Economía política, pág. 32.

*estudio de la Economía política no es tan insegura ni está tan enouelta en tinieblas como tal vez se piensa, é insistimos tenazmente en esta idea, porque nuestro contacto con los jóvenes nos reveló en la versatilidad que se atribuye á la ciencia una de las preocupaciones de mas hondas raices y que mas contribuye á la frialdad con que suelen mirar este ramo, uno de los primeros en la escala del saber humano.*

*En la misma inconstancia de los sistemas vislumbramos una prenda de fijeza. No han sido puras abstracciones parto de alguna imaginacion febril, sino que todos pretendieron cimentarse con mas ó menos fortuna en aquellos hechos económicos que por su magnitud descollaban sobre los otros, y por su importancia relativa absorbían casi todas las meditaciones. En medio de su disidencia los vemos convergentes en un punto esencial. El estudio de cierto órden de fenómenos fue la base reconocida para alzar encima de ella el edificio de la Economía política: pudo haber y hubo en efecto faltas de tacto en la observacion, faltas de lógica en las deducciones; pero ¿qué extraño? las ciencias no se improvisan, los hombres ceden por lo general al torrente de las ideas dominantes, y el trabajo de los siglos*

*semeja al de la gota que se desprende para caer sin cesar sobre una peña. Repetimos, que si las distintas escuelas de la Economía política han variado tal vez la planta del edificio, ninguna hasta ahora ha logrado remover sus cimientos; demos sino una ojeada superficial á su historia.*

*Sin ocuparnos en la Economía política de los antiguos, de quienes (aparte toda exageracion) tan solo heredamos verdades que sugiere mas bien el instinto de la propia conservacion comun á los pueblos con los hombres, que el estudio atento y reflexivo de los fenómenos económicos: y supuesto así mismo que las verdades segun observa Say no tanto pertenecen al primero que las descubre como á quien las demuestra y sabe deducir sus consecuencias, fijemos desde luego nuestras miradas escudriñadoras en aquel periodo de la historia en el cual reluce ya la ciencia convertida en sistema, siguiendo á fuer de soberana el destino de las naciones.*

*Nació entonces del seno de las repúblicas de Italia en la edad media el sistema mercantil proclamando la doctrina que funda toda riqueza en el oro y en la plata y cifrando el arte de conducir á los pueblos al punto mas culminante de la prosperidad, en abrir las puertas á*

*su introduccion y cerrarlas á su extraccion. Por extravagantes, por absurdas que nos parezcan estas ideas son el fiel traslado de los hechos economicos proeminentes en aquella era, mal comprendidos á la verdad, pero al fin observados y luego enunciados por medio de una fórmula general.*

*La emancipacion de los comunes dió vida á las repúblicas de Venecia, Génova, Florencia, etc., y la libertad y la seguridad de que gozaban los ciudadanos en aquellos países los alentaron á cultivar los campos vírgenes de la industria. Acorralados estos pueblos y como bloqueados por los señores feudales, siempre en ademan de invadir el terreno que los comunes les iban poco á poco conquistando, tuvieron al principio que encerrarse dentro de sus muros, y á su abrigo defender la libertad naciente. En tan estrecho recinto no podia caber el territorio suficiente para que puesto en cultivo rindiese, ni aun lo indispensable á subvenir á las necesidades siempre en aumento de un pueblo en la infancia. La agricultura debia pues, ofrecer muy limitados recursos, y como no es el único manantial de riqueza, hubieron de volver naturalmente los ojos á los otros dos, á las artes y al comercio. Al vello que han cobrado debió la Italia su preponderancia en la política, y á Venecia en par-*

*particular le valió el cetro de los mares y su gigantesco poderío.*

*Absorvidas en Italia las letras, las artes, el comercio, en fin, la civilización entera de aquellos siglos y enclavada entre estados sujetos á la tiranía feudal, tan rudos y miserables como anárquico era su régimen, pero sensibles al aguijón de nuevas necesidades que el contacto con las repúblicas italianas les hacia sentir, hubieron de trabar con ellas relaciones mercantiles muy estrechas. Y como no pudiesen ofrecer sino producciones del suelo ó los resultados de tal cual industria grosera, no bastando á pagar las maravillas del arte y las rarezas del comercio que se cobijaban en Italia, compraban el resto con moneda, y por este rumbo casi todo el oro y la plata circulante afluyó á dicho país, de suerte que en breve vino á ser el dueño casi esclusivo de los metales preciosos. Notaron entonces que eran ricos los pueblos en donde abundaban el oro y la plata, y tomando el efecto por la causa dedujeron que solo en el oro y la plata consistia la riqueza. Admitido este principio nada mas rigurosamente lógico que el sistema esclusivo con sus prohibiciones, sus restricciones y trabas de toda clase: así es como el sistema mercantil arranca de un hecho cierto, aun-*

que mal apreciado, y los economistas de esta escuela apoyados en el desenvuelven sus teorías con lógica implacable.

Hoy no es ciertamente un problema que los metales preciosos son tan solo un átomo comparados con la masa general de las riquezas, por manera que el sistema mercantil ya está relegado para siempre á la historia de la Economía política. Las aduanas, los aranceles y cuantos establecimientos y medidas entran, aun las relaciones comerciales de los pueblos, no se defienden en el dia como útiles para impedir la extraccion del numerario y fomentar su introduccion sino como muros protectores de la industria nacional. Y si bien no dejan de confesarse las inmensas conquistas que en provecho de la humanidad haria la gran division del trabajo entre los pueblos, la nacionalidad, el tiempo y el espacio modifican la generalidad de las teorías, y las máximas de la ciencia en vez de agitarse dentro de una esfera humanitaria, giran á la manera de otros tantos círculos escéntricos, como pueblos hay con intereses distintos ó encontrados. Asi pues, el sistema mercantil, desahuciado actualmente, no puede ya complicar el estudio de la Economía política, ni mucho menos causarnos embarazo en nuestras incursiones.

*Una oleada trajo el sistema mercantil y otra le ha llevado. Hubo momentos en que todo parecía conspirar para acreditarle. Las repúblicas italianas convertidas en emporios de riqueza por los esfuerzos de la industria, las felices tentativas de Colbert á pesar de los reglamentos opresores del ingenio, sus doctrinas exclusivas difundidas por la Europa con el nombre de colbertismo y adoptadas sin contradicción por estadistas y escritores, en fin la coincidencia de los progresos en las artes y en el comercio con el aislamiento industrial, hizo que se atribuyesen malamente al sistema las mejoras que eran resultado de una civilización naciente y que brotaban á despecho del sistema mismo. "La sociedad, dice nuestro autor, está dotada de un principio vital casi imposible de aniquilar: con malas leyes padece, pero existe." Fue precisa una revolución en Economía política, un verdadero cataclisma que revelase que no mediaba necesaria trabazón entre el culto del oro y el rumbo favorable de los sucesos económicos: esta ocasión no se hizo esperar, y Law le allanó el camino.*

*El descubrimiento de un Nuevo Mundo ensanchó las relaciones mercantiles y entonces se apoderó de todos los ánimos el furor de especular sobre la América: por tanto el oro y la*

*plata afluieron con preferencia al comercio exterior á riesgo de quedar paralizadas las artes con la desercion de los capitales. Y como no entraba en las miras de los apóstoles y secretarios del sistema prohibitivo dejar perecer las manufacturas, cuya esportacion debia ofrecer en retorno el numerario extranjero, se ha reconocido la necesidad de acelerar la circulacion de los capitales y multiplicarlos, aunque fuese nominalmente, y entonces nació el crédito. Los bancos de depósito sirvieron de ensayo: á poco, tomando vuelo sus operaciones, se convirtieron en bancos de circulacion.*

*La Francia, estenuada á consecuencia de las calamidades que llovieron sobre ella en los últimos años del reinado de Luis XIV, agoviada con una inmensa deuda pública y en inminente bancarrota, miserable en fin y abatida cuanto puede estarlo una nacion, ofrecia un melancólico contraste con el estado floreciente de la Holanda é Inglaterra que bajo los auspicios del crédito obraban prodigios. Con el crédito todo era accesible á estos pueblos en la carrera de la industria y del comercio: no habia empresa colosal que no arremetiesen y acabasen.*

*Law, preocupado con la idea de que la abundancia de numerario constituye la riqueza de*

un país, y creyendo inagotables los recursos que los bancos de circulación sugieren para suplir la moneda, se felicitó de haber hallado una panacea en la introducción del crédito en Francia. Las primeras operaciones del banco fundado por él, fueron coronadas del éxito mas brillante: todo presagiaba el mas feliz porvenir; pero la fortuna dejó de sonreírle; abusó del crédito y la bancarrota se declaró universal. Mientras la confianza sostuvo el valor del papel-moneda era solicitado con aseo, ya por las ventajas de su mayor movilidad, ya por las exorbitantes ganancias que prometía el agiotage; pero desde el momento en que el crédito empezó á decaer, todos se apresuraron á cambiar su papel por valores fijos, asi como antes solo pensaban en convertirlos en movibles. Durante el torbellino de las especulaciones la propiedad territorial fue menospreciada porque no se prestaba fácilmente á ellas: vendiose para comprar papel, subdividióse en una grande escala y la circulación la arrojó en manos trabajadoras. La crisis, hija de la ruina del sistema de Law, afectando mortalmente la industria y el comercio, aniquiló toda fortuna pública y particular, dejando en pie tan solo las fundadas en los sólidos cimientos de la propiedad territorial, bajo la cual todos qui-

sieron despues guarecerse, aunque para muchos ya era tarde.

En estas aciagas circunstancias fue preciso pensar en reanimar una patria moribunda, casi yerta. La senda trazada por el sistema mercantil y por el de Law, su natural consecuencia se miró entonces como un extravío: los últimos sucesos fijaron la opinion acerca de la importancia de los metales preciosos como elementos de riqueza. Por otra parte, los hombres reflexivos de aquella época notaron que la propiedad territorial fuera la última tabla despues del naufragio que la Francia habia padecido: vieron desvanecidas las esperanzas justamente concebidas y apoyadas en el desarrollo de las artes y del comercio, destruida la obra de Colbert, mientras la propiedad territorial se mantuvo inmóvil en medio de la borrasca: observaron los hechos, generalizaron una idea parcial y no solo la generalizaron, sino que la convirtieron en esclusiva proclamando que la tierra era el único manantial de riqueza. Habia en esto un error por lo que tiene de absoluto; mas fué tambien una conquista para la ciencia, porque se elevó al rango de las clases productivas la de los cultivadores, que sino es sola, nadie puede disputarle su primacia. Así la Economía política caminaba de reaccion

b



*en reaccion, de sistema en sistema ganando á cada paso un palmo de terreno.*

*“La tierra está dotada de un principio creador: las fuerzas vegetativas de la naturaleza producen, porque cubiertas todas las anticipaciones aun queda un producto neto: las artes, el comercio, nada crean que no sea ó no pueda ser consumido por el trabajador: así la agricultura es el origen único de la riqueza, y todas las otras profesiones son asalariadas suyas.”*

*Tales eran en globo las doctrinas proclamadas por Quesnay y sus discípulos. Con la lectura de la obrita cuya traduccion ofrecemos al público se palparán los errores de la secta de los economistas franceses ó fisiócratas, pues nosotros nos contraemos ahora á demostrar que los sistemas en la ciencia se han ido empujando y sucediendo unos á otros y que no fueron tan vagos como vulgarmente se ha creído. El agrícola ó la fisiocracia fué de su época, hijo de las circunstancias, acaso no era posible á Quesnay pensar de otra manera. La observacion de los hechos mas principales condujo á descubrir una verdad de importancia suma, y un raciocinio apasionado, un error quizá necesario cuando la agricultura fue el áncora de salvacion para la Francia náufraga, la erigió*

*en principio absoluto. No vemos en los sistemas de la Economía política extravagancias del espíritu humano, verdaderos delirios: vemos sí, creaciones del entendimiento sujetas á la ley de la naturaleza que en su marcha imperturbable vá dejando en pos huellas que el hombre descubre y estudia con asan. Tal vez no estan bien impresas y el hombre se extravía: entonces retrocede á encontrar la senda conocida. Tal vez la sigue tenazmente: no la pierde en sus rodeos y alcanza por ventura la ley general que regula sus pasos: entonces su imaginacion atrevida vuela, traza la línea que describirá en su curso, ó penetrando con audacia los arcanos del porvenir, camina delante de la naturaleza misma.*

*Si los sectarios de la escuela agrícola hubiesen sido mas fieles al método experimental, quizá lograsen precaverse á lo menos en parte contra las exageraciones de sus teorías; mas en el giro rápido de sus ideas perdieron de vista los hechos sujetos á sus análisis: generalizaron demasiado y la perspectiva de un principio único, inflexible, abarcando todos los fenómenos de la Economía política les há fascinado y precipitado en el error.*

*Adam Smith fue el primer atleta que se presentó á luchar con el apostol de la escuela*

*agrícola, y lo que aun era peor, con sus entusiastas neófitos. Sagaz en sus investigaciones, vigoroso en sus análisis, lógico en sus razonamientos, el profesor de Glasgow ha llegado á descubrir una clave mas general en la ciencia. La riqueza y la propiedad de las naciones caminando al compás de sus progresos en todos los ramos de la industria atrajeron sus penetrantes miradas, y en la agricultura, así como en las artes y en el comercio halló una ley comun, la ley del trabajo sin el cual no hay riqueza posible. Valor en cambio, hé aquí la circunstancia que segun Smith constituye á un objeto artículo de riqueza: el valor en cambio supone valor en uso (utilidad) y para crear este es necesaria la intervencion del trabajo, ora se ejerza tomando una materia bruta de manos de la naturaleza escitada por nosotros (industria agrícola), ora elaborándola ó modificándola, (industria fabril) ora en fin por medio del transporte (industria mercantil ó comercial). La tierra no es mas productiva que los otros instrumentos del trabajo: el oro y la plata no son mas riqueza que los otros valores que componen la masa de los existentes en un pais dado.*

*Así llegó á avasallar con su sistema industrial los dos anteriores mercantil y agríco-*

la, y quitándoles á cada uno lo que tenían de esclusivo, hizo de ambos una fusión con el resíduo de sus doctrinas. Smith en sus indagaciones sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones ofreció al público el primer tratado didáctico que conocen los economistas; y sin embargo de que no está exento de errores, también descubre un número mayor de verdades que aun hoy se acatan como dogmas de la ciencia. Smith esponiendo un pensamiento original, asentándolo como base de la Economía política y desarrollándolo en seguida, reasume á todos los economistas anteriores; su obra es el término de la historia y el comienzo de los estudios económico-políticos.

El espíritu filosófico del siglo XVIII imprimió á la escuela industrial su sello indeleble. Tiempo había que la revolución comenzara en las ideas: que el movimiento intelectual se propagaba como un incendio, y que una nueva filosofía se alzaba gigante de entre el polvo de la tiranía de los reyes, de los nobles y del clero. Tiempo había que las doctrinas reformadoras filtraban paulatinamente en los espíritus y los empapaban antes de romper el huracán que en su furia devastadora arrolló los abusos del poder, los absurdos privilegios, el imperio de la teocracia; pero también desarraigó las

*mas sublimes creencias. La gravitacion del siglo XVIII era mas propia para derruir que para mantener en equilibrio: siglo de reaccion y de ensayo ha sido una transicion espantosa é inevitable. Mucho se hizo en nombre del pueblo: poco en favor de él. La clase media conquistó para sí un puesto en la sociedad y ha conservado sus atrincheramientos, y el poder de la aristocracia hereditaria le escaló una democracia rica é ilustrada tanto como egoísta que confiscó en provecho propio el botin de la revolucion, "mientras la democracia pobre é ignorante, dice el señor Lasagra, vive de una manera precaria, no vé asegurada su existencia de modo alguno y carece de los goces sociales á que tiene derecho por sus trabajos y sus virtudes."*

*Bajo esta atmósfera contaminada vió la luz el sistema industrial. El culto de los intereses materiales embarga esclusivamente la atencion de dicha escuela: haya produccion á cualquier costa parece ser su divisa. Contienden sobre si el trabajo del obrero esclavo es mas barato que el del obrero libre, materializan todos nuestros intereses cuando llaman obreros improductivos á los que enriquecen á su pais con los inagotables tesoros del ingenio, nos hablan del hombre como de una mercancia sujeta tam-*

bien á los ~~caívenes~~ del precio, nos presentan el pillage como un medio de arribar un pueblo á la opulencia, aunque á renglon seguido cual si les espantase el vuelo atrevido de sus ideas, retroceden y hacen la salvedad de que no le consideran el mas honroso ni aun el mas seguro..... en fin lo útil prevaleciendo sobre lo justo. Que la Economía política nada vea fuera del estrecho horizonte de la crematística (ó diviciarismo) se concibe: entonces el principio económico será tan solo uno de tantos elementos que deben intervenir á su vez en la solución de las cuestiones sociales, preponderando mas ó menos sobre los otros segun la naturaleza de aquellas; pero que los discípulos mas celosos de Smith hayan exagerado la comprensión de la ciencia y la hubiesen ensanchado hasta abarcar el sistema social entero y luego no vean en la sociedad sino un vasto mercado, ni en los intereses de mas elevada gerarquía sino intereses mercantiles, es un abuso, un refinamiento del materialismo.

Harto pecaba el mismo Adam Smith por su tendencia á materializar, por su teoría de la ilimitada libertad de industria de que nació la concurrencia universal, y en breve, los progresos de una riqueza que arrastra en pos suyo tantas miserias y que multiplica los hos-

pitales y las prisiones al tenor que los palacios (1): *harto pecaba sin las exageraciones de sus discípulos, achaque natural del espíritu de sistema. La producción de la riqueza parecía el objeto exclusivo de la escuela industrial, y su distribución entre las clases de la sociedad se observaba friamente como un fenómeno del cual nada hubiese que temer, ni que esperar. La riqueza absoluta absorbía enteramente el pensamiento de los economistas, y no meditaban sobre los importantes problemas cuya resolución debía depararles el estudio de cuanto concierne á la riqueza relativa.*

*A Smith no puede, á la verdad, hacersele responsable de todas las exageraciones del sistema. Fiel á la observacion y á la experiencia estuvo en su mano caminar con paso firme mientras no se le encubrieron estos guías seguros del pensamiento; mas desde el instante en que agotó los hechos sometidos á su análisis, tambien se le quebró el hilo que debiera conducirle por el laberinto de las teorías. A la sazón que echaba los cimientos del industrialismo, no se le ocurría, ni por asomo, que la maquinaria, el espíritu de asociacion y el crédito, estos tres vehículos de la producción pu-*

---

(1) Blanqui.

*diesen alguna vez agoviar á las naciones con el peso mismo de las riquezas, insoportable, no por su pesadumbre, sino por la falta de equilibrio al sobrellevarle. En pos de las fortunas colosales allegadas por los especuladores mas atrevidos, observóse que sigue el fúnebre cortejo de la miseria y la depravacion de la clase obrera, y desde entonces se ha enconado la profunda llaga del pauperismo, ese cáncer que corroe y contamina los cuerpos sociales mas robustos en apariencia. Sueñan felicidad los pueblos que se creen prósperos solo por que son ricos, y que se creen ricos cuando abrigan en su seno un gérmen de pobreza y ¡áy de ellos si la moderna esclavitud de blancos piensa un dia en emanciparse bruscamente! Los ilotas de las fábricas arrancarían á la sociedad de una manera violenta y mortal para la civilizacion dobladas concesiones de las que fuera necesario hacerles de grado: asi la sociedad, no solo por lo que atañe á su propia conservacion, sino por respeto á los eternos principios de justicia, debe anticiparse á la catástrofe tentando cómo dar una nueva organizacion al trabajo fundada en la gran máxima económica por la cual los progresos de la riqueza solo serán considerados como verdaderamente útiles cuando sus beneficios, alcancen á todos los*

que hayan concurrido á su formacion. *Esta es la cuestion vital del siglo XIX, y á resolverla se ha lanzado la escuela socialista.*

*Sismondi despidió el primer grito de alarma al ver la sociedad dividida en dos fracciones; en la una halló vinculadas las riquezas, las luces, el bienestar, en fin los dotes todos de la civilizacion guarecidos del egoismo, fruto amargo del culto de los intereses materiales encarecidos de una manera exclusiva por los sectarios del sistema industrial: en la otra vió una clase abyecta, estenuada de trabajo, cuyo fatal destino es labrar con sus manos fortunas gigantescas y en recompensa arrastrarse en la miseria, vejetar en la estupidez y en la inmoralidad y darse á la crápula y al crimen: y como si esta clase proscripta de los goces vislumbrase su próximo esterminio en la ira de la sociedad los vió pululando por todas partes para poblar de infelices los hospicios, los hospitales, las prisiones y tambien para nutrir con víctimas los cadalsos.*

*En derredor de Sismondi se agruparon muchos modernos economistas, con especialidad franceses, y fundaron una escuela eminentemente social y moralizadora: hija de una reaccion del espiritualismo contra el materialismo,*

fue en el período de su infancia más allá del punto en donde ahora se ha fijado, y así es como se explican las exageraciones de los filántropos Sisimondi y Alban de Villeneuve. Nuestro autor es sin duda el primero que la asentó. Bien convencido de que la sociedad no es ni un garito, ni un convento, presenta la Economía política á fuer de ciencia social fomentando de consuno los intereses materiales, los morales é intelectuales, en contacto los unos con los otros y en armonía; pero si tal vez hubiese colision no serían estos los sacrificados. Si se ocupa en la produccion de las riquezas, no atrae menos sus miradas la distribucion.

“Hacer el bienestar (dice) tan general como fuere posible es el fin de la Economía política... en las riquezas no deben buscarse las riquezas mismas, sino la felicidad... no son un fin, sino un medio... la felicidad de un pueblo depende menos de la masa de riquezas que posee que del modo como se hallan repartidas... ningun país es tan notable como la Inglaterra bajo el aspecto de la produccion de las riquezas: en Francia su distribucion es mejor, y de aquí deduzco que hay mas felicidad en Francia que en Inglaterra”... ahí está formulado en breves razones el programa de Droz,

*y para decirlo en una palabra, él mismo resume enérgicamente las tendencias del industrialismo que combate cuando añade: "al leer ciertos economistas casi llega uno á persuadirse de que los productos no son para los hombres, sino los hombres para los productos."*

*Esta secta no hace mas que amoldar el sistema industrial sin destruirlo. No queda abolido el gran principio de que el trabajo es una fuente inagotable de riqueza, si bien no la considera única, como tampoco la consideró ya Say dando un lugar entre los elementos de la producción á los agentes naturales, lugar que Droz les conserva: no se niega el poderoso influjo de la division del trabajo y de la maquinaria en la formación de las riquezas, ni menos se proscriben: tampoco pretenden minar las otras verdades que Smith y despues sus discipulos erigieron en otros tantos dogmas, ni las teorías que en ellas arraigan: en fin la escuela socialista, aunque por distinto rumbo, llega á esplicar los fenómenos económicos y á deducir las propias consecuencias, salvo las modificaciones mas ó menos importantes que son hijas del diverso aspecto bajo el cual consideran la Economía política.*

*Y nótese que la escuela socialista es el espejo de la sociedad moderna convertida en un*

*palenque abierto al combate entre el egoismo de la aristocracia fabril y las exigencias invasoras de la democracia obrera, exigencias sostenidas con toda la energía de que son capaces las turbas acosadas del despecho, del hambre y de la desesperacion, apoyadas en millares de brazos endurecidos en la fatiga, sancionadas con la emancipacion que proclaman y subversivas como quien escribe en sus banderas el lema ¡abajo la propiedad!*

*Tales son los caracteres mas pronunciados de cada una de las sectas económicas y tan estrechos son los lazos que los ligan á las exigencias de la época en que han prevaecido. En el siglo XIX, al cual llamaron siglo de las aplicaciones, debía hallar fácil acogida otra escuela mas que no tiene fisonomía propia, que no riñe con ninguna, que á ninguna sigue ciegamente, sino que colocándose en medio de todas, opta ora por las doctrinas de esta, ora por las de aquella. Dicha escuela es la ecléctica, cuya tendencia es suavizar la aspereza de las doctrinas absolutas y desprenderse de todo espíritu de sistema, á fin de hallarse en libertad de hacer cuantas concesiones dictare la sana razon. El eclecticismo es una emanacion natural de la intolerancia é inflexibilidad de los sistemas. La fusion de las verdades, hijas de to-*

*dos los sistemas, esa es la mision del eclecticismo.*

*Rossi acaba de prestar á la ciencia eminentes servicios como ecléctico. Con la lectura de su obra admirable (1) parece que descansa la razon despues de las perpétuas oscilaciones que ha experimentado cuando la llamaban hácia sí los sistemas de una parte, y de la otra la esperiencia fundada acaso en hechos irrecusables. Su division de la Economía política en racional y aplicada es un principio muy fecundo en consecuencias, y en extremo conciliador de las teorías con sus aplicaciones: su observacion suil acerca de no confundir los hechos con las tendencias facilita la solucion de mil problemas económicos.*

*De cuanto dejamos espuesto se deduce.*

1.º *Que los verdaderos sistemas de la Economía política son la espresion fiel de los hechos económicos dominantes en cada periodo de la civilizacion y el programa de las exigencias de cada siglo.*

2.º *Que las utopias de Fourier, Owen y de los Sansimonianos no prevalecieron, ni prevalecerán otras cualesquiera que á lo sucesivo*

---

(1) Curso de Economía política traducido por D. Pedro de Madrazo.

*podieran forjarse, por falta de arraigo en las necesidades de la época; antes estos delirios de la imaginación tocarán someramente á la ciencia sin jamás hacer crisis.*

3.º *Que los sistemas mercantil y agrícola quedan para siempre relegados á la historia de la Economía política sin influjo en la explicación de los fenómenos económicos y el industrial vive aunque prendido á la escuela inglesa, cuyas convicciones van eternamente á remolque de los intereses mercantiles de su nación.*

4.º *Que el eclecticismo ganaría terreno por su tolerancia y mansedumbre, por su carácter acomodaticio y conciliador, sino fuese hasta aquí mas bien una Economía política de observación que de acción. Sin embargo mucho debe esperar esta escuela de las nuevas formas que Rossi le ha dado al imprimirle vida y movimiento.*

5.º *Que la escuela socialista es una exigencia de la época sensiblemente inclinada al espiritualismo y que además pide á voz en grito, que se restañe la sangre que aun mana de las heridas abiertas en algunos cuerpos sociales con las exageraciones del industrialismo.*

6.º *Que no existe una verdadera contradicción entre la escuela ecléctica y la socialista como no debe haberla entre dos sistemas de los*

*cuales el uno vé la primera de las enfermedades de la sociedad (no la única) en la imperfecta organizacion del trabajo, y el otro abarca todos los fenómenos económicos sin que le ocupe ningun pensamiento dominante, ó si alguno parece ser aquella sentencia de Say: "nada hay absoluto en Economía política."*

*Vea pues la juventud como el estudio de la Economía política pasada la agitacion del espíritu de sistema ofrece hoy garantías de estabilidad y de firmeza. Las teorías exclusivas pierden diariamente terreno, porque ya esquivan la lucha con la verdad y la tolerancia: las doctrinas ya no se chocan de frente. Y si por ventura el descrédito en que han incurrido sucesivamente las distintas escuelas que se han disputado y arrancado unas á otras el imperio de la ciencia aun hiciese tibias nuestras convicciones, "no olvidemos (diríamos con Blanqui) que no hay ciencia que no haya comenzado por contiendas entre sus gefes mas ilustres, y que estas duras pruebas han contribuido casi tanto como los descubrimientos á los progresos de que tan envanecidos nos mostramos hoy dia."*

*Mas viniendo á nuestro autor: hemos creído hacer un servicio interesante á la juventud española consagrada por aficion y por deber á*

*los estudios morales y políticos, ofreciéndole la traducción de esta obra. Los conocimientos económicos no son todavía tan vulgares en España como debieran serlo, y como lo serán sin duda, pues que nuestra patria no puede mantenerse inmóvil en medio de la corriente impetuosa de la civilización moderna. Y si por ahora no amenazan los peligros de industrialismo, á lo menos de una manera imponente, no carece de interés hacer resonar acá un grito de alerta antes de llegar al borde del precipicio, y la escuela socialista que tomó de su cuenta conjurar la tempestad, es por cierto la menos conocida entre los jóvenes que frecuentan nuestras aulas: por tanto elegimos á Droz como su mas fiel intérprete.*

*Otra circunstancia hizo pasar nuestra tentación á hecho consumado. Droz nos dice en su prefacio que le redujo á tomar la pluma la idea de que faltaba un libro, que no era bastante fácil dar principio al estudio de la Economía política, y Blanqui en su Bibliografía razonada gradúa esta obra de tratado elemental el mas claro, mas elegante y mas metódico que conoce, y luego añade: mucho ha contribuido á popularizar en Francia el estudio de la Economía política. No reputamos menos necesaria en nuestra España una obra á*

*propósito para inocular los conocimientos económico-políticos en la juventud llamada por nuestras instituciones á tomar un dia parte en la direccion de los negocios públicos, y en verdad que no se gobierna bien con solo el empirismo: se gobernará; pero de cualquier modo.*

*Por lo que hace á nosotros reconocemos nuestra temeridad al emprender un trabajo superior á nuestras débiles fuerzas: por tanto nos recomendamos á la indulgencia y á la generosidad de los jóvenes á quienes (lo repetimos) esclusivamente ofrecemos el fruto mal sazonado de nuestra pasion hácia este género de estudios. La version quizá adolezca de muchos defectos, hijos algunos de la presteza con que la hicimos llamándonos el presente año escolar á tareas que embargan casi esclusivamente nuestra atencion. De cualquier modo, si la juventud apreciase el don, siquiera en gracia de nuestro buen deseo, quizá no sea este el último que le ofrezcamos.*

MANUEL COLMEIRO.

Santiago 1.º de Enero de 1842.

---

---

## PREFACIO.

---

**H**ACE algunos años, que ocasionalmente hablé de Economía política con hombres de mucho talento, y de muy variada instruccion, y no pude ocultarles mi sorpresa al ver que esta ciencia les era absolutamente desconocida. Unos me dijeron que la hallaban insípida: otros que habian abierto mas de una obra de Economía política sin que les fuera dado comprenderlas.

Esto me affligió sobramanera, pues se trataba de una ciencia en mi concepto de estrema importancia: desde jóven (1) me he consagrado á su estudio, y de dia en dia he descubierto nuevos vínculos que la ligan á casi todos los intereses de la humanidad.

Indagando las causas de tanta indiferencia, de tanto despego hácia este ramo del saber, generalmente ignorado, una encontré de remedio conocido, y por eso me impresionó mas profundamente que las otras. Carecemos de un libro: no es bastante fácil comenzar el estudio de la Economía política.

La ciencia posée obras admirables; empero ninguno de sus escritores se ha curado de proceder de lo conocido á lo desconocido, único medio de deslizar los ánimos por una pendiente suave, y comprometerlos en cierto modo á descubrir por sí mismos la verdad. Empezar diciendo que la Economía política se ocupa en la *produccion*, en la *distribucion* y en el *consumo* de las riquezas es presentar ideas esactas; pero no estrañaré que mas de un lector deje el libro de la mano. En efecto,

---

(1) En 1801 se solicitó del gobierno el restablecimiento de los gremios y maestrias, con cuyo motivo publiqué un folleto combatiendo semejante pensamiento.

un lenguaje tan ajustado es ininteligible á cuantos sean estraños á la ciencia que se intenta inocular.

Agrégase á esto que las obras mas celebradas de Economía política son voluminosas, lo cual basta para arredrar á no pocos lectores. Mas ciñéndonos á considerar aquellos cuyo espíritu es susceptible de atarearse para penetrar los arcanos de una ciencia, debe facilitárseles primeramente el discernimiento de sus principios fundamentales y su clasificacion en el entendimiento, lo cual es menos difícil con mucho estudiando un libro conciso que leyendo una obra muy estensa, en que el número de las ideas secundarias distrae, y por decirlo asi, sobrecoge la atencion, por mas que el autor con su buen método se hubiese esmerado en hacer resaltar la evidencia de las ideas principales.

Es verdad que no faltan compendios; pero las obras muy sucintas son, en mi juicio, mas á propósito para recordar á los ya instruidos el conjunto de los principios, que para explicarlos á los que comienzan. La mejor produccion en este género es el *Resúmen de la Economía política* por Mr. Blanqui.

Entre las obras de la estension que me parece conveniente para emprender su estudio por

la vez primera , la mas adecuada al objeto es quizá la de Mad. Marcet (1) ; pero desde su publicacion acá la Economía política hizo progresos considerables : por otra parte este libro no es bastante metódico , ni la forma de diálogo adoptada por el autor muy á propósito para instruir. Cuando el discípulo interlocutor espone sus ideas , no se atina si son exactas , ó si el maestro vá á refutarlas : de aquí la confusion y el penoso esfuerzo para prestar atencion y libertarse de esta especie de lazos.

Persuadido de que es harto dificultoso comenzar el estudio de la Economía política, hé resuelto escribir una obra como quien se ensaya en evitar los inconvenientes enunciados. Mi sistema fue marchar siempre de lo conocido á lo desconocido , concentrando mis investigaciones en un volumen que ni fuese tan estenso que fatigase la atencion, ni tan reducido que no permitiese dar á la ciencia el necesario desarrollo. Asimismo me propuse no perder nunca de vista los estrechos vinculos entre la Economía política y la felicidad humana , prometiéndome de tal suerte dar á

---

(1) *Conversaciones sobre la Economía política traducidas del inglés por Mr. Prevôt de Ginebra.*

este genero de estudios el atractivo de que muchos no le creen susceptible , tan solo porque no le conocen.

Leyendo este libro podrá cada cual precaverse en la culta sociedad de los errores que suelen sembrarse en la conversacion, y que solo pasan sin ser notados á la sombra de una ignorancia sobrado general. Los jóvenes que para emprender ciertas carreras honoríficas deben llamar en su auxilio los estudios mas profundos , hallarán en este libro los principios, las bases de la Economía política, y por mi parte me creeré feliz , si ácierto á disponerlos para leer con interes y con fruto los autores que me complazco en apellidar maestros de la ciencia.

Uno de los ingenios mas brillantes que produjo la Inglaterra se abrió paso resueltamente y tomó el camino por donde le seguirán siempre los hombres de quienes reciba impulso la ciencia de que vamos á ocuparnos. Sin embargo no aconsejaría la lectura de su obra en seguida de esta. Aquel escritor , escaso de método hacina desordenadamente sus ideas, y aun admirando el cúmulo de verdades que ha vulgarizado, reconocemos en él errores que prohió, y otros tambien que há engendrado.

M. Say es el autor en cuyas doctrinas con-

viene desde luego empaparse: nadie ha prestado mas servicios á la Economía política. Su raro talento de observacion con el cual rectificó y redondeó la ciencia, el órden á que la redujo, su estilo que reúne la claridad á la elegancia y á la energia propia de las materias graves le han colocado al frente de los hombres que consagraron sus vigilias á explorar la ciencia de las riquezas y le han grangeado una reputacion sumamente honrosa para nuestra patria (1).

Tambien indicaré como última obra publicada por Mr. Storch en Rusia (2), reimpressa en Francia con notas de Mr. Say. El texto y las notas ofrecen frecuentes discusiones propias para ejercitar el criterio del lector.

Otras dos producciones muy notables son la *Economía política* de Mr. Tracy y los *Elementos de Economía política* de Mr. Mill (3): la última es oscura. *Derramar las luces*, el sen-

(1) El *Tratado de Economía política* de Mr. Say se halla traducido en casi todos los idiomas de Europa. El autor está publicando en la actualidad un *Curso completo* que debe constar de seis volúmenes, tres de los cuales han visto ya la luz pública.

(2) *Curso de Economía política*, escrito para servir de instruccion á los príncipes rusos.

(3) Traducido por Mr. Parisot.

---

---

**ECONOMIA POLITICA,**

ó

**PRINCIPIOS**

**DE LA CIENCIA DE LAS RIQUEZAS.**

---

**LIBRO PRIMERO.**

De la produccion de las riquezas.

---

**CAPITULO PRIMERO.**

**FIN DE LA ECONOMIA POLITICA.**

**L**a ciencia de la Economía política se propone hacer el bienestar tan general como fuere posible. Todos los hombres honrados, por estraños que sean á las teorías científicas, procuran dirigirse á

este objeto. Aquel que en la calle socorre á un mendigo, desea hacerle mas soportable su indigencia; pero muchas veces solo consigue alentar la pereza y recompensar la holgazanería. El otro, que dócil al impulso de una caridad mas ilustrada, indaga qué familias son realmente acreedoras á su beneficencia, obtiene sin duda mas felices resultados; pero sus liberalidades, por considerables que se las suponga, no pasan de socorros parciales y momentáneos. En vano se agotarán los tesoros del hombre benéfico; porque la industria es el único medio de derramar en el pueblo los goces de la vida.

La energía ó languidez del trabajo en la sociedad, la buena ó mala distribución de las riquezas estan ligadas por mil vínculos con las ideas mas ó menos esactas que acerca de la Economía política se formen, asi los gobiernos como los particulares: de ahí la necesidad de esta ciencia, si el hombre ha de mejorar de condicion. No falta quien, imbuido de ideas exageradas y vagas respecto á la moral, se compezea al ver tanto afan por multiplicar las riquezas: estos, empero, son utopistas perdidos en el laberinto de vanas ó funestas teorías. El hombre, como ser inteligente y corporal, está sujeto al imperio de las necesidades morales y físicas. La Moral es la primera de las ciencias: la Economía política es la segunda.

La ciencia que va á ocuparnos sería de suma importancia, aun cuando la considerásemos aislada en sus relaciones con nuestras necesidades físicas, puesto que influye en el bien estar, en la existencia del

hombre; mas á poco que reflexionemos échase de ver su íntimo contacto con nuestras necesidades morales. ¡Qué de vicios, qué de crímenes desaparecerian de la sociedad una vez desterradas la ociosidad y la miseria!

Otra consideracion de elevada gerarquía viene á confirmar nuestras ideas. No es la tendencia de la Economía política el enriquecer á un pueblo solo con los despojos de los demas. Tiempo ha que la religion y la filosofía recomiendan á los hombres vivir en paz, y auxiliarse recíprocamente para recoger los dones de la naturaleza; y tiempo há que se llaman quiméricos sus deseos mas generosos. Mas hé aqui una ciencia consagrada al exámen de los trabajos mas materiales, la cual enseñándonos los medios de acrecentar nuestras riquezas y nuestros goces, tambien nos demuestra cuánto es conforme á nuestros intereses seguir los pacíficos consejos de la religion y de la filosofía. A medida que las luces se difundan, arraigará la conviccion de que el aliado mas poderoso de la Moral es la Economía política.

Agréguense á estas otras consideraciones hijas de la época en que vivimos. Jamás se habló tanto de industria: á voz en grito se celebran sus conquistas, y para el observador de su siglo no carece de interes el saber de qué suerte se desarrolla, qué obstáculos contrarian sus progresos, y por qué medios podria obtenerse una mas equitativa distribucion de sus beneficios entre las varias clases de la sociedad. No conozco pais alguno en donde la Economía política sea

inútil, puesto que los bienes, cuya producción nos revela, en todas partes son necesarios; pero evidentemente es útil en mayor escala para aquellos pueblos en donde están abiertos los debates parlamentarios. ¿Y no sería un prodigio encaminarlos con acierto, si ideas vagas ocupasen el lugar de conocimientos positivos?

Con estas indicaciones hay lo que basta para probar que una ciencia, que dejamos aparte en nuestros estudios, debiera llamar seriamente nuestra atención; tanto mas, cuanto que no carece de atractivos que cautiven el ingenio. Y prescindiendo de consideraciones generales, pues la "Economía política trata de las riquezas" formémonos desde luego idea exacta de lo que debe entenderse por una voz que se ha tomado en muy distintas acepciones.

---

## CAPITULO II.

### DE LAS RIQUEZAS.

Si al recorrer un país se nos presentan chozas miserables en que el aire y la luz apenas penetran por unas estrechas aberturas, y en cuyo interior se encierra un tosco y reducido menage: si en los pueblos así como en el campo vemos á los hombres generalmente mal vestidos y mal alimentados, aun cuando supiésemos que en cada provincia existen mu-

chas familias opulentas, y que el príncipe nada en oro, aseguramos que este país es pobre. Si cruzamos otro en que las viviendas son cómodas y amuebladas con aseó, en que el alimento y el vestido de los labradores, y artesanos anuncian una fácil subsistencia, ni siquiera preguntamos si tal país es rico: la prueba á la vista la tenemos.

Son riqueza todos los bienes materiales á propósito para satisfacer las necesidades del hombre (1), y es rica la nación en que estos bienes están muy repartidos.

(1) Nuestro autor, según se infiere de este pasaje y de otros de su obra, opina que existen *riquezas naturales*, puesto que también el agua, el aire, la luz etc., son *bienes materiales á propósito para satisfacer las necesidades del hombre*, y aun se espresa de una manera más explícita al fin de este capítulo al decir que *la opinión más natural, la más segura supone las riquezas en todos los bienes análogos á la satisfacción de las necesidades del hombre*.

M. Say (cap. 1.º lib. 2.º) después de sentar la división de las riquezas en *naturales y sociales* (ó producidas) añade que solo estas pueden ser objeto de un estudio científico. El Sr. Florez Estrada sostiene con calor la opinión de que las riquezas han de ser resultado del trabajo del hombre, escluyendo así las naturales (part. 1.ª cap. 2.º). Empero Mr. Rossi en su admirable curso de Economía política, lección 11, analiza esta cuestión y combate vigorosamente á los economistas que escluyen las riquezas naturales de los dominios de la ciencia. Hago semejantes indicaciones en obsequio de la juventud á quien exclusivamente consagro mi trabajo: son á la verdad meras trivialidades para los que tuvieren alguna idea de la ciencia; pero creo que no carecen de interés para los principiantes. (*Nota del traductor.*)

Algunos de estos objetos útiles satisfacen inmediatamente nuestras necesidades; tales son el alimento, el vestido, &c.: otros tan solo contribuyen á satisfacerlas de un modo indirecto, por ejemplo, las herramientas, la moneda.

Los metales preciosos forman una parte interesante de las riquezas; pero no son las riquezas mismas, como por mucho tiempo se ha creído. Si para enriquecer á un pais bastara que lloviese oro en él, ¿habria en el mundo alguno mas floreciente que la España? Sin embargo, en vano veía afluir á sus puertos los metales que le franqueaba la América: en vano se esforzaba en retenerlos lanzando leyes sanguinarias contra la exportacion: la pobreza de los habitantes acusaba la fertilidad del suelo. Si este desgraciado pais hubiese arrancado cien veces mas oro á sus colonias no habria cambiado de situacion. El príncipe, los cortesanos contarían á la verdad mas dinero: hubieran podido importar del estrangero mas objetos adecuados á la satisfaccion de sus caprichos; pero las masas ignorantes y perezosas no trabajando, ni produciendo nada, habrian continuado siendo alimentadas por la supersticion y devoradas por la miseria.

Opongamos á este cuadro el que traza Mr. Humboldt de las colonias españolas vivificadas por el trabajo. "Las fuentes principales de la riqueza de Méjico, dice, no son las minas, sino una agricultura sensiblemente mejorada desde fines del último siglo..... La fundacion de un pueblo sigue inmediatamente al

descubrimiento de una mina considerable. Si la mina está en alguna ladera estéril, ó en la cima de una montaña, los nuevos colonos no pueden traer sino de lejos lo necesario á su subsistencia. Bien pronto la necesidad alienta la industria. Comiézase á cultivar el terreno en las quebradas ó en las cumbres de los montes vecinos, y en todas partes se van cubriendo las rocas de mantillo. Constrúyense cabañas en las cercanías de la mina. La carestía de los víveres, el precio elevado en el cual la concurrencia de los compradores mantiene los productos de la agricultura, indemniza á los cultivadores de las privaciones ajenas á la vida penosa de las montañas. Asi es como por solo el estímulo de las ganancias, por los motivos de recíproco interés, que son los vínculos poderosos de la sociedad, y sin que el gobierno se entrometa en la colonizacion, una mina que al principio aparecia aislada en medio de montañas *agrestes y desiertas*, semeja en poco tiempo á las tierras cultivadas ya de antiguo. Hay mas todavía: esta influencia de las minas en el desmonte progresivo del pais es mas duradera que lo son ellas mismas." (1)

Considerando como principales riquezas los objetos que sirven al hombre de alimento, de vestido, de habitacion, se deja ver que el trabajo es indispensable para multiplicar estos objetos, y que por consiguiente conviene que los hombres esten dotados de

---

(1) Essais politique sur la Nouvelle-Espagne. 2.<sup>a</sup> edic. tom. 2.<sup>o</sup> pág. 373.

grande inteligencia, de grande actividad, y dejarles ejercer libremente su industria, á fin de que les sirva de estímulo la esperanza de hacer suyo el fruto de su laboriosidad. Si por el contrario toma consistencia la opinion, que funda las riquezas tan solo en los metales preciosos, la guerra, el pillage se admiten como recursos rápidos y seguros de enriquecer el pais. Y luego despues que se comienza á salir de la barbarie, la opresion cambia de objeto: esfuerzase en sujetar la industria á las miras de una administracion recelosa que quisiera dar siempre entrada al numerario y nunca salida: ciñese el trabajo con una multitud de reglamentos: ya se entorpece aquella produccion, que daría empleo á muchos hombres, pero que no parece tan á propósito como otras para atraer el oro estrangero: ya se obliga á las artes y al comercio á seguir rumbos de que les alejarían el interés privado y el general, porque de ellos se espera que pongan en nuestras manos el numerario de las naciones vecinas. Así se ha ido formando el sistema mercantil, hoy debilitado en Europa, aunque todavía prevalece nutrido por dos robustas raices: la preocupacion, siempre lenta en ceder á las lecciones de la esperiencia, y la razon misma que convencida de las calamidades, hijas de las reformas súbitas, se decide por las mejoras sucesivas.

Hácia mediados del siglo pasado Quesnay introdujo una nueva teoría de la riqueza, que fué sostenida con un entusiasmo casi religioso por los escritores franceses, conocidos bajo el nombre de *economistas*,

cuyas doctrinas voy á esponer en breves razones.

Los varios objetos análogos á nuestras necesidades traen su origen de la tierra: en ella sola reside un poder creador. Cuando todas las anticipaciones hechas para el cultivo han sido reemplazadas por las cosechas queda un excedente de productos, *un producto neto*. Este excedente, que no representa ninguna anticipacion, este excedente, fruto del trabajo debido á la tierra misma, es la única riqueza, porque él solo aumenta el capital que la sociedad poseía. Los obreros y los comerciantes pueden muy bien añadir algo al valor de los objetos que modifican ó transportan, pero este acrecentamiento de valor representa lo que han consumido ó podido consumir durante sus trabajos, por cuya razon no resulta un aumento de riqueza en favor de la sociedad. Así, la industria fabril y la comercial, destruyendo al mismo tiempo que producen, deben ser reputadas por estériles: la industria agrícola es la sola productiva, porque ella sola crea un producto nuevo.

Esta sutil teoría no puede prevalecer contra un maduro exámen. La tierra no está mas dotada que el hombre de un poder creador: toda su activa fecundidad es impotente para crear un solo átomo; veamos sino en un ejemplo cómo produce. Siembra el labrador cañamones despues de preparado el terreno, y luego recoge el cañamo en rama, añadiendo así la tierra algo á su utilidad, á nuestras riquezas. ¿Y qué hacen los hombres que elaboran el cañamo? Someténlo á diversas transformaciones; los unos lo

convierten en hilo, otros en tela, y todos aumentan su utilidad y nuestras riquezas. Bajo este punto de vista hay mas que analogía, hay identidad entre las operaciones del hombre y las de la naturaleza. No concibo cómo sean creadoras: veo sí, una serie de transformaciones, cada una de las cuales amolda mejor el objeto que modifica á la satisfaccion de nuestras necesidades, y le confiere un nuevo grado en el órden de las riquezas.

Si es incontestable que todos los productos de las artes tienen en la tierra su primitivo origen, es de igual evidencia que el trabajo del hombre realza prodigiosamente el trabajo de la naturaleza. El cáñamo, el lino, serían vegetales sin valor, si el arte no supiese convertirlos en hilo, en tegidos, en encajes, y acomodarlos á nuestros placeres. Los productos mas preciosos de la tierra cesan de ser riqueza desde el momento en que abundan y no encuentran ya necesidades que satisfacer: entonces una potencia fecunda, el comercio viene á darles utilidad, y rehabilitarlos en su rango primitivo transportándolos adonde los llaman nuevas necesidades.

Pero el valor, dicen los economistas, que el obrero da á los objetos de su industria representa el mismo valor que ha consumido trabajando, ¡Y qué! estos prodigios de industria, cuyo elevado precio retribuye casi esclusivamente la mano de obra; ¿no serían mas que el equivalente de los consumos del fabricante y de sus obreros? Los economistas se ven obligados á confesar que el valor producido por el

obrero representa el que ha consumido ó *podido consumir*. Luego los hombres dedicados á la industria, economizan lo que pudieran consumir: entonces el valor representado y el que representa existen al mismo tiempo: hay pues acrecentamiento de riqueza debido á los hombres industriosos. Si nos ciñéramos á esta idea aun no se apreciarían con exactitud los resultados de su trabajo; pero ya veremos en el discurso de esta obra que las transformaciones verificadas por las artes producen riqueza, de la misma suerte que las transformaciones operadas por la naturaleza. (1).

Acabamos de dar una ojeada á los dos sistemas que parten de ideas incompletas acerca de las riquezas, el uno haciéndolas consistir en los metales preciosos, y el otro en el producto neto de la tierra: hay además un tercer sistema en que la palabra «riqueza» se toma en un sentido muy general. Muchos es-

---

(1) Aun combatiendo los errores de los *economistas*, es preciso hacer justicia á estos hombres de bien sumamente ilustrados respecto á la época en que escribieron. Los *economistas* llamaron la atención de la Europa hácia materias que interesan á la felicidad social, y las trataron guiados del celo mas ardiente por el bien público, é ilustraron cuestiones importantes, principalmente la relativa á la libertad de industria. No echemos, pues, en olvido los servicios que han prestado. Si hubiesen nacido en Inglaterra, y Smith en Francia, los ingleses á cada paso nos recordarian el impulso que estos escritores dieron á la ciencia por ellos cultivada, y las doctrinas que Smith ha bebido en sus obras.

critores (1) llaman riqueza á todo lo que el hombre puede desear como útil ó agradable; segun cuya teoría las cualidades del alma, la benevolencia, la generosidad, el heroismo son riqueza. Un sistema que tiende á confundir los bienes intelectuales y morales con los objetos materiales, parece que mas realza los segundos que abate á los primeros. Hablase sin duda de una manera muy clara al decir que la virtud es la riqueza mas apetecible. Estas palabras son esactas en sentido figurado, pero en el sentido propio son absurdas. Los sabios que nos revelan medios de felicidad, nos muestran los goces morales elevados á una esfera superior á las de los placeres físicos. Introducir tal confusion en el lenguaje es entorpecer sus nobles tareas, asimilando, á lo menos en apariencia, las virtudes á las riquezas. Por ventura ¿es así como se engranda á la Economía política y se la dá mayor realce? Esta ciencia no tiene necesidad de ensanchar sus límites: sobrada importancia le da el que las riquezas, que enseña á difundir, precavan ó estingan los males, destierren los vicios que engendra la miseria y sean útiles auxiliares de los bienes mas preciosos, con los cuales sin embargo debiéramos avergonzarnos de confundirlas.

Entre las opiniones que acabo de examinar, la mas natural, la mas segura supone las riquezas en todos los bienes materiales, análogos á las necesidades del hombre.

---

(1) Lord Lauderdale, Garnier etc.

## CAPITULO III.

## DE LA UTILIDAD, DEL VALOR Y DEL PRECIO.

La propiedad, que un gran número de objetos tiene de satisfacer nuestras necesidades, se llama utilidad. Aquellos objetos que existen en tanta abundancia que todos pueden procurárselos, carecen de valor; tales son el aire y la luz. El valor es una cualidad inherente á las cosas susceptibles de cambiarse (1).

La utilidad puede existir sin el valor; pero el valor supone siempre la utilidad (2). Nada se da por lo que nada vale; pero que un feliz descubrimiento revele que aquel objeto, antes inútil, puede satisfacer necesidades reales ó facticias, y acaso adquiera un valor prodigioso. Una planta exótica, que no puede servir de alimento y cuya flor nada tiene de agradable, hubiera sido conocida únicamente de los botánicos á no haberse averiguado que su hoja seca enrollada ó reducida á polvo, produce efectos salu-

---

(1) Estas nociones me parecen mas esactas y mas claras que las de Smith, relativamente al *valor en uso* y al *valor en cambio*.

(2) Son dignas de consultarse y leerse con reflexion las lecciones 3.<sup>a</sup>, 4.<sup>a</sup>, 5.<sup>a</sup>, 6.<sup>a</sup>, 7.<sup>a</sup>, 8.<sup>a</sup>, 9.<sup>a</sup>, 10.<sup>a</sup> y 11.<sup>a</sup> del curso de Economía política de Mr. Rossi, por las profundás investigaciones que encierran sus teorías sobre la utilidad y el valor. (*Nota del traductor.*)

dables: que su fragancia disipa la melancolía, agita las ideas del hombre estudioso y suaviza las fatigas del obrero agoviado por el peso de los trabajos mas penosos. En pocos años millares de brazos cultivan esta planta, y su preparacion abre un campo virgen á la industria: ella da impulso á otras nuevas, y aparecen fábricas de barricas, de cajas de tabaco... Un sin número de mercaderes de por menor deben su existencia á esta variedad de productos, mientras ricos negociantes envían sus buques á países remotos por cargamentos de tabacos preciosos, y los gobiernos imponen fuertes contribuciones sobre una planta antes desconocida.

La utilidad no es el único principio del valor: es necesario encontrar algun obstáculo al procurarse un objeto útil para que se quiera dar otro en cambio. El agua es tan comun que no la pagamos: pagamos tan solo el trabajo del que nos la trae, (1)

(1) Condillac defiende que el agua siempre tiene valor. "Si estoy á orillas de un rio, dice, el agua me cuesta la accion de bajarme para cogerla, accion, que es á la verdad un trabajo bien insignificante, y por eso el agua no tiene entonces mas que el menor valor posible; pero vale mi trabajo de procurármela." (*Du commerce et du Gouvernement*, cap. 1.<sup>o</sup>)

En este pasage no se dá á las palabras una significacion esacta, ó si se quiere, el sentido que debe dárseles, para ilustrar la ciencia. El liviano trabajo que pongo para alcanzar el agua, prueba suficientemente que tiene *utilidad*; mas si nadie quiere darme nada por ella, carece de *valor*.

y sin embargo si llegase á escasear, sería preciso comprarla. En las montañas de mi país, durante los calorés del estío, se vende muchas veces muy cara el agua de nieve que se tuvo cuidado de recoger por el invierno y la primavera. Hay amargas situaciones en que los bienes que la naturaleza reparte con mano mas liberal, se hacen muy difíciles de obtener, y entonces pueden ser cambiados y vendidos. Mas de un desgraciado á punto de perecer en el fondo de un infecto y oscuro calabozo ¿no compraría á precio de oro á su codicioso carcelero un poco de aire exterior y de luz del dia?

La utilidad y la rareza son los dos elementos del valor, y es ilusion el creer que el segundo ocupe el lugar del primero. Las bagatelas que deslumbran en la tienda de un rico mercader, la pedrería, las joyas, dícese, nada tienen de útil, y sin embargo son de grande valor. La utilidad tal como la he definido es la propiedad inherente á ciertos objetos de satisfacer nuestras necesidades. Las necesidades facticias pueden igualar y aun exceder en intensidad á las necesidades naturales. Una jóven frívola, que teme ver mañana eclipsarse su tocado en un sarao, duerme acaso menos sosegadamente que la desdichada madre de familia en el seno de la indigencia, feliz sin embargo con haber podido dar pan á todos sus hijos á costa de su propio sustento. La rareza despierta en algunas personas el deseo de posesion: los objetos que escitan este deseo, tienen por lo mismo utilidad, puesto que pueden disipar la pena mas ó menos vi-

va de que va siempre acompañada una necesidad no satisfecha. Los obreros crean riqueza toda vez que produzcan cosas que sean solicitadas, y entre aquellas que hacen tributarias á las necesidades facticias, las hay revestidas de un valor muy considerable, porque por una parte han exigido un trabajo difícil y costoso, y por otra se ofrecen á personas opulentas á quienes escita á esponder el aguijon de la vanidad.

Obsérvase con razon que la palabra "utilidad" no tiene en Economía política el sentido riguroso que recibe en la Moral. Estas dos ciencias parecen pues contradecirse en un punto muy interesante; pero el observador atento las ve á poco acercarse y confundirse.

Como que estas ciencias descansan en principios esáctos, se prestan recíprocos auxilios. La Moral, asustada de los vicios, hijos de la miseria, dá una justa importancia á los medios de conjurar este peligro. En el número de los objetos con que la industria convida á las necesidades facticias, no conozco otros tan frívolos como los encages, y sin embargo un hombre observador puede mostrarse interesado en su fabricacion. Semejante industria es un admirable recurso para millares de mugeres que ocupan en ella los huecos que no llenan sus tareas domésticas: el salario es bien módico, pero mitiga la suerte de muchas familias y hace la fortuna de otras. La casa del obrero es su taller, la madre enseña á la hija y trabaja á su vista, de modo que esta industria es mas eficaz que otra cualquiera infinitamente mas lucrati-

va, para mantener la paz doméstica y consolidar las buenas costumbres. La moral no proscribiera el trabajo que prepara objetos frívolos, con tal que contribuyan á difundir entre las masas el bienestar y los hábitos de una prudente economía, aunque por otra parte dé mayor importancia á la industria cuyos productos realmente útiles, satisfacen, no tanto los caprichos de la vanidad, como las verdaderas necesidades del hombre. Lejos de impugnarlo, la Economía política demuestra que aquellos géneros de industria que subviene á verdaderas necesidades, son el manantial fecundo de la pública prosperidad, que por la cantidad de brazos á que dan ocupacion y por las riquezas que esparcen profusamente, son preferibles á esas mezquinas industrias cuyos brillantes productos están al alcance de un corto número de fortunas. La Economía política nos prueba que un padre libre en escoger para su hijo un oficio, debe aplicarlo con preferencia á uno que nuestras necesidades reales hagan siempre necesario. En él estará mas seguro de tener trabajo continuo. Circunstancias imprevistas obligan frecuentemente á los hombres á cercenar sus gastos. Una guerra, las revueltas civiles precipitan á la sociedad en crisis espantosas, y si entonces se reducen los gastos necesarios ¿qué será de los supérfluos? Sin que sobrevengan calamidades, el influjo inconstante de la moda basta para convertir mañana en onerosa una empresa hoy lucrativa. Es evidente que la fabricacion y el comercio de los artículos útiles, en la rigurosa acepcion

de esta vez, son los mas seguros, y los mas propios para garantir la tranquilidad en los goces de la familia, objetos de los desvelos de un hombre laborioso y conocedor de sus verdaderos intereses. Tales observaciones nos convencen de que están de acuerdo en un punto tan esencial la Moral y la Economía política.

La utilidad y la rareza, estas dos condiciones necesarias del valor, producen efectos muy distintos. La una es ventajosa para todos: la otra es generalmente nociva, puesto que implica la idea de privacion para el mayor número. Los hombres convienen respecto á la primera y difieren, segun su posicion en el juicio que forman, de la segunda. Por eso el fabricante desca que haya materias primeras en abundancia para comprarlas baratas, y que los artículos elaborados sean raros para darles mucho valor. En el discurso de la obra veremos á la Economía política sobreponerse á los cálculos mezquinos del interés particular, y ocuparse en acrecentar la utilidad y combatir la rareza.

Las ideas generales acerca del valor, ya espuestas, no dan á conocer como se le aprecia con cierta exactitud, como se llega á determinar el precio de las cosas. Por *precio* se entiende el valor espresado en numerario.

Al primer golpe de vista parece que la valuacion de un producto debe ser muy arbitraria, como que depende esclusivamente de la necesidad que uno tiene de comprar y otro de vender; por cuya razon

á una misma hora, en un mismo mercado, se verá vender artículos iguales á precios distintos. Y sin embargo no es así: el valor de cada producto se encuentra generalmente determinado, y cuando varía el alza ó baja de los precios, se sujetan á una ley general. ¿Cómo se realiza este fenómeno de la valuación uniforme?

La fabricación de un artículo cualquiera es imposible sin hacer desembolsos. El empresario industrial compra materias primeras, paga salarios &c., y estas espensas son anticipaciones cuyo valor pasa al objeto manufacturado. Cuando el productor vende aquel artículo, si es reembolsado de sus anticipaciones y no percibe algo mas, vende al *precio de fábrica*. Sin embargo, debiera razonablemente prometerse una ganancia: el total de las anticipaciones y esta justa ganancia, forman el precio real de la mercancía.

Dado que las anticipaciones no hubiesen sido muy considerables por defecto de los productores, que muchas veces son ignorantes ó negligentes, sería de desear que los productos se vendiesen siempre por su precio real. Ni los vendedores, ni los compradores tendrían queja, y las riquezas se derramarían del modo mas favorable al bien estar general. Suele decirse con frecuencia, y tambien con exactitud, que tal artículo acaba de venderse por mas ó menos de su valor real, hay pues un regulador mas poderoso de los precios, que el otro de que hemos hablado.

Rara vez se inquieta el comprador por lo que

cuesta fabricar los objetos de que se surte, y no es acaso menos, que el vendedor se contente con una ganancia moderada, pudiendo aumentarla sin menoscabo de su comercio. Cuando un artículo se ofrece en abundancia y es poco solicitado, claro está que los compradores son árbitros de hacer que reduzcan los precios los vendedores, deseoso cada cual de obtener preferencia. Cuando por el contrario las demandas son frecuentes y los artículos en número bastante corto para satisfacerlas enteramente, los vendedores están á su vez en la situación ventajosa del que pone la ley en el mercado: así pues la balanza de la oferta y de la demanda es la que fija el *precio corriente*.

Reconocido ya este hecho incontestable, observemos que la fuerza de las cosas lucha sin cesar por nivelar el precio corriente con el precio real. En efecto, si la superabundancia de una mercancía hace bajar con exceso el precio corriente, muchos productores dan nuevo giro á su industria, y otro empleo á sus capitales, ó limitan la producción, y la cantidad de los artículos disminuye y se reduce poco á poco al nivel de las demandas. Si al contrario el precio corriente es alto porque haya muchos consumidores y pocos productores, la seguridad de vender da empuje á la producción, el estímulo de ganancias considerables atrae nuevos brazos y capitales, la cantidad de los productos aumenta y el efecto de la abundancia es acercarlas á su precio real.

Tal es el curso de los fenómenos, á lo menos

en los países en donde la legislación garantiza á la industria los beneficios de la libertad. Cuando los gobiernos admiten monopolios, corporaciones, privilegios, entonces pueden los precios corrientes esceder por mucho tiempo al precio real.

A las ventajas de la libertad conviene añadir las de la instrucción y de la moral, que tambien influyen en que prevalezca el precio real de las cosas. La opinion execra al hombre que abusa de la ignorancia, ó de la desgracia de un semejante, sea para venderle un artículo escesivamente caro, sea para comprárselo á vil precio; pero ¡cuántos abusos menos graves, cuántas supercherías menos chocantes apenas escitan reconvenciones, ni despiertan un escrúpulo! Todo cuanto generalizase la buena fé y la voluntad de prestarse recíprocos auxilios, contribuiría á multiplicar las riquezas y los medios de gozarlas.

---

## CAPITULO IV.

### DE LA PRODUCCION.

Dar utilidad, dar valor á los objetos que no le tienen: aumentar la utilidad, aumentar el valor de los que ya le tenían, es producir.

Producimos sea cambiando la forma de los objetos, sea transportándolos. La industria emplea el primer medio cuando cultiva el trigo ó lo convierte en harina, emplea el segundo cuando transporta el grano de un lugar en donde abunda, á otro en donde la necesidad lo hace mas útil.

Por no haberse formado ideas esactas acerca de la produccion, han repetido tantos escritores que el comercio nada produce, porque no añade nuevos objetos á la masa de los existentes antes de sus operaciones. El comercio acercando á nuestras necesidades una porcion de mercancías, acrecienta su utilidad: su valor produce. Estas nociones, que al primer golpe de vista parecen de mera especulativa, no estan desnudas de importancia práctica. Un error de los economistas podría ejercer un influjo desastroso en el sistema tributario.

La industria no produce sino en tanto que sus esfuerzos sean hábilmente dirigidos: fabricar no siempre es producir, y tambien fabricando se puede destruir, por ejemplo: se imprime un libro en buen papel, con buenos caracteres y es correcta su edicion. Como las producciones del ingenio se aprecian por

cualidades que la industria no puede suplir, si la obra carece de estas cualidades, fue en vano el esmero del impresor: há destruido un valor. La resma de papel que valía quince francos en blanco, ahora solo vale seis. El trabajo del empresario, el de los obreros y el empleo del capital fueron perdidos, y resulta una verdadera destruccion de valor, que solo puede calcularse por lo que hubieran podido producir este trabajo y este capital útilmente empleados.

El comerciante destruye de la misma suerte, cuando seducido por noticias inesactas, recogidas con sobrada ligereza, transporta mercancías desde un punto en donde tenian valor á otro en donde tienen menos. Si el precio se mantiene invariable, los desembolsos y el trabajo fueron tambien perdidos. Si es cierto que un negociante de Londres haya enviado un cargamento de patines á un pais en donde nunca hiela, este negociante es un hombre sumamente hábil para destruir valores.

La industria ignorante ó imprudente tiene mil medios á su disposicion de aniquilar el valor. Ignoro si los espresaré todos, pero voy á enumerar los principales. En lugar de producir trabajando, se destruye: 1.<sup>o</sup> si las materias brutas no reúnen las cualidades necesarias, puesto que se perderá en el todo, ó en parte el coste principal y el de la elaboracion: 2.<sup>o</sup> si las materias brutas son buenas, pero se elaboran mal, la elaboracion es mala de una manera absoluta, cuando el producto no puede servir de nada; y de una manera relativa, cuando el pro-

ducto, aunque bien acabado, no es del gusto de los consumidores: 3.º si el coste de la fabricacion ó del transporte es tan excesivo, que no pueda sostener la concurrencia: 4.º si las mercancías que se llevasen al mercado abundasen en extremo, sea porque las necesidades estén ya satisfechas, sea, como sucede con frecuencia, porque aquellos á quienes se ofrecen no se hallen en estado de comprarlas.

Pocas veces la destruccion del valor es total: casi siempre redunda alguna utilidad del trabajo. No se tira con las mercancías superabundantes, ó cuyo coste ha sido tal que no pueda ser reembolsado: mas bien que perderlo todo, se venden á vil precio, y algunos se aprovechan de lo mismo que arruina al empresario de industria. Sin embargo, error seria el pretender que haya en ello compensacion, que ganen los unos lo que otros pierden. La ganancia es módica por una parte, y por la otra la pérdida es considerable. Los trabajos dirigidos con sensatez son los únicos que cimentan la prosperidad pública, y es engañarse de medio á medio querer escusar la imprudencia ó la disipacion, alegando las ventajas que á ciertos les redundan: ventajas que solo prueban que un mal nunca es absoluto. Cuando las especulaciones imprudentes se generalizan, presto se cierra un gran número de talleres, el comercio desmaya en casi todos sus ramos, y cunde por el pueblo la escasez de trabajo y de productos. ¿Cómo males de tanta gravedad serian compensados con las ventajas que pueden ofrecer algunas compras en almoneda?

Las verdades precedentes son de todos los tiempos, y creo, mas que nunca, útil presentarlas en el dia, en que un fuerte impulso agita á los espíritus, y el achaque mas general es tener una ciega confianza en sí mismo. El impulso de que hablo es precioso; pero á fin de que sea constante y cada vez mas fecundo es necesario que lo dirijan las luces. Cuando miles de quillas surcan el Océano, entonces es cuando mas importa encender fanales.

La Economía política no se ocupa en los conocimientos especiales que exigen las diversas operaciones de la industria; pero dice á los hombres dispuestos á las especulaciones, que no es con la imaginacion y con la vanidad con lo que se consiguen felices resultados, y que deben desde luego dedicarse á estudiar positivamente los hombres y las cosas, y atesorar conocimientos, sin los cuales aventurarian su fortuna y su reputacion.

A estos conocimientos deben unir los hombres industriosos reglas de prudente conducta. No trato de predicarles una moral desinteresada: escuche con impaciencia á esos ociosos que al ver á un empresario de industria abrir una fábrica, dicen al instante: no es en provecho del público, es en provecho suyo esta empresa. Sí: sin duda es en provecho suyo: un establecimiento industrial debe ser ventajoso al que lo funda, nada mas necesario ni mas justo tampoco. Sin embargo, este hombre inteligente y laborioso tambien trabaja para la sociedad: los dos intereses se confunden: el segundo viene á ennoble-

cer el primero, y mas de una vez él solo ha dirigido á verdaderos negociantes. La moral jamás condenará el que cada uno se proponga recoger el fruto de sus afanes; pero vitupera la codicia, ese afan de enriquecerse en pocos meses, que compromete á muchos en empresas superiores á sus fuerzas, para en breve sumirlos en la miseria y en el oprobio, mientras que la moderacion pudiera con el tiempo asegurarles una honrosa opulencia. La moral quisiera tambien extinguir ese fatal amor propio que diariamente arrastra á los comerciantes, bien á especulaciones temerarias, bien á necias prodigalidades por mera ostentacion. La sed del oro á muchos arruina; pero la vanidad quizá sacrifica mas víctimas todavia.

Cuando el hombre laborioso posee conocimientos positivos, y le dominan principios de moderacion, si dá suelta á su actividad, producirá. Si las circunstancias le son poco favorables, permaneciendo ocioso no llegaría á cambiar y mejorar de posicion: entonces es preciso fabricar mejor ó mas barato: es preciso tentar nuevas salidas ó nuevos trabajos. Cuantos mas obstáculos se opongan, tanto mas ingeniosa y perseverante debe mostrarse la actividad.

Muchos escritores reconviene á M. Say por haber dicho que *no se puede producir demasiado*. ¡Pues qué! ¿Podrá nunca ser excesiva la utilidad ó demasiado el valor? Tales escritores parten de ideas confusas acerca de la produccion: han creido que M. Say decia que *no se puede fabricar demasiado*. Pocas observaciones bastan para conocer que se pue-

de fabricar demasiado de tal ó cual mercancía, ó bien dirigir sobradas á este ó el otro mercado; y precisamente para prevenir estos trabajos estériles y además destructores, para eso son tan necesarios los estudios especiales; pero la producción (tomada esta voz en un sentido riguroso) la producción no puede ser demasiado abundante. Decir: "temed producir demasiado" equivale á decir á los mercaderes: "guardaos de vender demasiado."

Uno de los mas eminentes servicios prestados por M. Say á la Economía política: uno de los que le harán honor eterno, es haber elevado al último grado de evidencia esta verdad fundamental: "*los productos no se compran sino con productos.*" Por nuestra parte deseamos generalizar el bienestar: queremos enseñar á los hombres á procurarse los objetos que les son útiles ó agradables, y una de las primeras verdades que hay que demostrarles, es que no pueden comprarse productos, sino teniendo otros productos que dar en cambio (1).

---

(1) A pesar de que este es el lugar propio para entrar en la espinosa cuestión de la libertad de comercio, la aplazamos para otra oportunidad, luego que la lectura sucesiva de la presente obra haya suministrado mayor copia de conocimientos al lector principiante. Por ahora basta advertir, que el principio de Say, *los productos siempre se pagan con productos*, no debe adoptarse sin cautela: quizá pudiéramos responderle con sus mismas palabras: *nada hay absoluto en Economía política.* (Nota del traductor.)

Esta verdad, que tanto ilustra los intereses materiales de los pueblos, parece sin embargo oscura al primer golpe de vista. Habitados como estamos á ver la intervencion del dinero en la mayor parte de los cambios, recelamos que nos seduzca una idea sutil al decir que los productos se compran solo con productos. Lo mas natural es contestar que no obstante los hombres que consumen mas son por lo comun hombres que no producen nada.

Supongo al lector viviendo de la renta de sus dominios en un ocio regalado. Vos no producireis, mas otros producirán para vos: y en efecto, ¿qué vienen á ser vuestras rentas? Una parte de las riquezas que producen los cultivadores de vuestras tierras. Pudiérais recibir esta parte en especie, pero os ha parecido mas conveniente admitirlas convertidas en numerario, y las monedas que espendeis para cubrir vuestros gastos, representan los artículos por los cuales los cambiaron los colonos, y en realidad con estos artículos es con lo que pagais los que os conviene comprar. ¿Sois por ventura uno de esos ricos capitalistas que viven con la renta de las sumas que han prestado? Si vuestros fondos están en manos de un empresario industrial, los intereses que os paga son una parte de los objetos que há fabricado y vendido. Si habeis prestado el dinero á un ocioso, no os pagará, ó lo tomará del producto, por ejemplo, del arrendamiento de sus haciendas. El dinero mismo es un producto para el poseedor de una mina, y no siendo propietario de minas, ¿cómo habre-

mos de procurárnoslo, sino dando otros productos en cambio? Las telas, los vinos, los paños de Europa compran los metales de América.

"No es absolutamente cierto, dice M. Malthus, que unos productos sean siempre cambiados por otros productos: la mayor parte de los productos se cambia por el trabajo." (1)

No se compra en el trabajo el trabajo mismo: se compran los resultados que se esperan de él. El pobre jornalero que solicita empleo, se explicaría con mucha exactitud si dijese: "yo carezco de productos que ofreceros en cambio de los que necesito para vivir; pero me comprometo á trabajar de suerte que créé productos escedentes en valor á los que os pido." Los obreros dan el trabajo, los empresarios les dan el dinero, y este trabajo, y este dinero son intermediarios por los que pasan á los hombres los productos que apetecen.

M. de Sismondi piensa que la renta es totalmente distinta de la producción, y que los productos se compran, no con productos, sino con renta (2). El análisis prueba que las rentas forman parte de la producción, que nacen todas en la misma fuente.

---

(1) Principes d' Economie politique, tom. 2.<sup>o</sup>, pág. 26, de la trad. francesa.

(2) Nouveaux principes d' Economie politique, tom. 1.<sup>o</sup> pág. 106 y siguientes.

cualquiera que sea el disfraz que encubra su origen. Las asignaciones de los funcionarios públicos se toman de las contribuciones, las cuales no son otra cosa que productos entregados por cada particular para subvenir á los consumos generales. Los honorarios de los médicos y de los abogados, las retribuciones de los actores y de los músicos son igualmente una parte de nuestros productos convertida en dinero.

Opondrâsenos sin duda que la manera como el magistrado, el médico, el abogado, &c., obtienen una renta desmiente nuestros principios: estos hombres exclusivamente consagrados á los trabajos de la inteligencia, no tienen industria capaz de crear productos, ¿cómo, pues, podrán cambiarlos por los nuestros? Seguramente, los que ellos nos ofrecen no son de naturaleza igual á los de los cultivadores y fabricantes; mas sus distinguidas tareas contribuyen á producirlos preciosos. No todas nuestras necesidades son materiales, y otro tanto sucede con los productos. El trabajo de los hombres que se desvelan por el bien público y el de las personas que satisfacen á nuestros placeres, arroja productos inmateriales. Y siéndonos necesarios ó agradables estos trabajos, y estando por otra parte sujetos á necesidades físicas los hombres á quienes los debemos, viene á resultar un cambio de productos inmateriales por productos materiales.

En vano se agotarán las combinaciones: para adquirir productos se necesitan otros productos que

dar en cambio. Así, el sentido comun (que no es en este caso mas que un verdadero instinto) enseña á todos los hombres agoviados por la miseria á encontrar por este medio recursos en su indigencia. A menos de no hacerse mendígos ó ladrones buscan como crear algunos productos materiales ó inmateriales para cambiarlos y para vivir. Así lo sugiere el sentido comun á los seres mas ignorantes: las profundas meditaciones de la Economía política no hacen mas que desenvolver esta verdad, y agotar sus consecuencias.

Hay en la produccion un poder que escita á producir. La vista de las obras de la industria, de los objetos adecuados á la satisfaccion de nuestras necesidades naturales ó facticias, estimula los deseos, y aguza el ingenio de los hombres ávidos de su posesion. Si las subsistencias son en Europa mas abundantes hoy que lo fueron en otro tiempo, una causa muy influyente de estos progresos es que, fabricándose mas paños, mas telas, mas bujerías, fué preciso redoblar los esfuerzos y multiplicar los productos de la tierra, á fin de obtener en cambio aquellos objetos que nos hacian sentir el aguijon de nuestras necesidades. A medida que á la industria se dé mayor desarrollo, los cambios se harán mas frecuentes y el bienestar mas general. Cuanto mayor fuese la variedad de los productos en los diferentes puntos del globo, menor será el número de males causados por necesidades no satisfechas.

"Ya se fabricó demasiado" dicen MM. Malthus y Sismondi. Las mercancías inglesas se hallan estan-

çadas en Italia, en el Brasil, y sus tejidos se vendieron en Kamschatka por un precio inferior al de su producción en Londres.

Los hechos muy reales y muy sensibles que citan estos escritores, confirman los principios enunciados en este capítulo. Por de pronto prueban que fabricando se puede destruir, y prueban la necesidad que tienen los especuladores de todos aquellos conocimientos sin los cuales marchan á ciegas. El poder de fabricar en un país no habilita á otros para producir. Los negociantes de la Gran Bretaña debieran haber calculado con mayor exactitud la situación de los países lejanos, á cuyos habitantes no podían convertir en mas industriosos, ni en mas ricos.

Si millares de especuladores ignorantes ó imprudentes hiciesen fabricar demasiado de tales mercancías ó las transportasen con exceso á tal país, sus yerros nada probarían contra esta verdad: "conviene que los productos se multipliquen;" por el contrario, vendrían á confirmar, que los productos se compran solo con productos. Si los habitantes de Kamschatka, del Brasil, de la India fuesen mas industriosos, comprarían los géneros de la Gran Bretaña, porque no carecerían de los medios. Cuando no se pueden vender mercancías bien acabadas y baratas, es, ó porque los hombres á quienes se les ofrecen no las necesitan, ó porque no se encuentran en situación de pagarlas. La segunda hipótesis es la mas probable. Oh! las necesidades son muchas; pero para satisfacerlas se suele carecer de objetos que dar

en cambio de los que deseáramos obtener. La paralización de un artículo de comercio, no es por lo común mas que resultado de la falta de producción de otros artículos: digo en general, porque dos pueblos, cuyas producciones pudiesen enriquecerlos recíprocamente, verían acaso su comercio paralizado y aun estinguido á causa de los obstáculos con que el fisco hiciese inaccesible sus fronteras.

Las consecuencias de la teoría á que acabamos de dar una ojeada, son de extrema importancia. Esta teoría demuestra que el género humano jamás alcanzará el grado de riqueza, á cuyo goce es llamado, sino cuando la industria fomentada en todos los pueblos por la paz y por la libertad, arroje do quiera productos abundantes y variados. Jamás los amigos de la humanidad deben desviarse de los principios aquí consignados. A ellos se debe el que una artera diplomacia empiece á convertirse en política generosa, que concluirá por conducir á los hombres de estado á secundar la gran ley de la mancomunidad de intereses entre los pueblos, dictada por la justicia eterna.

## CAPITULO V.

## DEL TRABAJO.

El estudio de la Economía política puede aislar á los hombres de reducido talento hasta el punto de no dejarles ver mas que ventas, mercancías, ganancias... pero para los dotados de un ingenio de alguna estension será siempre objeto de importantes meditaciones sobre los medios de mejorar la suerte de los hombres, y sobre los beneficios del eterno Autor de lo creado.

Si bien se examina cuáles sean los agentes de la producción se colige que la naturaleza y el hombre concurren á producir la riqueza. Todas las sustancias minerales, vegetales, animales que dan pábulo á nuestra industria son resultado de un trabajo oculto, misterioso, imposible de sustituir. Esos granos que siembra el labrador hán nacido de la tierra, y cuando se vuelve á depositarlos en su seno, el sol, el agua, el aire, el calor, la luz trabajan nuevamente en fecundar estos gérmenes que se desarrollan ó perecen, segun el capricho de un poder superior al nuestro.

Sin exagerar, la parte que el hombre tiene en la producción de las riquezas, es inmensa. Las grandes fuerzas físicas están fuera de él; pero posee una fuerza inteligente, y con ella domina con frecuencia y dirige las primeras. Los parages en que la naturaleza ofrecia antes vegetales sin valor, le rinden ahora cose-

chas abundantes. El aire que barre las colinas, el agua que destilan las rocas se perdian como inútiles: la industria les presenta máquinas, y el agua y el aire, dóciles obreros, les imprimen movimiento. Se doma el fuego mismo, y nuestras artes imperan en sus fuerzas formidables.

La influencia fecunda que el trabajo del hombre ejerce en la naturaleza condujo á Smith á sentar que este trabajo es el solo agente de la produccion. Sin embargo, parece imposible que un observador tan sensato hubiese desconocido verdades que saltan á la vista. El hombre, cercado de los agentes de la naturaleza, puede considerarse como el gefe de un vasto taller, á quien obedecen inmensos obreros; mas ¿qué resultados obtendria sin su concurso? Si en un instante los agentes naturales quedasen privados de su actividad por la mano misma que se la dió, ¿qué seria del hombre, aun cuando conservase su inteligencia y su fuerza? ¿Cómo se helaria de espanto al ver la inmovilidad de las máquinas que inventara su ingenio! ¿Con qué estupor fijaría sus miradas en una tierra muerta, que ya no podrian reanimar sus trabajos!

El hombre nada puede sin el concurso de los agentes naturales; pero obra prodigios dirigiéndolos y comunicándoles, por decirlo así, su inteligencia. Vemos sus fuerzas ingeniosas creando una multitud de objetos que las fuerzas ciegas de la naturaleza jamás hubieran producido.

Esa clase á cuya laboriosidad se deben las rique-

zas es la mas numerosa, la mas activa: ella es la que imprime á la sociedad este movimiento, esta vida exterior que tanto nos cautiva al recorrer un pais animado por la industria.

Los unos surcan con el arado las llanuras, ó cultivan la vid en las cañadas, ó talan los bosques en la cumbre de las montañas: otros sepúltanse en las entrañas de la tierra para explorar las minas y las canteras, otros hallan sus recursos en la pesca, tan apacible en los rios y tan tormentosa en los mares: otros en fin penetran en los montes en busca de caza y peletería. Todos estos trabajos se comprenden bajo el nombre de *industria agricola*.

Hombres no menos laboriosos modifican las materias brutas para apropiarlas á los diversos usos que reclaman nuestras necesidades, nuestros placeres, nuestros caprichos. Las obras acabadas en una fábrica pasan sucesivamente á otras muchas, y en cada una vuelven á ser materias primeras. Los medios de producir son tan variados como los productos: allá se pone en movimiento una máquina cuyas fuerzas esceden en una inmensidad á las fuerzas humanas: acá se usa de procedimientos minuciosos con maravillosa destreza. El alimento, la habitacion, los vestidos, los muebles, los adornos emplean no solo los brazos de infinitos obreros, sino tambien el ingenio de muchas personas hábiles en encontrar preparaciones y formas nuevas para satisfacer nuestros gustos y despertar nuestros deseos. La *industria fabril* se ocupa en la produccion de artículos tan numerosos y tan

variados, que fatigaría al lector, si indicase los principales géneros de fábricas y oficios que comprende.

En fin, los hombres dedicados á la *industria comercial*, transportan los productos á donde los llaman las necesidades de los consumidores: venden por mayor, por menor, en el interior, en el exterior, y esportan artículos de un país extranjero para importarlos en otro también extranjero. Esta industria, foco del movimiento social más vivo, ocupa un número considerable de personas, desde el carromatero, que conduce los fardos más pesados, hasta el banquero cuya sola firma nos franquea en los dos mundos las cajas del comercio y también las mismas arcas de los gobiernos.

Tal es la división de la industria en tres ramos principales. Las leyes nunca deben arreglar la división del trabajo: sería privar á muchos hombres de los medios de existencia que tienen ó que pueden procurarse: sería poner una traba funesta á la distribución, así como á la producción de las riquezas. Las divisiones útiles se establecen por sí mismas. Si en una población cada individuo intenta proveer solo á sus necesidades, la miseria universal será estremada; pero al instante que estos hombres se aperciben de que cada cual podría trabajar exclusivamente alguno de los artículos que le son necesarios y procurarse el resto por medio de cambios, la civilización comienza á progresar. Cada individuo gana el tiempo que perdía en pasar de una ocupación á otra, y adquiere bien pronto la destreza, hija del hábito, de ha-

cer unos mismos movimientos. A medida que la industria se desenvuelve, la division se subdivide, las subdivisiones se vuelven á dividir y concluyen por llevarse á tal punto, que en muchas fábricas, por ejemplo en las de alfileres ó de naipes, un objeto del valor mas insignificante es resultado del trabajo de veinte ó treinta obreros, cada uno de los cuales há producido rápidamente una pequeña parte de aquel objeto.

La abundancia, la perfeccion y la baratura de infinitos artículos son debidas á la division del trabajo, que merece ser considerada como una de las causas mas poderosas del acrecentamiento de la riqueza y de la prosperidad de que gozan los pueblos civilizados. Sin embargo, suscita alarmas y las reconvencciones de algunos melancolicos observadores. "El obrero, dicen, se ciñe á una operacion sencilla en tal grado que la inteligencia ya no es necesaria para ejecutarla: el obrero se convierte en máquina viva, y las maravillas de la industria se compran á costa de la degradacion humana;" mas se puede oponer á estas reflexiones un hecho incontestable.

Desde que la industria cobró vuelo en Europa, se ha visto acrecentar á la vez la division del trabajo y el desarrollo de la inteligencia en las clases inferiores de la sociedad. Asi los inconvenientes de esta division son mas que compensados por el influjo que ejercen en las facultades intelectuales de los pueblos, por la mayor estension del bienestar y por el movimiento de ideas que la acompaña.

Estoy, no obstante, lejos de creer que se cierren los ojos á los peligros que los trabajos puramente mecánicos tienen para ciertos individuos, antes pienso que importa dedicarse á conjurarlos. La division del trabajo hasta el punto á que se lleva en el dia, puede suministrar argumentos muy sólidos para probar cuán esencial es que la instruccion popular esté muy difundida y que los cultos no se reduzcan á prácticas maquinales.

Muy incompletas serian nuestras ideas acerca de los trabajos que concurren á formar las riquezas, si supiésemos que todos se comprenden en los tres órdenes de industria de que hemos hablado. Hay trabajos de superior gerarquía que perfeccionan y multiplican los medios de crear las riquezas. A estas palabras el pensamiento del lector vuela hácia las sábias investigaciones de la mecánica, de la química, de la física, y hácia las profundas meditaciones á las cuales somos deudores de tanta perfeccion en las artes usuales, en los trabajos agrícolas y fabriles. Hace cuarenta años, cuando se hablaba á los fabricantes de las mejoras que un sábio les aconsejaba introducir en sus talleres, daban muestras de incredulidad y aun desden.

Hoy dia, si un sábio visita una fábrica, es recibido con respeto, consultado con interés, escuchado con confianza. Un cambio de tal naturaleza debe producir resultados incalculables.

Otra clase de trabajos influye de una manera indirecta, aunque poderosa, en el acrecentamiento

de las riquezas. Los magistrados que mantienen el orden en el estado, los militares que le garantizan de las invasiones del enemigo, prestan á las artes servicios que se podrian valuar calculando los quebrantos que sufre inevitablemente el comercio en las revueltas civiles y en las guerras estrangeras.

Las ocupaciones de los ministros del culto, de los directores de la enseńanza, de los escritores amigos de la humanidad, promueven el bienestar. Y aun haciendo abstraccion de todo fuera de las riquezas, los pueblos estarían altamente interesados en propagar la moral, que hace á los hombres mas inteligentes y mas laboriosos, mas dispuestos á darse recíproco apoyo y mas fieles á sus empeños.

Los productos materiales y los inmateriales, tan diferentes por su naturaleza, tienen entre sí muchos puntos de contacto. Un padre dá productos materiales á trueque de enriquecer á su hijo con útiles conocimientos, y acaso algun dia ofrezca este hijo á la industria nuevos recursos en cambio de los productos inmateriales de su pensamiento. Los productores de riqueza deben rendir homenaje á los meros trabajos de la inteligencia. Todo lo que tiende á ilustrar el espíritu, á suavizar las costumbres, ejerce una dichosa influencia en los medios de perfeccionar las artes y de llamar á un gran número de seres á gozar de sus beneficios.

---

## CAPITULO VI.

### DE LA ECONOMIA Y DE LOS CAPITALES.

Es de esencia el concurso de un tercer agente para producir: este agente es la economía que suministra al trabajador los medios, sin los cuales no podría desplegar su actividad.

Hay muchos géneros de economía: la del avaro, que sepulta su dinero, no es objeto de ciencia alguna: la economía que se tiene para subvenir á las necesidades de la familia, atañe á la economía doméstica: la economía que concurre á desenvolver la industria creando capitales, entra en el dominio de la Economía política.

Conviene concebir claramente lo que es un capital. No todos los escritores asignan igual sentido á esta palabra, segun unos, los capitales son sumas de dinero: segun otros, se componen no tan solo del dinero que sirve, ó puede servir á las empresas de la industria, sino tambien de todos los objetos, tales como edificios, herramientas &c., destinadas á crear nuevas riquezas. Los primeros emplean el lenguaje vulgar: los otros hablan el idioma científico, cuya exactitud es fácil de probar.

Una cantidad de dinero es un capital muy cómodo, puesto que el poseedor lo cambia, cuando se le antoja, por los objetos que le convengan. Empero, los capitales en numerario no son sino una parte muy

pequeña de los que emplea la industria, por ejemplo, diez mil duros pasan sucesivamente á las manos de siete ú ocho empresarios industriales, que todos construyen con ellos edificios, máquinas &c., suponiendo que esta suma continúa girando en el comercio, no siempre equivaldrá á un capital de diez mil duros, sino que representará lo mismo que otros capitales de setenta ú ochenta mil duros. Si esto no se concibe así, no podremos formarnos ideas exactas de las riquezas que la industria acumula para crear otras nuevas. La sola parte de nuestros capitales agrícolas que consiste en rebaños se valuó en 1812 por mas de 1500 millones (1), y dudo que en Francia circulen dos mil millones de numerario: veremos tambien que conviene distinguir entre los capitales en dinero y la masa monetaria existente en la nacion.

Los que se proponen dirigir por su cuenta una empresa industrial, necesitan tener á su disposicion una suma que le pertenezca ó que tomen prestada, de la cual se sirvan para comprar los diversos artículos necesarios á sus trabajos. Esta suma es un capital; pero no es, por decirlo así, mas que un capital intermedio, que debe cambiarse al punto por otros capitales de utilidad mas directa.

Un obrero principiante, carece por algun tiempo de todo recurso para subsistir fuera de su trabajo,

---

(1) *De l'industrie française* por el Conde de Chaptal, tomo 1.º pág. 223.

concorre á la produccion y tiene parte en los productos. Si disipa la totalidad de los salarios que percibe, su posicion no podrá mejorarse. Si es inteligente y morigerado, economiza, se procura instrumentos, materias primeras, y estas anticipaciones le ponen en estado de trabajar por su cuenta. Entonces gana mas, hace mayores economías que en último resultado le habilitan para alquilar un taller, buscar oficiales, suministrarles materias primeras, herramientas, y pagarles un salario. Acabamos de ver cómo se forma y se acrecienta un capital: los capitales pues, son productos economizados.

Segun los géneros de industria, los capitales son muy limitados ó enormes. El instrumento de hierro de que un saboyano usa para limpiar las chimeneas, sus rodilleras de cuero, el saco para el hollin, algunas monedas con que subsistir, mientras no gana un jornal, hé aqui todo el capital del pobre muchacho que sale de las montañas de Saboya á buscar su vida. Observamos que la necesidad de las anticipaciones se ensancha á medida que nuestra atencion se fija en géneros de industria cada vez mas importantes. ¡Qué de vastos edificios, de instrumentos variados, de máquinas poderosas no son necesarias para arrancar el mineral de la tierra, para fundirlo y convertirlo en hierro, y el hierro en acero! Que los capitales sean pequeños ó grandes, una misma es su naturaleza. Siempre son productos economizados.

El lector debe comenzar á figurarse de cuanta utilidad son los capitales á la industria. Es un hecho

muy notable que los productos son necesarios para crear otros productos. Reunid operarios en un parage que encierre minas abundantes: si carecen de instrumentos para la explotación, sus esfuerzos serán infructuosos. Supongamos á la Europa repentinamente despojada de los productos acumulados que forman sus inmensos capitales: la industria será herida de muerte. Sin duda sus habitantes, puesto que conservasen su inteligencia y su fuerza, concluirían por recobrar las riquezas perdidas; pero entre tanto ¿en qué prolongada miseria no vejetarían!

Comenzarían por fabricarse groseros instrumentos con solas sus manos, recogerían penosamente los productos espontáneos de la tierra y ensayarían cómo multiplicarlos y darles ciertas formas. Privado el género humano de las anticipaciones del trabajo, retrocedería hasta los tiempos de su infancia.

Los capitales que se emplean, ó los formó uno por sí mismo, ó los ha recibido de sus mayores, ó los pidió prestados; pero siempre viene á ser indispensable que un empresario industrial, á consecuencia de su economía ó de la agena posea los valores anticipados que requieren sus trabajos. En una empresa industrial los capitales son los edificios destinados al laboreo, los instrumentos, las máquinas (1), las materias brutas, el numerario, que recla-

---

(1) Algunas veces animales.

man los pagos corrientes, y en fin las materias fabricadas y no vendidas.

Los edificios, los útiles, las máquinas se gastan con lentitud y forman lo que se llama *capital fijo*. Las materias brutas, el dinero destinado al pago de salarios y á las compras desaparecen con rapidez, y ni aun pueden rendir ganancias á no salir de manos del empresario: estas anticipaciones son con las mercancías no vendidas, lo que se llama *capital circulante*.

Bajo este punto de vista, todas las clases de industria se parecen unas á otras. La agricultura, como la industria fabril, tiene capitales fijos y capitales circulantes. La mayor parte de los capitales del comercio son de la segunda especie, puesto que consisten en mercancías: sin embargo, tiene tambien capitales fijos: tiene almacenes, carruages, buques &c.

El capital varía continuamente de forma, bien con lentitud, bien con rapidez. Las materias primeras por ejemplo, se convierten en objetos manufacturados, despues en dinero, ó en letras de cambio, y luego tornan á ser materias brutas para experimentar de nuevo iguales metamorfosis.

La parte de los capitales absorbida en la produccion, debe encontrarse representada en los artículos producidos; de otro modo, vendrían á ser onerosos, costando mas de lo que valiesen. Cuando se venden los productos, si el empresario disipa la totalidad de su precio, se arruina: una parte de su capital fijo será cuanto le quede, y así va agotando la

fuente de una nueva producción. Si reemplaza su capital con una porción de los valores adquiridos por la venta, y emplea en su uso, en sus placeres la otra porción que forma su renta, no se hará ni más rico, ni más pobre que antes: podrá continuar trabajando y viviendo. Si economiza de su renta para aumentar sus capitales, se enriquece y el desarrollo progresivo de la empresa que dirige, comprueba su tino y actividad.

Las siguientes observaciones ilustrarán cada vez más las funciones de los capitales. Descubramos un horizonte más extenso que hasta ahora. Todos los productos materiales que poseen los hombres pueden dividirse en tres clases: *capitales, riquezas de inmediato consumo y rentas*. Examinemos rápidamente cada una de ellas.

Todos los capitales son productos acumulados por la economía; pero no tienen todos el mismo destino: aquellos que sirven para crear nuevos productos son los más útiles á la sociedad: otros sirven solamente para dar una renta á sus poseedores. Una suma que se presta es un capital, aunque no sea empleada en producir nuevas riquezas, ni por el que presta, que se propone vivir con los intereses, ni por el que toma prestado que lo destina á frívolas adquisiciones. El ejemplo siguiente fijará nuestras ideas: una casa de recreo habitada por el propietario, es parte de las riquezas de inmediato consumo: si el propietario pone esta casa en arrendamiento, degenera en capital que le procura una renta: si la trans-

forma en fábrica, es un capital que le dá una renta y que multiplica además las riquezas de la sociedad.

Los capitales que llenan este doble destino son los únicos verdaderamente *productivos*: podrian llamarse los otros solamente *lucrativos*.

Hay, en fin, capitales *ociosos* (1), y son aquellos, de los cuales no hacen uso los poseedores, sea por efecto de las circunstancias ó por voluntad. Un taller secuestrado es un capital momentáneamente ocioso, y los hay siempre en inacción á consecuencia de los desórdenes que engendran la ignorancia, la irreflexion y la codicia, tres causas las mas principales de la ruina de la industria. La voluntad de los capitalistas mantiene en el ocio á unos tantos: el avaro esconde los suyos; pero su innoble pasion es poco contagiosa en la sociedad; al moralista le toca combatirla mas que al economista. Sin incurrir en nota de avaro puede un hombre opulento tener en reserva una suma considerable para su seguridad: muchas personas decididas en favor de ventajas iguales retienen tambien sumas proporcionadas á su fortuna. Es harto difícil que la prevision de los particulares sea perjudicial al público: estas sumas son por lo comun muy insignificantes para que deban considerarse como otros tantos capitales sustraídos á la circulacion: sirven mas bien, acrecentadas con economías sucesivas para formar capitales que algun dia entrarán en

---

(1) *Riqueza estacionaria* en lenguaje del Sr. Florez Estrada. (Nota del traductor.)

giro. Agréguese que la mayor parte de los hombres, bastante prudentes para economizar, no dejan sin empleo sumas capaces de acrecentar el bienestar de las familias: no entra, pues, en los cálculos interesados del comercio declamar contra la prevision y la economía. Lo que sobre todo paraliza los capitales son las circunstancias en que los hombres industriales, descontentos de lo presente é inquietos por el porvenir suspenden la ejecucion de sus proyectos, y aun recelan prestar sus fondos á aquellos que se muestran mas conñados ó mas temerarios: entonces los capitales se retiran, el trabajo desmaya, y la miseria es la ley general.

Las *riquezas de inmediato consumo* se componen de los productos destinados á la directa satisfaccion de nuestras necesidades naturales ó facticias. Los productos capitales y las riquezas de inmediato consumo se distinguen entre sí por caractéres que me parecen bien fáciles de notar. Todos están destinados á procurarnos goces; pero los capitales en medio de que concurren tan poderosamente á este fin, es sin embargo tan solo de una manera indirecta, mientras que los objetos aplicados al consumo concurren directamente. Además los primeros sirven para producir nuevas riquezas, ó por lo menos dan una renta que puede ser empleada en acrecentarlas; los segundos se gastan, se destruyen sin dejar ni aun vestigios de su existencia. Hé aqui los caractéres bien marcados, que prueban la exactitud de la division, á la cual acabamos de dar una ojeada.

Las riquezas de inmediato consumo tienen de común con los capitales que también las forman objetos, de los cuales unos se destruyen rápidamente, como los artículos de general consumo, y otros se gastan con lentitud, por ejemplo, los muebles, las casas, &c. Esta circunstancia de desaparecer lentamente permite acumularlos: su número es considerable en los pueblos civilizados de muy antiguo, y no puede calcularse hasta qué punto llegaría á serlo, si la industria recibiese en una serie de años todo el ensanche que la razón es capaz de darle (1).

Las rentas son los productos generalmente representados en dinero, que los hombres reciben, sea por el arrendamiento de sus propiedades, sea por emolumentos ó utilidades ó salarios de su trabajo. Las rentas afluyen necesariamente hácia los capitales ó se cambian por artículos de consumo. Mas adelante examinaré los efectos especiales de estas dos diferentes inversiones.

---

(1) Mr. Ganilhi opina que estos objetos no deben comprenderse en las riquezas de inmediato consumo, sino que son capitales, porque se destruyen con lentitud. *Theorie de l'Economie politique*, tom. 2.<sup>o</sup> pág. 3.

La duración no es un carácter distintivo de los capitales. Un repuesto de granos destinados á la subsistencia de los obreros es capital. Pues si cosas cuya destrucción es rápida pertenecen á la masa de los capitales, ¿tiene algo de extraño, que cosas duraderas formen parte de las riquezas de inmediato consumo?

Concluiremos de formarnos ideas exactas acerca de la clasificacion de los productos materiales, si observamos que un gran número de ellos pasan sucesivamente de una clase á otra. Tal mercancía no vendida pertenece al capital del empresario: cómprala con una parte de mi renta y se convierte en riqueza de inmediato consumo: al mismo punto la porcion de renta que he dado al empresario puede entrar en su capital. Este continuo movimiento en nada perjudica á nuestra clasificacion: un producto pertenece siempre á uno de los tres órdenes de riqueza que dejamos enumerados.

Explicados los servicios que prestan los capitales se conciben fácilmente las ventajas de su acumulacion: vienen á ser á manera de palancas que robusteciéndose y multiplicándose, facilitan mas y mas la remocion de los obstáculos que se oponen al desarrollo de la industria. Si los pueblos modernos abundan en los medios de entregarse á trabajos tan variados, de enviar sus productos á los confines de la tierra, y traer en cambio nuevos artículos de riqueza, débenlo, no tan solo al progreso de las luces, sino ademas á la acumulacion de capitales.

De ellos habré de ocuparme aun en el discurso de esta obra: por ahora me contraigo á revelar sus funciones en la produccion de las riquezas. Asienta Smith que estas son esclusivamente resultado del trabajo, y los sectarios de su opinion reconviene á Mr. Say de haber sostenido que los capitales son uno de los agentes de la produccion. Los capitales, di-

cen, son productos de un capital anterior; por consiguiente el trabajo es el único productor.

En cuanto á mí, no adopto la opinion de Smith, y difiero de la de Mr. Say. El trabajo no es el único productor, porque ademas se necesitan los capitales y puesto que él no puede crearlos, viene á suministrar tan solo, por decirlo así, las primeras materias. En efecto, el trabajo rendirá, no hay duda, algunos productos; pero si la disipacion los agota ó los esparce, los hombres vejetarán por siempre en la miseria. Así es preciso que una prudente economía reuna y conserve estos productos: ella sola tiene el poder de transformarlos en capitales. El autor inglés exagera pues la influencia del trabajo; mas el escritor francés hace representar á los capitales un papel activo que no conviene á su naturaleza de instrumentos de suyo inertes. La economía recibe del trabajo la materia primera de los capitales, los forma y los entrega á la industria que les dá empleo. Hé aquí lo que la observacion nos enseña; así los agentes de la produccion vienen á ser el trabajo de la naturaleza, el trabajo del hombre y las economías de que se forman los capitales.

## LIBRO SEGUNDO.

De la producción y distribución de la riqueza.



### CAPITULO PRIMERO.

#### IMPORTANCIA DE LA DISTRIBUCION DE LA RIQUEZA.

**L**a mayor parte de los escritores de Economía política dirigen harto exclusivamente la atención del lector hacia la producción de las riquezas: parece que se trata de producir tan solo por producir; así aumentan la aridez de un estudio que no puede interesar sino por sus tendencias. Y siendo estas satisfacer las necesidades de los hombres, importa que las riquezas estén bien distribuidas; es decir, repartidas en un gran número de manos. Mucho se dista de la exposición y desarrollo de estas verdades cuando todos los fenómenos económicos se refieren á la producción, y se evitarán tales inconvenientes, observando que hay cuestiones especialmente relativas á la producción de las riquezas, otras á su distribución,

y otras, en fin, y no pocas, concernientes á la vez á las dos partes de la Economía política.

La felicidad del estado depende menos de la cantidad de riquezas que posee, que de su oportuno repartimiento. Supongamos dos naciones igualmente pobladas, de las cuales la una tiene dobles riquezas que la otra: como estén mal distribuidas en la primera y bien en la segunda, ésta alcanzará mayor grado de felicidad. Ningun pais es tan notable como la Inglaterra bajo el aspecto de la produccion: en Francia la distribucion es mas ventajosa, y concluyo de aquí que hay mayor masa de felicidad en Francia que en Inglaterra.

Para que la distribucion sea copiosa, es de apetecer que la produccion sea considerable. Mas acaee con frecuencia que una idea estraña sorprende nuestro espíritu y se ingiere, sin notarlo, en nuestras reflexiones en lugar de otra: asi, ciegos ante la prosperidad pública, no pensamos mas que en ella, y á fin de acrecentarla, nos ocupamos en examinar cómo pueden multiplicarse las riquezas: bien pronto lo olvidamos todo menos las riquezas: el medio se convierte en fin, y la felicidad es desatendida. La facilidad con la cual se operan estos cambios de ideas es una sentina de errores. Un distinguido escritor de Economía política, Ricardo, toma la pluma para ser útil á sus semejantes; pero arrastrado por sus cálculos, con frecuencia parece olvidar á los hombres, y no tomar en cuenta mas que los productos. Asienta, v. gr., que un pais ocupado por diez millones de ha-

bitantes bastando el trabajo de cinco millones de entre ellos para alimentarlos y vestirlos á todos, nada ganaria con aumentar su poblacion hasta doce millones, siendo necesarios siete de estos para obtener iguales resultados (1). Muéstrase, pues, indiferente á que existan dos millones de hombres ó no existan, si el producto fuere el mismo. Al leer ciertos economistas no parece que las riquezas sean hechas para los hombres, sino los hombres para las riquezas.

Bien distribuidas elevan á los habitantes de un pais á una posición favorable para crear otras nuevas. Si al contrario, la distribucion es de tal suerte viciosa, que unos no tengan casi nada, y los otros lo tengan casi todo, falta á los primeros el estímulo para alentar la industria, y los segundos carecen de la posibilidad de hacerlo: entonces todo se agosta, se embota la inteligencia y los hombres no aciertan á procurarse ni placer, ni trabajo. Durante el régimen feudal el fausto de los señores consistia en rodearse de numerosos domésticos, y su pasatiempo favorito era la caza. Para satisfacer estas necesidades bastaba la renta de sus dominios mal cultivados y la vasta estension de sus parques. Las artes les merecian desprecio, y los pobres vasallos, ni aun podian escitar sus deseos con variedad de productos. No parece sino que no hay medio alguno de salir de un estado tal

---

(1) *Des principes de l'Economie politique*, tom. 2.º página 224 de la trad. francesa.

de ignorancia y de miseria, si la experiencia no nos revelase qué cambios prodigiosos puede obrar á la larga una serie de causas y de efectos, que se hacen causas á su vez y producen efectos siempre mas notables. Sucede andando el tiempo que algunos vasallos mas inteligentes que el resto, presentan en los castillos las primicias de una naciente industria: sus ganancias infunden aliento, y su ejemplo tiene imitadores. Los grandes propietarios vislumbran que pueden existir placeres hasta entonces ignorados. Los que viajan, los que se alejan por causa de las guerras quedan absortos á la vista de objetos que les agradan y que deseáran encontrar tambien en su pais. Sensibles á deseos nuevos, conocen la necesidad de aumentar y de emplear de un modo distinto sus rentas: se interesan por los progresos del cultivo, á fin de doblar el rendimiento de sus posesiones, despiden pages y sus sueldos se cambian en salarios de artesanos. La industria despierta, la miseria disminuye, la inteligencia se desarrolla, los capitales se forman, y el trabajo cobra un realce nuevo. En estos cambios afortunados la distribucion de las riquezas se presenta, ya como efecto, ya como causa: hija de la industria, se convierte en su custodio y su motor.

Conviene admitir una escepcion al principio que hace depender en gran parte la produccion de las riquezas de su oportuna distribucion. Hay parages en donde están repartidas de la manera mas viciosa, y sin embargo, la produccion es considerable. Para realizarse este fenómeno son precisas dos circunstan-

cias: la una es que los hombres que lo tienen todo sean inteligentes: la otra que los que nada tienen sean esclavos. Entonces dichos países se parecen á un vasto taller provisto de máquinas vivas á las cuales seres industriosos dán movimiento. Tales son esas estensas colonias, en donde el europeo condena á los negros á estenuarse por él. No tratemos de probar que el trabajo de los hombres libres cueste menos que el de los esclavos: admito este hecho como dudoso. Acaso bajo un cielo abrasador el hombre libre trabajaria menos que el esclavo: acaso la superioridad de su inteligencia no ofreceria una suficiente compensacion. ¿Qué importa que estas conjeturas sean fundados ó no? Las cuestiones relativas á la libertad y á la dignidad del hombre, ¿son cuestiones mercantiles? Cuando los partidarios del tráfico de los negros encomian las ganancias de que les son deudores y se imaginan justificarlo así, creo ver á los ladrones reclamando la impunidad, porque prueban que sus crímenes les son lucrativos.

Apresurémonos á observar que una produccion abundante no puede ser obtenida por el medio execrable de que acabo de hablar, sino cuando sea el trabajo tan sencillo que los obreros no tengan necesidad de inteligencia. Si se pretende que un país sea fecundo en productos variados, es indispensable poblarse de hombres industriosos y garantizarles el goce del fruto de sus afanes. Así la escepcion confirma el principio de que: "la buena distribucion de las riquezas es un medio eficaz de multiplicarlas."

## CAPITULO II

## DE LA PROPIEDAD.

La propiedad no es desconocida en el estado social mas imperfecto. Un salvaje es propietario de las flechas que prepara, de la choza que construye: ha puesto su trabajo en estos objetos, y de su trabajo resulta su derecho á ellos: si los dá transmite su derecho. Pudiera remontarme aun mas: nuestras primeras propiedades son las facultades que hemos recibido del Criador: así todo hombre es propietario por lo menos de su persona.

Mas ¿de qué suerte vino la tierra á ser el patrimonio de un corto número de sus habitantes? ¿cómo se ha realizado esta apropiacion del territorio que casi siempre despierta la envidia del pobre, y que mas de una vez ha escitado el furor de las masas?

Seguramente la propiedad territorial no se introdujo en todas partes en un mismo dia, bajo una misma influencia: es un absurdo, pues, querer atribuirle un solo origen. Sin duda que dicha propiedad ha nacido en diferentes puntos del globo, de cuantas maneras diferentes es posible que se establezca: allá por el consentimiento de los pueblos, acá por la fuerza, en otra parte los primeros ocupantes se encontrarían sin deliberacion ni violencia dueños de los campos que cultivaran.

El género de apropiacion mas comun fué proba-

blemente ageno de la fuerza. Al dejar los hombres la vida de cazadores ó de pastores para entregarse al cultivo, el territorio que tienen á su disposicion es inmenso. Hay pocos hombres, porque hay pocas subsistencias, y no todos renuncian en el mismo instante á la vida nómada: muchos se encariñan con ella por hábito, y otros carecen de las anticipaciones necesarias para fertilizar el suelo. Aquellos pues que quieren cultivar, pueden apoderarse de tierras sin reclamar consentimiento, sin acudir á la violencia: lo que ellos hacen á nadie perjudica, y cada uno es dueño de imitar su ejemplo.

Mas difiérase cuanto se quiera acerca del modo como se originó la propiedad: en lo que un observador ilustrado no podrá menos de convenir, es en la benéfica influencia que esta revolucion ejerció en la sociedad. Cuando se dice: "la tierra perteneció á todos los hombres" se diría mejor: "la tierra no perteneció á nadie." La imposibilidad de dividirla con igualdad, la imposibilidad de mantener tal division, suponiendo que existiese un solo instante, prueban que la naturaleza de las cosas quiere, ó que el suelo no tenga poseedor, ó que se divida entre un cierto número de propietarios. De estos dos modos de existir, el uno es perjudicial á todos, y el otro es conforme á los intereses de todos. Cuando la tierra carece de poseedores, ¿quién querría cultivarla con esmero, consagrarle sus fatigas y sus economías? Algunos trabajos pasajeros, los únicos que se atreve uno á aventurar, cuando no está seguro de aprovecharlos, añan-

den pocos productos á los frutos espontáneos y silvestres: la poblacion es reducida y miserable. Desde que la propiedad territorial se organiza, empieza una era del todo nueva: los productos se multiplican y la poblacion se acrecienta con ellos. Entonces se inocular en la sociedad la gran division del trabajo entre los hombres que obtienen del suelo las subsistencias y las materias brutas y los que se dedican á las artes que exige su elaboracion. Las dos clases, igualmente laboriosas, consideran su recíproco bienestar como el resultado de la actividad de sus trabajos y de sus cambios. Presto los productos materiales se multiplican lo bastante para que algunos hombres puedan consagrarse enteramente á crear productos inmateriales. Así debemos á la propiedad territorial el acrecentamiento de la poblacion, del bienestar y el ejercicio de las mas elevadas facultades: le debemos el desarrollo de la fuerza, de las riquezas y de la inteligencia del género humano. Aun cuando se probase que esta clase de propiedad no es efecto necesario de la naturaleza de las cosas, sería menester considerar su invencion, si puedo esplicarme así, como el manantial mas fecundo en beneficios que se haya jamás descubierto por los hombres.

Al hablar de *propietarios*, se entienden casi siempre los poseedores de tierras. Este abuso de lenguaje sería muy peligroso, si dispusiese á creer que hay propiedades menos sagradas que la propiedad territorial. Si existiese alguna propiedad que debiese respetarse aun mas que las otras, sería la de los hom-

bres que solo poseen sus brazos y su industria; coartarles la libertad de su trabajo, sería privarles de los medios de subsistencia, y esto es mas que robo; es un asesinato. Empero, no indagemos si existe una propiedad mas sagrada que la otra: todas deben ser religiosamente garantidas. Considerando que cada hombre tiene algo de suyo, y que por consiguiente todos somos propietarios, se reconoce que el interés universal reclama que cada uno posea en paz cuanto hubiese adquirido á costa de su trabajo, ó por la liberalidad de otro, y que pueda gozarlo ó acrecentarlo en provecho propio, ó en el de sus semejantes.

Nos horroriza la memoria de esos imperios de Oriente en donde el poder juega con la vida y con la fortuna de los hombres, y nos sobrecogemos á la idea de estos tiempos en que la anarquía subvierte los pueblos civilizados y devora los capitales reunidos por la industria. Falta mucho todavía para que en nuestra Europa, aun en el seno de la paz, sea la propiedad tan respetada, como debería serlo: es frecuentemente atacada desde muy alto, y desde muy bajo.

Los gobiernos enseñan á violar la propiedad, cuando cometen arbitrariedades contra los bienes ó contra las personas: cuando despojan á sus acredores sea á las claras, ó por medios indirectos, tales como la alteracion de las monedas, ó por la emision de un papel que solo tiene un valor nominal: cuando ponen trabas á la industria: cuando exigen impuestos sin tasa ó disipan las sumas confiadas en sus manos para ser invertidas en

servicio del público. Tales ejemplos alcanzan con su fatal influjo á todas las gerarquías de la sociedad. Las clases nobles, ricas, llegan á persuadirse que están dispensadas de obedecer las leyes, á manera de los mismos gobernantes: creerían cavilecerse no dando tambien rienda suelta á su arbitrariedad. Así se autoriza á las clases menesterosas á creer en la moral como en una fábula que se les predica, y que en este mundo se trata, no de seguir la senda trazada por la justicia, sino de huir el cuerpo á las leyes, sea con astucia ó por la fuerza.

La ignorancia y la miseria de las clases inferiores son tambien causas permanentes de la violacion de las propiedades. Un sugeto respetable me mostró poco há una carta de un procurador del rey (fiscal), en que éste magistrado le decia: "me conduce el verme obligado á reclamar las penas legales del robo para desgraciados, cuya ignorancia es tal, que ni aun tienen idea de la propiedad." Encuéntrase en los barrios mas pobres de París una masa de individuos que pasan su vida entera sin oír pronunciar una sola palabra de moral: su miserable existencia es toda material. Los unos trabajan, beben y vuelven al trabajo, cuando la necesidad les obliga á ello, y estos son los mas honrados: los otros emplean el tiempo en el robo y las orgías. Las tabernas sirven á todos de madriguera, de donde salen lo menos posible: casi desconocen el matrimonio, aunque tengan muchos hijos. Estos desgraciados niños no oyen mas que palabras groseras, obscenas: se les prodigan injurias y

golpes, como á sus madres. Los hombres tienen entre sí frecuentes querellas: sus combates son atroces: los salvages de la Europa se dan mordeduras crueles. Estas generaciones embrutecidas, oprobio de los pueblos cultos: estas generaciones fecundas en prostituciones, en incestos, en robos, en delitos de todas clases, perecen temprano estenuados por la miseria y los vicios. No se reflexiona que vivir al lado de estas masas hediondas es vivir al borde de un volcan. Mientras que tengan el despotismo y la anarquía tales elementos de crímenes, les será fácil con algun oro renovar en los tiempos agitados, las escenas de Saint Barthelemy ó las del dos de setiembre.

Ilustrar á los hombres es instruirlos en sus deberes y en todo cuanto puede hacérselos amables: así supone ideas bien falsas ó bien confusas el dudar de las ventajas de ilustrar á la multitud. Las verdades que acabo de esponer acerca de los beneficios que nacen de la propiedad territorial y acerca del respeto debido á todo género de propiedades, debieran ser ideas vulgares. Tomando interés por la instruccion de las masas, nada sería mas fácil, ni quizá mas útil, que difundir las verdades prácticas de la ciencia que nos ocupa.

---

## CAPITULO III.

## DE LA DIVISION DE LAS PROPIEDADES TERRITORIALES.

La cuestion sobre el influjo que la division de las tierras en grandes ó en pequeñas propiedades ejerce en el bienestar comun es de las mas importantes: hagamos algunas observaciones preliminares.

Muchos terrenos, sea por su naturaleza, sea por su situacion, llaman ó repelen la division de la tierra. Tal colina árida que sería fertilizada, embellecida por las manos de pequeños propietarios, quedaría inculta y como perdida, si la enclavasen en una vasta posesion. Los mismos propietarios morirían de hambre en una llanura cenagosa á que darán valor los capitales de un rico hacendado. Al preguntarnos cómo han de estar divididas las propiedades con mayor ventaja, debe fijarse nuestra atencion en aquellas que la naturaleza de las cosas permite repartir ó aglomerar, segun los gustos y las necesidades de los habitantes.

Observemos tambien, que muchas personas incurren en un grave error creyendo idénticas las ideas de *grande propiedad* y *grande cultivo*: reciben estas locuciones distintos significados que sería inútil examinar ahora. El cultivo en grande se aplica á terrenos de dilatada estension con capitales considerables que son, ó deben ser hábilmente dirigidos. En vano encerraría un pais grandes propiedades: si los

labradores no pueden hacer sino escasas anticipaciones, solo se conocerá en este pais el pequeño cultivo, y para arrendar las haciendas sería menester dividir las en suertes de estension muy limitada. Así es como en la miserable Irlanda las propiedades mas vastas se dividen y subdividen muchas veces, por efecto de los arriendos hasta un acre, medio acre y hasta un cuarto sobre el cual vejeta una familia falta de toda anticipacion. El cultivo en grande es un efecto de la abundancia de capitales. Si en un pais en donde las tierras están muy divididas se encuentran muchos capitales destinados á la agricultura, veráse á ricos cultivadores ponerse al frente de grandes haciendas reuniendo en su cabeza muchas posesiones. Con todo, reconocemos que la particion de las propiedades opone obstáculos á las grandes empresas agrícolas; por ejemplo, los edificios que bastan para cortas posesiones dejan de convenir si estas se aglomeran, y las obras emprendidas para un arrendamiento en grande, serán perdidas si estas tierras se dividen de nuevo. Cuando los capitales abundan, las grandes propiedades son favorables al grande cultivo.

Hay dos sistemas de los cuales puede llamarse el uno sistema inglés, y el otro sistema francés. Los sectarios del primero encomian con razon la importancia y rapidez de los progresos de que la agricultura es deudora á las grandes propiedades cultivadas por hacendados instruidos, dueños de ricos capitales. En estas vastas posesiones, el arte de cultivar por ho-

jas, el de los regadíos y todos los principales trabajos agrícolas se han llevado á un grado incontestable de superioridad. Allí es en donde las razas de los ganados se mejoran con prontitud, y en donde los instrumentos necesarios para el cultivo, se perfeccionan con rapidez. Estas haciendas, merced á la division del trabajo y al poder de los medios que los grandes capitales permiten emplear, son las que rinden mas productos con menos brazos. Hé aquí, segun los hombres ilustrados un doble elemento de prosperidad pública: se obtiene de la tierra la mayor cantidad de productos que puede dar: al mismo tiempo un considerable número de brazos que la industria agrícola no necesita, afluyen á la industria fabril que rinde á su vez la mayor cantidad de productos posible. Así esta teoría promete á todos los pueblos que la sigan un alto grado de felicidad.

Los partidarios del otro sistema opinan que es muy ventajoso para el estado que la mayor parte de los habitantes se ocupe en los trabajos agrícolas, lo cual supone propietarios en gran número. En la Gran Bretaña la proporción de los individuos dedicados al cultivo, relativamente á la otra parte de la población, no es aun como dos á tres. (1). En Francia esta proporción es muy diferente: segun Mr. de

---

(1) *Principes de l'Economie politique* por Mr. Malthus, tomo 2.º, pág. 70.

Sismondi está en razon de cuatro á uno (1). Sin sostener que no haya exageracion en el cálculo, creo que dista poco de la verdad. Sábese cuán reducido es el número de propietarios en Inglaterra: Mr. de Montveran los fijaba, en 1816, tan solo en treinta y dos mil, mientras que en Francia en la misma época, cerca de la mitad de los habitantes pertenecian á familias propietarias (2). Cuando la mayor parte de la poblacion se consagra á la agricultura, hay mas seguridad para el estado y para las familias. La industria fabril y la comercial tienen algo de brillante y de indefinido, de que carece la industria agrícola; pero tambien está mucho mas sujeta á esos reveses, á esas crisis que devoran tantas fortunas. Notemos así mismo (y llamo la atencion del lector hácia esta importante observacion) notemos, repito, que gracias á los progresos de la industria, á la perfeccion de los instrumentos y de las máquinas, no es necesario que la poblacion manufacturera sea muy numerosa para producir riquezas en abundancia.

La teoría inglesa convida con una halagüeña perspectiva; pero considerando los hechos, observo que una parte de la poblacion de la Inglaterra, yace en una miseria horrorosa: la tierra la repele, y las

---

(1) *Nouveaux principes de l'Economie politique*, 2.<sup>a</sup> edición, tomo 1.<sup>o</sup>, pág. 254.

(2) Véase una nota de Garnier, traduccion de Smith, tomo 6.<sup>o</sup> pág. 177.

fábricas apenas pueden cobijarla. En Francia la miseria está encerrada en límites mas estrechos, la comodidad es mucho mas general. Seguramente las vastas posesiones ofrecen ventajas considerables para los progresos de la agricultura, y creo tan necesaria la existencia de un cierto número de ellas, como creería funesta la destruccion de todas las pequeñas propiedades. No exageremos sin embargo las ventajas que les confieso. Si el arte de cultivar no ha llegado entre nosotros al mismo punto de perfeccion que entre los ingleses, nuestra agricultura, no obstante, hizo notables adelantos, y cada vez los hará mayores; y ciertamente mas valdrá ver sucederse las mejoras con lentitud, que comprarlas á costa del bienestar de una parte de la poblacion.

Con frecuencia los escritores franceses se han abandonado á su imaginacion pintando las ventajas inherentes á las reducidas propiedades: parecían olvidar que el arte de la observacion en Economía política es muy diferente del arte de componer idilios. Bosquejóse el cuadro de las maravillas de la industria creadas por pequeños propietarios, fertilizando hasta los peñascos vecinos á sus modestas cabañas. Realzaron este cuadro con el contraste del que presentan inmensas posesiones abandonadas de sus dueños indolentes, ó convertidas en estériles por el lujo, que las transforma en parques y en jardines. Ambos cuadros son realidad ¿pero qué consecuencias se deducen? Son raros los terrenos incultos, de acceso difícil, cuya aridez no pueda ser vencida, sino por la inge-

niosa destreza, que sugiere la necesidad, y ninguna conclusion general puede sacarse en favor de las pequeñas propiedades. Si grandes propietarios abandonan sus haciendas ó prefieren lo agradable á lo útil, esto no prueba de modo alguno que el cultivo en grande no sea mas propio para perfeccionar el arte y dar una masa mayor de productos agrícolas.

Sin enunciar ideas desabridas y falsas, pueden hacerse valer consideraciones morales en pro de las pequeñas propiedades. Admito que si se reunen veinte de estas propiedades en una sola, habrá mas *producto neto*: convengo tambien en que se cultivará la grande propiedad de suerte que rinda mayor *producto bruto* (1); pero no produzcamos las riquezas por las riquezas mismas, y pensemos en la felicidad. ¿Los veinte pequeños propietarios que trabajaban para sí propios y que á lo sucesivo trabajarán para otros, serán mas felices? Esta no es una cuestion de tal naturaleza que pueda resolverse por guarismos. Sin duda un pequeño propietario, en estrechez, podría llegar á ser un arrendador de conveniencias por medio de las anticipaciones que le procurase la venta de su

(1) El *producto bruto* es la totalidad de los frutos de una hacienda, y el *producto neto*, es tan solo lo que resulta líquido deducidas todas las anticipaciones.

Es un error no ver riquezas sino en el producto neto: la totalidad de los productos se consume, y contribuye á satisfacer nuestras necesidades.

menguado patrimonio. Sin duda un padre debe adoptar el género de vida que promete asegurarle la comodidad necesaria á la subsistencia de su familia. Tales consideraciones bien merecen que uno se ocupe en ellas. Mas en muchos países, y sobre todo en Francia, vemos gentes pobres contentarse con sus mezquinos terruños: dejándolos se hallarían mejor, es decir, tendrían en otra parte menos fatigas y mas dinero, y prefieren sin embargo vivir bajo el techo paterno: allí gozan de gratos recuerdos; recuerdos que en otra parte serían amargos pesares. ¿Y debe combatirse este sentimiento que los progresos de la industria debilitan de dia en dia, difundiendo el ardor de especular y la sed de enriquecerse?

La variedad en la estension de las propiedades es necesaria. Si el territorio de un estado se hallase dividido en vastas posesiones, fuera de los inconvenientes que hemos observado, sería demasiado fácil á aquellos propietarios alzar el precio de las subsistencias, á lo menos con el apoyo de los aranceles de aduanas. Si por el contrario, solo existiesen pequeños propietarios, los cultivadores precisados á vender sus cosechas, envilecerían los productos agrícolas, y habría una abundancia facticia, que haria el consumo mas rápido y las hambres mas frecuentes.

Abandonadas las cosas á su curso natural, la division de las tierras será conforme lo pidan la produccion y distribucion de las riquezas: habrá pequeñas, medianas y grandes propiedades. Basta que las leyes no pongan obstáculo á la libre circulacion de

las tierras para garantizarse de los peligros que envolvería el exceso de su division, ó de su aglomeracion.

Podemos figurarnos la division de la propiedad territorial llevada á tal extremo, que resulte de ella la indigencia universal. Siendo con el escedente de los productos agrícolas con lo que los propietarios y los arrendadores se procuran los objetos útiles ó agradables, ocupando así á los hombres dedicados á la industria agrícola y comercial, si el suelo estuviese dividido con tal exceso que la familia de cada cultivador no pudiese hacer producir mas que la subsistencia á su estrecho terruño, se verian en la dura situacion de proveer por sí mismos á todas sus necesidades, y la miseria sería inaudita. La penuria afligiría aun mas á los habitantes que no poseyesen tierras: estos ni aun pudieran subsistir, puesto que no encontrarían productos fabriles admisibles en cambio de los agrícolas. Así una parte de la poblacion arrastraría una existencia enteramente física, una vida animal, mientras las otras morirían de hambre.

Empero, este cuadro supone una hipótesis imposible de realizar. Dos causas, el interés del rico, y el interés del pobre, se opondrán siempre al exceso de la subdivision, temido por los observadores superficiales. El propietario que vive en la opulencia, codicia ensanchar sus posesiones, y el que goza de una medianía, desea redondear las suyas. Hay cierta atraccion que hace gravitar los terrenos esparcidos hácia las ricas haciendas. Un año de escasez amortiza muchas pequeñas propiedades. Sin mediar circunstancias

extraordinarias, la dificultad de dividir escasos patrimonios y el interés de los herederos, se oponen diariamente á que la particion de las tierras se lleve hasta lo infinito. Una escesiva division de propiedades puede momentáneamente existir en tal punto del estado; pero este mal que no podria propagarse, que el tiempo hace desaparecer y que tiene sus compensaciones, es poco mas ó menos nulo en la masa de los intereses sociales.

La naturaleza tambien provee á que las propiedades no se concentren en un corto número de manos. Esta aglomeracion no podrá tener lugar mientras que la herencia paterna se distribuya con igualdad, ó casi con igualdad entre todos los hijos.

Hay una observacion esencial que hacer acerca de los dos extremos supuestos en la division de las tierras. La particion escesiva, lo repito, es imposible, y si se efectuase, no podria sostenerse, cualesquiera que fuesen los medios adoptados, á menos que el legislador no obrase dentro de un círculo muy estrecho y no formase un convento político parecido al de Licurgo. Nuestros estados industriosos y dilatados repelen esas instituciones, y el abuso de la division territorial se corrige por sí mismo. No sucede otro tanto con su concentracion: este abuso, ó por mejor decir esta calamidad, puede ciertamente padecerse. El derecho de primogenitura, los mayorazgos, las substituciones que renovándose y perpetuándose producirían iguales efectos que los mayorazgos, tienden á sustraer sin cesar tierras á la circulacion, y concluirán por re-

partir el territorio entre un corto número de propietarios. Es de notar que los progresos de la industria y la circulación de los capitales impelen las tierras á reunirse y escitan á destruir las pequeñas propiedades para poner las grandes en cultivo. Esta causa, cuando obra sola, es apenas peligrosa, porque no impide á las propiedades aglomeradas el ser en seguida divididas; y como nace del desarrollo de la industria, del acrecentamiento de los medios de animar el trabajo, encierra en sí misma el gérmen de poderosas compensaciones. Mas el derecho de primogenitura, los mayorazgos, las substituciones despojan sin compensacion: durante su régimen puede haber millares de habitantes desposeidos, y nunca una grande propiedad de sobra en el estado.

Estas instituciones, bien sé que es factible considerarlas bajo un punto de vista puramente político, y aun concedo que haya circunstancias en que los principios de la ciencia de las riquezas deban ceder á mas altas consideraciones. En la época de la anarquía feudal, por ejemplo, era menester hallarse en estado de resistir á las agresiones vecinas: dividir la propiedad entre los hijos era aniquilarla, y entonces el derecho de primogenitura estaba fundado en la necesidad. Luego se perpetuó por vanidad, y en nuestros dias lucha contra ella un sentimiento de equidad generalmente extendido, y la ternura de todas las madres.

Los intereses de la industria están enlazados con la paz y la libertad de los pueblos. Hallándose de

acuerdo la mayor parte de los publicistas en que la institucion de los pares concurre poderosamente á consolidar estas garantías, y que pares no puede haberlos sin mayorazgos, sería preciso otorgarles nuestra aprobacion, aun cuando bajo cierto punto de vista chocase con nuestros principios. Mas apenas tendrian una perniciosa influencia en la distribucion de las riquezas los mayorazgos en número tan reducido. Suponiendo que la dignidad de par arrancase á la circulacion tierras por valor de trescientos millones, es una cantidad insignificante en un pais como la Francia, en donde las propiedades rurales inmuebles ascienden á mas de cuarenta mil millones (1). Estos mayorazgos, desnudos de inconvenientes para la sociedad, aun se convertirian en útiles, si los pares, considerándose protectores de los intereses públicos promoviesen con justo orgullo los grandes progresos de la agricultura en sus haciendas. Podríanse sin sustraer tierras á la circulacion, fundar mayorazgos en rentas sobre el estado; pero semejante método implicaria graves inconvenientes: hay no se qué apariencia de precario, liberta del impuesto, y en momentos de crisis podria obligar á los pares á reclamar para ellos un pago que sería diferido respecto

---

(1) Mr. de Chaptal (*de l'Industria française, tom. 1.º, pág. 220*) las valúa tan solo en treinta y tres mil millones; pero toma por base del cálculo el cinco por ciento en que gradúa la renta.

de otros acreedores. Así, los mayorazgos en bienes raíces son los únicos convenientes á la dignidad, á la estabilidad de los pares.

---

## CAPITULO IV.

### DE LA LIBERTAD DE INDUSTRIA.

La industria de los hombres, ora sean ricos empresarios, ora sean obreros miserables, es su propiedad. La justicia reclama que se les garantice su ejercicio tanto como fuere posible, y el interés social lo exige igualmente. Para apreciar los efectos de las trabas que en casi todas partes sujetan á la industria, conviene observarla desde luego desplegando su actividad en el interior del estado, y llevando despues al extranjero productos nacionales, y trayendo en cambio productos extranjeros.

Hechos recientes nos ilustran sobradamente en el particular. La Francia fué presa de sangrientas discordias, sostuvo durante veinte años guerras mortíferas y dispendiosas; las mas ricas familias huyeron, los mas hábiles artífices emigraron, el papel moneda, la ley del *maximum*, la conscripcion, las invasiones y los enormes impuestos se sucedieron ó se emplazaron para abrumarla: y despues de tantos desórdenes, y aun en el momento mismo en que una parte de estas causas de ruina pesaban sobre ella, hemos visto

á su industria cobrar un nuevo realce con sorpresa y admiracion de la Europa. El número de jornaleros casi se ha duplicado en nuestras ciudades, la cantidad de los productos mas que triplicado; cultivamos con éxito industrias estrañas para nosotros por mucho tiempo, perfeccionamos la mayor parte de las que poseiamos, y acaso no se cuenta una sola de la cual puede decirse que ha degenerado (1). El primer efecto de estos progresos inopinados es un bienestar mas general que de una ojeada se percibe: el pueblo está evidentemente mejor alimentado, mejor vestido, mejor alojado que hace cuarenta años. El segundo resultado es la riqueza del gobierno, puesto que la Francia paga mil millones de impuesto anual.

---

(1) Dá compasion oír á personas mal humoradas sostener lo contrario, y decir por ejemplo, que hoy no se fabrican tejidos tan fuertes como en otro tiempo. Bien podrá ser respecto á ciertos, que antes se transmitian de generacion á generacion: si no se fabrican en el día es porque no son ya del gusto de los consumidores. Quéjense enhorabuena de las mugeres, que para mayor variedad de su tocado prefieren sedas sencillas á sedas de eterna duracion; y aunque por mi parte nada encuentro reprehensible, convendré en que cada cual es dueño de condenarlas, sin que haya culpa de parte de los fabricantes. Muchos fabricarian perfectamente los géneros por que tantas personas suspiran, porque tienen igual ó mayor habilidad que sus abuelos; pero harian muy mal si presentasen en el mercado productos que no tendrian compradores. He visto paños modernos que esceden en solidez á los de nuestros padres, y se fabrican pocos, porque tienen pocos consumidores.

Su situación es de suerte que los franceses no tendrían necesidad mas que de un solo bien, la seguridad para alcanzar en menos de medio siglo un grado de prosperidad de que acaso ningun país pudiera hasta ahora ofrecernos el modelo.

La causa principal de tantos progresos en medio de circunstancias tan desfavorables fué la libertad otorgada á la industria en el interior del estado. Las artes estaban sujetas en Francia por una multitud de trabas, como lo estan todavía en la mayor parte de Europa, que debiera al fin convencerse á vista de nuestra esperiencia. Los aprendizages forzosos, las *maestrías*, las *corporaciones* desviaban á la habilidad y restringian los medios de acrecentar y perfeccionar los productos. Formalidades embarazosas, vejaciones multiplicadas asolaban los talleres y protegian la rutina. Alzábanse barreras entre las provincias; un carro de mercancías era visitado ocho veces y pagaba siete diferentes impuestos en el tránsito de Bretaña á Provenza. Al fijar la vista en el cúmulo de reglamentos, de prohibiciones, de privilegios que pesaban sobre nuestra industria, nos admiramos de que tuviese alguna vida, y nos preguntamos cómo tal azote no neutralizó las tendencias al desarrollo.

La sociedad está dotada de un principio vital casi imposible de extinguir: con malas leyes sufre; pero existe. Por otra parte no juzguemos del efecto de las instituciones viciosas en hombres á quienes sujetan desde la infancia, por el que producirian si su influjo se sintiese de repente. Aviénesese uno á cierto ór-

den de cosas por vicioso que sea, cuando ha llegado á convencerse de que existió siempre y no cambiará jamás. La necesidad de vivir ciñe al hombre al trabajo: si es vejado, atormentado, se hace poco y mal, pero se hace algo. En fin, supongamos que reviviese hoy la locura de sujetarnos al régimen de las corporaciones y reglamentos: entonces retrogradarian las artes, cundiría la miseria, pero aun no se aniquilaría la industria, y sin embargo, nuestros hábitos de libertad harían este régimen mas odioso y mas insupportable mil veces que lo fuera para nuestros padres.

Si las leyes reglamentarias de la industria fueron perjudiciales, han dicho ¿hubiéralas conservado la Francia por tanto tiempo? ¿Susistirian aun en países ilustrados? Una vez sujetos á estas trabas es muy difícil sacudirse de ellas: á menos que la administracion no una á gran copia de luces el mas raro valor, no se atreve á emancipar la industria. En el momento en que emprende realizar una idea exacta acerca de la libertad de las artes, se ve acometida por las reclamaciones de todos los hombres interesados en sostener el monopolio y la rutina. Los miembros de las corporaciones se concertan, se ligan, llaman en su socorro á cuantas personas desempeñan algun cargo, á las oficinas y á todo ese tropel de protectores bien hallados con tener empleos que conferir. Las ganancias de los abusos sirven para perpetuar los abusos mismos. Los hombres de escaso talento, siempre dispuestos á creer que lo que es debe ser, y que las ideas de mejora son sueños, se dejan ar-

rastrar de los temores propalados por los miembros de las corporaciones, tanto mas, cuanto que estos se muestran convencidos de que su interés es el interés general, que hacen valer sus conocimientos positivos, su larga esperiencia, y que son hábiles para abultar los inconvenientes inseparables de los cambios, aun los mas necesarios. ¿Cómo un estadista no se sobrecogería en vista de los clamores que escitasen sus proyectos? Para dar una idea de la violencia con que los monopolistas hacen oír sus reclamaciones al punto que imaginan se atenta á sus derechos, conviene citar algun ejemplo, y lo tomo de las observaciones recogidas por un inspector general de manufacturas.

“¿Se trata de autorizar la fabricacion de telas pintadas, cuya introduccion no pudiera impedir un siglo de atrocidades, ni tampoco disminuir su consumo? Los privilegiados ven en este proyecto la subversion de todas las leyes, el aniquilamiento del comercio, la despoblacion del reino: no hay parage en donde no pululen convocatorias, deliberaciones, diputaciones, memoriales, escotes, dinero espendido y solicitudes de todas clases.

Rouen alega su prosperidad en las manufacturas de algodon (1), y vislumbra que si se permiten

---

(1) Es digno de notarse, que el establecimiento de estas fabricas habia provocado pocos años antes una vivisima oposicion.

las telas pintadas, su comercio se arruina, sus talleres se abandonan: *las mugeres, los niños, los ancianos se sumen en la miseria, las tierras mejor cultivadas se tornan en eriales, y la Normandía, esta hermosa y rica provincia, queda desierta.*”

La ciudad de Tours vé gemir á todos los *diputados del reino*, y teme un trastorno que ocasioné una convulsion en el sistema nervioso político. Reims presenta su peticion formada por mas de cincuenta comerciantes que dicen claramente que se *les quiere sacar su pan*. Lyon no podia guardar silencio acerca de un proyecto que *esparció el terror en todas las fábricas*. París jamás acudió por un asunto tan importante á los pies del trono que el comercio niega con sus lágrimas. Amiens considera el permiso de llevar y usar telas pintadas ó teñidas, como la *sima en donde todas las manufacturas del reino van á ser sepultadas*. Esta memoria acordada en junta de mercaderes de los tres cuerpos reunidos, atestada de cosas semejantes y de estilo grave concluye así: *Por lo demás basta para proscribir para siempre el llevar y usar telas pintadas ó teñidas que todo el reino se estremezca al anunciarle que serán permitidas.... Vox populi, vox dei!*

Dá compasion, ó le indigna á uno el leer ese fárrago en donde rebosaban la misma ignorancia, la audacia misma que forjaron volúmenes de que la Francia estaba inundada. ¿Existe ahora un hombre asaz insensato que diga que la manufactura de te-

las pintadas no ha empleado un número prodigioso de brazos, &c., &c.? (1)

No debemos ceñirnos á ideas generales respecto de la libertad de industria : analizaré, pues, escrupulosamente este importante tratado.

Cuando un gobierno quiere esclavizar la industria interior, los medios que adopta son imponer condiciones para ser admitido á trabajar, y determinar las cualidades que deben tener los productos.

---

(1) Extracto de la *Enciclopedia metódica*, parte manufacturas, artes y oficios en el vocablo *Inspector*.

## CAPITULO V.

DE LAS LEYES QUE EXIGEN CONDICIONES PARA SER UNO  
ADMITIDO AL TRABAJO.

## SECCION PRIMERA.

*Estas leyes, inútiles para formar obreros inteligentes, son funestas á la clase laboriosa y perjudiciales á todos los consumidores.*

El interés general, así como el interés particular, reclama que cada uno pueda proveer á su subsistencia: oponer sin una evidente necesidad obstáculos al ejercicio de la industria, es abrir las fuentes de la miseria, de los vicios y de los desórdenes.

Es posible obtener por medios legítimos y suaves lo que en vano se intentaría alcanzar con leyes restrictivas y reglamentos opresores. ¿Queréis que un estado se pueble de hábiles obreros? Haced laboriosos á sus habitantes para que trabajen: hacedlos inteligentes para que trabajen bien.

Escuso repetir lo que en otras obras dije (1)

---

(1) *De la Philosophie morale* cap. 19. *Applications de la morale á la politique*, cap. 8.

acerca de la instruccion popular, que no es menos útil al mejoramiento de las costumbres que á la perfeccion de las artes. Los niños adquieren en las escuelas los hábitos de orden y de trabajo, cuya influencia quizá se siente en la vida entera. En general, los hombres que han desarrollado algun tanto sus facultades intelectuales, exigen mas respeto que los que se han dejado degradar en su juventud por el ocio y la ignorancia.

Hay quienes hablan de la instruccion de una manera vaga, y que quisieran difundirla sin medida y sin propósito. Estos hombres son á la verdad celosos en extremo; pero su ignorancia acerca de los intereses de la sociedad los convierte en verdaderos azotes. Para saber lo que conviene enseñar á cada discípulo es preciso antes examinar para qué se piensa hacerlos hábiles. Así se echará bien pronto de ver que la clase obrera necesita tan solo conocimientos muy triviales: que una instruccion vasta y variada arrancaria á los hombres de la industria, lejos de formarlos para ella. Si arrastrásemos á los colegios á todos los jóvenes cuyas disposiciones apareciesen distinguidas, se irrogaria un gran perjuicio á la sociedad. Y en efecto, ¿cuánto no se retardarian los progresos de las artes si todos los jóvenes sobresalientes se desdennasen de ejercer un oficio y de trabajar en una fábrica? Agréguese que la mayor parte de estos jóvenes soportarian una existencia muy miserable, porque no pudieran, ni procurarse empleo, ni ceñirse á trabajos manuales. La sociedad, despues de haber

perdido las ventajas que de ellos debiera esperar dedicándose á las artes útiles, experimentaríá ademas los desórdenes que promoviesen los que se hallaban fuera de todas las condiciones y sin recursos para ganar su vida honradamente.

Conviene pulir el entendimiento de los niños pobres con la instruccion primaria: que reciban lecciones de moralidad; que sepan leer, escribir y contar, y si no los destinan á trabajos agrícolas, que posean los elementos del dibujo. Despues de estos estudios se hallan mas aptos para aprender un oficio. En un gran número de operaciones fabriles no es necesario un aprendizaje regular: en las artes, cuya dificultad exige un verdadero aprendizaje, las condiciones deben ser libres.

Algunos artífices mas inteligentes que otros desean llevar su industria hasta la perfeccion. Las lecciones de geometría y de química aplicada á las artes, los cursos especiales abiertos cerca de algunas manufacturas adonde concurren jóvenes de distintas provincias, las escuelas de artes y oficios ofrecen poderosos auxilios al desarrollo de la industria.

Cuando el obrero es instruido, si la legislacion le permite ejercer su industria como quiera, cambiarla, reunir muchas, ir á donde las necesidades le llamen, entonces abundan para él los medios de ganar su vida. Al mismo tiempo la concurrencia le obliga á no despreciar nada para ofrecer con baratura obras bien acabadas.

Sin embargo, de muchos paises aun no desa-

parecieron las maestrías, las veedurías: se encuentran tambien entre nosotros personas que echan de menos esas funestas instituciones, y he conocido estadistas bastante escasos de luces para pensar en restablecerlas. Por mi parte dudo que tales instituciones hayan sido necesarias para dirigir, ni aun los primeros pasos de la industria. Mucho se han encarecido los reglamentos de S. Luis, y en efecto no están dictados por un espíritu fiscal, sino que tienden evidentemente á formar obreros hábiles y honrados. Sin embargo, no es lícito poner en tela de juicio que los verdaderos medios de alentar las artes fuesen desconocidos en aquella época remota. Aun cuando demostrásemos que estos reglamentos han contribuido de la manera mas feliz al desarrollo de la industria naciente, ¿deberíamos concluir que son igualmente á propósito despues que la industria há cobrado vuelo? A un hombre le viene estrecha la cuna en que se holgó allá en su infancia.

Luis IX habia encontrado ya establecidas las corporaciones: parece que se formaron con el objeto de resistir á la opresion de los señores y gentes de armas. Bien concibe que los artesanos reunidos fuesen mas poderosos para rechazar las vejaciones ó para elevar sus quejas; pero cuando imperan las leyes, cuando no hay por qué temer la violencia, las corporaciones solo sirven para oponer obstáculos á aquellos que quisieran gozar del fruto de su trabajo, y la proteccion de otro tiempo se convierte en tiranía.

Las corporaciones tales como aun las teníamos

hace cuarenta años no fueron introducidas con miras de interés público. Enrique III solo recursos fiscales habia buscado en las maestrías y en los gremios de que cubriera la Francia. Luis XIV en sus apuros apeló á recursos semejantes: mas de sesenta mil oficios, onerosos todos ellos para la industria, se enagaron durante su reinado.

El gobierno dudaba tanto menos explotar estas minas, cuanto que se habia formado ideas muy estrañas acerca de sus derechos, y las modificaciones sucesivas de dichas ideas son harto curiosas. Enrique III en un edicto de 1581 profiere estas espantosas palabras: "*Permitir trabajar es un derecho señorial y real.*" Luis XIV restringe tan irritante pretension: "*solo á los reyes compete, dice, nombrar maestros de las artes y oficios.*" (Edicto de 1691). Luis XVI en otro edicto de 1770 recuerda las palabras de Enrique III sin atribuir las á un rey, y añade: "*nos apresuramos á protestar contra dicha máxima.*"

Oprimir la industria para obtener dinero, es, como ya se ha dicho, y con razon, devorar las semillas que debieran producir la cosecha. Sin embargo, cuando un ministro se propone esclavizar la industria, á no hallarse muy difundidas las luces, encuentra fácilmente cómplices entre los hombres industriosos. Calculan algunos que revestidos de un privilegio esclusivo respecto á cierto género de trabajo, tendrán con menos fatiga mas ganancias: consienten en pagar esta doble ventaja y la autoridad les vende un

monopolio que egercen contra la clase laboriosa y contra el público. Entonces los simples obreros no pueden optar á la maestría, si carecen de dinero, ó si su habilidad inquieta á los gefes de las corporaciones, y un gran número de personas se ve condenado á trabajar toda su vida en provecho de otros. Observemos ademas que siendo en muy limitada cantidad los empresarios industriales, se hace mas difícil á los obreros procurarse trabajo y mas fácil á los maestros reducirles sus salarios. ¡Qué tejido de iniquidades! ¡Cuántas fuentes de vicios y de miseria!

El público no es menos víctima del monopolio: lo primero es indemnizarse á cuenta de los consumidores de las anticipaciones exigidas por la autoridad; y aun suponiendo que nada exija, que introduzca corporaciones con miras enteramente paternales, debiera todavía reembolsarse de los gastos de administracion. Los ocasionados por los pleitos de los gremios ascendian en París á mas de 800.000 francos en cada año (1). Suprimánse si se quiere estos gastos casi inevitables; ¿pero los monopolistas no son dueños de alzar el precio á sus obras cuanto les convenga?

Estas obras, mas caras, son tambien mas imperfectas que bajo un régimen de libertad. ¿Qué motivos pueden tener los monopolistas para esmerarse en

---

(1) *Observations sur les maîtrises et les jurandes*, por Mr. Vital Roux, pág. 24.

sus trabajos, si solo á ellos se les ha de comprar? En vano se diria que forman concurrencia entre sí. Por falta de emulacion decae la industria en las ciudades sujetas á los gremios. Los mejores obreros se encontraban en los arrabales á donde no alcanzaban las veedurías: allí se trabajaba bien y barato, sopena de no vender; pero para hacerse con sus obras era necesario arrostrar los disgustos y los peligros del contrabando.

No es posible admitir las corporaciones sin director los ramos de la industria. Este aislamiento es demasiado opuesto á la naturaleza de las cosas para no envolver una porcion de abusos: se requieren inspecciones, visitas, pesquisas de que resultan pérdidas de tiempo, vejaciones, debates, litigios. Con frecuencia se ve obligado el consumidor á emplear muchos obreros, cuando uno solo lo haria todo mejor, mas pronto y mas barato. Algunas veces es hasta imposible desempeñar los trabajos que se desean. La Francia estuvo largos años privada de invenciones ó mejoras relativas al arte de barnizar, á la fabricacion de papel pintado, á la de instrumentos de física y matemáticas, &c., porque hombres de un mérito relevante se veian perseguidos por corporaciones tenaces en sostener que les invadían sus prerogativas.

El estadista que distribuya los ramos de la industria entre un cierto número de privilegiados no evitará el ser muy mal repartidor del trabajo. Las circunstancias, las necesidades y los gustos cambian, y así no es raro que bajo el yugo de las corpora-

ciones, un género de industria carezca de obreros, mientras que en otro sobren. Con la libertad los obreros inteligentes varían de ocupaciones; mas cuando los hombres están asediados, pueden verse en la precisión de permanecer ociosos y sufridos al lado de los trabajos que los llaman. En vano se queja el público mal servido: la industria no aprovecha al público, sino al patrimonio de algunos monopolistas.

Háse citado hasta la saciedad á esa Inglaterra, en donde florecen las artes y en donde sin embargo la mayor parte de los pueblos todavía hoy conocen los gremios. El seudónimo John Nickols que conocia á fondo la Inglaterra, decía: "Nótase que los pobres son mas frecuentes en los pueblos en donde las artes forman gremios que en las ciudades libres: la cuota de los pobres es en aquellas un tercio mas considerable... Nuestro comercio hubiera progresado con harta lentitud, si en todas partes se hubiese trabado la industria. Manchester, Leedos, Birmingham en donde no hay corporaciones, ocupan el primer lugar entre las ciudades manufactureras. La parroquia de Halifax há visto cuadruplicarse en cuarenta años el número de sus habitantes, y muchos pueblos en donde reinan los gremios, han experimentado disminuciones sensibles... Las casas comprendidas en el recinto de Londres se arricadan mal, mientras que Westminster, Stouthwark y los otros arrabales se acrecientan de continuo porque son libres, y Londres tiene noventa y dos compañías exclusivas de todas clases, cuyos miembros ornan todos los años con su

pompa tumultuaria el triunfo del Lord-corregidor (1).

Me guardaré muy bien de atacar un sistema vicioso recordando lo que los reglamentos tenían de mas absurdo y ridículo. En Francia un cerragero no podía fabricar clavos: en Londres estaba prohibido á los maestros de coches construir ruedas de carruages, pero los que construian ruedas podian hacer carruages. Estos ejemplos estravagantes, sobrado fáciles de multiplicar, nada prueban respecto al fondo de la cuestion. Toda institucion debe examinarse en sí misma aparte de los abusos de que es inseparable, y observando así las de que hablamos, se reconoce que dan entrada á un monopolio funesto al bienestar de la clase obrera, al interés de los consumidores, al progreso de las artes y á las costumbres que se depravan con las vejaciones y la miseria.

---

(1) *Remarques sur les avantages et les désavantages de la France et de la Grande Bretagne etc.,* pág. 210 y 212.

*SECCION SEGUNDA.*

*Estas leyes son útiles para prevenir la superabundancia de las mercancías.*

Dando una ojeada en torno de nosotros, nos conmueve el ver cuántos hombres no pueden procurarse cosas útiles y aun necesarias, porque son demasiado caras para ellos, y naturalmente nos inclinamos á desear que la cantidad de productos se acreciente para que su valor disminuya. Todos los hombres son consumidores, y todos tienen interes, bajo esta relacion, en que los productos se multipliquen. Cada mercader que solicita un monopolio, solo quiere escepcion á la libertad en su comercio; prueba de que la concurrencia es de utilidad general.

Pero, dicen los adversarios de esta opinion, si llega á fabricarse demasiado de tales mercancías, los empresarios desmayan por precision y suspenden ó quizás abandonan sus trabajos, y los obreros que de ellos dependian, vendrán á un estado de penuria. Se conjuran estas calamidades confiando á corporaciones la provision de la sociedad: entonces no hay para qué temer especulaciones imprudentes: los empresarios de industria, cuyo número es limitado, conocen las necesidades de los consumidores, los medios de satisfacerlas y evitan la paralización de productos que comprometería sus fortunas, y sería funesta á los obreros.

Este razonamiento es muy original: se dice, impidamos trabajar á los obreros, porque sus trabajos podrian no tener continuamente la misma actividad: ¡así por precaverlos de una crisis remota, los precipitais desde luego en la misma crisis!

Ciertamente el monopolio debe prevenir la paralización, porque sus explotadores tienen estremo interés en mantener los productos en cantidad inferior al nivel de las necesidades á fin de vender siempre mas caro. Disminucion de la oferta, elevacion de los precios; hé aquí los efectos del monopolio, y efectos son estos que envuelven un mal general que afecta al trabajo y al consumo de la sociedad en masa. ¿es razonable someterse á ellos para evitar los inconvenientes parciales, hijos de un corto número de especulaciones imprudentes, tentadas por la ignorancia ó por la codicia?

Este mal general es tambien el mas duradero. Cuando la industria es libre, si uno experimenta algun revés, al momento procura repararlo, y como los genios son emprendedores, como hay libertad de emplear cuantos recursos lleguen á descubrirse, los obstáculos se remueven y se recobran de las desgracias con la mayor prontitud imaginable. Mas si los gremios y los privilegios lograron introducirse, estos azotes afligen largo tiempo á la sociedad, que los sufre sin poder esquivarlos, y así en un sistema entreveo inconvenientes parciales y momentáneos, pero en el otro palpo un mal general y permanente. A la verdad todo adolece de peligros, sin embargo de que

cuanto mas reflexiono, tanto mas viva es la impresion que me causan los desórdenes á los cuales se entrega la sociedad, prefiriendo los resultados de los privilegios á los de la concurrencia.

El recelo de que los empresarios se perjudiquen entre sí por la concurrencia, es mucho menos razonable que el de verlos perjudicar á la clase obrera y al público con las armas del monopolio. Muchos soportan el mal de las restricciones puestas á la libertad y pocos se aprovechan de ellas. Nótese tambien que los miembros de las corporaciones se causan reciprocos perjuicios: los objetos que compran están caros á la manera que los que venden, de suerte que los gremios, en último resultado, se desquitan los unos á cuenta de los otros.

Mr. de Sismondi considera el exceso de produccion fabril como una de las mas terribles calamidades que pueden afligir á la especie humana. Despues de haber espuesto sus vivas inquietudes, está intentado á creer que vá á pedir el restablecimiento de los gremios y corporaciones, *cuyo resultado era (dice) limitar el número de productores y á la vez la actividad de cada uno de ellos; de suerte, que la produccion no escudiese nunca á la demanda, ó ni siquiera la igualase* (1). Y sin embargo, Mr. de Sismondi declara que intentar restablecerlas es un ab-

---

(1) *Nouveaux principes d'Economie politique*, tom. 1.<sup>o</sup> pag. 424.

surdo (2), y está convencido de que el remedio sería peor que el mal. No nos hagamos ilusión: rehusando confiar al interés, á las luces, á la prudencia de los empresarios de industria y de los comerciantes, precaver el exceso de fabricacion ó corregirlo: no viviendo en la conviccion de que los menores inconvenientes nacen de la concurrencia, es fuerza acudir sea á las corporaciones, sea á otro medio opresor, porque para limitar la produccion, es indispensable esclavizar la industria. ¡Limitar la produccion! Todo estadista ilustrado y de buena fé debe temblar á estas palabras que significan "*disminuir el trabajo y encaecer el consumo.*"

Tal vez nos lamentamos con razon del exceso de la concurrencia; pero no podemos sin embargo cerrar los ojos á sus ventajas, y en prueba de ello, hé aquí un ejemplo que diariamente se repite. Un hombre honrado, cabeza de una familia numerosa, se coloca al frente de una empresa de carruages que transporten viajeros y mercancías de un punto á otro. Pasan muchos años durante los cuales prospera su establecimiento y su familia es feliz; mas de súbito aparece un concurrente que menguarle sus ganancias y comprometer su fortuna en el peligro, y este hombre con quien simpatizan os, y cuyo bienestar se halla amenazado, nos causa la mas viva inquietud. Entretanto,

---

(2) *Nouveaux principes d'Economie politique*, tomo 1.º, pág. 427.

si el nuevo empresario prevalece sobre el antiguo, á pesar de las ventajas que dan las relaciones de largo tiempo contraídas, es sin duda porque sirve al público de una manera mas rápida, ó mas cómoda, ó mas barata. ¡Cuántos viajeros, mercaderes, consumidores se aprovechan de estas mejoras haciendo ahorros ó caminando con mayor comodidad! ¿Debería privarse, debería impedirse al nuevo empresario ganar su vida y sustentar á su familia? ¿Convendría oponerse á los progresos de un género de industria, á la facilidad de las comunicaciones, y á todo aquello por lo cual el antiguo empresario pudo, como quiso, continuar enriqueciéndose sin mejorar su establecimiento? Obsérvese que no se oponen obstáculos á que redoble sus esfuerzos, antes se le estimula á que perfeccione á su vez y recobre las ventajas perdidas. No llegaría sin duda el caso de compadecerle, si gozase de un privilegio esclusivo; pero deberíamos compadecer á otros hombres tan honrados y tan inteligentes á quienes privaría de trabajar, ó trabajarían solo para él. Respetemos siempre la justicia; y la justicia quiere que cada hombre recoja los frutos de su industria. Allí, en donde la concurrencia se vé atajada, se condena á la inteligencia y á la actividad en provecho de la ignorancia y de la pereza.

---

## SECCION TERCERA

*¿Estas leyes son buenas medidas de policia?*

Cuando sujetan la industria al yugo de las corporaciones, pueden proponerse el precaver las quiebras, las bancarrotas, oponer obstáculos al fraude, ó mantener el orden en la clase obrera. Reduciendo el monopolio el número de empresarios, sin duda que tambien será menor el de los fallidos que si todos fuesen árbitros de tentar fortuna, asi como la mortalidad debe ser menor en diez individuos que en treinta.

Las corporaciones, tan severas en tratándose de admitir á hombres cuyo talento les alarma, son indulgentes con extremo respecto á los que no les hacen sombra. Concedo sin embargo que éste régimen escluya del trabajo á un cierto número de personas de corrompidas costumbres, de imprudentes y aun de ignorantes: que impida pues, á algunos hombres correr hácia su perdicion; pero para alcanzar esas ventajas á cuántos otros no reduce á la imposibilidad de procurarse la subsistencia, ó dé acrecentar su fortuna por medios decorosos! ¡Cuántas víctimas desde los pobres obreros á quienes se veda el trabajo ó que se ven reducidos á un mezquino salario, hasta los ricos capitalistas y los ingeniosos inventores, que no pueden dedicarse á trabajos, de cuyos frutos la sociedad entera sería partícipe! Un régimen tal, impide

ciertamente que algunos individuos sin probidad especulen y sonsaquen á honrados comerciantes; pero confiriendo á otros el privilegio de despojar y desquitarse á cuenta de todos sus compatriotas. Si á la sociedad se le garantiza contra algunos delitos que se prevendrían ó reprimirían por leyes sábias sobre las quiebras y bancarrotas, las trabas puestas al ejercicio de la industria, ¡cuánto no difunden la miseria, los vicios y los crímenes!

Es bien conocido hasta qué punto se eludía la vigilancia de las corporaciones para asegurarse de la buena fé de los vendedores. No recordaré que muchas veces los gefes de los gremios emplearon en hacer impunemente el fraude, la misma autoridad que les estaba confiada para reprimirlo; pero yo pregunto sino es un fraude perpétuo el alza de todos los precios, consecuencia del monopolio? Témesese que los fabricantes, que los obreros engañen alguna vez al público, y se colocan para siempre en sus manos las armas del engaño mismo, quitándoles el estorbo de la concurrencia.

No há faltado quien sostuviese que los gremios son necesarios para mantener el orden en las clases laboriosas; mas si bien se examina la policía ordinaria de los talleres, y se vuelven despues los ojos á los tiempos de borrascas políticas, se convence uno de que las corporaciones son ya inútiles, ya peligrosas.

Seguramente, no es un medio á propósito para hacer dóciles á los hombres el imbuirlos de un espíri-

tu de corporacion. En otro tiempo, los oficiales *condenaban* una tienda ó un pueblo, y todos se salian de él: su asociacion no se ha estinguido, pues saltan aun las chispas en los desórdenes que provocan los obreros. Conviene que un taller no pueda ser súbitamente abandonado, que los oficiales cumplan sus contratos con los maestros y no vengan á reclamar por medios culpables el alza de los salarios. Las leyes francesas sobre el particular son severas, aunque justas: no atacan la libertad de industria y merecen ser citadas como modelos (1).

Mas de una página de nuestra historia prueba que en circunstancias críticas, las corporaciones pueden ser foco de desórden. Marcelo reclutó tres mil hombres en las corporaciones de artes y oficios, y Cárlos VII amenazado por los gremios, adoptó el partido de disolverlos; mas la supresion solo fué momentánea, porque les vemos aparecer armados durante la Liga y la Fronda.

---

(1) Puede consultarse sobre la materia una coleccion intitulada: "*Lois et instructions ministerielles relatives aux manufactures, etc.*" Publicada por M. A. Cortaz. Tambien puede consultarse la obra de Mr. Chaptal sobre la industria francesa, tom. 2.<sup>o</sup>, 4.<sup>a</sup> parte, cap. 10.

**SECCION CUARTA.***De algunas necesarias restricciones de la libertad de industria en el interior del estado.*

Mil veces se ha considerado la libertad como un fin, y no es mas que un medio: el fin es la felicidad social. Si pues la libertad se halla tal vez en oposicion con el interés público, debe sufrir restricciones; pero como es evidente para los hombres ilustrados que un régimen libre es el único favorable á la industria, es preciso que la necesidad de las escepciones tenga un carácter de evidencia; por ejemplo, es evidente que no debe dejarse en absoluta libertad una profesion que consiste en preparar medicamentos y vender venenos. Aquellos que hayan de ejercerla deben á la sociedad una garantía de su probidad y de sus luces.

Fuera de desear que nunca se limitase el número de personas admisibles á las profesiones para cuyo ejercicio se piden garantías. Cuantos mas hombres instruidos y de probidad se dedicasen á ellas, mas bien servido seria el público; mas témesese que en llegando á repartirse las ganancias, recurran algunos á medios ilícitos para acrecentar las suyas, y en realidad el medio adoptado para prevenir este peligro tiende á corromper corporaciones enteras. Fijando el número de plazas, han creado cargos sumamente costosos de adquirir: entonces, ¡cuántas intrigas al

procurarse las sumas necesarias para escalar aquellos puestos! ¡Cuántas especulaciones fundadas en el acto de la vida en que menos debiera especularse! Si fué preciso pedir prestado, encuéntrase en medio de sus acreedores de una parte, y de la otra de sus clientes de quienes se exige el rescate: si se poseia la suma adelantada, el público paga bien caros los intereses. Estas enormes anticipaciones suponen una fortuna que las compensa; y ¡cuántos lazos tendidos á los titulares! ¡Qué medios mas adecuados podrian emplearse, si se hubiese de escitar á los hombres á la codicia, al desprecio del desinterés, y á cerrar su alma á la delicadeza?

Sin admitir corporaciones, se soporta gran parte de sus fatales consecuencias reduciendo el numero de empresarios. Los pueblos de consideracion dificilmente huyen el cuerpo á este abuso. El pan, los comestibles, el carbon, los coches de alquiler, &c., sucumben casi siempre al monopolio, sin que ley alguna autorice semejante violacion de la libertad individual en menoscabo del bien público, nutriéndose así la fortuna de unos cuantos mercaderes á expensas de la masa de consumidores. ¿Témese por ventura que lleguen á escasear las subsistencias? Ese temor es pueril, porque habiendo en un pais industria y consumidores, es imposible que las demandas no sean satisfechas. ¿Es por obligar á los mercaderes á que llenen las condiciones que reclaman el buen órden y el interés general? Justo seria y fácil sujetar á estas condiciones á cuantos quisiesen optar á ciertos

oficios. ¿Es por percibir un impuesto? La concurrencia no impediría recaudar una cuota quizá mas considerable.

Los hombres que nos enriquecen con productos ó procedimientos nuevos, tienen derecho á recoger el fruto de su talento y aun el de una feliz casualidad. Quisieran algunos que el gobierno comprase las invenciones útiles para propagarlas sin demora; pero esta es una de tantas ideas especiosas eternamente irrealizables. En general, ó el gobierno daría demasiado, ó el inventor recibiría muy poco, y alguna de las dos partes siempre saldría perjudicada. Otros querrian que una invencion, nunca dejase de pertenecer á su autor; mas no siendo él el único, á cuyo alcance estuviese hacer este descubrimiento, el campo de la inteligencia no debe dividirse en propiedades particulares. Las leyes concilian sábiamente intereses tan encontrados, concediendo á los inventores un privilegio esclusivo y limitado: dan asimismo patentes de perfeccion y de importacion, aunque estas últimas son acaso mas perjudiciales que útiles, cuando las comunicaciones han llegado á ser espeditas, cuando los capitales abundan y de los ánimos se apodera la actividad.

Por lo comun los gobiernos se reservan ciertas fabricaciones: mas yo no veo sino una que el interés público atribuya necesariamente al Estado, y es la acuñacion de moneda. Aunque mas de un príncipe haya abusado de ella de una manera vergonzosa y criminal, el estado ofrece mas sólidas garantías que

podieran los particulares, marcando la moneda con el sello destinado á contrastar su valor.

Cuando los gobiernos se apoderan de una fabricacion, despojan á los productores, y sirven mal los consumidores. ¿Por qué razon en Francia solamente la autoridad ha de fabricar la pólvora? Mi pregunta no sorprenderá sino á esos hombres siempre conformes con las cosas, como las ven, é incapaces de concebir que puedan mejorarse. Emancipando esta industria, á ejemplo de la Inglaterra, habrá pólvora con mas abundancia, mas barata y mejor. Basta solamente prevenir los peligros de esta fabricacion, sometiéndolos á reglamentos por el estilo de los relativos á las manufacturas insalubres é incómodas.

Mezclándose la autoridad en un género de industria, (exceptúo la moneda), debe á lo menos admitir la libre concurrencia: asi la Francia tiene ingenieros de puentes y calzadas, aunque los particulares son dueños de cometer la direccion de sus obras á un extraño al cuerpo. Si no puede borrar el olvido los servicios que han hecho á las ciencias y á las artes esos cuerpos de que hablo, no hay duda, sin embargo, que se hacen menos útiles á medida que las luces se derraman. Quizá tambien nos seria lícito preguntar si no vendrán á ser algun dia la rémora de los progresos que en otro tiempo han acelerado. En efecto, deben recibirse pocos ingenieros libres, porque temerán no hallar empleo, y á pesar de eso, ellos serian quienes desempeñasen los trabajos con mas actividad

y mas esmero. Que á un ingeniero se le frustre alguna empresa; si pertenece al cuerpo, ni le quitan el grado, ni los sueldos, y libre todo lo hubiera perdido.

---

## CAPITULO VI.

DE LAS LEYES QUE DETERMINAN LAS CUALIDADES QUE DEBEN TENER LOS PRODUCTOS.

---

### SECCION PRIMERA.

*Los reglamentos no son útiles para asegurar la buena fabricacion.*

Puédesese considerar la fabricacion en sí misma, y definir qué cualidades determinan su bondad absoluta: puédesela considerar en sus relaciones con el gusto de los consumidores y examinar en qué cualidades se funda su bondad relativa.

¿Elije un gobierno el primer punto de vista para trazar reglamentos? ¿pretende indicar la mejor fabricacion posible? ¿De dónde la conoce? ¿Quién se la ha rebelado? La bondad que nos parece absoluta es en sí misma relativa: la fabricacion menos imperfecta hoy, acaso recibe mañana mejoras inmensas. ¡Me-

dio singular de perfeccionar las artes el prohibirles su perfeccion!

A fin de obtener productos muy bien acabados es condicion indispensable que las luces cundan y el talento se remueva con entera libertad. Los reglamentos obran precisamente en sentido contrario á la instruccion y al ingenio. En breve demostraré sin apartarme de mi propósito, que no debe darse una escesiva importancia al primor de las mercancías: es sin duda esencial á los productos tener un cierto grado de brillantez, porque esas maravillas del arte son admiradas en el estrangero, y la reputacion de las fábricas atrae compradores. Añádase á esto que una manufactura perfeccionada franquea mejoras á otras muchas, pues la imitacion propaga instantáneamente en las manufacturas inferiores los procedimientos que hacen sus obras mas útiles ó mas agradables, y se concluye por ofrecer á las clases menos acomodadas telas de mejor calidad, muebles de mas gusto; y la perspectiva de bienestar que de dia en dia lisonjea nuestro espíritu revela la felicidad de una vasta poblacion. No solamente es necesaria la libertad para alcanzar la elegancia de los productos, sino que tambien conviene hasta para imitarlos. Prescindiendo del influjo de estos productos muy perfeccionados sobre los otros, en sí mismos no merecen un grande interés: sirven á pocas personas y su valor es insignificante en la masa de las riquezas. Las obras maestras, por ejemplo, de la tipografía, son monumentos erigidos á la memoria de escritores célebres, lo

cual bastaria para hacerlos preciosos, y son al propio tiempo modelos que sirven para perfeccionar una de las artes mas notables; pero bajo otro punto de vista esos magníficos volúmenes son casi inútiles. Se imprimen libros para popularizar la instruccion y acrecentar la riqueza comercial, y por este lado las obras maestras de la tipografía tienen bien poca importancia comparadas con la inmensidad de volúmenes que ruedan por tantas manos y sustentan á tantos millares de obreros. Nuestras esposiciones de los productos de la industria despiertan la emulacion de los fabricantes, y redundan legítimamente en pro de aquellos, cuya superioridad es de público reconocida: empero, hay una esposicion mas interesante, mas á propósito para dar idea de nuestras riquezas y seria la de los productos útiles á las clases menesterosas, que pudiesen ser suministrados con baratura y en abundancia.

En vez de caminar hácia la bondad absoluta, el estadista que dicta reglamentos ¿se propone amoldar la fabricacion segun el gusto de los consumidores? Mas yo pregunto, ¿cómo puede adivinar los deseos que tendremos cuando aun no sabe los que tenemos? El primor, la solidez, la baratura son tres cualidades de los productos, cada una de los cuales debe resaltar sobre las otras para agradar á todos los consumidores.

Llámase país bien abastecido aquel en donde se encuentran mercancías con tal variedad, que las hay acomodadas á todos los gustos y á todos los grados

de fortuna. Cuando se trata de conocer las necesidades ó de escitar otras nuevas, nada reemplaza al interés de los empresarios y de los comerciantes, ni es posible conciliar con gustos inconstantes reglamentos invariables.

Decir que la autoridad cambiará los reglamentos al compas de las necesidades comerciales, es pronunciar un absurdo. Un gran número de fábricas requiere modificaciones continuas, y la administracion no puede obrar sino despues de haber recogido copia de datos que es preciso examinar, y en seguida discutir, y cuando las opiniones mas encontradas han sido largamente debatidas: cuando se falla que un reglamento nuevo reemplace al antiguo, las necesidades que se deseaban satisfacer no existen ya, ó el comercio ha encaminado sus demandas por otro rumbo.

Larga seria la nomenclatura de los ramos de comercio que se inhabilitaron ó no pudieron adquirir-se para la industria francesa por hallarse ceñida á reglamentos. Nuestros comerciantes hacían envíos de tijeras sin templar al Levante y á la Persia: muchos pueblos del Forez eran deudores de su bienestar á esa industria que les fué prohibida, porque (han dicho) la cuchillería templada es la única buena. No solamente las tijeras templadas parecieron caras á los orientales, sino que por mas quebradizas, estaban realmente peor fabricadas para ellos. Las drogas que entran en la preparacion de los tintes bajos eran indispensables, á fin de dar á los tejidos de Langüedoc ciertos colores apagados del gusto de los levantinos;

nuestros reglamentos prohibian este género de tintes, y los ingleses los emplearon y vendieron. No podían fabricarse paños sino de pelo de cabra; mas los ingleses las fabricaron de lana, las dieron un treinta por ciento mas baratas, y ellos solos surtieron el mercado extranjero. Los españoles pidieron á nuestros establecimientos fabriles paños y terciopelos de dimensiones distintas de las que prescribian los reglamentos, y há sido necesario devolver estos pedidos á la España que los hizo despues á los ingleses, siempre en escucha para convertir en su provecho los yerros de nuestros ministros.

El nombre de Colbert encubrió largo tiempo á los ojos de muchas personas los vicios de nuestros reglamentos. No permita Dios que acusemos ligeramente á este grande hombre: mal pudiéramos conocer como él la situacion de la Francia de entonces y los recursos que habia disponibles para mejorar (¿qué dije?) para crear la industria, pues nosotros solo conocíamos algunas toscas fábricas. Los hombres á quienes se dirigía el ministro de Luis XIV eran muy otros que los que nos rodean; su inteligencia estaba mucho mas encogida y la instruccion hallaba mas tropiezos al propagarse. Colbert se propuso inocular la industria en los franceses y dar á conocer en el extranjero los productos de sus nacientes fábricas. Sus reglamentos que han retenido la industria bajo el yugo de la rutina, á la sazón combatían la rutina. Sin embargo ¿sería imposible desplegar las artes por medios mas sábios que los adoptados por Colbert? sus en-

tusiastas así lo afirman; mas por mi parte estoy lejos de asegurarlo. A Colbert, en mi dictámen le afectó con extremo la idea que para inspirar á los estrangeros una plena confianza en nuestros talentos y buena fé, convenía que nuestros productos fuesen siempre uniformes. Esta idea errada le retrajo de remediar los vicios del sistema reglamentario, sea abriendo el campo á la libre concurrencia de los productores, sea no dando á los reglamentos mayor importancia que suele darse á medidas transitorias. Quizá tambien el mayor mal estuviese en que el ministro no hubiese vivido lo bastante para coronar su obra, como que la instruccion de 1669 deja entrever que no tenia una ciega confianza en la letra de sus reglamentos. El estadista que sostuvo á la industria en su infancia con andadores, se los hubiera cortado antes de dejarlos convertir en trabas. Acaso las artes debiesen á su genio la libertad, como les eran deudoras de sus primeros ensayos.

Los sucesores de Colbert, lejos de ser sus dignos herederos, explotaron la industria con miras fiscales, pero á medida que las luces ganaban terreno, crecian las reclamaciones. En 1779, el gobierno autorizó la libre produccion, imprimiendo una señal en las mercancías conforme lo prescribían los reglamentos. La libre produccion fué generalmente preferida; mas el interés de algunos individuos, su crédito y sus intrigas, á poco sumieron de nuevo á la industria en el caos reglamentario.

El feliz éxito de un pueblo vecino, debiera al cabo

abrir los ojos á la administracion francesa; sobre que una de las causas mas eficaces de la prosperidad británica es haber adoptado mucho antes que nosotros, la produccion sin trabas. En el siglo XVII, su revolucion destrozó los reglamentos: sus obreros consultaron tan solo el gusto de los compradores, y hemos visto como fueron apoderándose de mil canales de riqueza que á nosotros nos cerraba la rutina. Podríamos comparar nuestros fabricantes con hombres á quienes se cargase de grillos, para enviarlos despues á disputar el premio de la carrera.

---

### SECCION SEGUNDA.

*Los reglamentos no son eficaces para precaver los fraudes.*

Cuando se determinan las cualidades de cada mercancía, y se asalarian millares de agentes para certificarse de que los productos tienen realmente esas cualidades, podrá garantizarse á los compradores de algun fraude; pero tales ventajas se compran demasiado caras por los inconvenientes que ya hemos observado, y por las vejaciones inevitables desde el punto en que se ensaya la ejecucion de los reglamentos.

La actual generacion apenas conserva memoria de las cadenas que arrastraba la industria francesa. "Hé visto, dice un inspector general de manufactu-

ras, hé visto hacer pedazos en una sola mañana ochenta, noventa, y hasta cien piezas de tejidos: hé visto renovar esta escena todas las semanas por espacio de muchos años: hé visto confiscar mas ó menos mercancías multando al mismo tiempo: yo las hé visto quemar públicamente en la plaza en los dias de mercado: yo las hé visto colgadas de la argolla con el nombre del fabricante, y amenazar atarle á él mismo en caso de reincidencia. Hé visto todo esto en Rouen, y todo esto así lo querian los reglamentos ó lo mandaban ministerialmente, ¿y por qué? tan solo por una materia desigual, ó por un tegido irregular, ó por el defecto de un hilo en el telar, ó por la aplicacion de un nombre aunque fuese obra del descuido, ó en fin por colores dados con tintes no permanentes, aunque en concepto de tales."

"Hé visto hacer pesquisas en las casas de los comerciantes con una cuadrilla de satélites, trastornar sus talleres, esparcir el terror en sus familias, cortar las portadas en los telares, sacarlas y apoderarse de ellas: citar, aplazar, someter á interrogatorios, confiscar, multar, pregonar las sentencias y todo lo que envuelve de tormentos, desgracias, oprobio, gastos, descrédito... ¿y por qué? Por haber hecho panas de lana como en Inglaterra, las cuales tenian salida en todo el mundo, hasta en la misma Francia, y esto porque nuestros reglamentos no hacian mencion sino de las panas de pelo. Hé visto hacer otro tanto con camelotes de ancho muy frecuente en Inglaterra, en Alemania &c., y de abundante consumo en España,

en Portugal y en otros paises, pedidos á Francia por muchas cartas vistas y conocidas, y esto solo porque los reglamentos prescribian distintas dimensiones.... Yo hé visto todo esto y cosas mucho peores &c. (1).

El número y la continuidad de dichas vejaciones prueban que los reglamentos, sus esbirros y su justicia arbitraria no son parte para mantener la buena fé. Digo mas: si esta guerra de la administracion contra la industria precaviese ó bien reprimiese algunos fraudes, daria márgen á otros. Un régimen bajo el cual á los hombres industriosos se les trata de un modo tan villano, mal podría allanarlos á la delicadeza, y ciertamente que degradar los hombres no es un medio muy oportuno de hacerlos ingénuos y honrados. Ademas esta inquisicion escita los deseos de sustraerse á ella, y prepara por sí misma los medios: sus agentes no egercen una profesion bastante decorosa, bastante lucrativa, para que se les encuentre inaccesibles á la seduccion, y todo ese aparato de vigilancia, ofrece á los compradores una seguridad que les cierra los ojos á las supercherías del vendedor.

Felizmente los progresos de la industria escudan su libertad: algun dia pudo decirse á los obreros: "emplearéis tal especie de lanas para fabricar tejidos de tal cualidad;" mas esto es imposible ahora, que nuestras lanas son tan variadas, y que la mano

---

(1) *Encyclopedie methodique*, vocablo *Manufactures*.

de obra fábrica de lanas semejantes productos muy diversos. Hoy menos que nunca pueden las medidas vejatorias atajar la mala fé.

Pero lo mas óbvio es preguntar en qué consiste el fraude. El que consistía en la violacion de los reglamentos era ilusorio, era un delito abortado por las leyes. Si un hombre trabaja de la manera mas conforme al gusto de los consumidores y á sus intereses, obra con prudencia, y no defrauda, sino en el caso de que pretenda hacer pasar sus manufacturas por lo que no son en realidad. Este principio incontestable arrastra los hombres ilustrados á la conviccion de que importa otorgar ámplia libertad de industria, aunque reservándose ejercer una vigilancia racional, para asegurarse de la buena fé de los vendedores, cuya opinion, ni debe adoptarse ciegamente, ni desecharse sin reflexion, antes bien es tan útil aprovecharse de ella, como fatal sería su abuso.

¡El cielo no permita que parta de ligero al hablar del fraude en el sentido de la explicacion precedente! El fraude degrada á los que le emplean, perjudica á los consumidores, y es en menoscabo de los comerciantes honrados, cuyas mercancías se paralizan, mientras algunos estafadores atraen al público con precios módicos en la apariencia ó con otros incentivos seductores. Y sin embargo, sería locura precaver todos los fraudes con los rigores de la vigilancia, antes el intervalo equivaldría á esterminar la industria sin alcanzar el propósito. Si los taberneros, clase que de profesion sirve á los ébrios, repugnan las pesquisas

de los agentes de la autoridad, ¿cómo las mirarán los honrados comerciantes? No vayamos, so pretexto de proteccion, á oprimirlos de la manera mas tiránica y odiosa. Por otra parte, á fin de precaver todos los fraudes, de poco servirían las pesquisas mas frecuentes en talleres, en tiendas y almacenes: sería preciso colocar al lado de cada comprador un espía del vendedor, y éste medio impracticable, aun no bastaría, si como era de esperar, una parte de los celadores no fuese muy instruida y muy fiel.

Hay una vigilancia natural del comprador sobre el vendedor. Cuando la industria es libre, ésta vigilancia se egerce con mayor eficacia, los compradores fijan mas su atencion en los productos, y poseen generalmente mas conocimientos, que bajo una administracion que se entromete á gobernarlo todo, á preveerlo y garantizarlo todo. Conviene informarse de la reputacion de los mercaderes, y no solamente es necesario dejar á aquellos por quienes fué uno engañado, sino que se obra mal, cuando por una indulgencia mal entendida, ó por una desdeñosa indiferencia, callamos acerca de su conducta. Hay mas ingenuidad y firmeza, mas interés en los particulares respecto del público dentro de un régimen de libertad, que bajo otro en que aparecerían las quejas como secundando las miras de una vergonzosa vigilancia. Los hombres para quienes la moral no es una palabra huera, consideran como un deber inculcar continuamente á la clase obrera que la mala fé hace ganar poco y perder mucho. Tambien la instruccion debiera vulgarizar

esta verdad. La instruccion tan menespreciada, tan nula para las masas, contribuye bajo dos aspectos á inocular en ellas la providad: pone á su alcance mas medios decorosos de ganar su vida, y les enseña á juzgar mejor de sus intereses.

No desconozco que las costumbres se forman con lentitud, y que la vigilancia natural de que acabo de hablar, no siempre basta. Cuando dos circunstancias se reunen, cuando tal cualidad es indispensable á tal mercancía, y el comprador no puede asegurarse de la existencia de esa cualidad, debe la administracion una garantía contra el fraude: por tanto se exige la marca en las alhajas de oro y plata.

Una vez que dichas dos circunstancias se hallasen reunidas, tambien sería necesario no abusar de la vigilancia hasta el punto de someter los talleres á medidas vejatorias. Al comprar un tejido no podemos conocer si el tinte es fino: oblíguese pues á los fabricantes á enseñarnos en orillos ó en hilos los diversos tintes, y aprobaré esta disposicion. Mas diciéndonos que no basta, que son indispensables los agentes, las pesquisas para tranquilizarnos acerca de la fidelidad de las muestras, protestaría contra semejante inquisicion. Que un juez pueda hacer pesquisas en la casa de un fabricante ó de un mercader contra quien haya quejas, lo concibo: pero no concebiría como se hubiese de sujetar á visitas repugnantes á todos los hombres industriosos, solo porque entre ellos se encuentren algunos estafadores. En vano correríamos tras un régimen sin inconvenientes, y pues-

to que es menester elegir entre abusos, optamos por la impunidad de tal cual fraude, á trueque de no esclavizar la industria.

---

### SECCION TERCERA.

#### *Conclusion de este capítulo y de los dos anteriores.*

Tiempo hace que embargo la atencion de mis lectores con la libertad de industria en el interior del estado, porque es la base mas sólida de una abundante produccion y de una buena distribucion de las riquezas. Las causas mas influyentes en la prosperidad de nuestro pais, son la division de las propiedades y la abolicion de los gremios y reglamentos, y á medida que la Francia goce mas largamente de estas ventajas, sus moradores serán mas ricos y felices. Si un pueblo, á pesar de serle negadas, y merced al poderoso influjo de otras circunstancias, llegase por ventura á desplegar su industria, las riquezas mal distribuidas ofrecerían el odioso contraste de la opulencia de algunos, con la miseria del mayor número.

El servicio mas importante que una administracion incorruptible puede prestar á las naciones en donde el trabajo se halla atado con los aprendizages forzosos, con las maestrías, corporaciones, reglamentos, es el allanamiento de esos obstáculos, gérmenes

de miseria y corrupcion. Enhorabuena que las transiciones repentinas sean útiles rara vez; pero en un estadista ilustrado no cabe dudar de la urgente necesidad de esta reforma. El alzamiento de las trabas en el interior del estado es tanto mas esencial, quanto que de otra suerte, es bien difícil, como presto lo veremos, aplicar el régimen de libertad al comercio exterior. No existiendo corporaciones, las aduanas influyen menos en los precios, y aun queda viva cierta concurrencia entre los vendedores; ¡mas qué peso no agoviará el consumo, cuando las aduanas opriman en las fronteras y el monopolio en el interior!

Rotos que fueren los lazos, es preciso mantenerse constantemente en guardia contra los intereses privados, que á poco pugnan por añadirlos bajo distintos pretextos. Lo peor de un reglamento es que pone en claro la utilidad del segundo, y éste la necesidad del tercero.

---

## CAPITULO VII.

## DE LAS DIFERENTES CLASES DE COMERCIO.

Antes de investigar los efectos de la libertad en sus relaciones con la industria estrangera, debo presentar algunas observaciones respecto del comercio.

Hemos visto que si cada familia intentase producir por sí misma cuanto exigiesen sus necesidades, las privaciones serían universales. Existiendo la division del trabajo, los productos se multiplican y entonces un poder bienhechor, *el cambio*, viene á acercarlos y distribuirlos de manera que satisfagan necesidades varias.

Llámanse vulgarmente *compras*, *ventas* aquellos cambios en que interviene moneda. Estas gradaciones del lenguaje son útiles; mas cualquiera que fuese el objeto que se dá por otro, siempre se hace un cambio

Una preocupacion no menos funesta que absurda hizo imaginar que si dos personas cierran entre sí un contrato, la una no puede ganar, sin que pierda la otra. Esta preocupacion, origen del encono de los pueblos, y de multiplicadas vejaciones para la industria, es aborto de falsas ideas sobre las riquezas de la ignorancia ó del olvido de que el blanco del movimiento comercial es satisfacer las necesidades de los hombres.

Quando dos personas se conciertan en un cam-

bio, acércalas un recíproco interés: colocaron, por decirlo así, frente á frente dos objetos, por ejemplo, un mueble y una pieza de oro: cada cual cede el objeto que le conviene menos para lograr el que prefiere: así pues, ambos encuentran una ventaja y ambos ganan en hacer este cambio.

En la infancia de un pueblo es posible hacer directamente los cambios; mas entrada la civilización en el periodo de su desarrollo, siendo necesario que el consumidor recorriese diversas fábricas en busca de las mercancías útiles para él, el tiempo perdido, los gastos originados en trasladarse de un punto á otro, encarecerían prodigiosamente sus compras, y ¡qué inmensidad de objetos no se hallaría siempre á demasiada distancia para poderse los procurar en época alguna! No sería menos embarazoso al obrero allegar sus provisiones, ajustar sus ventas y reemplazarlas: alejado sin cesar de los trabajos que reclaman su atención, produciría poco y ganaría apenas. La división del trabajo coloca entre el fabricante y el consumidor un agente intermedio útil á los dos, y este es el comerciante.

Segun se hacen los cambios entre moradores de un mismo pais, ó entre ellos y los de otras naciones, el comercio es *interior* ó *exterior*. Otra división: el mas sencillo es el que consiste en comprar géneros en las fábricas para venderlos en pequeñas porciones á los consumidores. A poco un nuevo agente se fija en la mitad del camino que separa á las fábricas del comercio que vende sus productos al *por menor* y es

el comercio *por mayor*. Dos son las clases del exterior: por lo general esporta mercancías nacionales y las importa extranjeras, que es el comercio *esterior de consumo*: algunas veces compra productos extranjeros para venderlos también en el extranjero, y es el *comercio exterior de transporte*.

El espíritu de sistema encareció alternativamente el comercio interior á espensas del exterior y al contrario. Nada más sensato que reconocer la importancia de los dos, y sin embargo no pueden ser igualmente ventajosos: así pues conviene examinar cual concurre más directamente al fin de la Economía política: esto es, á difundir el bienestar.

Un comercio es útil á proporcion que pone en movimiento más trabajo, puesto que el trabajo multiplica los objetos de consumo y los medios de adquirir. El comercio que arroja estos resultados en mayor escala es indudablemente el que ocupa á los habitantes de un vasto país, de los cuales, unos producen artículos de primera necesidad, materias brutas, y otros las elaboran. Este es el tráfico que sustenta á un mayor número de hombres: los capitales y los brazos empleados en el comercio exterior son una mezquindad en comparación de los que agita el comercio interior; y sino probaremos matemáticamente esta verdad.

Mr. de Chaptal valúa la totalidad

de los productos de lana en Fran-

cia en. . . . . 228 millones.

La esportacion en. . . . . 21

Quedando para el consumo interior 207 (1).

Así, por lo tocante á este ramo de nuestra industria el trabajo que ocupa el comercio interior, es al que emplea el comercio exterior, con corta diferencia como once á uno. La seda en razon de ser menos necesaria y mas cara que las lanas, requiere un mercado proporcionalmente mas estenso, pues claro está que consumimos seda en cantidad mucho menor. Y sin embargo, los cálculos de este autor (2) prueban que su consumo es á la esportacion mas que dos y medio á uno; y nótese que un pais en prosperidad tiene comparativamente hablando, un mercado propio mas vasto é importante.

Para demostrar cuanto mas influye el comercio interior en el bienestar general, que el comercio exterior, bastará la siguiente observacion. Nuestro comercio exterior es menos considerable que lo era antes de la revolucion: hemos visto nuestra marina mercante reducida á una mitad; y no obstante la produccion hizo mas que triplicarse. ¡Cuánto pues no se hubo de acrecentar el comercio interior! ¡Qué aumento de trabajo, de productos y de goces! Recapacitando sobre estos hechos, una fuerza irresistible nos

---

(1) *De l'Industrie française*, tom. 2.<sup>o</sup>, pág. 133. En esta especie de cálculos, que solo pueden ser aproximados, suprimo las fracciones, pues al cabo son precisamente inexactos.

(2) *De l'Industrie française*, tom. 2.<sup>o</sup>, pág. 120.

\* impele á confesar que el bienestar se halla actualmente mucho mas generalizado entre nosotros, que hace cuarenta años: para arraigar nuestra conviccion, no hay mas que traer á la memoria cual era entonces el alimento de los obreros y de los cultivadores, cual su vestido, su alojamiento y compararlos con los que tienen hoy dia. Por tanto, encomiar el comercio exterior como el manantial mas fecundo de la pública prosperidad seria soltar una prenda de escasez de luces (1).

En la época en que las riquezas se cifraban únicamente en los metales preciosos, debió desdeñarse el comercio interior. Partíase á la verdad de una idea errónea; pero erigida en principio, dedujeron consecuencias rigurosamente lógicas al sostener que el comercio interior nunca enriqueceria á un pais, puesto que no daba entrada al numerario. Ahora sábese ya que riqueza son cualesquiera objetos adecuados á la satisfaccion de nuestras necesidades, y se palpa que al comercio se debe el copioso derrame de estos objetos por todo un estado.

---

(1) Conviene observar respecto al prodigioso acrecentamiento de los consumos en Francia, que los géneros fabricados con poca solidez son en mucho mayor número que antes; y que el placer de gastar, y la baratura de gran parte de los productos pueden influir en que por lo general se cuide menos de lo que se compra. Mas si pretenden concluir de estas observaciones, que el bien estar no se halla mas vulgarizado, que solamente nosotros fabricamos mal y somos disipadores, soñarían, cerrarian los ojos á la evidencia.

Sin embargo, suponiendo á los gobiernos emancipados del sistema que contrae las riquezas al solo numerario, aun quedan tan preocupaciones favorables á la preeminencia del comercio exterior. Este comercio deslumbra mas, y es lo bastante para que fascine á muchos y cautive su admiracion. Seguramente, un ministro no puede afirmar su gloria sino á fuerza de verdaderos servicios; mas para amoldar una vida entera á esta verdad tan trivial, se requiere un carácter dotado de elevacion y energía. Los trabajos útiles tienen por lo comun no sé qué de lento y oscuro que fatiga á los mas, y los medios de fascinarlos se hallan muy á la mano de los hombres vulgares. Que un estadista se aferre en asegurar la libertad de industria: caminará largo tiempo al través de los obstáculos; sus talentos serán disputados y calumniadas sus intenciones; pero que sin trabajo, sin esfuerzos proteja algunas fábricas de artículos frívolos y brillantes, y se le proclama bienhechor de las artes y del comercio. Las apariencias son el todo para la mayor parte de los hombres. Cunda la voz de que cierto negociante de Holanda compra té en la China, y lo cambia en América por azúcar que vende en Suecia: este poder comercial escita la sorpresa: y como nunca deja de añadirse que dicho comerciante posee cientos de miles de florines, la mayor parte del auditorio se persuade de que el *comercio exterior de transporte* es el que siembra mas riquezas en un pais; y no obstante es el menos ventajoso, porque pone en actividad menos trabajo en el estado.

No hay tampoco que obstinarse en los extremos: el comercio exterior debería interesarnos poderosamente, aun cuando nos limitásemos á considerar su influencia en el comercio interior.

Débanse á los *economistas* muchas ideas exactas acerca del comercio, pero cuando asientan que siendo la industria enteramente libre los capitales inundarian la agricultura: que despues de haberla provisto en abundancia, tomarian el rumbo de las manufacturas y del comercio interior, y que el sobrante iria á nutrir los diversos ramos del comercio exterior, tales escritores han compuesto un romance desmentido por la historia. Como la industria manufacturera es necesaria para desenvolver la agricultura, así tambien el comercio exterior es de esencia para fomentar el interior. Las relaciones con el extranjero multiplican las necesidades, despiertan las ideas, y el comercio interior se aprovecha de estas causas de agitacion, y les dá una actividad de que jamás llegaría á participar un pueblo aislado.

Si la autoridad no interviene con miras mezquinas en contra de la libertad del comercio exterior, compromete á los obreros nacionales á redoblar constantemente sus esfuerzos á fin de sostener la concurrencia, y procura de esta suerte el mejoramiento, la abundancia y la baratura de las mercancías.

No solamente el comercio exterior proporciona á un pais producciones que en vano tentaría obtener de su suelo y de su industria, sino que tambien contribuye poderosamente á enriquecerle, dispensándole

de crear los productos que no proporcionaría sino con pérdida, porque tiene empleo mas lucrativo que dar á su trabajo y á sus capitales.

Con el comercio exterior podria decirse que el consumo no reconoce límites. El destino de este tráfico es acercar los pueblos y poner en recíproca comunidad sus riquezas y sus luces. ¡Ah! sobrado escitó sangrientas diferencias; pero la naturaleza, mas poderosa que los hombres, conseguirá por fin que no envenenen los dones que nos alarga con su mano liberal!

Sabido es que los precios muy altos aniquilan á los consumidores, y los muy bajos hacen desmayar á los productores; pues el comercio exterior tiende á que prevalezca el precio real en todos los mercados, acudiendo con los géneros al punto donde se venden mas caros. Mas para ofrecer á cada pais productos abundantes con mayor conveniencia; para multiplicar tanto como fuere posible la riqueza de los pueblos, ¿no convendría una entera libertad de comercio? ¿no convendría arrasar las murallas que aislan cada nacion de las vecinas? Este es hoy el problema mas importante de la Economía política.

---

## CAPITULO VIII

## DE LAS ADUANAS.

La ignorancia y la tiranía fiscal engendraron las aduanas. Regía en el siglo XIII la prohibicion de esportar productos de nuestro suelo y de nuestra industria: mirábase la esportacion como una calamidad ruinosa para el estado, al que privaba de las mercancías que le eran necesarias; y esta opinion debia entonces parecer tan acertada como ahora nos lo parecen otras absolutamente falsas. Permitieron despues esportar mediante un derecho que consideraban como reparacion de los perjuicios irrogados al pais. ¡Estraña compensacion! Si los pobladores de un estado carecian de los suficientes productos, el impuesto decretado por el príncipe no los indemnizaba, y era en resumen, vender el permiso de empobrecerlos. Al principio solo se pagaba por las esportaciones; pero el gobierno juzgó despues que recaudaria mas cobrando en el tránsito de los productos de una provincia á otra. Esta disposicion era totalmente fiscal, como que el derecho no afectaba á las mercancías, sino pasando de provincias contribuyentes con ciertos subsidios á otras exentas, y podrán estas últimas evadirse de los derechos sometiéndose á aquellos. Querian dinero á todo trance sin inquietarles la suerte que cupiese á la industria con tal impuesto, y no me admira en verdad, al ver como en el mismo si-

glo XIX se explotan las aduanas con tanto provecho del fisco.

Pudiéramos decir que un código de aduanas es una coleccion bastante divertida. Recorriendo nuestros aranceles encontramos qué derechos pagan las pajuelas, las ananas, los arcos de violin, &c. Seguramente que al imponerlos sobre tales artículos se han consultado no las ventajas de la industria, sino los intereses del fisco. El rendimiento de nuestras aduanas asciende á sesenta millones, es decir, que aumentó en mas del cuádruplo desde la revolucion acá. Quizá vean algunos en este prodigioso acrecentamiento una muestra de prosperidad; mas yo solo veo un deplorable ejemplo de los recursos que la tiranía financiera puede inventar en opresion de la industria.

La complicacion de medidas fiscales y de disposiciones mercantiles que presentan las aduanas es muy funesta. El oro vaciado en las arcas del tesoro público esfuerza los argumentos de los monopolistas, y las ganancias del impuesto borran de la memoria las miserias de la industria.

Bien sé que pueden causar admiracion estas últimas palabras: conozco que en contestacion á ellas se encomiarán los progresos de nuestras manufacturas, se ostentará en guarismos el total de sus productos, y preguntarán si son estos los efectos de una industria miserable. Cuando en el último siglo los escritores amigos del bien público alzaban su voz contra los reglamentos, se creyó responderles en mil fo-

lletos en donde ensalzaban la perfeccion de nuestras sederías, de nuestros paños, en donde calculaban la suma de nuestras esportaciones, y que concluian por preguntar si esos resultados no eran suficientes para tranquilizarnos acerca de los vicios del sistema combatido por teóricos; sin embargo, quitáronse las trabas, y hemos visto á las artes alzar su vuelo. De la misma suerte alcanzaremos mejoras inmensas, cuando despues de una lucha larga, pero que será preciso sostener con perseverancia, se hubiese conseguido sacudir, ó por lo menos ablandar el yugo de las aduanas.

Jamás se hubieran alzado barreras entre los pueblos si la ignorancia y la tiranía fiscal no ocupasen el lugar de las luces. Siquiera elevémonos por .hora á teorías esactas, mientras no llega el dia de su aplicacion. Ciertos escritores opinan con el vulgo (clase que encierra á tantas personas ajenas de creer que pertenezcan á ella) que existe una diferencia absoluta entre las importaciones y las esportaciones: á una de estas palabras va aneja la idea de riqueza, de ganancia; y á la otra la de pobreza ó de empobrecimiento, y hé aquí el error fundamental.

Bien se esporte, bien se importe, todo es hacer cambios. A menos que no haya negativa de comprar, ó negativa de pagar, no se puede dar productos sin recibirlos, ni recibirlos sin darlos. Una esportacion arrastra necesariamente una importacion; y del mismo modo una importacion es necesariamente seguida de una esportacion. Para desmentir estos hechos

seria menester pulverizar este dogma: *los productos no se compran sino con productos* (1).

Celébrese un contrato desventajoso, si los objetos dados tienen mas valor que los recibidos; pero

(1) Observa juiciosamente el señor Ponzoa (Comentario 6.º á la obra de J. B. Say, traducida por él mismo) que no es tan exacta como á primera vista parece la proposicion sentada por aquel escritor, á saber: que *los productos se pagan siempre con productos*; antes mejor estaria: *los valores se pagan siempre con valores*, lo cual es muy distinto, y de incalculables consecuencias. Y en efecto, puesto que una nacion, asi como un individuo en su caso, nada ó muy poco deba esperar de la generosidad de las otras, y escluidos el robo y el pillaje como medios inmorales é inseguros de enriquecer á los pueblos ó á las personas, es preciso hablar al egoismo nacional ó individual, para procurarnos aquellos objetos cuya posesion apetecemos: es preciso, en fin, enlazar los intereses agenos con los propios por el vinculo de los *cambios*. *Cambiar* es dar un objeto útil ó agradable por otro tambien útil ó agradable en mayor escala, ó sea permutar un articulo de riqueza por otro, que preferimos al entregado: de ahí las ventajas reciprocas de los cambios.

Decimos un *articulo de riqueza*, y no un producto por otro, porque esta palabra ofrece alguna ambigüedad, ya por no abrazar las riquezas naturales, y ya tambien por aludir casi esclusivamente á la porcion de nuestras riquezas, que forma lo que llamamos *renta*.

Todos los artículos de riqueza por el mero hecho de cambiarse tienen valor, puesto que el valor en espression de Mr. Droz es una *qualidad inherente á las cosas susceptibles de cambiarse*. Todo cambio supone necesariamente valores dados y valores recibidos: asi, pues, se dice en rigor, que *los valores se pagan siempre con valores*.

Ahora bien: ¿y los productos se pagan siempre con productos? O lo que es lo mismo: ¿aquellos artículos de riqueza resultado de la aplicacion de nuestro trabajo, del empleo de nuestros capitales y del concurso de los agentes naturales: aquellos artículos de riqueza, que son verdaderas ganancias, que forman el producto anual de la sociedad, se cambian siempre por otros de igual naturaleza? Analicémoslo.

*Todos los productos materiales que los hombres poseen, dice Mr. Droz, pueden dividirse en tres clases: capitales, ri-*

esta mala ventura, ora sea resultado de la impericia, ó de la necesidad, ó de cualquiera otra causa, puede tener lugar, así en los cambios que llaman exportaciones, como en los que apellidan importaciones.

*quezas de inmediato consumo y rentas:* luego todos los valores que fueren objeto de los cambios entre naciones (así como entre individuos; pero de ellos no trato ahora) deben ser por entrambas partes ó valores sustraídos á los capitales, ó valores destinados al inmediato consumo: ó en fin, valores en renta. Y como no hay ley alguna que obligue á los pueblos á ofrecer capitales en cambio de capitales, rentas en cambio de rentas, &c., se infiere que son posibles las nueve combinaciones siguientes, cuyo respectivo influjo en la prosperidad ó decadencia de cada nacion contratante notaremos de paso.

1.<sup>a</sup> *Cambio de capitales por capitales* — Por regla general, los cambios en que intervienen valores capitales son desventajosos á la nacion que los entrega, porque tanto vale como cegar una parte de los manantiales de la produccion; pero en nuestro supuesto no sucede así, porque la pérdida de los valores capitales de la nacion A, de que se desprende en el cambio, se indemniza con los valores también capitales adquiridos en la transaccion, y lo propio experimentará la nacion B. Digo más: puesto que en los cambios se dan y reciben valores iguales, si tal nacion llegase á permutar parte de sus capitales por parte de los de otra, sería en fuerza del convencimiento que ambas se hubiesen formado de que el otro género de industria pudiera ser más lucrativo en su país. Habría, pues, ventajas inmensas por ambas partes. Esta especie de cambio apenas tiene lugar respecto de los valores que forman la porcion del capital que llaman reproductivo, es inaplicable á los objetos inmuebles del capital fijo; pero podría ser de ventajas incalculables para los objetos muebles del mismo, porque las naciones verían transformados sus capitales en sentido sumamente favorable á la produccion, evitándose reciprocamente el necesario quebranto. Ganan, pues, las dos naciones.

2.<sup>a</sup> *Cambio de capitales por riqueza de inmediato consumo.* Cuando la nacion A ofrece valores capitales en cambio, es porque no tiene rentas, pues que las rentas son un sobrante, y estas transacciones mercantiles estenuan insensiblemente su industria, y al fin la aniquilan. Cuando la nacion B ofrece riquezas de inmediato consumo, es también porque carece de rentas. Pu-

Naturalmente todos estos cambios son ventajosos á las dos partes que en ellos intervienen. Si la Francia recibe fierro de Suecia y en retorno la Suecia admite los vinos de Francia, ambos paises habrán ganado,

diera dar capitales; pero antes de agotar esta fuente de producción, quiere cercenar á sus consumos, aplazar para mas adelante la satisfaccion de ciertas necesidades que admiten espera: en fin, se conforma con gozar hoy menos á trueque de gozar mas mañana. En este segundo supuesto la nacion B se priva momentaneamente de ciertos goces, pero los valores capitales que recibe en cambio de los que dá, la indemnizan anchamente, ya los encuentre adecuados á aumentar en el instante las riquezas de inmediato consumo, ya diliera la satisfaccion de sus necesidades á fin de ensanchar la producción é indemnizarse con usura de las privaciones del dia. Asi, pues, la nacion A pierde en el cambio, y la nacion B no hace un negocio tan lucrativo como si diese rentas.

3.<sup>a</sup> *Cambio de capitales por rentas.* Si la nacion A nada produjese, ¿se moriria de hambre teniendo capitales? No por cierto: los consumiría antes; pero ninguna nacion hay que no sea mas ó menos productora. Si la nacion A produjese por valor de cien millones anuales, y no le bastasen para la satisfaccion de sus necesidades, ora naturales, ora facticias, ¿seria bastante juiciosa, bastante sóbria para reducir sus consumos á lo que pueda procurarse en cambio de sus rentas? Tal vez; pero bien pudiera ir decayendo lentamente de su riqueza haciendo un comercio ruinoso de capitales por las rentas de la nacion B. Es lo que puede suceder cuando dos pueblos, el uno muy adelantado en industria, y el otro muy atrasado, y de consiguiente pobre con hábitos de lujo, y con sus riquezas mal distribuidas comercian entre si sin trabas. Los ricos entonces satisfacen sus necesidades, y hasta los caprichos de la moda, pagando los productos estrangeros por productos nacionales en cuanto alcancen; y el resto con capitales porque las exigencias del momento generalmente son mas fuertes que la idea del porvenir. La nacion B por el contrario, dando sus rentas en cambio, no disminuye sus fondos productivos, antes haría un negocio lucrativo, adquiriendo otros valores que apeteciese mas, y fomentando la producción por medio de las salidas. En este supuesto, la nacion A pierde, y la nacion B gana.

puesto que cada uno hizo acopio de los productos que necesitaba adquirir. Los únicos votos que deban formarse por el interés general, son que en todos los pueblos haya productos con abundancia y variedad,

4.<sup>a</sup> *Cambio de riqueza de inmediato consumo por capitales.* Véase la combinacion 2.<sup>a</sup>

5.<sup>a</sup> *Cambio de riquezas de inmediato consumo por idem.* La naturaleza de los valores es la misma, y de consiguiente el influjo en la riqueza idéntico respecto de una y otra nacion, y como no pudieron determinarse las naciones A y B sino en virtud de ventajas reciprocas, se sigue que son provechosos á entrambas.

6.<sup>a</sup> *Cambio de riquezas de inmediato consumo por rentas.* La posicion mas ventajosa de un pueblo es cuando dá rentas en cambio, porque el deshacerse de ellas no envuelve ni supone privaciones: la posicion media es cuando dá riquezas de inmediato consumo, y la mas fatal es cuando dá capitales. En este caso, pues, el cambio no es tan favorable á la nacion A como á la nacion B.

7.<sup>a</sup> *Cambio de renta por capitales.* Véase la 3.<sup>a</sup>

8.<sup>a</sup> *Cambio de renta por riqueza de inmediato consumo.* Véase la 4.<sup>a</sup>

9.<sup>a</sup> *Cambio de renta por renta.* El mas favorable y en igual grado á las dos naciones.

Pero ¿y quién nos asegura que la nacion A, que recibió de la nacion B valores capitales no los destine al consumo, y que ésta habiendo recibido riquezas de inmediato consumo no las hubiese transformado en capitales? Nadie ciertamente; pero esto no socaba nuestras doctrinas. Esplíquenlo.

La nacion A dió en cambio valores capitales á la nacion B que tambien dió valores de la misma clase. Si estos valores conservan su naturaleza, los resultados seran los expresados en la combinacion primera. Mas si la nacion A los destinase á las riquezas de inmediato consumo, el cambio perteneceria á la segunda combinacion, y si la nacion B hiciese lo mismo degeneraria de la quinta: por manera que la naturaleza de los cambios depende del uso inmediato que cada nacion haga de los valores adquiridos.

Hay de singular en la renta, que como al fin tiene que resolverse en capitales ó en riqueza de inmediato consumo, y renta

y que los cambios se multipliquen hasta lo posible. Tales votos no se verán cumplidos sino bajo la influencia de la instruccion y de la libertad.

---

sea el total de productos que uno obtiene en un año trabajando ó arrendando los medios de trabajar que posee, desde el momento en que pasan estos valores á otro, dejan de ser rentas. Sin embargo el cambio de rentas siempre producirá por lo menos en el momento resultados especiales.

Cuando hablamos de capitales en las combinaciones nos referimos á los destinados á la produccion: si por ventura fuesen *lucrativos* ú *ociosos*, los resultados se modificarían. La nacion que diese en cambio aquellos perdería las ganancias que rindiesen al individuo, las cuales si no fuesen tan favorables á la produccion como las de los capitales verdaderamente productivos, siempre serán algo; y perdería además el trabajo de la acumulacion, y la posibilidad de darle otro empleo mas lucrativo, cuyos dos últimos resultados tambien se seguirían de la emigracion de capitales ociosos.

Cuando hablamos, por ejemplo, de cambios de capitales por capitales, por supuesto que no queremos decir que todas las transacciones mercantiles sean homogéneas, sino que aludimos á los efectos de cada cambio en particular, y el resultado general estará en razon compuesta del número de los que se hicieren y de su naturaleza.

Júzguese ahora si la absoluta libertad de comercio será siempre provechosa á las naciones, porque en último resultado siempre se paguen productos con productos. De los cambios es verdad que siempre resulta provecho á los que los celebran; pero segun esto pudiéramos decir en expresion de Mr. Droz, que hizo un buen negocio el infeliz sepultado en un infecto y oscuro calabozo que compra á precio de oro de su codicioso carcelero un poco de aire exterior y de luz del día. Además la nacion en globo no hace los cambios, sino el individuo en particular, y este mas consulta su interés privado, que el bien general, y por desgracia muchas fortunas hay que solo medran y se robustecen á espensas de la fortuna pública. ¿Y recusaremos la intervencion prudente é ilustrada del gobierno? ¡Ojalá llegase el día de quitar de en medio las barreras que aíslan los intereses de cada nacion! Entonces los intereses nacionales diversos, como son en el día, y tal vez encontrados, se confundirían en uno solo, en el interés del género humano; mas esto es lo bello ideal de la Economía política. (*Nota del traductor.*)

Estas observaciones claras, para los entendimientos reflexivos, incontestables para los que juzgan con aplomo, demuestran en que error está basado el sistema de aduanas: pero prueban que se deban quitar al punto todos los grillos al comercio? La industria creció á la sombra de una proteccion opresora, y las murallas que jamás hubieran debido levantarse, no podrían ser allanadas de repente sin peligrar, y aun sin destruir una parte de lo que han pernatido crear á duras penas. Los partidarios de la libertad de comercio no desoyen los consejos de la prudencia, porque son ilustrados. Smith, fijando su atencion en las manufacturas introducidas al abrigo de las prohibiciones ó de los derechos, dice: suprimiéndose de súbito, esas prohibiciones y esos derechos, tal vez sucedería que el mercado interior se viese al golpe inundado de productos estrangeros mas baratos que los nuestros, y muchos millares de obreros carecerían de empleo..... El empresario de un grande establecimiento al verse en la precision de suspender sus trabajos, sufriría considerables perjuicios: la parte de su capital destinada á la compra de las primeras materias y á los salarios tomaría acaso sin gran dificultad otra direccion; pero este mismo empresario no pudiera sin graves pérdidas disponer del resto de su capital, que está inherente á sus talleres. Una justa consideracion hácia sus intereses, exige pues, que dichos cambios nunca sean inopinados, sino que se introduzcan paulatina y sucesivamente, despues de haberlos anunciado de lejos. Los reglamentos abren pa-

so á un régimen de verdadero desorden que es casi imposible revocar despues sin ocasionar otro desorden (1).

Mr. Say dice que los paises sujetos á las aduanas semejan á los enfermos que el arte no puede curar sino con lentitud.

En vano objetarían que los frutos de la libertad, esto es, la abundancia, el mejoramiento y la baratura de las mercancías, no costarían demasiado, aunque hubiese que arrostrar una crisis pasagera. ¿Qué hombre sensato se atrevería á tomar en hombros la responsabilidad de un ensayo, cuyas consecuencias es imposible calcular con exactitud y en que pudieran ir envueltas la fortuna y la vida de sus semejantes? Por mas convencido que uno estoviese de la utilidad de un cambio repentino, no se hallan las luces suficientemente difundidas, para que fuese oportuno el intentarlo. Los quebrántos inseparables de aquesta revolucion, y los que sus adversarios sabrían añadir con sus manejos, alarmarían los ánimos de todos, y la autoridad se vería en la necesidad de guarecerse bajo el antiguo orden de cosas, con la misma precipitacion con que lo hubiese abandonado.

Las cadenas del comercio no pueden quebrantarse de un solo golpe; pero ya es hora de abrir los ojos sobre las pérdidas universales que acarrear las guerras de aranceles, de reconocer las verdades que

---

(1) *Richesse des nations* tomo 3.º, pág. 88, 95 y 96.

espongo, y vuelcan la teoría de las aduanas, y de adelantar por grados con paso firme hácia la libertad, llamando á todos los pueblos á ilustrarse sobre sus verdaderos intereses, y no vacilar en ofrecerles ejemplo de generosidad.

Los sectarios de las aduanas manejan á la vez las armas de las prohibiciones y de los derechos, y aquellas parecen ser el medio de repulsion mas activo. Un producto sujeto al pago de derechos, si se introduce furtivamente, queda en seguridad, como haya ganado la frontera, pero estando prohibido pueden perseguir de almacen en almacen. Las prohibiciones van acompañadas de medidas inquisitoriales, y sin embargo su influjo no es siempre tan decisivo como suele creerse, porque el alto precio que es consiguiente, presenta un cebo al contrabando. Las prohibiciones son hostiles, divorcian los pueblos, y tienen mas tenazmente que los derechos, á introducir el monopolio en el interior del estado. Los conatos de una prudente administracion deben dirigirse á sustituir los derechos á las prohibiciones, y luego moderar por grados los derechos. Lejos de sucumbir ante los intereses privados que solicitan cada vez mas restricciones, debe dejarles ver en lontananza á los que gozan de las ya establecidas, la época en que las unas se debilitarian, ó las otras desaparecerian del todo, que así es como sembrará los beneficios de un régimen de libertad.

El sistema opuesto solo sirve para fomentar la ignorancia y la pereza á espensas del interés gene-

ral. Ciertos escritores pretenden á la verdad, que siendo la industria libre en un estado, puede escluirse á los productores extranjeros, sin que resulte monopolio: ciertamente, el mal es menos grave que si el número de los productores nacionales estuviese limitado: no hay, si se quiere, mas que un semi-monopolio; pero sus efectos serán siempre retardar la perfeccion de las artes y encarecer los productos.

Nuestras fraguas hicieron progresos de algunos años á esta parte; pero ¿por ventura estos progresos no fueran mas rápidos y mas importantes á no haber sido tan fáciles en garantir á los empresarios industriales de toda inquietud respecto de la concurrencia estrangera? Un hombre de luces á quien su estado compromete á conocer muy bien la elaboracion del acero, me decía: "estas manufacturas se hallan protegidas por los derechos hasta tal punto, que es posible hacer considerables ganancias sin salir de la rutina, y una parte de nuestros productos aun revela una completa ignorancia: sabido es cuanto ha protegido la Inglaterra con las aduanas sus sederías, y se encomiaron los efectos de esta proteccion: pues hé aquí lo que pensaba Mr. Huskisson mientras fué ministro director del comercio." El monopolio há producido lo que producirá siempre, una completa indiferencia hácia la perfeccion. Ese celo interesado, que es el alma de la industria, y que se aplica sin cesar á reproducir, y á vender lo mas barato posible, se amortigua al impulso del sistema prohibitivo: él solo nos hizo quedar atrás de nuestros vecinos en las sederías.

¡Fatal resultado esa parálisis que acomete á la industria, cuando leyes prohibitivas la sumen en una indolente seguridad! (1) (2).

Exigir derechos sobre la entrada de una mercancía, es obligar al consumidor á tomarla por mas de lo que vale, no solamente cuando viene de afuera, sino cuando se fabrica en el interior, puesto que los productores nacionales son árbitros de alzar sus precios, ó mantenerlos elevados sin temer la concurrencia. Es tristemente divertido oír á los fabricantes escudados con las leyes prohibitivas decir en tono satisfecho: "queda de nuestra cuenta dar impulso á este género de industria, y no seremos tributarios del extranjero." ¿Y cómo seríamos tributarios mientras comprásemos las obras mas perfectas de entre las mas baratas? ¿No diemos con mayor razon que pa-

---

(1) Nunca deben ser tan fuertes los derechos que apoyen esa indolente seguridad, antes es preciso mucho tino para conciliar en lo posible los intereses de los productores y consumidores. En cuanto á las doctrinas de Mr. Huskisson, yo tambien las profesaría si fuese inglés, ó si mi patria estuviese tan adelantada en la carrera de la industria como Inglaterra: practicándolas, quizá quedasen eriales algunas tierras; pero en cambio; ¡qué vasta estension la del mercado, que se abriese á su industria comprimida! Las manufacturas inglesas todo lo inundarian, y apenas habria nacion alguna que pudiese entrar con ella en concurrencia, salvo las favorecidas por la naturaleza, en aquello en que fuesen privilegiadas. España, por ejemplo, seria una nacion casi exclusivamente agricultora y pastora, ¡qué mar de consecuencias! (*Nota del Traductor.*)

(2) Discurso pronunciado en la Cámara de los Comunes el 24 de marzo de 1824 traducido al francés por Mr. Pichon.

gamos un tributo desde el momento en que es fuerza dirigirse á hombres que nos venden mas caros los artículos menos bien fabricados?

Mr. Garnier hacía en 1822 el cálculo siguiente: parece que el trabajo de un arado, dá lugar á un consumo anual de cincuenta libras de hierro. El labrador podía procurárselas antes de 1790, por siete libras y diez sueldos á lo mas, y ahora paga por lo menos esta suma triplicada. Si hay como suponen nuevecientos mil arados en accion en Francia, el solo ençarecimiento del hierro grava á la agricultura con el impuesto de catorce millones (1). Convengo en que semejante cálculo sea exagerado, pero redúzcase y se probará, que dicho impuesto es menos considerable, mas nunca que es llevadero. Si despues nos fijamos en que el autor habla de los útiles de un arte solo, y que el hierro es un artículo de primera necesidad, el cual tiene mil usos distintos, quizá nos vaya escociendo el aumento de gastos que resulta de su carestía. En fin, si atendemos á que el hierro es uno de tantos productos gravados con derechos, al hacer el cálculo, siquiera por via de ensayo del alza de precios originada por todas las leyes prohibitivas, nos sobrecojemos sin remedio, entriendo la enormidad del peso con que las aduanas agovian al pueblo.

Dolémonos, no sin razon, de la gravedad de las

---

(1) Nota de la traduccion francesa de Smith, tomo 6.º pág. 241.

contribuciones anotadas en los presupuestos; empero la carestía de los productos es otra contribucion, cuyo total es imposible apreciar con exactitud. Dese ahora el valor que merece á esta frase tan inculcada por los forjadores de aranceles: "la carestía de los productos es un impuesto útil á los productores, y casi insensible á la muchedumbre de consumidores entre quienes se distribuye:" por cierto que esta frase parece un sarcasmo.

El régimen de aduanas no carece de graves inconvenientes para los productores mismos, ya porque son á la vez consumidores, y ya tambien porque no puede servir á algunos sin perjudicar á los otros. ¿Cómo mantener entre ellos el equilibrio? Han creido enunciar un principio luminoso, diciendo que el trabajo se fomenta poniendo trabas á la salida de las materias brutas y á la introduccion de las materias fabricadas. Mr. de Sismondi presenta observaciones muy juiciosas acerca de este principio, que tan sencillo parece y tan profundo. "El lino (dice) es una materia elaborada para el enfiador, y es materia bruta para los hilanderos: aquel quiere segun el principio general, que se favorezca su salida, y estos que la prohiban. El hilo es otra vez materia elaborada para los hilanderos, y materia bruta para el tejedor: los lienzos son materia elaborada para el tejedor, y materia bruta para el fabricante de indianas: las indianas ó telas pintadas son materia elaborada para el fabricante, y materia bruta para las modistas, tramoyistas, ó para los sastres. El último que llega quie-

re ser dueño esclusivo del mercado, respecto de todos cuantos trabajaron antes de él: paraliza la industria con prohibiciones á la salida, y disminuye por consiguiente la cantidad de los productos, que era de esperar. Considerado el conjunto de un código de aduanas, tropezamos casi siempre con que las prohibiciones concedidas sucesivamente á los diversos grados de industria están en directa oposicion las unas con las otras (1). Si: pretender la conciliacion de intereses tan encontrados, es empeñarse en un dedalo por donde se camina á la ventura. Los productores de crédito llevan la ventaja, y dá compasion ver á los ministros de un imperio convertidos en agentes de los mismos fabricantes que los engañan.

Hemos indicado una parte de los perjuicios que unos productores causan á otros productores. Como se repelan mercancías extranjeras, los pueblos vejados repelerán á su vez las mercancías que se les remitan, y entonces la fortuna de los fabricantes protegidos por las aduanas, se labra á espensas de los empresarios de industria, víctimas de las represalias. Yo, por mi parte, no concibo cómo pueda parecer justo enriquecer á unos despojando á los otros: no sé cómo pueda caber en entendimiento alguno la peregrina idea de proteger la industria animando un trabajo en perjuicio de otro, muchas veces sin ser asequi-

---

(1) *Nouveaux principes de l'Economie politique*, tom. 1.º, pág. 436.

ble el decidir cuál, en un sistema de libertad, sería el mas importante.

Las represalias perjudican por sí mismas á los que las emplean. Cuando los estados vecinos á la Francia reusan nuestros vinos, porque nosotros reusamos admitir sus reses, se condenan á una segunda pérdida, porque les hemos hecho experimentar la primera. Las reses destinadas á la esportacion, pierden un mercado y bajan de precio, y en verdad que no es compensacion hacer mas dificil y mas costosa la compra de los vinos de que necesitan. Las represalias pueden tambien considerarse bajo otro aspecto: algunas veces conmueven la industria de un pueblo, que dá el ejemplo de libertad comercial. Siendo esta libertad nuestro norte, si por este camino se pone al agresor en el conflicto de retirar sus leyes prohibitivas, debemos resignarnos á un mal pasajero á fin de alcanzar un bien permanente. Bajo dicho punto de vista, aprobamos altamente las represalias: con tales armas los Estados-Unidos, la Prusia, obligaron á la Inglaterra á renunciar á los derechos diferenciales (1), que por tanto tiempo creyera indispensables para la prosperidad de su marina. Mr. Huskisson en un discurso en el cual la elevacion de los pensamientos corresponde al vigor del raciocinio, probó completamente, que

---

(1) Estos derechos favorecen la importacion de mercancías en buques nacionales, recargando las que se introducen con bandera estrangera.

si pudieron emplearse ciertos ardides, cuando una sola nacion poseía el secreto, ya se hizo imposible hoy dia en que todos los pueblos tienen abiertos los ojos sobre sus intereses comerciales, "Nuestro privilegio esclusivo, (dijo), há espirado" (1) expresion tan profunda como ingeniosa.

No cabe duda que abusando de su fuerza, podrá un gobierno tentar con éxito algunas especulaciones lucrativas, como que hemos visto á naciones poderosas precisar á sus colonias, ó á estados débiles á recibir de ellos mercancía, y darles otras en cambio, alzando el precio de las primeras, y bajando el de las segundas. Un ladron vive con los despojos del pasajero; mas otra industria le proporcionaría una existencia mas asegurada. Al momento se computa lo que gana un pueblo que tiraniza á otro pueblo con sus esacciones; pero tambien convendría calcular lo que hubiese ganado, adoptando otros principios, y lo que ha perdido á impulso de los rencores, de las represalias, de las guerras, resultado natural de sus injusticias. El vulgo atribuye tal revolucion al suceso, que inmediatamente la precede, y sin embargo, es menester penetrar en las circunstancias, que la prepararon y la hicieron inevitable. El monopolio, que los ingleses ejercian con tanto rigor en perjuicio de sus colonias de la América del Norte, atizó el encono que estalló despues con la pretension de impo-

---

(1) Discurso ya citado, pág. 12.

nerles contribuciones sin su consentimiento; y por solo mantener en provecho de algunos comerciantes un odioso monopolio, la Inglaterra engendró esa potencia rival de la suya, que mas de una vez causará insomnios á sus ministros.

La publicidad de las deliberaciones admitidas en la actualidad en tantos paises, debe ejercer grande influjo en la propagacion de los principios de la Economía política. La ciencia de la administracion no podia hacer rápidos progresos, cuando estaba misteriosamente reclusa dentro del gabinete de algunos hombres de estado. No faltaron tribunos que alzasen su voz en diversos puntos del globo; hizose cada dia mas difícil tener secretos y por último vino á ser necesario esponer con franqueza el fin y los medios. Sin duda que puede mentirse en la tribuna; pero allí mas que en otra parte, éste innoble recurso no produce otro resultado, que el desprecio para quien lo emplea. La verdad brilla harto fácilmente en las discusiones públicas para que la franqueza deje de ser el partido mas seguro así como el mas decoroso.

Ciertamente la copia de luces, la fuerza y la estabilidad que nacen del acrecentamiento de prosperidad, conducirán á los pueblos á apetecer cada vez mayor ensanche en sus relaciones. Sábese cuán útil es á las provincias de una misma nacion comerciar libremente entre sí; y porque no podrian compararse

los diversos estados á diferentes provincias (1). Si dos países cortados por una línea de aduanas á consecuencia de un cataclisma político, llegan á fundirse en un solo gobierno, las barreras desaparecen, y los dos países dentro de poco mejoran de condicion. ¿Argüirán con que la supresion de las trabas no tendria el mismo efecto, cuando los dos pueblos pertenecian á distintos gobiernos, y no eran contribuyentes para idénticos gastos? Este argumento, enteramente fiscal, nada prueba: se trata de saber lo que convendría á la prosperidad de entrambos países, y es ageno de la cuestion averiguar si las rentas públicas se vaciarán en una sola arca ó en muchas. Lo dicho acerca de la fusion de los dos países no es pura teoría. En la época en que muchos estados fueron momentáneamente agregados á la Francia, la libertad comercial se asentó entre ellos, y fué acaso la mayor compensacion de las calamidades de entonces. Y luego despues de la

---

(1) Considerando la cuestion de la libertad absoluta de comercio en una esfera humanitaria, como quiere Mr. Rossi que se consideren todas las de Economía politica en cuanto es ciencia, no hay duda que se aumenta la masa de riqueza general; pero quizá pierda nuestra nacion, y entonces el egoismo nacional, ó si se quiere, el principio de propia conservacion nos autoriza á poner su comercio exterior á la sombra de prohibiciones tutelares. Haciéndose el comercio de provincia á provincia, cualesquiera que fuesen los resultados de los cambios, podrian empobrecer á un individuo, pero nunca habria riesgo de que emigrasen los capitales, y se secasen las fuentes de la produccion. (*Nota del traductor.*)

siguiente desmembracion se reedificaron las murallas, no porque lo pidiese el interés de la industria, sino cediendo á las exigencias de las preocupaciones, de los rencores y de la tiranía fiscal.

Mientras que los escritores mas sábios, mientras que los estadistas mas ilustrados anuncian ideas generosas, cunde solapadamente un error, hace presa en los talentos mas distinguidos, y viene á suscitar obstáculos á la propagacion de los verdaderos principios. Este error es el que induce á muchos á creer, que cada pueblo debe tentar todos los recursos de la industria, y procurar bastarse á sí mismo (1).

Tal sistema no difiere en sus consecuencias del de los caducos partidarios de las leyes prohibitivas, aunque en vez de presentarse con aspecto fiscal, se dirige al patriotismo y lisongea el orgullo y dá pábulo á las rencillas de las naciones. Nuestras borrascas políticas han venido en su apoyo. El genio del bien y el genio del mal, siempre luchando cuerpo á cuerpo en la tierra, jamás han desplegado tantos esfuerzos, como de cincuenta años á esta parte. El uno há difundido los principios, y el otro enconado las pasiones. Las guerras que engendraron, dán un bar-

---

(1) Protestamos contra este error: es una absurda pretension el querer que cada pueblo se baste á sí mismo. "*Nora omnia fert omnis tellus.*" Reconocemos las inmensas ventajas de los cambios entre naciones, pero quisiéramos que las condiciones no fuesen muy desiguales por entrambas partes. (Nota del traductor.)

niz de justicia á medidas de que renacería la barbarie en el seno mismo de la civilizacion. La absurda y fatal pretension de que un pueblo se haya de bastar á sí mismo, solo es análoga á las costumbres de aquellas repúblicas guerreras que para alimentar su patriotismo esclusivo, odiasen á cualquier otro pais y quisiesen encerrarse como la fiera en su guarida.

Hemos visto frecuentemente estadistas conocidos por su imprudencia y medianía comprometer su amor propio en luchar con la naturaleza de las cosas para introducir, ó para desenvolver en un pais los géneros de industria, que hubiesen debido no cultivar, ó cultivar con lucimiento. Aun despues del éxito mas feliz los hombres sensatos se preguntan si los resultados compensan los sacrificios. El castillo de Versalles es el emblema de estas locas tentativas: engañáronse al decir que este edificio no se concluiría nunca, pues existe; ¿pero vale lo que ha costado?

Cada pueblo tiene sus producciones naturales y sus talentos, así como su clima especial, y segun el rumbo en que estas circunstancias dominantes le comprometan, su trabajo y sus capitales le rendirán productos de mejor calidad, y le proporcionarán cambios mas ventajosos. Esforzarse á producirlo todo, es condenarse á fabricar artículos que se podrian obtener mas perfectos y mas baratos comprándolos al extranjero: es hacer un uso muy poco lucrativo de capitales, que tendrian mas útil empleo en otro género de industria. Cuántos estadistas se sonrien con desden al decirles: la Providencia variando los medios que

cada país posee de crear riquezas, ¿quiso hacer recíprocamente necesarios á los habitantes de los diversos climas y unirlos con el suave nudo de los cambios? Estos hombres de estado graduarian tales ideas de superficiales. Por fortuna las ideas morales son susceptibles de una rigurosa demostración. ¿Quiérese traducir al lenguaje aritmético la siguiente verdad, que los hombres deben secundar fielmente las miras de la sabia naturaleza, la cual los llama á trabajos distintos? Me valdré de las palabras de uno de los escritores que proceden en Economía política con la mayor aridez: "Supongamos, dice Mr. Ricardo, que dos obreros sepan, el uno hacer zapatos y el otro sombreros. Aquel aventaja en los dos oficios; pero haciendo sombreros no escede á este mas que en un cinco, ó en un veinte por ciento, mientras que haciendo zapatos le escede en el tercio ó treinta y tres por ciento. ¿No sería conforme á los intereses de ambos, que el obrero mas hábil se dedicase exclusivamente al oficio de zapatero, y el otro al de sombrerero?" (1).

El sistema que tiende á introducir en todas partes todas las clases de industria, no puede ofrecer otro resultado que el mal estar universal. Muchas veces oímos quejarse del alto precio de las mercancías en cualquier punto del globo. La imprudencia y la ignorancia de ciertos empresarios de industria, son causa de es-

---

(1) *Des principes d'Economie politique*, tomo 1.º, pág. 207: v. la nota.

ta calamidad; pero tambien debe atribuirse á las aduanas: bajo su proteccion se fabrican los mismos objetos en la mayor parte de los paises, mientras que la libertad hubiera sostenido la necesaria variedad en los cambios. Por otra parte, un comerciante que lleva productos á un pais extranjero, tropieza allí con las aduanas que los encarecen y dificultan su venta; en cuanto á las mercancías que quisiera recibir en cambio de las suyas, unas se hallan prohibidas y otras recargadas con derechos á la salida, y respecto á las con que se le invita, están quizá prohibidas ó gravada su importacion. Cuando la industria se vé de tal suerte sujeta con dobles trabas, sería un prodigio hacer las ventas con facilidad. En este laberinto las necesidades de los hombres no se atienden, y los aranceles es lo único que conviene conocer; y como está en la naturaleza de las cosas que la legislacion de aduanas varíe, las operaciones mercantiles carecen de seguridad. Tal es todavía el estado vergonzoso de la industria en el siglo XIX, merced á un sistema hijo de la ignorancia y de las pasiones.

Muchos graves errores desaparecerán como otros se han desvanecido despues de haber reinado largo tiempo. Una de las causas que dieron mayor importancia á las aduanas, fué la persuasion de que á cualquier estado le conviene impedir la estraccion de su numerario, y trabajar por apoderarse del de los extranjeros, cuya opinion examinaremos en el capítulo siguiente.

---

## CAPITULO IX.

## DE LA MONEDA.

Sabido es que los filósofos que se propusieron investigar el origen de las lenguas, han quedado sorprendidos al ver como surgían dificultades invencibles á cada paso de sus hipótesis, y llegaron á reconocer como necesaria la intervencion de la Divinidad en la formacion del lenguaje. Las investigaciones acerca del origen de la moneda pueden escitar sorpresas semejantes. ¿Cómo estos pedazos de metal, inútiles en sí mismos, han llegado á ser de comun consentimiento el medio mas seguro de procurarse los objetos que apetecemos?

La autoridad, la fuerza no pudieron prescribir este medio de cambio; pues hay una libertad ilimitada en el uso de la moneda. Si recibimos una pieza de oro en cambio de un producto cualquiera, es porque se encuentra ventaja en ello, supuesto que prefiriéndose otro producto, se exige, ó bien se rehusa cerrar el contrato. De lo dicho resulta, que los hombres se sirven del numerario libremente, y que es difícil en alto grado concebir como lo hubiesen inventado.

Cuando los hombres han sentido la extrema necesidad de arribar á un descubrimiento reiteran sus tentativas hasta tanto que el éxito corona por fin sus esfuerzos. Pocas invenciones fueron necesarias en el extremo que la moneda, y para apreciar debidamen-

te su utilidad, supongamos que no existe. ¿Cómo haríamos la mayor parte de los cambios? Yo, por ejemplo, poseo una saca de lana y quisiera procurarme trigo: cargo con mi pesada riqueza, y me la llevo á casa de un propietario que tiene trigo, pero lo que pide es vino: me dispongo, pues, á buscarlo para darlo en seguida. El vinatero no necesita mi lana, y el fabricante que la tomaría de buen grado, ni posee trigo, ni vino que pueda cederme. ¿Cuántas dificultades, carreras, embarazos y fatigas! Llego por último á descubrir alguien en aptitud de entrar en cambio conmigo: ¡otra dificultad! ¿cómo apreciar el valor de las mercancías? ¿cómo determinar qué cantidad de lana debe darse por tal cantidad de trigo? Nos convenimos en fin dividiéndose una de las dos mercancías ó ambas; pero ¿y si no pueden dividirse? ¿si se trata de cambiar una res por un mueble? ¿Por qué rara casualidad encontraré la persona que posea, no solo el objeto que apetezco, sino que sea precisamente de igual valor al del objeto que quiero dar en cambio?

Hízose indispensable hallar una mercancía intermedia que facilitase los cambios, y que sirviese de punto de comparacion para apreciar los valores.

Los varios objetos adaptables á este uso, no reúnen todos en el mismo grado las cualidades apetecibles, y repetidos ensayos precedieron á la invencion de la moneda tal como en el dia la conocemos. El embarazo de algunos filósofos al resolver el problema de la formacion del lenguaje, resulta de que de-

hieron preceder convenciones para fijar la significacion de las palabras, y de que era necesario un idioma para hacer convenciones, círculo vicioso que los encierra sin esperanzas de salvarlo. Uno de sus cofrades de mayor agudeza, Mr. Leromiguere, ha dicho ingeniosamente que por igual estilo se probaria que era imposible tener en la vida martillo ni yunque, puesto que se necesita un martillo para hacer un yunque, y un yunque para hacer un martillo. Felizmente, la naturaleza es mas fecunda en recursos que lo son nuestros sabios: ella es quien nos va acercando por una serie de ensayos cada vez menos informes á producir con aire de perfeccion lo que en teoria se juzga imposible.

Algunas veces suelen ocurrirse á los hombres, guiados de solo el sentido comun, las ideas mas felices. Los miserables habitantes de la costa de Angola crearon una moneda ideal con las piezas que llaman *macutas*, las cuales no existen sino en su imaginacion (1). Aquel que quiere deshacerse de un objeto lo tasa en tantas macutas: su vecino aprecia de la misma suerte el objeto que se propone dar en cambio, y se comercia como si hubiese macutas que dar y recibir. Esta moneda sirve á los valores de punto de comparacion; pero llena tan solo una de las funciones del numerario. La necesidad de facilitar los cambios mediante una mercancía intermedia, hizo

---

(1) *Economie politique de Stewart*, tom. 3.º, pág. 16.

consagrar á este uso objetos diversos: en Méjico granos de cacao, en Virginia tabaco, en Abisinia panes de sal, y en ciertos pueblos de las Indias conchas brillantes consagradas por la moda al adorno de sus habitantes.

Tendiendo siempre á la perfeccion de los medios de cambio, se debia llegar necesariamente hasta la moneda metálica, porque reúne en el mas alto grado las cualidades apetecibles en una mercancía intermedia. Los metales preciosos encierran grande valor (1) en reducido volúmen, lo cual permite guardarlos, ocultarlos y transportarlos fácilmente. Su duracion es indefinida, y abundan lo bastante para satisfacer las necesidades de todos los pueblos, sin ser por eso tan comunes que se envilezcan, y que acarreen el conflicto de aumentar la masa monetaria de una manera embarazosa. El arte los divide en cuantas porciones se desea sin experimentar menoscabo de importancia, y en fin, son susceptibles de marcarse con un sello, y conservarlo por mucho tiempo.

Notemos de paso que fué una invencion muy interesante la de sellar los pedazos de metal de manera que comprueben su peso y su ley. Si fuese preciso al recibirlas pesarlas y ensayarlas se veria uno su-

---

(1) Error fuera suponer que la imágen del soberano imprime valor á estos metales, antes déhenlo á los varios usos á que son aplicables, y á los gastos que exigen su explotacion y elaboracion.

niamente entorpecido con estas dos operaciones de las cuales la primera es embarazosa y la segunda casi imposible de practicar. Solo por grados se llegó a la acuñación de la moneda: al principio circularon pedazos de metal sin sello; luego se indicó su valor con el punzon: en fin, el arte de cubrir la pieza entera de figuras y palabras hizo más difícil borrar y falsificar los signos indicativos de la ley y del peso de las monedas.

La invención del numerario es uno de los mas poderosos vehículos de la civilización, como lo prueban las ideas precedentes, y á las cuales debo añadir otra consideración importante. Sin el numerario, ¿cómo se formarían los capitales, cuya existencia es necesaria al desarrollo de la industria? Con dificultad podrían acumularse los objetos embarazosos por su volumen y los propensos á averiarse y aun destruirse; mas con el recurso de la moneda, diariamente pueden reservarse algunas porciones de una mercancía que ocupa poco espacio, que no se desvirtúa, y la cual, cuando se posee en cantidad suficiente, se transporta sin trabajo adonde la necesidad la llama para cambiarla por los artículos mas análogos á la empresa industrial á que se piensa dar impulso.

Sin embargo, por grande que sea la importancia del numerario, la exageraron con frecuencia, ó por mejor decir, han despreciado la naturaleza de los servicios que hace á la sociedad. Miráronle como la única riqueza, y la Economía política concentró sus

ideas en retener el numerario dentro del país y son-  
sacar el suyo á los extranjeros.

Los análisis mas profundos han disipado, ó por lo menos debilitado, esas preocupaciones. Los metales preciosos (1) no son mas que productos, y como otros cualesquiera, no es posible detenerlos sino por medio del trabajo. Estas verdades saltan á la vista, si fijamos nuestra atencion en los pueblos, cuyo suelo encierra dichos metales. La explotacion de las minas es un ramo de industria no tan lucrativo como se quiere supener: hace muchas veces concebir esperanzas engañosas, y es fecundo en cambios desastrosos. Si las utilidades parecen enormes en el beneficio de una mina abundante, las vemos recobrar su cuota natural poniendo en balanza las ganancias y las pérdidas de todos cuantos especulan en las explotaciones. Respecto á los países que carecen de minas, se proporcionan igualmente por medio del trabajo los metales necesarios para su moneda, su joyería &c. A no robarlos haciendo la guerra, no pueden adquirirlos, sino dando otros productos en cambio.

Nada mas inexacto, y aun diré, nada mas absurdo ó mas inocente que esta frase admitida todavía en la tribuna pública y en los documentos ofi-

---

(1) El uso, que no siempre vá de acuerdo con la razón, calificó con este epíteto á dos metales, y en realidad el fierro lo merece mas. Podríamos en rigor suplir el oro y la plata; pero ¿con qué supliríamos el fierro?

ciales: "somos tributarios de tantos millones con que contribuimos á tal pueblo á quien pagamos en numerario sus mercancías." Pudiéramos decir que esos millones, ó casi la totalidad se pagan sin que salga un maravedí del estado; mas demos de barato, que nuestros banqueros salden la cuenta con especies monetarias, ¿por qué razón seremos en tal caso mas tributarios suyos, que si les diésemos otros cualesquiera objetos en cambio de los que nos envían? En el primer libro hemos visto ya que los productos no se compran sino con productos: si no pagamos á un pueblo con nuestra sedería, paños, vinos &c.; si le llevamos metales preciosos, fué necesario procurarlos antes cambiándolos por nuestra sedería, nuestros paños, vinos... así siempre venimos á pagar directa ó indirectamente con productos de nuestro suelo y de nuestra industria (1). Toda la diferencia consiste en que en el primer caso no hacemos mas de un cambio, y dos en el segundo, y bien posible sería en el último obtener mas utilidades, puesto que una doble operacion debe poner en movimiento mas trabajo en la sociedad.

Media entre los metales preciosos y las mercancías

---

(1) ¿Y quién me responde de que el dinero esportado no forme parte de nuestros capitales? ¿Quién me asegura tambien que los valores dados en cambio de él no fuesen asimismo capitales, ó riquezas de inmediato consumo? (Nota del traductor.)

cias una diferencia, y es que aquellos son, de todos los productos, los que el comercio se procura mas fácilmente. Su escaso volumen les permite atravesar largas distancias á poca costa, elude la vigilancia de las aduanas, y desafía á las prohibiciones que fulmina la ignorante codicia. El oro y la plata afluyen naturalmente á donde la necesidad los hecha de menos, ó en otros términos, á donde estan mas caros. A fin de que cada pais industrial allegue la cantidad que necesita, basta no entorpecer el comercio, y, lo repito, para una mercancía tan preciosa y de tan reducido volumen, la circulacion siempre es libre, ó se acerca á serlo.

En un pais en donde no hubiese el numerario suficiente (1) la industria sufriría menoscabo, y los cambios se harían con dificultad. Sin embargo, no es preciso que la cantidad de especies monetarias aumente en proporcion del número de los cambios: una pieza de moneda se multiplica, por decirlo así, y la actividad del comercio la hace pasar rápidamente á muchas manos.

Si es cierto que la rareza de la mercancía intermedia perjudica á la celeridad de los cambios, es igualmente cierto que su escesaiva abundancia produciría fatales resultados. ¡Triste situacion la de un pais en donde entrase siempre dinero sin nunca salir! El

---

(1) O signos representativos de moneda, como adelante veremos.

valor del numerario descendería, y fuera menester cargarse con una cantidad de moneda siempre mas considerable, siempre mas embarazosa, sin obtener mayor número de objetos en cambio. El descubrimiento de la América aumentó la masa de metales preciosos de una manera desproporcionada al acrecentamiento del comercio, y entonces el dinero valió seis veces menos que antes. Pruébase con el hecho siguiente hasta qué punto suelen fascinarse los hombres cuando tratan de estos metales solicitados con tanto afán. El parlamento de París representó varias veces en queja de que gran número de particulares tuviesen vajilla y muebles de plata, y concluyó pidiendo que en bien de los pobres se prohibiese tanto lujo. Paralizado que fuese un ramo de industria hubiera disminuido el trabajo, y aumentándose la masa del numerario, se hubiera tambien disminuido su valor.

La opinion que funda en el numerario la riqueza, debe sin embargo adolecer algo de especiosa cuando fué universalmente recibida, y aun hoy día no falta quien la sostenga: sin duda la adoptarán los hombres avezados á juzgar por apariencias. Como apenas se hacen cambios propiamente dichos, sino compras y ventas, se ve intervenir siempre á la moneda, y parece producirlo todo y ocupar el lugar de todo. Cuanto mas dinero posee un hombre mas rico es, y de este hecho incontestable es sobrado natural concluir, que para enriquecer á un estado nada mas se necesita, que acrecentar su numerario. Mas al poner en parangon el estado con el individuo se incurre á me-

nudo en graves errores. El hombre, que cada día allega un poco á la cantidad de metales preciosos, que ya posee, no rebaja su valor; y los pueblos acrecentando siempre la masa de sus especies monetarias, experimentarían la miseria de la superabundancia. Observemos además, que los pueblos son una agregacion de individuos con intereses y gustos muy variados. Yo, por ejemplo, preferiria veinte mil francos á mercancías por valor igual, porque, ¿cómo beneficiarlas? y el dinero vá á procurarme en el instante lo que deseo, mientras que un negociante acaso dé la preferencia á las mercancías. Yo para servirme de ellas tendria que venderlas, y el para servirse del dinero debiera comprarlas: en mis manos quizá se averiasen ó destruyesen del todo, y el negociante conseguirá aumentar su valor aun mas allá del representado en la suma que hube elegido. Así, pues, cuando vende al extranjero puede serle ventajoso hacerse pagar con otros productos mas bien que con especies monetarias. Sin duda que alguna vez acepta mercancías, aunque mas quisiera dinero, y esto consiste en que entonces no es posible contratar sino así, y en tal caso prefiere despachar á recoger sus envíos. Siempre procura comerciar de la manera mas ventajosa, ó menos perjudicial, y todos los conatos del gobierno para dirigirle, no producen otro resultado que obligarle á contratos onerosos, ó reducirle á la imposibilidad de vender.

Debióse creer que se razonaba con mucha lógica diciendo: hay objetos que se destruyen con rapidez,

y los metales son casi indestructibles: si pues un país compra de otro objetos frágiles, y paga en numerario, se empobrece, y el segundo se enriquece. Empero el país que recibe el numerario no lo guarda, el dinero se vá, y el pueblo que lo recibió en cambio de telas, acaso lo dé por satisfacer necesidades aun mas fugaces.

Cuando reinaba la opinion de que los metales preciosos son la riqueza de los estados, debióse creer de estrema importancia calcular el importe de las compras y de las ventas hechas con el extranjero, y comparando las sumas totales estaba conocida la diferencia que debia pagarse ó percibirse. A esto se llamó balanza de comercio, y con ella se pretendió probar si un estado se enriquecia, ó por el contrario se empobrecia. La futilidad de dicha opinion ha sido tan palpablemente demostrada, que me detendré muy poco en este asunto.

Los estados de la balanza de comercio redactados en Inglaterra han sido siempre, ó casi siempre, favorables á esta rica nación: así pues el numerario debe componer allí una masa prodigiosa. Mr. Say suma las cantidades que resultan recibidas por los ingleses desde principios del siglo XVIII hasta el papel-moneda de 1798, y encuentra el total enorme de trescientos cuarenta y siete millones de esterlinas. Añadiendo, dice, el numerario que ya existia en Inglaterra á principios del siglo XVIII, convendremos en que debe poseer anchamente cerca de cuatrocientos millones. ¿Cómo, pues, se compone con que los

cálculos ministeriales mas exagerados no asignen á Inglaterra mas de cuarenta y siete millones en la época de mayor abundancia? (1).

Los resultados ilusorios de la balanza mercantil fueron muy ingeniosamente indicados por Mr. de Saint-Chamans en un discurso que no tengo á la vista, y voy indudablemente á pintar con menos viveza las ideas del autor. Supongamos, dice, que cierto negociante francés esporta para ultramar un cargamento de cincuenta mil francos: supongamos que sea afortunado en sus ventas y en sus compras hasta el punto de introducir en retorno mercancías por el valor de doscientos mil francos: esta operación es brillante, y sin embargo, consultada la balanza de comercio, aparecen cincuenta mil francos en la columna de las esportaciones, y doscientos mil en la de las importaciones, quedando así probada la pérdida de ciento cincuenta mil francos. Cualquier accidente hubiera frustrado sus cálculos: sepultados en la mar los doscientos mil francos no se hallarían anotados en la columna de las importaciones, y por la de las esportaciones constaría que hemos ganado cincuenta mil francos.

Apenas se concibe cómo hubo estadistas infatuados con el ímprobo estudio de los documentos relativos á la balanza mercantil para deducir de ellos serias consecuencias acerca del destino de los imperios,

---

(1) *Traité d'Economie politique*, tom. 1.<sup>o</sup>, pág. 245.

lo cual sirve de fundamento á esperar que errores hoy en voga, serán algun dia ridiculeces.

---

## CAPITULO X.

### DEL PAPEL SUPLETORIO DE LA MONEDA.

Por admirable que sea la invencion de la moneda, los hombres han llegado á perfeccionarla, y descubrir nuevos secretos para facilitar los cambios.

La moneda facilita en cierto modo el transporte de los productos sin cambiarlos de lugar: si yo habito en el Mediodia y poseo una hacienda en el Norte, no se podria sin embarazo y sin gastos enviarme mi parte de cosecha. Mas vendiéndola en el Norte y remitiéndome el dinero, que cambio en el Mediodia por trigo, hallo debajo de mi mano los productos de mi hacienda. Empero, semejante transporte de la moneda, menos caro que el de las especies, es sin embargo costoso y puede irrogar pérdidas; y para evitar tantos inconvenientes y peligros, el comprador de mi trigo hace un escrito en las formas legales, por el cual encarga á cualquiera del pais en que habito, pagar, sea á mí, sea á la persona que yo designare, la suma de que es deudor, y esta *letra de cambio* que llega á mi poder, casi sin gastos, transporta el dinero, como el dinero transporta las mercancías.

Si nos figuramos por un momento el número pro-

digioso de compras que hacen indispensables los envíos de especies monetarias, echaremos de ver cuántos dispendios economiza á la industria la subrogacion del papel á la moneda, y qué actividad imprime á la circulacion.

La seguridad de que una letra de cambio será satisfecha en tal época, le dá un valor muy aproximado al numerario, y por eso puede obligarse á aceptar en pago de las compras los billetes recibidos por las ventas. Este papel no circula solamente entre las ciudades de una misma nacion, sino que fomenta el comercio de distintos pueblos, y pasa de uno á otro hemisferio. ¡Feliz la invencion que facilita los cambios, y de consiguiente tanto los multiplica!

Del empleo de los billetes nace tal número de operaciones, que crean un género de industria en que se ocupan los *banqueros*, verdaderos comerciantes, cuyas mercancías son dinero y papel. Si ocurre la necesidad de invertir el valor de un billete antes de su vencimiento, los banqueros le *descuentan*, es decir, le pagan, reservándose un premio: ellos tambien nos proporcionan letras de cambio sobre las plazas de comercio en donde hay deudas que satisfacer. El papel vale naturalmente un poco menos que las especies monetarias, puesto que es menester esperar su vencimiento; sin embargo, teniendo los negociantes de cualquiera plaza de comercio mucho que percibir y poco que pagar, las letras sobre esta ciudad son raras, y la concurrencia de los demandantes eleva su valor sobre el de las sumas que representan: el cam-

bio entonces le será *favorable y desfavorable*, si debiese mas de lo á que es acreedora, y está *á la par*, cuando las deudas se equilibran, de lo cual se infiere que *el curso del cambio* es susceptible de variar.

Sucede con frecuencia que las operaciones del cambio se complican. Si Londres por ejemplo debe á París mas que París debe á Londres, pero los franceses son deudores respecto de Amsterdam, y los ingleses acreedores, Londres puede pagar con el papel holandés que saldará nuestras cuentas con Amsterdam.

Algunos establecimientos fundados por capitalistas ponen en circulacion una especie de papel-moneda que en muchas transacciones puede suplir al numerario. Dichos establecimientos llamados *Bancos*, deben poseer sumas suficientes en dinero y en letras de cambio para responder de su papel; pero como es casi imposible que el reembolso de la totalidad de sus billetes sea demandado al mismo instante, los emiten por un valor mayor que el de las sumas depositadas en sus cajas y hacen así ganancias considerables.

Para que los billetes de cambio merezcan confianza, son precisas dos condiciones: que haya libertad de rehusarlos, y que habiéndolos admitido se tenga seguridad de cambiarlos por numerario á voluntad y sin coste alguno.

Los bancos son ventajosos á la industria, como que facilitan los cambios, descuentan sus letras al comercio, y le hacen anticipaciones. Smith dice, que despues del establecimiento de los bancos en Glasgow y en Edimburgo, el comercio escocés se acrecentó pro-

digiosamente, y yo sin contradecir el hecho, añadiré que todo estaba dispuesto para el desarrollo de la industria en Escocia, cuando aparecieron los bancos, los cuales pueden á la verdad secundar el impulso comercial, pero no parte de ellos el primer arranque.

A las ventajas que ofrecen los bancos agréganse algunos inconvenientes. El fondo que sirve de garantía á los billetes, es fácil que venga á menos por consecuencia, ya de especulaciones engañosas, ya de préstamos forzados ó imprudentes. También es factible que se multipliquen con exceso los billetes, y que el numerario no siendo tan útil, se retire ó pase al extranjero; entonces si alguna circunstancia induce á llevar al banco grande cantidad del papel emitido, entra en una crisis, cuyos funestos resultados son difíciles de evitar. Permitir la suspension de pagos, es dar al fraude el apoyo de la fuerza.

No vislumbro razon alguna para limitar el número de los bancos, aunque reconozco como justo que no se deje á todo el mundo en libertad de fundarlos. La Inglaterra conoce por esperiencia los peligros de la opinion contraria. Una profesion que fabrica signos representativos de moneda, exige que para dedicarse á ella, se den garantías de probidad y de solvencia, y opino tambien que por interés público debe el gobierno asegurarse de quedar intactos los fondos y de no exceder los billetes del número prefijado. Sin embargo, no por eso adolecen de menos peligros las relaciones de los gobiernos con los bancos. Rara vez resiste el poder al deseo de contraer empréstitos y

con harta frecuencia se le há visto recompensar las contemplaciones de un banco, sea autorizando una suspension de pagos, sea dando curso forzado á sus billetes. Tamaños peligros son inminentes, estremos cuando el poder es absoluto, y no todos desaparecen, cuando es limitado. Jamás cubrirá el olvido el escandaloso ejemplar que el Parlamento inglés presentó hácia fines del último siglo; pero con todo, no desdeñemos las garantías que ofrecen las formas de gobierno. Para atreverse á declarar que los billetes que pierden están á la par, un parlamento necesita una crisis europea; á un déspota le basta un mero capricho.

El papel-moneda que los gobiernos emiten provocados por el desórden de sus rentas, no es una invencion menos ingeniosa, y fuera de las garantías, se parece en todo á los billetes de banco. El gobierno que recurre á este fatal paliativo, ya no es dueño de emplear ninguno de los medios que dan vida á la confianza, y se vé en la estrechez de dar curso forzado á su moneda de papel, porque si hubiese libertad de rehusarla, nadie la querría. No puede prometer cambiarla en el momento de su presentacion, porque si fuese bastante rico para responder á todas las demandas, no necesitaba de billetes; promete sí el reembolso, pues el uso lo requiere, pero este reembolso ilusorio alucina á pocos. Emitir papel-moneda equivale á decretar el mas gravoso de los impuestos, no pudiendo exigir una contribucion nueva: es hacer una vasta espoliacion á falta de poder abrir un em-

préstito. El gobierno roba á sus acreedores, y en compensacion autoriza á cada particular para robar á los suyos. Una emision muy moderada de papel-moneda retardaría la caida; pero como no se emplea semejante recurso sino en tiempos calamitosos, lejos de poder dirigirla, es uno envuelto en ella y el descrédito acelera la fabricacion. Este recurso precario, ruinoso, inmoral, seduce sin embargo por algunos momentos con todas las apariencias de la prosperidad. El papel-moneda guarda cierta analogía con los fuegos artificiales que brillan, deslumbran y nos dejan á poco en una oscuridad mas profunda. Hace el gobierno enormes dispendios, que parece no cuestan nada al público; durante su autoridad puede sostener el valor de sus billetes con la fuerza ó con la astucia, y aun en el corto intervalo en que la abundancia del signo llega á suplir su valor primitivo. Esta masa de papel despierta en los habitantes de un estado la sed de enriquecerse y disipar: cada cual compra, vende, comercia, cuya necesidad enteramente nueva se acrecienta á medida que los billetes se envilecen: mañana valdrán menos, en pocos dias no tendrán valor, y es preciso emplearlos al instante, aunque sea tontamente. Hay verdaderas saturnales, y no se desvanece el aturdimiento hasta el dia de la bancarrota universal. Comiénzase por dar diez mil, treinta mil francos por objetos que valen cinco ó seis, y se concluye por no hallar quien tome los billetes á ningun precio, y el hombre que se creia millonario, se encuentra con papel por valor de algunos céntimos

en las manos. El estado parece poblado de gentes faltas de todo recurso, y los unos se quejan de la miseria, y de la mala fé los otros. Los billetes ya no existen, el dinero no vuelve, los apuros del gobierno y de los particulares, son estremados y todo se habria perdido, si la naturaleza no se encargase de reparar nuestros yerros. La fuente de estos beneficios no quedó agotada, pues quédanle al hombre el suelo, una parte de los capitales, su inteligencia y su actividad: así les vemos recobrar sus riquezas en un período bastante limitado, aunque otros bienes renacen con mas lentitud. Las almas corrompidas en la escuela de la decepcion, del agiotage y del robo, recobran difícilmente los hidalgos hábitos de buena fé, de desinterés, de integridad, necesarios á la felicidad de los individuos y de los pueblos.

---

## CAPITULO XI.

### DEL FOMENTO NECESARIO A LA INDUSTRIA.

No hé podido aislar mis observaciones acerca de la moneda hasta el punto de no aventurar algunas consideraciones relativamente al papel que sirve para suplirla: volvamos ahora á ocuparnos en la accion del gobierno sobre la industria. Hemos visto ya cuántos obstáculos oponen las medidas vejatorias á los progresos del bienestar. Despues de la rapacidad fiscal nada mas funesto que ese pueril amor propio de personas notables por la dignidad de sus funciones y por la ruindad de sus miras, que quieren intervenir en todo, como haciendo alarde de su poder. Conciho en los subalternos una actividad enredadora y vanidosa; pero á los gefes debería ponerles á cubierto de su influencia algun pensamiento elevado. Si los gobiernos se limitasen á los verdaderos medios de alentar las artes, su tarea se reduciría casi á nada, segun repetidas veces se afectó decirlo, y habria nobleza en ella, y los gobernantes en lugar de convertirse así como en mozos de escritorio obrarian á fuer de hombres consagrados á mejorar la condicion de sus semejantes.

Para dar aliento á la insdustria, se debe popularizar la instruccion, garantir la libertad del trabajo, respetar y hacer respetar toda clase de propiedades, asegurar la tranquilidad interior, mantener en el es-

terior relaciones amistosas (1), contraer otras nuevas, multiplicar los medios de comunicacion, honrar á los hombres industriosos que se distinguen por la perfeccion ó por la baratura de sus productos. Hé aquí las palancas de un gobierno ilustrado, que si fuesen manejadas con el acierto posible, bien presto se creería inútil ó peligroso nuestro pretendido fomento. Aun suponiéndole eficacia ¿qué vienen á ser esos medios mezquinos de influjo limitado á ciertas manufacturas, en comparacion de los vastos recursos para animar la industria de todo un pueblo?

Una proteccion especial dispensada ora á tal ramo de industria, ora á cual individuo, no es verdaderamente útil, sino cuando aprovecha á la instruccion de todos y no perjudica á la libertad de nadie. Mr. de Chaptal durante su ministerio, observa que los ingleses á favor de invenciones nuevas, estaban á punto de aventajarnos en la fabricacion de los paños: entonces llama á Francia al mecánico Douglas y generaliza los procedimientos que se nos hicieran necesarios. Obrar así, es hacer mas que alentar un género de fabricacion; es perfeccionarlo y presentarlo co-

---

(1) Una paz que sobreviene de repente despues de una guerra prolongada, puede acarrear alguna crisis comercial. Bien lo hemos visto en Inglaterra y en los Estados-Unidos; pero los hechos de esta naturaleza, nada prueban contra las ventajas inapreciables de la paz : prueban sí, que el comercio sufre quebrantos en todo cambio repentino que obliga á los capitales á cambiar de direccion.

mo ejemplo, y así todos los hombres industriosos se hallaron en posición de juzgar de qué vuelo son susceptibles las artes á impulso de ingeniosos procedimientos.

Un fomento parcial no sirve por lo comun sino á un ramo de industria en menoscabo de los otros, y con harta frecuencia, es el premio de las intrigas del fabricante y de la corrupcion de las oficinas.

El género de fomento mas usual, consiste en primas concedidas á la produccion, á la esportacion ó importacion de ciertos artículos. Cuando las artes se hallan todavía en la infancia, es posible que un favor parcial ejerza una influencia general agitando los ánimos; pero mas adelante el empleo de estos medios puede producir efectos opuestos. Por una parte desmaya el empresario á quien se niega la proteccion dispensada á otros, y sin embargo no se debe agotar entre todos el tesoro público. Además, es sumamente pernicioso imbuir á la clase industrial en que para robustecerse necesita el amparo del gobierno; antes conviene que los hombres cuenten con sus fuerzas: que se convenzan de que la inteligencia y la economía, la actividad y las asociaciones superan todos los obstáculos. Entonces las empresas se multiplican, subsisten y prosperan, cualesquiera que sean los cambios de ministros y los cambios de sistema en los ministerios.

Si tal comercio no puede hacerse sino con pérdida, es un error de gravedad inducir á los hombres á emprenderlo, seduciéndolos con primas. Estos hom-

bres laboriosos hubieran empleado mas lucrativamente sus capitales, sin costar nada al estado, y se les compromete en otro rumbo menos ventajoso que aquel por donde su razon les hubiera dirigido.

Si los fabricantes pueden vender sus mercancías, y se les gratifica con una prima, acrecienta sus ganancias y es en verdad bastante extraño que se les pague por continuar en una profesion lucrativa ¿Hay por ventura derecho á dilapidar así la fortuna pública? ¿No viene á ser como sucede con tanta frecuencia imponer una contribucion á los pobres para repartirla entre los ricos?

Si los productores rebajan al precio tanto como importa el valor de la gratificacion que recibe, el impuesto deja de recaudarse en su provecho. Entonces soportamos una parte de los gastos que deberían hacer para procurarse los objetos que les agradan, y nada es seguramente mas injusto. Si la prima se concede á la esportacion, se ofrece, á costa de nuestras contribuciones, un verdadero presente á los consumidores estrangeros, y cuando las mercancías tan bien favorecidas suben de precio en el interior, porque se esportan mas. este encarecimiento es otro impuesto que gravita sobre nosotros.

Observemos finalmente que los recursos de la antigua escuela económica han perdido la eficacia de que podrian gozar en tiempos pasados. Si gratificais la esportacion de tal mercancía, nada estorba á vuestros vecinos el cargar sobre la importacion un derecho igual á vuestra prima. La situacion del comercio

será pues la misma, y el impuesto con que habremos contribuido, irá á vaciarse en las arcas de un gobierno estrangero.

Las recompensas otorgadas á los que perfeccionan los diferentes géneros de fabricacion deben principalmente ser de naturaleza que revelen los nombres de los fabricantes distinguidos: cuestan menos que las primas y son mas ventajosas. Las recompensas despiertan la emulacion, y en una prima nada hay capaz de lisonjear el amor propio: al contrario, anuncian que tal industria, débil todavía, no pudiera subsistir sin apoyo. Las recompensas se ofrecen á la inteligencia, á la actividad: las primas han patrocinado muchas veces la ignorancia y la pereza. Cuando los hombres tienen por ciertas las utilidades, desmayan, y á lo menos convendria embotar esta tendencia, mostrando la época en que cesará la proteccion.

Los donativos del gobierno á los fabricantes que han menester su proteccion, solo producen un bien parcial á trueque de un mal general, si contribuyen á hacer mas aventurados los especuladores. No pretenderé sin embargo que estas dádivas carezcan siempre de utilidad, porque pueden ser necesarias para prevenir calamidades, para salvar tal clase de manufacturas ó sus numerosos obreros. En administracion, cuando se dice *en general*, debe sobreentenderse en gran número de proposiciones. Mr. Say repite muchas veces en sus escritos esta verdad: "*que nada hay absoluto en Economía política:*" no obs-

tante, expliquemos el pensamiento del autor. La Economía política tiene seguramente principios invariables, susceptibles de rigurosa demostración; pero cuando se quiere adaptarlos á la práctica, tropiézase frecuentemente con obstáculos, cuya mayor parte nace de cálculos erróneos que los gobiernos han formado por ignorancia de estos principios. No es la ciencia, pues, son sus aplicaciones lo que varía, y nada tiene de absoluto.

---

## LIBRO TERCERO.

---

De la distribución de las riquezas.

### CAPITULO PRIMERO.

#### DE LAS RENTAS.

Renta en general es aquella parte de productos que un hombre obtiene en el decurso de un año, ora trabajando, ora arrendando á otro los medios de trabajar que posee.

Las rentas, segun su origen, reciben distintas denominaciones: llámase *renta* en especie, cuando nace de una propiedad, por ejemplo, de un fundo, ó de una suma prestada á interés: *utilidad* cuando se refiere á las ganancias de cualquiera empresa industrial, y *salario* al precio del trabajo del obrero (1).

---

(1) Mi sistema de separarme lo menos posible de la letra del texto, me impidió dar al lenguaje de éste período toda la corrección que quisiera. Por tanto, añado ahora que el rendimiento annuo de una finca rústica, se llama con especiali-

La renta dicha salario cuando los resultados del trabajo son materiales, se llama sueldos; emolumentos, si los productos son inmateriales. Siendo los funcionarios públicos pagados profusamente, la distribución de las riquezas es viciosa bajo este aspecto, y es mil veces peor cuando se obliga á contribuir á hombres laboriosos para enriquecer á quienes no hacen nada, ó hacen cosas perjudiciales.

Las rentas, las utilidades, los salarios son especialmente objeto de la Economía política. Cada clase de renta es una parte de los productos de la sociedad: si esta parte no es ni tan pequeña que los que subsisten con ella vivan en angustia, ni tan considerable que medren á espensas de los otros, las riquezas andan bien distribuidas.

---

dad renta, ó renta de la tierra, y si es urbana, alquiler; el de un capital utilidad, beneficio, ganancia, y si es en dinero, interés; el de los trabajos manuales, salarios ó jornales; el de los de la inteligencia sueldos, emolumentos, honorarios etc. Tal es la terminología adoptada por nuestros economistas. (Nota del Traductor.)

---

## CAPITULO II.

### DE LA RENTA DE LAS TIERRAS.

Las tierras dan renta á los propietarios, utilidades á los que las arriendan, y salarios á los jornaleros; y la familia que cultiva por sí sus propiedades percibe las tres especies de renta.

La agricultura es bajo mil aspectos la industria mas importante: produce las subsistencias y las materias primeras, ocupa á la mayor parte de la poblacion, ejerce una saludable influencia en las fuerzas físicas del hombre, y engendra una prosperidad menos espuesta á los reveses de la fortuna que aquella cuya fuente está en los talleres y en el comercio; y la clase de industria que tantas ventajas concilia, es sin embargo la menos lucrativa.

Hay dos maneras de emplear un capital agrícola: los propietarios poseen tierras, edificios... los arrendatarios tienen aperos de labranza &c. Las causas que hacen poco lucrativas ambas suertes de emplear un capital, serán fáciles de percibir.

El suelo es de limitada estension, y la concurrencia de compradores á las tierras muy grande: se aprecia la solidez del empleo hasta el punto de admitirla en compensacion de la mezquindad del interés ¡es un bien tan estimable la seguridad! Hay otras ventajas anejas á este género de posesion: en muchos paises envuelve privilegios, y en todas partes

los ricos propietarios gozan de suficientes comodidades para permitirles desempeñar algun ministerio público y cobrar influjo en el pais. Un gran número de personas, sin remontar tanto sus miras, aspiran al momento de hacerse propietarios: el pobre vé en su terron el áncora en la miseria, liga un sentimiento de amor propio á su posesion, y dentro de él está en su casa: en fin, ideas de paz y felicidad van enlazadas con la imágen del campo, y muchos se lo figuran como un sosegado retiro, y quieren vivir en él por lo menos momentáneamente. Así las tierras en venta son siempre inferiores á la cantidad demandada, y por consecuencia valen caras, y no se puede obtener mas que un reducido interés del capital empleado en adquirirlas.

Los hombres en posicion de hacerse arrendatarios abundan mucho mas que los propietarios. Estos, con la concurrencia en su favor, son árbitros de alzar el precio de la venta á espensas de las utilidades del arrendatario, quien entretanto prefiere continuar en los trabajos de costumbre, á tentar empresas que producen mas, pero que son mas aventuradas, y para las cuales carece de los conocimientos necesarios. Hay, pues, tambien para ellos razones de seguridad que vienen á compensar la estrechez de sus utilidades.

Mr. Ricardo esplica de una manera ingeniosa el origen del arrendamiento de las tierras (1). En un

---

(1) *Des principes de l'Economie politique*, tom. 1.<sup>o</sup>, pág. 68.

pais virgen, dice, los primeros ocupantes se apropian las tierras mas fértiles y mejor situadas. Si el suelo tuviese una estension sin límites, y en todas partes prometiese igual fecundidad y salidas igualmente fáciles, todos cuantos desearan tierras continuarian apropiándose las, y nadie querría cultivar para otro. Esto, empero, no es así: ocupadas las tierras de mejor calidad, y no habiendo vacantes sino otras inferiores, el último que llega puede creer mas ventajoso tomar en arriendo tierras excelentes que desmontar las medianas: calcula que á menos costa ganará mas, y se decide á trabajar para un propietario. Esta idea del origen del arriendo territorial es bastante especiosa; pero por otra parte hallo poco importante remontarnos así hasta los primeros dias de la apropiacion del terreno, pues basta observar lo que pasa á nuestra vista. Se concibe fácilmente que el dueño de una máquina, si no quiere emplearla por sí mismo, encuentre quien le dé cierta suma anual por el uso de ella, haciendo suyas las ganancias; pues la tierra viene á ser tambien una máquina, y solo se diferencia de las otras en que aventaja en mucho á las inventadas por el genio de las artes, y encierra dentro de sí una potencia activa que no hacemos mas que acrecentar y dirigir: así el propietario de una tierra puede arrendar esta máquina que le pertenece, y de la cual va otro á servirse con grande provecho de entrambos. Muchos propietarios gustan de arrendar sus haciendas y entregarse, sea al descanso, sea á ocupaciones mas agradables ó mas lucrativas

que el cultivo. Algunos labradores que serían tan solo jornaleros, si los propietarios cultivasen por sí propios las tierras, mejoran por este medio de fortuna, convirtiéndose ellos en empresarios, los salarios de que vivían en utilidades, y su posición es mas independiente y mas feliz; de suerte que el arriendo territorial existe para el recíproco interés de dos clases numerosas.

La cualidad de las tierras no influye en la cuota de la renta y de las utilidades como parece á primera vista. Las tierras se pagan en razón de su producto: si la renta es considerable el precio lo fué tambien. Observemos ademas que un terreno superior encarecido por la concurrencia de los compradores, rendirá, proporcionalmente hablando, una renta menor que un terreno ínfimo para el cual solo se hubiese presentado un comprador. La cuota de las utilidades tampoco depende de la cualidad de las tierras, puesto que influye en el total de la renta que debe satisfacer el arrendatario.

Lo que hace aumentar, primero las utilidades, despues la renta, es el esmerado cultivo. Un arrendatario laborioso, inteligente y rico que aumenta la fertilidad de las tierras, ve acrecentarse sus ganancias. En habiendo espirado el contrato, las mejoras ceden en provecho del propietario, porque le pertenecen y le permiten subir la renta.

Quizá sea injusto apoderarse de las mejoras antes que el arrendatario hubiese recogido el fruto de sus anticipaciones; y como al fin del contrato no po-

dria impedir esta injusticia, se precave no haciendo sino aquellas anticipaciones que tiene seguridad de gozar. Así cuando es breve el plazo de los arrendamientos no cabe un buen cultivo. Los propietarios en tiempos de ignorancia arriendan por pocos años y dan fácil entrada á la rescision de los contratos, pensando estender de esta suerte sus derechos como dueños; pero comprenden tan mal sus intereses, como los de la sociedad.

No solamente los propietarios deben otorgar arrendamientos á largos plazos, sino que tambien les conviene no arrendar demasiado caro, á fin de dejar la posibilidad de hacer mejoras. Obrar por dicho estilo es pensar en sus hijos y tambien en sí, porque es asegurar el pago de la renta. Yo casi siempre he vivido lejos de mis propiedades, y fuí sin embargo, satisfecho con mas esactitud que otros muchos, porque jamás quise entrar en convenio sino con hombres de bien y bajo moderadas condiciones.

El propietario que renueva un arrendamiento procura aumentar la renta á costa de las utilidades, y sin embargo los progresos del cultivo contribuyen de una manera constante á la elevacion de las utilidades, como á la de la renta. En cualquier pais rico, ilustrado, el arrendatario sabe defender sus derechos: quiere alimentarse bien, vestirse, y reclama cuanto exigen sus necesidades. Luego en tal estado de la sociedad el propietario conoce que una parte de las ganancias á que renuncia será invertida en nuevas mejoras, y aun puede añadirse que un sentimiento

de equidad le sale al encuentro para no abusar de su posicion. La renta de las tierras ha subido, y sin embargo toma de los productos una porcion menos considerable que en otro tiempo: por consiguiente las utilidades de los arrendatarios han crecido, y ambas clases vieron mejorada su condicion con el desarrollo de la industria agrícola. Aludo aquí á un grado de civilizacion bastante avanzado, al cual no se llega sino despues de mucho tiempo de libertad y de bienestar.

Las riquezas se reparten con mucha variedad segun la condicion de los cultivadores. Los pueblos antiguos cultivaban las tierras por medio de esclavos, y la Europa es testigo de que aun hoy, no todos sus hijos son dueños de disponer libremente de sí mismos y de los frutos de su trabajo. Puede llegar á tal situacion la sociedad, que de ella se diga con razon que las riquezas no estan distribuidas, y es cuando los unos lo tienen todo y los otros nada. Entonces los hombres forman parte de las propiedades de sus semejantes y vienen á ser capitales vivos, máquinas pacientes. La humanidad, la religion condenan esta criminal degradacion, y el interés ilustrado las secunda. Por terrible que sea la accion del látigo y de los suplicios sobre seres animados, bien se conoce que para hacer al hombre hábil en el trabajo, ese fatal aguijon es menos poderoso que lo seria la seguridad ó la esperanza de poseer tranquilamente el fruto de sus afanes. Búscanse, pues, y se encuentran diversos medios de dar una sombra de propiedad al cultivador, que ni á sí mismo se pertenece. No tengo

valor para entrar en este deplorable exámen para indicar las diferencias de unos á otros grados de esclavitud, y la distancia que separa á esta de la servidumbre, la cual tampoco ofrece una condicion uniforme, y sobre ello remito á la obra escrita en Rusia por Mr. Storch. Allí se verán hechos importantes y se notarán pormenores sobre el aumento de riqueza obtenido en muchos paises á consecuencia de la manutencion de los cultivadores (1).

No basta que un territorio sea libre para encontrar arrendatarios: si es pobre no tendrá sino colonos parceros, es decir, labradores sin capitales que van con su menguada industria á buscar trabajo en las haciendas, cuyos propietarios suministran todos los medios de cultivo. El colono está interesado en los progresos de la industria agrícola, cultiva los frutos por mitad, ó bien paga una renta convenida; pero obtiene dificilmente del propietario las anticipaciones indispensables para emprender grandes mejoras, y por otra parte, su inteligencia está plegada, su instruccion es nula y vejeta en la miseria. En Francia antes de la revolucion, los colonos cultivaban mas de la mitad de las tierras (2).

Algunos labradores mas activos, mas económicos que los otros van formando capitales: entonces

---

(1) *Cours d'Économie Politique*, tom. 3.º, primera parte, lib. 8.º, y segunda parte, lib. 2.º

(2) Casi los cuatro séptimos.

arriendan tierras, á las cuales concurren con sus aperos y mas objetos que exige una empresa rural, y hé aquí los arrendatarios, los hombres en posicion de hacer mejoras importantes. Cuando cultivan las tierras por sus manos, las riquezas agrícolas abundan mas y andan mejor distribuidas.

Si los propietarios cultivasen por sí mismos, habría sin duda grande ventaja en ello, pues perteneciendo entonces á una sola persona la renta y las utilidades, podrían emplearse capitales considerables en mejoras rurales. Sin embargo, semejante cambio en la condicion de los propietarios, no sería, ni posible, ni de desear. Conviene no dejarse ofuscar por los objetos que preocupan nuestra imaginacion. El contraste que la vida laboriosa, y sobradas veces llena de penalidades de los cultivadores, forma con el ocio, y aun disolucion de un cierto número de propietarios, ha contribuido á estraviar la imaginacion de muchos hombres de genio melancólico. En tiempos de revueltas algunos facciosos han ido en su delirio hasta formar votos porque se diesen las tierras á los agricultores para que gozasen de todos los provechos, así como sobrellevan todas las fatigas.

Sin ocuparnos en tales fantasías, podremos preguntar si los cultivadores no tomarian con las haciendas los hábitos de los antiguos dueños. Sin duda que encontrarian muy cómodo dar á otros en cultivo aquellas tierras, cuya renta basta para procurarse una agradable existencia, y en cuanto á esto, la organizacion de la sociedad bien pronto seria idéntica

á la anterior, salvo el espantoso recuerdo de una vasta espoliacion. Si tal vez se obligase á los nuevos propietarios á permanecer agricultores, por lo menos no podria obligárseles á trabajar con actividad. La mayor parte se limitaría á cultivar, para satisfacer sus necesidades, las tierras fértiles que requieren menos trabajo y anticipaciones, de que resultaría una espantosa disminucion de productos agrícolas. Supongamos, en fin, contra toda razon, que la actividad no desmayase: dados todos los hombres á trabajos materiales veríamos la civilizacion cual se iría estinguendo. ¿Qué fuera entonces de la sociedad sin productos inmateriales? La Economía política reúne dos ventajas: dá á conocer los verdaderos medios de mejorar nuestra condicion, y nos pone en guardia contra los delirios de los insensatos que conculcarían el orden social so pretesto de reformarle.

---

## CAPITULO III.

## DE LA RENTA DEL DINERO.

Una sola observación basta para ilustrar la cuestión tantas veces debatida de la legitimidad del préstamo á interés: el dinero, han dicho, no produce nada; luego no debe rendir nada. Empero no se presta cierta suma por lo que valga en sí misma, puesto que no la guardamos: lo que realmente se presta son los diversos objetos, por los cuales nos damos prisa á cambiarla. El hombre industrioso que se propone fundar una empresa, si carece de las anticipaciones necesarias, se las procura por medio de algun préstamo, mediante el cual edifica, compra maquinaria &c., y paga el alquiler de estos instrumentos de trabajo, satisfaciendo los intereses al prestador; de quien recibió los medios de comenzar su empresa y su fortuna.

Hay, pues, en la sociedad propietarios de dinero, así como poseedores de tierras: los unos y los otros conquistaron con las mismas armas las riquezas que poseen: ya las deben á sus trabajos, ya á sus economías, ó bien á las economías ó trabajos de sus padres. Para formarse una renta, tanto aquellos como estos, pueden emplear por sí mismos sus propiedades, ó arrendar el uso á personas industriales.

Sin embargo, la opinion general ha introducido una grande diferencia entre los arrendadores de tierras y de dinero: dichas dos clases despiertan los sentimientos de envidia de la muchedumbre, y los capitalistas sobre todo se vieron hechos el blanco de las preocupaciones. Sin hablar de la dificultad de sujetarlos á las cargas del estado, su vida parece todavía mas ociosa que la de los propietarios. Estos tienen que ocuparse en sus tierras, aun despues de haberlas arrendado, porque son susceptibles de mejorarse ó deteriorarse segun el método de cultivo: deben en mil ocasiones auxilios y consejos á los arrendatarios, pueden prestar servicios importantes á la agricultura; son en fin, personas colocadas naturalmente en medio del sabio agrónomo, y del cultivador hartas veces privado de toda instruccion. Sin duda muchos propietarios viven agenos de tan nobles tareas; pero esos desprecian sus deberes y su fortuna. Los capitalistas al contrario no tienen que vigilar las operaciones de los tomadores de sus fondos, y aun serian muy mal recibidos á querer mezclarse: ellos prestan su dinero, dánseles garantías, perciben los intereses, y se reembolsan en la época fijada, sin que sus capitales hubiesen aumentado ni disminuido por el empleo que se les haya dado. Añádase que seria harto difícil arrendar las propiedades á precios excesivos, mientras que es bastante fácil tomar dinero á un interés exorbitante. Así vemos en ciertas épocas pulular gentes infames, justamente vituperadas con el nombre de usureros, con quienes el vul-

go ha confundido muchas veces todos los que prestan dinero.

Juzguemos con mas aplomo: el capitalista ocioso es bien poco digno de estimacion, porque pasa la vida en un vergonzoso egoismo; pero no porque sus fondos le den una renta. En el mismo caso se encuentra el propietario ocioso. Si los hombres dispensados de los trabajos ordinarios ofrecen el ejemplo de los vicios, justo es que el desprecio público sirva de correctivo á este ejemplo; mas cuando esos hombres se aprovechan de su independecia y derraman torrentes de luz, debemos bendecir á la Providencia que les dispensó comodidades, cuyo uso se complacen en hacer fecundo.

Proscribir el préstamo á interés seria paralizar la industria. Muchísimas personas laboriosas, inteligentes no pueden procurar el bienestar de sus familias, ni concurrir al de la sociedad, sino acudiendo á empréstitos que les suministren los instrumentos del trabajo. Una grande cantidad de préstamos, los unos considerables, módicos los otros ó muy reducidos nutren todos los ramos de la industria, y esos préstamos, esas anticipaciones desaparecerian desde el momento en que los capitalistas no recogiesen fruto alguno. Excepto pocos hombres guiados únicamente por razones de beneficencia, todos cuantos no empleasen por sí mismos sus fondos, los guardarían, puesto que á lo menos tendrían la seguridad de no perderlos.

Añádase á lo dicho una observacion, en mi con-

cepto, de importancia: vituperar el préstamo á interés, es atraer la disipacion; es lo mismo que escitar á millares de personas á espendir las cortas sumas que hubiesen reservado, aumentándolas despues con nuevas economías, y que prestadas á lo sucesivo, ofrecerian la doble ventaja de ser útiles á la industria, y de contribuir al bienestar de sus económicos poseedores.

La masa de numerario existente en un pais, si se quiere, en el universo, se divide en tres partes: la una permanece oculta ó en reserva, y esta es inútil por lo menos en el momento: la otra se destina á cubrir los gastos que los hombres hacen consigo y con sus familias y les procuran los objetos que pertenecen á las *riquezas de inmediato consumo*: la tercera en fin, se compone de las sumas que se emplean en las empresas industriales y de las que pueden ser empleadas, porque sus poseedores tengan intencion de darlas á préstamo. Esta última porcion es la única que forma los capitales en dinero, los cuales importa no confundir con la masa total de las especies monetarias. Atizando las preocupaciones contra el préstamo á interés, se perjudica al acrecentamiento de esta preciosa parte del numerario, se la disminuye para engrosar las otras dos, y se fomenta la avaricia y la disipacion en menoscabo de la industria.

Si los préstamos son necesarios á la actividad del trabajo, es fácil de preveer que cuanto mas módico sea el interés, mayor impulso dan á dicha actividad. Una parte de las ganancias se divide en intereses del

prestador y utilidades del empresario: el primer lote no puede aumentarse sin disminuir el segundo, y si le reducen mucho, desmayan los productores. En concurrencia con el extranjero, aquel país en donde el interés no sea subido, obtiene una ventaja necesaria sobre aquel otro en donde lo sea. La habilidad, la economía en los procedimientos industriales, pueden tal vez compensar los inconvenientes de un interés elevado; pero siempre será cierto, como hemos dicho, que dos negociantes que toman prestado, pero el uno mas barato que el otro, estan en el caso de dos batidores, uno de los cuales lleva algunos pasos de ventaja.

Juzgándose favorable que el interés sea bajo, no podemos desconocer cuanto importa que los prestadores abunden. La cuota del interés se determina por la relacion entre la oferta y la demanda, relacion que en último resultado es la reguladora de todo lo que se vende ó se arrienda.

Las diversas causas que se atribuyen á la variacion del interés, ó son ilusorias, ó se comprenden en las ya enunciadas. Cuando la industria desmaya, cuando hay escasez de negocios mercantiles, el interés baja, porque la cantidad de las ofertas del dinero escede á la de las demandas; y cuando por el contrario la industria se agita, multiplicanse las demandas, su número sobrepuja al de las ofertas y el interés se eleva.

Una dilatada prosperidad mengua el interés. Hemos visto en el lib. I que el capital en dinero es

una pequeña parte de los capitales de cualquiera nacion; y luego que estos se hicieron muy considerables, luego que hay contruidos muchos edificios, que hay muchos talleres provistos de útiles y de máquinas, almacenes atestados de materias brutas y de mercancías fabricadas, es á la vez mas fácil procurarlos y mas difícil darles empleo, puesto que en todos los géneros de industria es considerable la concurrencia. Así es como la prosperidad concluye por contribuir bajo un doble aspecto á la disminucion de las demandas de dinero, y por consiguiente á la baja del interés.

Las ganancias cuantiosas de la industria, la escasez de los capitales y los riesgos de los prestadores son las tres causas que mas influyen en el alza del interés, es decir, que concurren mas poderosamente á sobreponer las demandas al número de las ofertas, y de esta observacion debe concluirse que es absurdo aspirar á reducir el interés por medio de leyes, las cuales no pueden tener accion alguna sobre las dos primeras causas, y debe ser fatal la que ejerzan sobre la tercera. Por otra parte disminuyen el número de los prestadores, y aquellos que desconocen la delicadeza, alentados con la ventaja que les ofrece una concurrencia favorable, la esplotan en su provecho, cobrándose, no solo de lo que vale su dinero, sino que tambien incluyen la compensacion de los nuevos peligros que arrostran.

Como la legislacion puede influir mas eficazmen-

te en el interés del dinero, es disminuyendo los riesgos del prestador. Reclama la seguridad del comercio que los bienes, y aun las personas de los deudores puedan responder de sus empeños. Abusando de una vaga filantropía se presenta mal la cuestion, cuando se dice que es inmoral poner en balanza la libertad con una suma de dinero, porque no es una suma de dinero, es la buena fé, la fidelidad á las promesas, lo que el legislador prefiere á la libertad de algunas personas.

Fuera de las seguridades legales, las hay que los prestadores deben ofrecer por sí mismos. Aquel cuya reputacion de providad está de largo tiempo reconocida: aquel cuya circunspeccion y actividad se citan por modelos, encontrará siempre dinero al premio mas moderado del comercio. La providad es tan fuerte garantía que los estafadores, cuando se proponen especular en empréstitos, no dejan de afectar costumbres austeras: haylos en olor de santidad hasta el dia fatal á sus trampas, y representan su papel tan á lo vivo, que aun despues de la catástrofe, no falta quien alegue razones en su descargo, y encuentre culpas que reprender á sus víctimas.

Los prestadores deben escuchar ciertos sentimientos de moralidad al emplear sus capitales. La fortuna del que toma prestado, las seguridades que puede ofrecer, no siempre son garantías suficientes. Si busca fondos solo para disiparlos, ó si les quiere dar empleo lucrativo, pero es temerario, ó carece de lu-

ces, ó de economía, no le fiéis vuestro dinero: cuantas seguridades os prometa, no os pondrán á cubierto de mil dispendios y desazones.

La libertad del préstamo á interés no exige que se cierren los ojos á los abusos posibles. Muchos escritores son dignos de serias reconvenciones por no haberlo advertido así, de suerte que parecen defensores de toda clase de usura. La impunidad de los robos nada tiene de comun con la libertad de los contratos. Un negociante es libre en vender y comprar al precio que le acomode; pero si estafa, si vende mercancías muy caras para despues rescatarlas á vil precio, debe incurrir en pena en todos los pueblos civilizados, en los cuales, sin embargo, nadie piensa tasar las mercaderías. El precio de las tierras es libremente debatido entre compradores y vendedores, y con todo eso las leyes anulan las ventas por lesion enorme. Las estafas son tan posibles arrendando dinero como otros objetos cualesquiera. El prestador infame, cuya profesion consiste en andar á caza de jóvenes atolondrados ó familias indigentes que suscriben á toda condicion que se les proponga, roba, y roba á personas á quienes la ley debe una proteccion, tanto mas eficaz, quanto que no se hallan en estado de defenderse.

Grandes dificultades se ofrecen cuando se trata de tocar á este delito, puesto que á la ley no atañe fijar las condiciones de los empréstitos. La usura resulta menos del interés convenido, que de la situacion de las personas á quienes se exige. Por mi parte

soy de dictámen que los delitos de este género no sean juzgados sino por los tribunales de comercio, ó por jurados especiales formados de comerciantes.

Fácilmente se disfrazan los intereses estipulados, y luego la delicadeza ó la vergüenza dispone por lo general á las víctimas de los préstamos usurarios á llenar sus empeños antes que revelar el crimen de otro y sus azares ó sus deslices. En los países vejados por la usura, seria conveniente añadir á los medios de represion que debe emplear la justicia, otros medios acaso mas eficaces: algunos capitalistas harian, por ejemplo, un servicio importante fundando montes de piedad en que se prestase dinero al interés corriente. Esta especulacion que el gobierno ó las administraciones de provincia podrian fomentar suministrando algunos fondos, conciliaria la doble ventaja de combatir la usura é ilustrar la opinion sobre el préstamo á interés, sobre esta manera tan legitima como todas las demás de procurarse una renta, cuando la mala fé y la codicia no vienen á romperla.

---

## CAPITULO IV.

## DE LAS UTILIDADES Y DE LOS SALARIOS.

La porcion de productos que absorven las utilidades es mucho menos considerable que la que toman los salarios; pero se divide muy poco relativamente á la otra, la cual se distribuye en un número prodigioso de manos: así los empresarios de industria pueden llegar á la opulencia, mientras es difícil á los obreros procurarse una modesta medianía.

Esta desigualdad no solamente es inevitable, sino que tampoco es contraria á la justicia, segun se lo persuaden con demasiada frecuencia los que de ella salen menos bien librados. Para acometer una empresa industrial se necesitan anticipaciones adquiridas por nosotros mismos ó por nuestros padres, y si se tomaron en préstamo, suponen una reputacion acreditada: se requieren estudios especiales, un genio emprendedor, y algunas veces hasta una capacidad no comun. Abrese un establecimiento fabril por nuestra cuenta y riesgo, y mientras se pagan con exactitud los trabajos que se dirigen, puede uno ser presa de angustias causadas por los continuos vaivenes de la fortuna, á los cuales vivimos continuamente espuestos. Es justo, pues, que la parte del empresario esceda en mucho á la del obrero dedicado á trabajos fáciles que no necesitan anticipaciones, y cuya recompensa se halla garantida.

Las rentas del empresario industrial se dividen en tres porciones destinadas á cubrir la subsistencia de su familia, el interés de los capitales y sus utilidades, con las que no deben confundirse las otras dos partes del rendimiento anual. Estas podrían obtenerse sin dirigir empresa por cuenta propia, trabajando para otro y prestando los capitales. La suma que un empresario emplea en su subsistencia y en la de su familia es un salario que se paga á sí mismo. El interés de sus capitales hace parte de las anticipaciones de la fabricacion. Si hemos consumido sesenta mil francos en una fábrica, y deducidos los gastos recogemos tres mil francos al año, no hay utilidades sino tan solo el interés del capital, puesto que las utilidades son el excedente del valor de los productos sobre el valor de todas las anticipaciones empleadas en formarlos.

Las utilidades pueden ser muy varias en el mismo género de industria, y esta variedad es en parte resultado de causas materiales: por ejemplo, si en tal paraje la obra de mano y las subsistencias son mas baratas, el consumo es allí mas fácil. Otras causas nacen de la instruccion y de la conducta del empresario, como que tal se enriquece y tal otro se arruina, sin que la razon de sus encontrados destinos esté fuera de ellos mismos.

Las utilidades difieren en los distintos ramos de la industria: haylos muy lucrativos primero, y que pierden despues sus ventajas. Los principales motivos de estas oscilaciones son las necesidades, el gusto de

los consumidores que hacen demandas mas considerables de ciertos productos que de otros, y la concurrencia de los productores que distribuye mas ó menos las ganancias. Entretanto las utilidades tienden constantemente á nivelarse entre todos los ramos de la industria; porque los capitales emigran á donde son mejor recompensados. Esta tendencia natural tan favorable á la distribucion de las riquezas fué muchas veces combatida por los gobiernos. Si el trabajo no es libre en un estado ¿cómo los habitantes darán á sus capitales el empleo mas lucrativo? La libertad misma no basta, antes conviene aliarla con la instruccion: se necesita ademas que bajo la influencia de la libertad y de la instruccion, los capitales abunden hasta el punto que puedan los hombres elegir fácilmente, modificar y cambiar el rumbo de su industria. Cuando nuestros cultivadores se quejan de la baratura de los granos, si les decimos: producid menos cereales y mantened mas cabezas de ganado, les damos sin duda un buen consejo; pero ¿cómo aprovecharlo si nuestros cultivadores carecen de instruccion y las tierras de capitales?

Rara vez dejamos de oir á los empresarios lamentarse de la mezquindad ó nulidad de sus ganancias; empero estas quejas son de todos los tiempos y de todos los paises. Los comerciantes se parecen con frecuencia á un banquero que despues de haber especulado con el descrédito del papel-moneda, decía haber perdido doscientos mil francos, porque se prometiera que sus operaciones le valiesen quinientos mil,

y no habia ganado mas de trescientos mil. Los empresarios viven espuestos á desastres por desgracia muy reales; pero no es menos cierto que sus continuas quejas, casi siempre exageradas, son el origen de muchos errores en que incurre el público, la administracion y los escritores.

Cuando escasean las luces, se persuaden los empresarios que sus intereses se hallan en contradiccion con los de los obreros y de los consumidores: pagar poco á los primeros, vender caro á los segundos: hé aquí en lo que fundan la esperanza de hacer ganancias considerables.

Este modo de especular es resultado de los cálculos erróneos de la ignorancia. Observemos por de pronto que las utilidades elevadas debidas á tales medios, por ningun estilo son indicios de prosperidad pública; al contrario se obtienen en épocas de escasez de capitales y de empresas, y vánse reduciendo á ojos vistas á medida que haciéndose mas frecuentes las especulaciones, se necesita para tener obreros pagarlos mejor, y para atraer á los compradores vender mas barato.

Si se calculan las utilidades de los empresarios cuando ganaban sumas enormes en razon de ser su número muy reducido, y se comparan despues con las allegadas por la industria, cuando la concurrencia escita quejas interesadas, échase de ver que el segundo total escede con mucho al primero: por tanto en las últimas circunstancias el bienestar es mas general.

Las utilidades que estriban en la baja de los salarios y alto precio de las ventas, envuelven odiosidad. Cuando los empresarios al verlas disminuir lanzan gritos de alarma, nos pudiéramos limitar á decirles que consideren hasta qué punto es preferible su condicion á la de los hombres que soportan con ellos las penalidades de la industria. Una fábrica pudiera en rigor sostenerse sin rendir utilidades ni intereses, perteneciendo los capitales al empresario, puesto que su trabajo aun proveería á la subsistencia de su familia; y entretanto el obrero agota inútilmente sus esfuerzos para conseguir resultados todavía mas modestos. No insistiré sin embargo en estas ideas que se parecen demasiado á las de los atrabiliarios á quienes importunan las riquezas ajenas, y que quisieran cercenarlas, como si con ello hubiesen de aumentar su fortuna: llamaré tambien la atencion sobre que una empresa tan miserable como acabo de pintarla, aunque pudiese existir, sería indefectiblemente abandonada, teniéndole mas cuenta al empresario prestar sus capitales y trabajar sujeto á la direccion de otro. Una baja tan enorme de las utilidades no aprovecharía al público: muchos géneros de industria desaparecerían, y disminuida la concurrencia veríamos remontarse la cuota de las utilidades.

No tardaré en volver á la falsa teoría que convirtiera á los empresarios industriales en enemigos de los obreros y de los consumidores, y para mejor refutarla debo hablar de los salarios.

Su precio corriente es casi siempre inferior al valor real; pero notemos antes de nada, los multiplicados elementos de que se componen. Es preciso que el obrero gane lo que exigen su subsistencia y la de su familia: es preciso que los días de trabajo sean bastante retribuidos para subvenir á las necesidades de los días en que no se trabaja, y estos últimos no son únicamente los días festivos, sino tambien los en que no puede hallarse labor, y aquellos que las enfermedades obligan á pasar en la inaccion, originando ademas nuevos dispendios. En fin, llega una larga enfermedad, la vejez, para la cual es menester que la renta del obrero le permita hacer economías. Júzguese ahora si hay muchas épocas y muchos países en que la cuota de los salarios corresponda á su valor real.

El trabajo es una especie de mercancía y por eso el precio viene á ser reglado por la proporcion entre la oferta y la demanda. No solamente el regulador del precio está por lo general contra los obreros, sino que tambien la necesidad que unos hombres tienen de otros no es igualmente apremiadora para todos. En una diferencia sobre el precio del trabajo ¿cómo no cederá el obrero? Véase obligado, sopena de la vida, á buscar sin demora ocupacion, mientras el empresario puede vivir y diferir el darle empleo.

Claro está que el precio del trabajo nunca podrá ser de una manera constante inferior á lo indispensable para la subsistencia de los trabajadores; pero hay abundantes pruebas de que estos se hallan con

frecuencia ceñidos á lo estrictamente necesario para vivir: obsérvese tambien que los salarios descienden y permanecen algun tiempo inferiores á una cuota tan reducida. Entonces el obrero consume sus modestas economías, vende mueble por mueble su miserable ajuar, no anda vestido sino cubierto de harapos, y subsiste cercenando su alimento.

La cuota de los salarios no se regula por el precio de las subsistencias, como repetidas veces han sostenido: las subsistencias experimentan en sus precios muchas mas alteraciones que los salarios. Si el trabajo fuese recompensado en razon del valor de los granos, los años escasos serían indiferentes al obrero, y sin embargo no sucede así, y aun en tiempos de penuria vemos que una concurrencia de miseria reduce á los obreros á ofrecerse con ansiedad por el precio mas vil. Parece que cierta fatalidad persigue á las clases numerosas. Si en años de carestía los salarios no suben á proporcion del acrecentamiento del precio de las subsistencias, el obrero padece; y si los salarios se elevasen hasta restablecer el equilibrio, encarecida la mano de obra es menos demandada. Así al infeliz obrero se le paga poco cada dia, ó es empleado pocos dias.

Sin embargo la clase que vive de los salarios forma los tres cuartos de la poblacion, y ¿cómo hablar de prosperidad cuando tantos gimen en la estrechez y en la miseria? ¿cómo concebir que un estado sea feliz cuando tantos sufren? Mientras que aun veamos en los paises mas ricos á millones de personas

careciendo de lo necesario, podremos decir, ó que la Economía política no ha descubierto los principios que deben dirigir la industria, ó que la administración no sabe aprovecharse de ellos.

El primero y mas seguro de los remedios contra los males que acabo de hacer palpables, sería la instrucción, el desarrollo moral de las facultades intelectuales en todas las gerarquías de la sociedad.

Un obrero que reflexiona, conoce que no mejoraría de condicion provocando turbulencias, que disminuiría la demanda del trabajo y se hallaría mas embarazado para procurarse su subsistencia. Conoce que el mejor medio de triunfar de la concurrencia es distinguirse por su habilidad y por su conducta: si de este modo no obtiene siempre mayores salarios, á lo menos está mas seguro de hallar continuo trabajo. Ademas, cuando la clase obrera es inteligente cobra hábitos que garantizan su bienestar. En todas partes se reconoce que el salario debe cubrir las necesidades del que lo gana; pero los objetos, propósito para satisfacerlas admiten mucha variedad de un pais á otro. El clima no es la causa única de esta diferencia: el estado de la civilización tiene frecuentemente aun mas influjo en el alimento, en el vestido, en el alojamiento. No se dice á gentes acostumbradas á gastar zapatos: es nuestra voluntad pagaros menos: andad con los pies descalzos. Una especie de orgullo por una parte, y por otra de pudor impide que la clase obrera sea reducida á lo estrictamente necesario.

Es crimen enorme retener injustamente el sala-

rio á los obreros y se comete cuando abusando de su situacion se les obliga á trabajar por un precio inferior al que merecen. Si la educacion del pobre es buena, sin duda que la del rico lo será tambien. En tal estado de la sociedad los empresarios por miras de equidad no quieren, ó por respetos humanos no se atreven á abusar con extremo de sus ventajas. Aun entonces les vemos que intentan suplir á los salarios fundando establecimientos de beneficencia, sociedades de socorros y cajas de ahorros para hacer frente á las exigencias de la edad y del infortunio.

Los cálculos de la codicia son erróneos y nocivos á todos los intereses. Si el trabajo encarece á medida que los obreros son mas inteligentes, los empresarios se indemnizan con amplitud, porque obtienen una mayor cantidad de productos y mejor acabados. Solo serán buenos obreros los que comprometan su amor propio en los trabajos y ¿qué sentimientos elevados podrán abrigar los mendigos? A la sombra de la miseria solo crece una poblacion abyecta sin inteligencia y sin actividad. *Arthur Young dice: que el trabajo en Irlanda cuesta poco, pero no está barato*; frase que encierra una excelente leccion de Economía política, pues de ella se deduce que los intereses del empresario y del obrero no están opuestos, como se creyera á juzgar por apariencias: es la primera demostracion de que la opinion mercantil que espuse carece de exactitud.

Para los progresos de la industria, tanto como en bien de la humanidad debemos guardarnos de re-

ducir los salarios á la cuota mas baja posible. Entre el precio del trabajo y el de los objetos útiles á los trabajadores existen relaciones inviolables: pero aun no es tiempo de conocer sino imperfectamente mis ideas sobre esta materia porque falta presentar las reflexiones mas importantes. Despues de haber combatido la ignorancia que pretende cimentar la prosperidad pública en la miseria general, no se ostenta grande caudal de luces, si para estender el bienestar, se propone simplemente aumentar el precio de los jornales dando al obrero mas piezas de moneda por el mismo trabajo.

Si subiesen los salarios en una profesion, quedando estacionados en las otras, seguramente, aquellos que egerciesen dicha profesion, estarían bien hallados, puesto que tendrian mas dinero, y que el precio de los artículos de necesidad no se habria aumentado. Mas no esceptuando un ramo de industria, si se pagan mejor todos los obreros, cada uno de ellos perderá por una parte lo que gane por la otra. El encarecimiento de los productos causado por la subida de los salarios, volverá los obreros á su situacion anterior, al aumento de precio en los jornales: ganarán mas y gastarán mas, y su miseria será la misma que antes: no digo bastante: se aumentará. Los productos encarecidos serán menos demandados en el interior, y ya no sostendrán la concurrencia en los mercados estranjeros; y por tanto es consiguiente la disminucion de trabajo y el acrecentamiento de la miseria. La Economía política ofrece cuestiones muy

complejas; queriendo favorecer á una clase, á menudo se perjudica á otras, y aun suele acaecer que una reaccion imprevista sea funesta á la clase misma que deseáramos proteger.

Es supérfluo demostrar que la carestía del trabajo acrecienta el precio de los productos. Smith, á la verdad, pretende que las considerables utilidades añaden mas que los salarios considerables al valor de la obra, de donde resultaría que una baja en las utilidades pudiera compensar una subida de los salarios (1). Hay precisamente algo de sutil é inesacto en esta manera de calcular. Supongamos que un fabricante emplea quinientos obreros y que sus utilidades anuales asciendan á doscientos mil francos: si estos obreros trabajan trescientos dias al año y se les paga á razon de dos francos diarios, el total de los jornales será de trescientos mil francos. La parte del precio de las mercancías que representa las utilidades, aun no será la décima-quinta de la que representa los salarios: es evidente, pues, que una subida considerable de las utilidades, será menos sensible en el valor de los productos que una alza aunque poco importante de los salarios.

Los obreros, es decir, los tres cuartos de la nacion, deben estar en situacion de procurarse los objetos necesarios para su subsistencia, y sin embargo,

---

(1) *Richesse des nations*, tomo, 1.º pág. 199.

el aumento de jornales entendido, como se entiende vulgarmente, jamás producirá este resultado: hay pues un problema de la mas alta trascendencia que resolver, y es tal su importancia que si fuese irresoluble, toda la ciencia de las riquezas sería inútil.

Empero este problema puede resolverse. De dos modos se acrecientan las rentas, sea aumentándolas, y aquel que las percibe tendrá medios de comprar en mayor cantidad los objetos que apetece, sea disminuyéndose el precio de dichos objetos, puesto que el poseedor de las rentas gozará de la misma suerte de la facultad de procurárselos en número mas considerable. Los salarios son las rentas del obrero, y lo que las hace subir ó bajar no es la cuota nominal, sino la cantidad mayor ó menor de las cosas útiles y cómodas que ponen á su alcance. El medio eficaz de aumentarlas, depende menos de su alza numérica que de la baja en el precio de las mercancías. El bienestar general nunca será efecto sino de la baratura de los productos.

Si los obreros estuviesen sumidos en la ignorancia y en la abyección, la baja de los productos arrastraría la de los salarios; pero hemos visto que la educación, el desarrollo intelectual imprime á la clase obrera los hábitos que reclama su bienestar y pone coto al poder de los empresarios industriales.

Las mercancías mas útiles son los granos destinados á la subsistencia. En un país, tal como la Inglaterra, en donde el terreno está vinculado en las manos de algunos grandes propietarios, no habria sino

ventajas en tender á reducir el precio de los cereales, si esta reduccion, como me lo figuro, tan solo afectase á la renta. Cuando llegó á apropiarse el suelo de un pais, no sería justo que se vendiesen demasiado caros sus productos á los habitantes. En una nacion como Francia en donde los pequeños propietarios abundan, no pueden solicitarse grandes rebajas en el precio de los granos: únicamente es de apetecer que no sea nunca escesivo, y sí uniforme en lo posible. Las subsistencias, no obstante, no son el todo para la clase obrera, pues tambien necesita objetos que sirvan para el vestido, para la habitacion, y siempre que estos objetos se obtienen con baratura, queda mas en pro de la subsistencia y de la economía.

Lo que llaman subida de los salarios puede producir funestos efectos, así como la baja en el precio de las mercancías ofrece bien diferentes resultados. Esta baja acrecienta la demanda y es un manantial de ganancias; segunda prueba de que el interés del empresario no está en oposicion con los del consumidor y del obrero.

El bienestar general, lo repito, jamás le alcanzaremos sino por medio de la baratura de los productos. Me atrevo á responder de que avanzando por este camino es como daremos con las mas importantes mejoras sociales en el orden de las riquezas. Aun no es conocido hasta qué punto los objetos adecuados á la satisfaccion de nuestras necesidades pueden llegar á ser abundantes y de poco valor. Los pro-

gresos de la civilizacion tienden á reducir el precio de las mercancías, porque aumentan la concurrencia, multiplican las primeras materias y hacen mas rápidos y menos costosos los procedimientos industriales. Debemos pues secundar este impulso valiéndonos sobre todo de la libertad, de la instruccion y de la paz.

---

## CAPITULO V.

### DE LAS MAQUINAS.

Este tratado mantiene relaciones fáciles de percibir con el anterior. Las máquinas ejercen un poderoso influjo en la abundancia y baratura de los productos, y á pesar de todo, muchos juzgan pernicioso á la distribucion de las riquezas el empleo de estos instrumentos perfeccionados, á los cuales atribuyen el aumento de las utilidades á espensas de los salarios y la fortuna de ciertos empresarios á precio de la ruina de millares de obreros.

Agítanse á menudo cuestiones ya decididas, y se discuten todavía con calor cuando la corriente de los sucesos las tiene ya resueltas para siempre. Es un hecho que los pueblos emplean máquinas: es otro hecho que tambien nosotros debemos emplearlas ó renunciar á entrar en concurrencia con los pueblos industriosos.

Si en cierta ciudad los magistrados impiden al

fabricante comprar una máquina de nueva invencion, á fin de obligarle á conservar todos sus operarios, muchos llamarán paternal á semejante medida de la autoridad, y entretanto la ciudad vecina atraerá al inventor, se aprovechará de su descubrimiento y bien pronto talleres mas fecundos enriquecerán á sus moradores á costa quizá de los mismos que repudiaron tamañas ventajas. Si se objeta que el gobierno puede prohibir el empleo de las máquinas en toda la estension del estado, diré de un estado vecino lo que decía de un pueblo vecino. Cuando rehusamos tomar parte en el movimiento general, perfeccionar mientras todos perfeccionan, otros se ilustran y se enriquecen, y nosotros quedamos envueltos en la rutina y en la miseria.

¿Mas la invencion de las máquinas es un mal necesario, ó es un bien que debemos bendecir? Yo hé encomiado los efectos de la baja en los precios de las mercancías, y los procedimientos industriales económicos y rápidos concurren á esta baja, que por sí sola llevará el bienestar al mas alto grado posible. Sin embargo., los instrumentos que economizar brazos ¿no hacen comprar cruelmente el bienestar privando á un cierto número de obreros de los recursos de su existencia?

Seguramente la súbita introduccion de cierta máquina en un taller, con la cual se reemplazan los obreros, puede sumirlos en una situacion deplorable. Para conjurar estas calamidades se nos ofrecen dos medios. Cuando alguna parte de la poblacion sufre,

la sociedad debe acudir en su socorro. Hay trabajos fáciles, los cuales están á la altura de todo hombre laborioso, y algunos de ellos sin presentar grande utilidad, embellecen los pueblos. En crisis semejantes es cuando deben emprenderse, ofreciendo á los obreros como un recurso transitorio, destinado á darles espacio de encontrar otros, porque es menester que los hombres no se olviden de procurarse trabajo. Los empresarios tienen tambien obligaciones que cumplir respecto de los obreros. Por mi parte, creería justo que si quieren despedirlos para subrogar las máquinas, les mandasen prevenir con cierta anticipacion y aun acaso satisfacerles parte de sus salarios durante los primeros dias que siguen al despido. Con tales precauciones, y si, gracias á la libertad de industria, los obreros no encuentran obstáculos, ni para cambiar de trabajo, ni para mudar de vecindad, es imposible que el empleo de la maquinaria no adolezca de inconvenientes muy limitados, mientras que sus ventajas son inmensas.

Supóngase un pais ignorante y pobre en donde no exista otro establecimiento industrial que una fábrica de tejidos groseros, la miseria persiguiendo á los habitantes, cuya mayor parte se cubre de harapos. Si para perfeccionar esta manufactura se reemplaza con máquinas la mitad de los obreros y no se les auxilia, pasarán amargos momentos en la crisis de que pudiera haberseles precavido. Mas recorramos el mismo pais algunos años despues: los obreros despedidos han encontrado al fin empleo, y veremos la

generalidad de la nacion con vestidos de mejor calidad que por su módico precio llegaron á ser de uso común. Entonces quizá nos convenzamos de que las mejoras introducidas en aquella fábrica tan mezquina han agitado los ánimos, y de que la industria que fué su consecuencia, há derramado la comodidad en todo el pais.

Las máquinas pueden disminuir momentáneamente en cierto parage la cantidad de obra de mano; pero dejan preparado á la clase obrera mucho mas trabajo sin comparacion que le sacaron. Cuando se inventó el telar de medias ¡cómo se alarmaron los que hacían las medias á la aguja! ¿Y pudiérase dudar hoy dia que su número no fuese muy inferior al de los distintos obreros que fabrican los telares, que los ponen en movimiento, que preparan las primeras materias elaboradas por una industria, cuyos productos son tan abundantes? Cuando en las vastas llanuras en donde los hombres cavaban sus tierras, se hubiese visto por primera vez aparecer el arado, debió afligirles un sentimiento de terror pensando en la cantidad de mano de obra que ésta máquina iba á suplir: y sin embargo ¡á qué prodigioso acrecentamiento de subsistencias, de industria y de poblacion há dado impulso en el globo!

Citaré algunas observaciones de Malthus, que es voto en la materia de que hablo, porque habita el pais que mayor número de máquinas emplea, y porque el rumbo de sus investigaciones le hace desconfiar de cuanto puede disminuir el trabajo en perjui-

cio de la clase obrera. "En el instante, dice, en que una máquina economizando la mano de obra permite ofrecer productos mas baratos, su natural resultado es una estension tal de demandas, que el valor de la masa de los objetos fabricados con la aplicacion de esta nueva máquina, escede en mucho al valor de los artículos antes manufacturados. A pesar de la economía del trabajo manual, este género de industria en vez de emplear menos brazos, ocupa muchos mas que ocupaba (1)."

Para explicar este fenómeno basta observar que una máquina no desempeña todos los trabajos que exige la fabricacion de un género dado de productos. Los obreros pueden pues encontrar en el acrecentamiento de las labores que les dejan, mucho mas que la compensacion de los suplidos.

Mr. Malthus continúa: "Un ejemplo palpable de dicho efecto nos lo presentan en Inglaterra las máquinas de hilar y tejer el algodón. El consumo de las telas de algodón se aumentó de tal suerte en el pais y en el extranjero, á causa de la baratura, que el valor de la totalidad de las telas y del hilo supera en una inmensidad á su antiguo valor. El engrandecimiento de las ciudades de Manchester, de Glasgow &c., prueba bastante cuanto, salvas pocas escepciones, la demanda de obreros para el algodón, há ido

---

(1) *Principes d'Économie politique*, tomo 2.º, pág. 103.

en aumento desde la introduccion de las máquinas (1)." El mismo escritor añade: "Un aumento de valor, aunque menos considerable que el precedente, ha tenido lugar en nuestras fábricas de quincallería, de paños y otros productos, y fué tambien acompañada de una demanda creciente de brazos (2)."

Algunos autores niegan que la baja del precio sea resultado necesario del empleo de las máquinas: pero esto es deducir de hechos particulares consecuencias generales. Cuando un fabricante armado de su privilegio esclusivo usa él solo de procedimientos económicos, puede continuar vendiendo tan caro como los otros fabricantes, ó cuando mas hará una pequeña rebaja á fin de asegurarse la preferencia; pero si la invencion llegó á generalizarse, entonces por necesidad, la concurrencia reduce los precios.

Tampoco faltan visionarios que vean en su imaginacion multiplicadas algun dia las máquinas hasta el punto de que espulsando á unos en pos de otros á los obreros, concluyan por invadir todos sus medios de subsistencia. Supérfluo sería recordar á los hombres razonables que un número infinito de trabajos exigirán siempre la mano del hombre. Si queremos abandonararnos á estos sueños: si queremos gozarnos en hipótesis que nos alhaguen, pensemos siquiera que algun dia los instrumentos perfeccionados abreviaran

---

(1) *Principes d'Economie politique*, tom. 2.<sup>o</sup>, pág. 103

(2) *Principes d'Economie politique*, tom. 1.<sup>o</sup>, pág. 380.

los trabajos materiales hasta el extremo de sobrar tiempo á los hombres para desenvolver sus facultades morales: podríamos avanzar á decir que las máquinas serán en las naciones modernas lo que en Atica fueren los esclavos.

Mas echemos á un lado las hipótesis que tan poca analogía guardan con las materias que nos ocupan. La invencion de las máquinas multiplica los productos, reduce su precio y aumenta la cantidad del trabajo, y aun no son estas solas sus ventajas. El empleo de las máquinas conserva las fuerzas, la vida misma de un cierto número de obreros, dispensándoles de trabajos mal sanos ó peligrosos, bajo cuyo aspecto mas de un oficio en los pueblos y en el campo, debe fijar las miradas de los filántropos. El uso de los instrumentos perfeccionados, puede tambien contribuir mas de lo que se piensa al mejoramiento de las costumbres. Los trabajos que fatigan mucho, escitan al abuso de licores espirituosos: disminuir las fatigas, equivale pues, á quitar de enmedio una causa y un pretexto de corrupcion.

Háblase de fatales accidentes causados por algunas máquinas. Cuando una invencion adolece de inconvenientes, clama el vulgo al instante que es preciso proscribirla: pero los hombres ilustrados observan estos inconvenientes, meditan y logran vencerlos.

Para condenar y repudiar un invento, no bastaría tampoco probar que se haila espuesto á peligros: sería, sí, necesario convencernos de que los inconvenientes serán siempre superiores á su utilidad.

Supongamos que un viajero desembarca perros en una isla en donde estos preciosos animales son desconocidos. No tendria razon el isleño que dijese á los otros: "no querais aceptar el terrible presente que se os ofrece: yo hé visto en el continente el animal que ese extranjero os recomienda como tan útil para la caza y para custodiar los rebaños, que os le dá como el amigo que acaricie á vuestros hijos y vele por vuestros días. Algunas veces se apodera del perro una enfermedad incurable: si muerde entonces, aunque ligeramente, el herido se vuelve furioso, y en vano se le prodigarán remedios, porque morirá entre espantosos tormentos. Arrojad de nuestra isla aqueste peligroso animal, ó viviremos en zozobra que harto justificarán frecuentes catástrofes."

Las máquinas peligrosas jamás deben ser empleadas en la economía doméstica, porque los criados suelen no poner la atencion necesaria para poderfiárselas; mas en las fábricas es fácil desplegar una exacta vigilancia. Una comision de sábios debe decidir cuales son las máquinas que sea lícito emplear en las fábricas, y qué condiciones convenga exigir de las personas que hayan de manejarlas.

---

## CAPITULO VI

## DE LA POBLACION.

Este capítulo completará mis observaciones acerca de los medios de mejorar la condicion de la clase obrera: por tanto debemos considerarla principalmente en sus relaciones con el bienestar general.

Si un estado se enriquece, los hombres se multiplican, de lo cual se ha concluido tomando el efecto por la causa, que para enriquecer á un estado, era preciso que se multiplicasen en él los hombres. Este error fué seguido de otro: creyóse que para poblar un pais bastaba fomentar los matrimonios y asegurar recompensas á los padres de familias numerosas.

Tal vez se pueda acrecentar así el número de nacimientos. Luis XIV prometió pensiones á los padres que tuviesen diez hijos y otras mas considerables á los que tuviesen doce. Montesquieu se burla de estas recompensas ofrecidas á prodigios (1). Sin embargo podemos creer con razon que la esperanza de obtener las primas, ejerza algun influjo hasta en familias que no llegarían nunca al número fijado, y si fuese menos alto, los resultados serían mas positivos. Añádase que los honores dispensados á las familias dilata-

---

(2) *Esprit des lois*, lib. 23, cap. 27.

das influyen en la opinion: los grandes, los ricos se convierten en eco del príncipe y predicán el matrimonio, sobre todo en el campo.

El fomento podrá multiplicar el número de nacidos, mas para tener hombres, no va a tener hijos, porque sino se multiplican tambien los medios de *existencia*, no habrá mas que un acrecentamiento de miseria y de mortalidad.

Muchos escritores dicen los medios de *subsistencia*, y Mr. de Tracy (1) observa la inexactitud de dicha espresion, y le sustituye la que acabo de emplear. En efecto, no basta alimentarse: el frío es casi tan terrible en nuestros climas, como el hambre. ¡Cuántos niños y ancianos enfermos y convalecientes perecen solo porque no pueden precaverse contra los rigores del invierno! El desaseo de los harapos, el aire infecto de las moradas estrechas é insalubres abrevian los dias de una muchedumbre de infelices, que no obstante tienen pan.

La poblacion podrá crecer hasta un cierto punto sin que los medios de existencia aumenten, con tal que se distribuyan: lo que basta para vivir dos individuos, hará vejetar á cuatro y aun con ventaja. Estas dos personas tenían una cámara espaciosa, se procuraban alimentos sanos, estaban decentemente vestidas y usaban de muebles cómodos: pues si ahora, cuatro ó cinco personas se amontonan en el mismo

---

(1) *Economie politique*, cap. 4.º

alojamiento, no habrá lechos, todos se acostarán en paja, se abrigarán con harapos, estarán mal alimentados y muchas veces sufrirán los tormentos del hambre. Entre la existencia y la muerte hay un estado intermedio, la agonía del dolor. Un acrecentamiento, pues, de población es posible sin que los medios de existencia se aumenten en proporción; ¡pero bajo qué sombrío aspecto se nos presenta semejante estado de la sociedad! De él solo debemos esperar un aumento de miseria y de angustias y también sin duda de vicios y de crímenes.

A las observaciones anteriores conviene añadir que á un acrecentamiento de población sigue siempre algun acrecentamiento en los medios de existencia. Nuevas necesidades obligan á redoblar los esfuerzos: los padres se estenuan á trueque de alimentar á sus familias, y los niños son lanzados al trabajo antes que la edad haya desarrollado sus fuerzas. Hay, pues, un acrecentamiento de producción, aunque harto débil para que el resultado de un ciego estímulo presentado á la población no sea aumentar la miseria y la mortalidad. La esperiencia desacredita entre nosotros la segunda parte de esta proposición de Mr. Everest: "*Los nacidos multiplican las demandas, pero suministran al mismo tiempo los medios de proveer á ellas* (1). Mr. Everest es americano, y se engaña

---

(1) *Nouvelles idées sur la population*, traducido al francés por Mr. Ferry, pág. 34.

generalizando una observacion que solo puede ser exacta en un pais virgen, en donde la naturaleza y las artes atraen sin cesar la concurrencia de nuevos trabajadores.

Nuestros primeros votos deben ser por la felicidad de los hombres, despues porque se multipliquen: para ver cumplidos estos, bastaría realizar los otros. La poblacion crece naturalmente á medida que aumentan los recursos para existir: si pues se pretende fomentarla, es preciso desarrollar la industria. Entonces encontrando los hombres fácilmente de qué vivir, los matrimonios se duplican y se conservan mas nacidos, porque sus familias abundan mas en los medios de alejarles de los peligros que conspiran contra sus vidas. Así, conviene fomentar los matrimonios de una manera indirecta, nunca de un modo directo: ó en otros términos, debemos ocuparnos en acrecentar la felicidad de los hombres, no en aumentar su número.

La prueba mas convincente de que la poblacion sigue en su desarrollo los pasos que dan los medios de existencia, es la rapidez con que se reparan las brechas abiertas por el triple embate esterminador de la guerra, el hambre y la peste.

En pasando dichas calamidades se deja sentir la falta de hombres y el trabajo es mejor retribuido y se multiplican en número prodigioso los nacimientos. Luego se añade que despues de estos grandes desastres, los hombres tienen por lo general poca prevision y mucho calor en gozar de la vida, cuyas cau-

sas, aunque hacen los matrimonios mas frecuentes, no producirian mas que miseria y mortalidad, si entonces no abundasen los medios de existencia.

No tan solo se comprueba con la esperiencia que la poblacion crece á medida que los medios de existencia, sino que parece tiende á escederlas, lo cual es muy importante discutir é ilustrar.

Pocas obras de Economía política han afectado tan profundamente como el *ensayo de Mr. Malthus sobre la poblacion*. Mucho me equivoco, si esta obra no debe su éxito, menos á la precision y verdad de su contenido que á su exageracion y exactitud. Mr. Gowin habia publicado sus ensueños en Inglaterra (1), y el deseo de desengañar á sus compatriotas parece haber puesto la pluma en la mano de Mr. Malthus. En vez de encerrarse dentro del círculo de la realidad, en donde no estaba su adversario, combatió sus

(1) Este autor apenas es conocido entre los franceses sino por su romance de Caleb Williams, que les ha parecido revelar un escritor melancólico, profundamente irritado contra la especie humana, lo cual respecto á Mr. Gowin es de todo punto equivocado. Nadie tuvo nunca mas fé en la perfectibilidad, y en su romance solo se propuso satirizar las instituciones sociales, que en su juicio son el único germen de nuestros vicios. Para ser felices y buenos bastaria, segun él, emanciparnos de estas instituciones, sobre todo de las que han introducido la propiedad y el matrimonio. La política de este escritor escede á la de todos los utopistas, quienes á lo menos, no dan sus quimeras sino por quimeras, y Mr. Gowin cree en la necesidad de realizar sus miras.

sueños con hipótesis. Los dos escritores hicieron vibrar las imaginaciones ardientes, el uno pintando países encantados, y el otro describiendo abismos espantosos. Muchos hay que leyeron la obra de Mr. Malthus con el mismo placer que los niños oyen cuentos que les causan pavor.

He aquí las bases del sistema de Mr. Malthus: "Si la población, dice, no es contenida por algun obstáculo, debe doblarse, á lo menos en veinte y cinco años, y crecer así, de período en período en *proporción geométrica*. No sucede lo mismo con las subsistencias. La suposición mas favorable á su acrecentamiento, es que en cada período de veinte y cinco años aumente el producto de las tierras en una cantidad igual á la de su producto actual: así las subsistencias crecen en *proporción aritmética*. La especie humana crece en razon de los números 1, 2, 4, 8, 16: las subsistencias como 1, 2, 3, 4, 5. Despues de dos siglos la población será á las subsistencias como 256 es á 9: despues de tres como 4096 á 13." (1). Calcúlese ahora si estas dos leyes de acrecentamiento tan desproporcionadas entre sí no arrastrarían á la especie humana á un abismo de miseria y de muerte.

Falta á estos cálculos ingeniosos el ser conformes á la realidad de las cosas. Pudiéramos agradecer á Mr. Malthus haber sido muy moderado en una par-

---

(1) *Essai sur le principe de la population*, cap. 1.º

te de sus hipótesis. Hace abstracción de todo lo que es necesario para existir fuera de las subsistencias: se limita á doblar la poblacion en veinte y cinco años, en vez de quince y aun de doce, supuesto que hay parajes del territorio americano, en donde el número de habitantes crece con esta admirable rapidez, sin que en ello tenga parte la inmigracion. La Francia contiene treinta y dos millones de almas, y el cálculo de Mr. Malthus no le supondria sino quinientos doce millones en un siglo, mientras que segun el cómputo mas favorable puede ascender á ocho mil ciento noventa y dos millones en un período de noventa y seis años. Este resultado es mas sorprendente que el primero, y nada tiene de inverosímil. Mas ya que se trata de averiguar con cuanta rapidez crecería el número de los hombres, si su multiplicacion no fuese contenida por ningun obstáculo, ¿por qué vamos á buscar ejemplos á paises conocidos? Hay obstáculos á la poblacion hasta en esa América tan lozana. Las enfermedades, las pasiones, causas físicas y causas morales retardan tambien en esa tierra vírgen los progresos de la especie humana. Todas las exageraciones por las cuales acabamos de pasar la vista son cálculos tímidos muy inferiores á la realidad, si nos avenimos á suponer por un solo instante que nada se opone á la multiplicacion de los hombres. Mas ¿de qué sirven dichas hipótesis? Podrán socabar las esperanzas de Mr. Gowin; pero no ofrecen siquiera una sombra de utilidad, si tratamos de indagar lo que pasa en la tierra.

Las ideas de Mr. Malthus acerca de las subsistencias no son menos hipotéticas, convenia á sus miras multiplicar los hombres y restringir los medios de alimentarlos. ¿Por qué limita las subsistencias de un pueblo á los productos alimenticios de su territorio? Génova, Holanda, Succia, &c., importan constantemente granos del extranjero. No solamente Mr. Malthus no debia echar en olvido este recurso, sino que despues de haber supuesto una prodigiosa multiplicacion de la especie humana debiera en justicia, calcular segun datos mas favorables, todo cuanto la perfeccion de los transportes y de los medios de cambio puede añadir á las sustancias alimenticias, que produzca el suelo en que fije sus miradas.

Las hipótesis novelescas y los cálculos imaginarios de Mr. Malthus se alejan demasiado de la verdad para ser documentos de precio. Dejemos la alta region de las quimeras, y penetremos en el estrecho recinto de lo cierto, en donde tambien se encuentra lo útil.

Observemos qué linages de individuos componen la clase menesterosa, y juzguemos si sus males nacen del esceso de poblacion.

No colocaremos en dicha clase á los mendígos robustos: estos vagamundos se han acomodado en una especie de oficio que ocupa el medio entre los farsantes y los ladrones: se roza con los primeros, porque los que lo ejercen tienen tambien sus costumbres, sus golpes de destreza, y dan representaciones trágicas, como los otros las dan jocosas: se roza con los

segundos porque echan mano del engaño y de bellaquerías, y si son menos culpables consiste en que las emplean tan pacientemente que cada cual puede garantizarse de ellas, y tienden redes á tontos, pero no sacrifican víctimas. Noto en la sinonimia de los vocablos mendigo y pobre un grande abuso en las palabras: la mendicidad es lucrativa, y debe escandalizarnos que el dia del mendigo sea generalmente mejor recompensado que el del obrero.

El mendigo enfermo, tal como el ciego, el paralítico, pertenecen, sí, á la clase desgraciada: su triste suerte no es seguramente el efecto de un exceso de poblacion, sino el resultado de las enfermedades, á las cuales se halla sujeta nuestra naturaleza, y de una civilizacion poco avanzada, que mantiene á la sociedad en una impassibilidad estóica á presencia del infortunio.

Los obreros sumidos por las enfermedades ó por accidentes en una situacion aflictiva mas ó menos prolongada, son víctimas de cánceres de miseria que nacen y cunden, cualquiera que sea la poblacion.

En los paises agobiados por el peso de los gremios, muchos á quienes impiden trabajar, ó que trabajan á vil precio, viven en la indigencia. El exceso que se nos figura notar en la poblacion es imaginario, y no debemos culpar de las calamidades que presenciarnos, sino á los errores de la autoridad.

Las crisis comerciales, que consumen ó estenuan cuantiosos establecimientos, producen tambien un exceso aparente de poblacion. Estas crisis, pasajeras por

nuestra fortuna, no nacen del número de hombres, sino que son consecuencia de la ignorancia y de la codicia de los empresarios industriales, de la mala administracion y de las guerras.

Mas cuando la industria se remueve con libertad, cuando prospera, tambien hay una muchedumbre de obreros devorados por la indigencia; sin embargo, débese hacer una distincion entre ellos: hay algunos que mas tiempo pasan en las tabernas que en los talleres, y no parece sino que rehuyen los medios de existencia que estan á su alcance, como si solo corriesen tras la disolucion de costumbres. Los hijos de estos seres degradados gustan de la vagancia, viven frecuentemente de limosnas y mas tarde de robos y prostitucion. Si no se depravan del todo, por lo menos son muy ignorantes, sin hábitos de trabajo, y destinados á engrosar la turba de obreros menesterosos. Desórdenes son estos de que no puede acusarse al exceso de poblacion, sino á la ignorancia, á la pereza y á la licencia. Sin embargo en la masa de obreros que sufren, hay otros de carácter muy distinto: vémoslos abrumados de familia estenuarse sin llegar á vencer una miseria que resiste al trabajo. El número de seres á quienes deben alimentar, vestir, es un peso que los agobia aun cuando hallen con facilidad empleo ¿y qué no sucederá si alguna crisis comercial disminuye sus trabajos ó si alguna enfermedad los sujeta á la inaccion? Estos accidentes tan vulgares son para ellos tremendas calamidades. En seguida la inmensa desproporcion entre el número de

sus hijos y los medios de proveer á su crianza (1). De ese enjambre de niños los unos perecen, á la mayor parte de los otros no se les prodigan los cuidados que debieran disponerlos á ser buenos obreros, muchos se pervierten, y aqui sí que estos males arraigan en un exceso de procreacion. ¿Y cómo precavernos de semejante peligro? ¿Podemos levantar barreras á una procreacion excesiva sin infringir las leyes mas venerandas? Stevart (2) opina por la prohibicion del matrimonio á los pobres; pero esta idea es repugnante é invade los derechos inherentes á la existencia misma. La sociedad hallaría el castigo en los vicios que hiciese pulular y cambiaría hijos legítimos por un número mucho mayor de hijos de disolucion.

La violencia es mala consejera, y la prudencia sugiere medios mas suaves y mas eficaces de practicar el bien. Si á un obrero, padre de familia y sensato, viene un jóven que nada posee á pedirle su hija en matrimonio, trabaja, le responde, had economías;

---

(1) No es posible determinar por regla general qué número de hijos llegará á ser gravoso á una familia. Un hombre y una muger robustos, de inteligencia y actividad, podrán mantener una familia numerosa, mientras que dos seres débiles, ignorantes y perezosos apenas alimentarán un sólo hijo. La escasez ó abundancia del trabajo, la carestía ó baratura de los artículos son tambien circunstancias interesantes que varían en diversos países, y en uno mismo en épocas diferentes.

(2) *Recherches des principes de l'Economie politique*, t. 1.<sup>o</sup> pág. 127.

y cuando estés seguro de que no sumirás á mi hija en la miseria y de que podreis mantener á los vuestros, hacerlos honrados y obreros inteligentes, como nosotros, accederé á tus deseos. Esta es una prevision demasiado rara, pero tan necesaria que convendria generalizarla en las clases menesterosas. La procreacion del ser inteligente no debe depender tan solo de un apetito brutal, pues antes de enjendrar un hijo es menester tener por lo menos la probabilidad de que podrá dársele crianza y educacion, y si por ventura llega á sacrificarse la razon á la pasion, se incurre en un delito. El hombre debe aspirar al matrimonio, como el estado mas análogo á su naturaleza, pero tambien debe hacerse digno de él, y este pensamiento podrá ser un poderoso estímulo para el jóven obrero en medio de su trabajo. Cuando la opinion llama al matrimonio, fomenta una poblacion miserable; pero produciría resultados mucho mas felices inculcando al propio tiempo en la clase obrera la idea de que el matrimonio sea la recompensa del trabajo y de la economía:

El rico y el pobre suelen tocar dos extremos opuestos: hartas veces muestra el primero una prevision culpable y el segundo una imprevision funesta: por lo comun el rico recela tener demasiados hijos, y aun tener muchos. Acostumbrado á los goces de la vida, creería ofrecerles muy triste presente, si les transmitiese la existencia sin acompañarla de los bienes que le parecen necesarios para hacérsela agradable. La vanidad fortifica este pensamiento, y tal hom-

bre infatuado con sus títulos, llega á persuadirse de que, á no venir al mundo con un marquesado, no vale la pena el nacer. El pobre en su ignorancia obedece á un instinto brutal: si vacila algunos momentos antes de casarse recapacitando sobre la suerte futura de sus hijos, se tranquiliza casi en el mismo instante y se despoja de toda prevision. El ha sufrido, y ha vivido sin embargo: sus hijos sufrirán y vivirán como él. Así se va formando una poblacion corroida por la miseria y fecunda en desórdenes.

Difundid las luces: que el sentimiento de la dignidad humana filtre en los ánimos: que la situacion social sea bastante halagüeña para que el obrero tenga su herencia en los goces de la vida, y no quiera doblar su cerviz á la coyunda del matrimonio, sin estar antes cierto de que á sus hijos les aguarda la misma suerte. ¿Pregúntase si la poblacion tiende á exceder los medios de existencia? sí, en nuestro estado de civilizacion: no, en una civilizacion mas adelantada.

Algunos eclesiásticos poco ilustrados se alarman cuando se habla de hacer intervenir la prudencia en los matrimonios: temen que nos revelemos contra la ley divina "*creced y multiplicaos.*" Para ser consecuentes debian tambien fulminar sus anatemas contra los célibes; pero puesto que el hombre tiene la libertad de no casarse ¿cómo será culpable dilatando su matrimonio para asegurar la felicidad de su familia?

Repetidas veces se han propuesto medidas iluso-

rias para contener el exceso de poblacion. Quisieran algunos que se formasen colonias, y su imaginacion recorre los inmensos eriales del globo; pero mas de un gobierno carece de tierras lejanas de que disponer. Luego, si se reflexiona sobre los dispendios, las dificultades, los peligros de estas colonizaciones, no nos causará grande admiracion el verlas intentadas rara vez y casi siempre sin éxito. En fin, para que una especie de deportacion dé impulso á la subida de los salarios, fuera menester habitar en alguna república muy reducida, porque en cualquier estado considerable, la emigracion de algunos centenares ó de algunos millares de obreros sería insensible. Lo único que en mi concepto hay de útil en los argumentos en favor de las colonizaciones, es que sirven para dar á conocer cuán absurdo es oponerse á las emigraciones.

Otros opinan que para guarecerse de la miseria basta desplegar la industria, y en prueba de ello alegan, que la Europa no encierra nacion alguna en que no sea posible sustentar á un número de habitantes doble, triple del que contenga en la actualidad. En efecto, llegará quizás un dia en que se gradúe de muy escasa nuestra poblacion del siglo XIX; pero los productos fabriles no podrán ser duplicados, triplicados por ensalmo. Además (y llamo la atencion del lector hácia esta observacion esencial) aumentados los medios de existencia, el aumento de matrimonios y nacimientos es correlativo: si pues solo hemos de apelar á este recurso para ver como desterrar la

miseria, será lo mismo que si intentásemos llenar la cuba de las Danaides.

Sin duda es menester dar vida á la industria, pero al mismo tiempo conviene difundir el espíritu de prevision ya enunciado. No podríamos llegar al fin sino abarcando estos dos medios, y con su doble accion acaso un dia atrajéramos á la tierra tal prosperidad que nos sea hasta hoy de todo punto desconocida.

Para conjurar la miseria hay tambien medios secundarios de grande utilidad: por de pronto se necesita perfeccionar y multiplicar las instituciones á cuyo arrimo puede el obrero allegar recursos, tales como las sociedades de socorros mútuos, las cajas de ahorros &c. Las clases menesterosas, sin embargo, no podrán generalmente aprovecharse de las ventajas anejas á las instituciones de esta naturaleza, en tanto que la educacion no haya descogido su inteligencia. Hémonos referido sin cesar al siguiente principio: "la educacion de las masas es el cimiento de toda mejora social."

En fin, cualesquiera que fueren los progresos del bienestar, abundarán siempre funestos sucesos y situaciones deplorables á que será necesario acudir con los socorros de la caridad pública y particular. Tal es el peligro de las hipótesis y de las exageraciones que Mr. Malthus por ser consiguiente en su terror, enuncia con las intenciones mas rectas, ideas que no me atrevo á calificar. No se ocupa en regular la beneficencia pública, sino en aniquilarla. Así querría Mr. Mal-

thus que los niños espósitos no fuesen recogidos en los hospicios. ¿Podremos figurarnos sin horror cual suerte aguardaría á estos hijos del infortunio, si al verse espuestos por padres culpables, no pudiesen salvarse sino en gracia de una casualidad que les deparase una persona bastante caritativa para adoptarlos? ¡Qué de males no resultarían de la alternativa en que cada cual pudiera hallarse, de violar todas las leyes de la humanidad dejando perecer los párvulos á su puerta, ó imponerse la obligación de criarlos! La sociedad ha debido prevenir tanto peligro. Impedid, disminuyendo la miseria, propagando la moral, impedid que el número de estos infelices se acreciente; pero desde que un ser respira, debe escudársele del dolor y prolongar su vida. Es, si se quiere, una desgracia para nosotros y para el mismo el haber nacido; mas su abandono sería mas que una desgracia: sería un crimen. Mr. Malthus á la verdad, pretende que la mortandad de los recién nacidos es tan prodigiosa en los hospicios, que acaso se salvaría mayor número, si no existiesen tales establecimientos: séanos lícito dudar de semejante asercion; pero aun supuesta, cuanto llegaría á probar sería que dichas instituciones piden urgentes reformas.

Convengamos en que graves inconvenientes estuvieron hasta ahora enlazados con los grandes establecimientos de caridad. Al principio se proveyó tan solo á las necesidades físicas, y fuera necesario pensar asimismo en las necesidades morales. Los hospi-

tales relajan los lazos de familia: la madre no vela al lado de su hijo, la muger no mitiga el dolor de su marido, los parientes entregan sus parientes á manos estrañas. Existe en París una sociedad respetable que para neutralizar esta influencia inmoral de los hospitales, se ocupa con celo en hacer curar las enfermedades en el propio domicilio. Nunca podrán secundarse con exceso sus miras. Deseamos que los casos en que las enfermedades arrastren al enfermo á un hospital, sean algun dia tristes escepciones, porque estos establecimientos siempre serán necesarios, pues siempre habrá infelices que no podrán ser asistidos en otra parte, y la sociedad debe dar ejemplo de humanidad.

Los asilos abiertos para los ancianos hacen perder á muchos los hábitos de economía. ¿Por qué no entregarse en la juventud y en el vigor de la edad á la disipacion y á la vida licenciosa, si existen establecimientos, que los garanticen de las consecuencias de sus vicios? Sin embargo, me limito á responder que es un mal menor la depravacion de algunos particulares, que la de la sociedad entera, como acontecería reusando su apoyo á la vejez: diré mas, que conviene destruir, no las instituciones, sino sus abusos. Fuera de desear que hubiese dos clases de asilos de la vejez: el uno para las víctimas del infortunio, y el otro para las de la disipacion, en donde fuese vergonzoso entrar, en donde el desprecio público hiciese temible el ir á morir un dia. Si se repone que esta distincion sería dolorosa, que se debe correr un velo sobre nuestros

yerros, rebatiré estas ideas de excesiva indulgencia. La filantropía degenera en simpleza cuando deja de aliarse con la justicia.

Mucho se ha corrido tras los medios de abolir la mendicidad. Probablemente las conquistas de la civilización estrecharán á este enemigo de la manera mas sencilla: cesaremos de dar limosna en la calle cuando sepamos que la limosna no es la caridad, que es preciso prodigar socorros á las familias cuyas necesidades se conocen, ó confiar su distribucion á los hombres benéficos que visiten en sus moradas á los verdaderos pobres.

De todos los modos de socorrer la indigencia, el mas contrario á su fin es el impuesto exigido en su favor. Bien conocido es el cáncer que alimenta la Inglaterra en su contribucion de pobres. Cualquiera que sea la enormidad del mal que de largo tiempo mira la Inglaterra impasible, cual se va agravando estoy persuadido de que llegaría á destruirlo, ó por lo menos á mitigarlo, si una clase cuya influencia es poderosa, no se creyese comprometida en la conservacion de este fatal impuesto. Los empresarios industriales son dueños de reducir los salarios, porque sobre las parroquias pesa la obligacion de pagar al obrero el resto de lo necesario á su subsistencia. Júzguese cuántas ventajas ofrece (siquiera en apariencia) tal orden de cosas, ó mas bien tal desórden, á aquellos para quienes trabaja la clase obrera.

Cuando se recauda un impuesto con destino á los pobres, el medio de llevar el mal á su colmo, es

cometer á encargados, á gentes mercenarias la distribución de los socorros. Despues de la fundacion de gran número de escuelas, no conozco nada mas útil para mejorar la sociedad, que poner en contacto con el pobre, los hombres ilustrados, bienhechores que saben dar consejos y reanimar el valor: que saben, prodigando socorros, enseñar como puede uno bastarse á sí mismo. Por mi parte, carezco de luces para entrar en los permenores que reclama esta materia, y sobre ella remito al lector á la obra de Mr. Degerando, intitulada "*El visitador del pobre*" la cual abunda en documentos preciosos, y en cada página se echa de ver que su autor practica las virtudes que enseña.

---

---

## LIBRO CUARTO.

---

### Del consumo de las riquezas.

#### CAPITULO PRIMERO.

##### DEL EMPLEO DE LAS RENTAS.

**C**UANDO los hombres modifican ó transportan los objetos de manera que los hagan útiles ó que les den un nuevo grado de utilidad, *producen*: cuando despues se sirven de estos objetos destruyendo ó menguando su utilidad, *consumen*. El consumo es el fin del trabajo, y de él reciben toda su importancia la produccion y la distribucion de las riquezas.

La cuestion acerca de si debemos desear que los hombres consuman poco para acumular riquezas, ó si conviene que el consumo sea abundante á fin de escitar la produccion, es una de las fundamentales de la Economía política. Esta materia que atañe á la moral de las naciones, así como á su fortuna, esta

materia tantas veces debatida, no se halla aun exenta de cierta vaguedad é incertidumbre.

Los economistas distinguen dos especies de consumo, el uno *improductivo*, y el otro *reproductivo*, cuya distincion nos la hará palpable un ejemplo familiar. Si compramos paño para vestirnos, le consumimos improductivamente, pues del vestido usado nada mas queda que el gasto hecho; pero el sastre que emplea el paño le consume reproductivamente, porque vuelve á encontrar su valor en los vestidos que nos vende. Consúltese el tercer libro del tratado de Mr. Say, respecto al desarrollo y consecuencias de esta teoría; pues yo me propongo llegar tambien á los mismos resultados, por diferente camino.

Recordaré en breves palabras la clasificacion de las riquezas espuesta en nuestro libro I. Todos los productos materiales se dividen en tres clases, á saber: los *capitales* formados de productos reservados para crear otros nuevos, *las riquezas de inmediato consumo* que se componen de productos destinados á satisfacer inmediatamente nuestras necesidades, y en fin *las rentas* que conforme el uso que de ellas se hiciere, pueden aumentar los capitales ó las riquezas de inmediato consumo.

Para la mayor claridad de la materia, hay que resolver la cuestion de si debe apetecerse que las rentas afluyan con preferencia á los capitales ó á las riquezas de inmediato consumo; y en otros términos, cuál de los dos empleos sea el mas ventajoso á la sociedad.

Causas particulares influyen en el destino que cada uno da á sus rentas. El obrero miserable se vé en la precision de aplicarlas todas ó casi todas al consumo (1): lo propio sucede á un sugeto á quien su rango impone los deberes tan enojosos como caros, anejos al papel de un grande. Nuestro carácter, nuestros placeres nos determinan mucho mas que nuestra posicion: así sucede que con la misma fortuna y cargos semejantes, el uno disipa y el otro atesora. Algunos padres de familia gastan en frivolidades, mientras otros solterones se niegan los placeres de que pudieran disfrutar.

Ciertas causas generales ejercen poderoso influjo en la direccion que toman las rentas. En la infancia de un pueblo, cuando los capitales son raros y las ganancias considerables, se destina poco al consumo, porque las utilidades que prometen, inclinan á la acumulacion de capitales. A medida que se van haciendo mas abundantes y que las utilidades disminuyen, se enerva el ñeseo de economizar robusteciéndose el de los goces. Este deseo cobra tanta mas vehemencia, cuanto que las artes producen entonces una multitud de objetos á propósito para despertar y lisonjear los caprichos del hombre. Tal es la causa mas poderosa que engruesa las riquezas de inmediato consumo á espensas de los capitales, porque no se ha

---

(1) Uso de esta voz y continuaré usando de ella en el sentido de *consumo improductivo*.

visto todavía nacion alguna en donde abunden hasta el extremo de poder decirse que sobran. Para que lo contrario fuese cierto, sería preciso que la agricultura no admitiese ya mejoras y que todos los demas vneros de la industria fuesen explotados de tal suerte, que no hubiese posibilidad de dar empleo á un nuevo capital.

Por último, la opinion pública ejerce grande influjo en la direccion que siguen las rentas: tal es la tiranía de la opinion que puede hacer obrar á los hombres contra sus intereses y contra sus inclinaciones. Segun que este poder ordena la economía ó prescribe la disipacion, así es diferente la distribucion de las rentas entre los capitales y las riquezas destinadas al consumo. Los escritores modifican la opinion, y por eso importa mucho no dar el apoyo de la ciencia, sino á las ideas conformes con el interés social.

Pueden admitirse dos sistemas igualmente erróneos. Si las rentas (salvo las sumas necesarias á la existencia) se transformasen en capitales, habria exceso de produccion, á menos que los habitantes del estado no tuviesen cuantiosas esportaciones. Aun en tal caso no vivirían felices, porque serían estraños á los placeres que debieran gustar, y las mas nobles facultades de la inteligencia quedarían embrutecidas en un pueblo de avaros. Si la casi totalidad de la renta fuese al contrario destinada al consumo, los capitales no tomarian el acrecentamiento que reclaman las necesidades de las artes: los instrumentos del tra-

bajo no bastarían, y la miseria y los vicios derramarían la desolacion en un pueblo de disipadores.

Cuando se profundiza la materia de este capítulo, se reconoce que un bien calculado empleo de la renta, es el mas agradable al poseedor, y el mas útil para el público. Lector: no pretendo crear una utópia: referiré los hechos con imparcialidad, y hablaré el lenguaje mas exacto de la Economía política.

Fijémonos en un padre de familia opulento, ilustrado que por el buen uso que hace de su renta merezca ser citado por modelo.

Su inclinacion, el interés de sus hijos y sus convicciones acerca del bien público, le recomiendan no consumir la totalidad de sus rentas, antes reserva una parte al aumento de su capital. Mejora sus haciendas, ordena la construccion de edificios rurales, la de cercados &c., y si estas labores no absorven todas sus economías, presta el sobrante á algun empresario industrial, cuya inteligencia le consta, y le procura así los medios de fundar ó engrandecer un establecimiento ventajoso á su patria.

Repitiósele hasta la saciedad que los ricos deben consumir mucho á fin de esciuar la produccion; mas él ha reflexionado y sabe que la parte de renta que transforma en capitales, no será menos consumida que la destinada á los gastos de su casa. Las economías invertidas en las mejoras de una tierra ó prestadas á un fabricante, se destruyen en el campo ó en los pueblos por los distintos obreros á quienes pro-

porcionan trabajo. Esta parte de las rentas pasa directamente á manos de consumidores laboriosos, honrados, dignos de toda proteccion. Añádase que el arrendatario mejora de fortuna, y á la renovacion del contrato puede pagar una renta mayor, y que el fabricante á cuenta de los productos satisface los intereses. Así, no solamente han ganado su vida infinitos obreros, sino que el arrendatario, el fabricante y el prestamista se hallan en posicion de gastar mas. Es un abuso pues, hijo de estrañas ilusiones, el suponer que se sustraen al consumo las rentas transformándolas en capitales: es cierto que no las consume uno mismo; pero hácelas consumir por otros de la manera mas útil al bienestar general.

El hombre de quien hablo, destina á las *riquezas de inmediato consumo* una gran parte de sus rentas; mas no la espense sin eleccion y sin gusto, porque á fuer de ilustrado sabe guardarse de ser el juguete de sus riquezas.

No veremos en su casa un tropel de criados inútiles puesto que desca estar bien servido, y prefiere mantener en el campo á honrados jornaleros á formar en el pueblo vagabundos y bribones vestidos con su librea. Reina el orden en su casa, y sabe á que atenerse en este axioma del parásito "*las profusiones del rico dan de comer al pobre.*" Lo que gastaría fuera de ocasion y sin placer prefiere gastarlo de una manera agradable para él y ventajosa para otros.

Agrádale hablar de los principios que profesa, porque despues de los buenos ejemplos, nada hay

mas necesario que los buenos consejos. Los apologistas de la disipacion, dice, deberian desear que hubiese dias de saturnales en los cuales los ricos estrellasen sus muebles para fomentar la industria. Estos muebles, cuyo reemplazo seria de necesidad, procurarían salarios á los obreros y ganancias á los empresarios. Pero cuando las personas opulentas no recurrieron á dicho medio estravagante, insensato, señal de que emplean las mismas rentas y proveen de igual suerte á las ganancias y á los salarios, y lo que no destruyeron continúa siendo útil. Los muebles que desechan, se venden baratos y sirven á otros: luego vuelven á venderse mas baratos todavía, y pasan á adornar habitaciones cada vez mas modestas. Los artículos de consumo lento se acumulan y constituyen dentro de la sociedad un fondo inmenso de riqueza, que tan solo el buen orden puede acrecentar y velar por su conservacion. Si el hombre de bien que habla así, observa que se le presta atencion, continúa: ¡Qué demencia imaginar que el rico sería avaro, si fuese disipador, como sino hubiese mas que una manera de gastar, y fuese necesario servirse de ella ó enterar el dinero! Todo gasto tiene alguna utilidad, pero no todo gasto es igualmente útil. La profusion, el despilfarro causan tambien efectos que nada compensan, cuando se destruyen objetos imposibles de multiplicar á voluntad, porque el concurso de la naturaleza sea indispensable á su produccion. Cuando se quebranta un mueble llamamos á un obrero, mas cuando se destruyen granos, árboles no puede obli-

garse á la naturaleza á compensar el perjuicio irrogado á la sociedad. Sin duda no hay consumo totalmente perdido: si destruimos trigo, el vendedor recibió un equivalente; mas aquel que sufre los rigores del hambre, y á quien ese trigo sustentaría, ¿en dónde encuentra para él la compensacion de nuestra locura? Las profusiones de los ricos no se hacen sino á espensas de la muchedumbre, y sus economías bien entendidas acrecientan el patrimonio de los pobres.

Este hombre sensato, á pesar de su opulencia, repugna gastos que serían perjudiciales á otros y en nada aumentarían sus placeres; dichos gastos son indignos de él. No solamente desea que reine el buen orden en su casa, sino que no desdeña emplear algunos procedimientos económicos, aplicaciones importantes de ciencias encumbradas. Reconoce como necesario construir el hogar de suerte que despida mas calor y consuma menos combustible, siquiera por ofrecer un buen ejemplo y generalizar una útil invencion.

Si entes frívolos quieren poner en ridículo semejantes minuciosidades y se persuaden que son efecto de cierto espíritu de mezquindad, se desengañarán al ver en los aposentos de este hombre tan sensato, toda la ostentacion de la opulencia y del buen gusto. Sus muebles concilian la elegancia con la solidez: muchos objetos cómodos y agradables decoran su estancia, y su fortuna le permite procurárselos y quiere que su familia los goce. Si habita lejos de la capital, se esfuerza tambien en despertar la industria y formar

obreros inteligentes presentándoles modelos. Sin ocuparse en el tocador, anda siempre vestido de ricos paños y cuanto destina para su uso se elige en las fábricas mejor acreditadas. Le agrada la elegancia de todo género y sabe que las manufacturas perfeccionadas, cuya influencia es de suma importancia, no pueden sostenerse sin ricos que las consuman. Los gastos de su mesa no son para él los mas considerables, en sus comidas no reina esa profusion que parece un indicio de tener á tontos por convidados, pero su cocinero posee toda la habilidad conveniente á la casa de un grande. La única diferencia notable entre su mesa y la de otros ricos, es que está igualmente servida con menos gasto; y que se sientan á ella convidados mas amables.

No hago mérito de la parte de sus rentas destinada á la educacion de sus hijos, ni de la que consagra á los actos de beneficencia: entonces entraría en consideraciones que me hiciesen perder de vista nuestro propósito.

Los principios adoptados por este hombre opulento, son precisamente los que debe profesar cada cual, á quien el consumo diario no le absorve la totalidad de las rentas. De la misma suerte que el rico propietario mejora sus haciendas y emplea gruesas sumas, al obrero le conviene comprar instrumentos y hacer algunas economías; y hé aquí sus *capitales*. En cuanto á sus riquezas de *inmediato consumo*, el pobre necesita, mas todavía que el rico, destinar á ellas con discernimiento una parte de sus rentas, y saber

cuánto importa preferir las adquisiciones duraderas á las otras cuya destruccion es rápida. Cuando podemos aplicar algunas superfluidades bien al alimento, bien al vestido, debemos preferir el empleo del dinero en la compra de un mueble que podrá servir á nuestros hijos.

Conocido es el influjo que ejercen los ricos, sobre todo los propietarios, porque en lo general, desempeñan cargos públicos y se atraen las consideraciones sociales. Tomando por norma los principios ahora espuestos, un saludable ejemplo será el gérmen de mejoras para todas las clases del estado, y aquel país en donde mas religiosamente fueren acatados, será el que mas vea florecer las riquezas, las virtudes y la felicidad. Si por el contrario la opinion escita á la prodigalidad, si falsas nociones de Economía política acreditan el error de que todo consumo es igualmente útil, se palparán los resultados opuestos: entonces los que nadan en la opulencia, destinarán sus rentas á las riquezas de inmediato consumo, y será sin duda provechoso á un cierto número de personas, porque como he dicho, y lo repito, de todo consumo redundá alguna utilidad. Cuando los ricos espenden en criados, damas, truanes, no solamente viven estos seres, sino que consumen cuanto reciben y hacen vivir á los obreros. Sin embargo, me parece que el régimen de un ilustrado padre de familia en el empleo de sus rentas, franquearía mas directamente los medios de existencia á las gentes honradas y laboriosas; y yo no percibo por qué rodeo

el oro derramado por el pródigo irá á formar los capitales que reclaman las mejoras de la agricultura. Si los grandes propietarios tienen á honor la profusion, los empresarios, los comerciantes querrán rivalizar con ellos en prodigalidad, disiparán sus capitales, todas las clases de la sociedad participarán de éste delirio y el estado solo será un inmenso teatro de corrupcion y holgazanería.

Así, los escritores que pretenden alentar la industria preconizando el consumo sin regla ni medida, cualquiera que sea la rectitud de sus miras, obran como corruptores de la moral y demuestran una indigna ignorancia en los principios de la ciencia de las riquezas. Es doloroso por cierto oír frases tales como esta: "*los principios de la Economía política pertenecen á un orden diverso de ideas que los principios de la moral* (1). No recuerdo asercion mas

---

(1) Esta proposicion es de Mr. Garnier (notas de la traduccion francesa de Smith, tomo VI, pág. 38), y sin embargo el autor no es tan partidario de la disipacion como otros escritores. Algunas páginas mas adelante dice: "Mr. de Saint Chamans (en la obra titulada *De l'Impot fondée sur les principes de l'Economie politique*) se ha lanzado mas allá de la verdad, sosteniendo que todo consumo, aun el de los pródigos, y el de los gobiernos, que pueden considerarse sin exageracion, como los primeros de todos los pródigos, son igualmente favorables á la reproduccion, de suerte que segun su idea, bastaría consumir para producir un acrecentamiento de riqueza pública."

falsa, ni mas propia para estraviar los ánimos y privar de su recíproco apoyo á estas dos ciencias tan estrechamente enlazadas por las necesidades del hombre. La cuestion en que estarían mas divorciadas, si fuesen contradictorias, sería la que ahora nos ocupa; y sin embargo las verdades desenvueltas en éste capítulo, reciben de ambas igual sancion.

Los principios poco há espuestos acerca del empleo de las rentas, se fundan en la naturaleza misma de las cosas: ellos reprueban la profusion y la disipacion ensalzadas por escritores modernos y condenan á la vez la austeridad tan encomiada en otro tiempo. No solamente es inaplicable á la sociedad de nuestros dias el cinismo, sino que jamás estuvo en armonía con la felicidad humana: heredamos tales ideas de las repúblicas antiguas, de esas especies de conventos políticos, en donde los ciudadanos, es decir, algunos privilegiados, vivian de rapiñas y mandaban en esclavos.

Ni siquiera he pronunciado la palabra lujo, porque es demasiado vaga para poder emplearla cuando se trata de despertar ideas exactas y positivas. Algunos escritores intentaron rehabilitarla, y sin embargo no puede tomarse en una acepcion favorable, sin esponerla á frecuentes equivocaciones: sería pues necesario habiendo de usar de ella, dejarle cierta significacion de vituperio para hacerla mas precisa, y entonces diría que los gastos de lujo eran inmorales. Si un obrero afortunado en su trabajo, se permite en compañía de su familia una modesta partida de cam-

po, le daré mi aprobacion; pero si va á malgastar su dinero en la taberna, hace un gasto de lujo. Que cierto personaje opulento regale á su muger un chal de tres mil francos: este dispendio proporcionado á su fortuna, nada tiene de irracional; mas si lo compra para su querida, es un gasto de lujo.

---

## CAPITULO II.

### DEL IMPUESTO

Fuera de sus gastos privados, los hombres tienen que hacer otros en comun. Mi dinero espendido en asegurar el pueblo en donde vivo, le empleo en mi provecho de la misma suerte que el destinado á subvenir á los gastos de mi casa. Retribuyendo á los magistrados, pagando al ejército, se garantiza á los habitantes del estado la seguridad, este bien sin el cual no podrian emplear sus riquezas, pues los trabajos y los placeres se verian interrumpidos. Y sin embargo apenas se encontrará pueblo alguno en el cual se paguen los impuestos sin murmuracion y sin pesar.

Una grande causa de la repugnancia á contribuir para los consumos públicos es que con sobrada frecuencia se há desviado de su destino el producto de los impuestos. Los abusos del poder han divorciado al gobierno de los súbditos. Cuando la autoridad solo piensa en exigir sumas cada vez mas fuer-

tes y las derrama de un modo fatal para los contribuyentes, nada mas sencillo que estos miren el dinero que vacían en el tesoro, como sustraído al empleo útil ó agradable que pensaban darle.

Otra causa es la pobreza de instruccion. Bajo el gobierno mas paternal, y por consiguiente, el mas económico, los hombres ignorantes pueden persuadirse de que las contribuciones no se invierten en provecho suyo. Los habitantes del centro del estado, juzgarán inútiles para ellos las construcciones de puertos á los cuales sin embargo deberán un dia ventajas inmensas. Mas generalizadas la luces disiparían preocupaciones vergonzosas, nocivas á la sociedad y peligrosas al poder: y por otra parte tambien convenría emplear el dinero de los contribuyentes á su vista y poner á su alcance los medios de cerciorarse de su destino. Hay gastos peculiares de ciudades, de provincias que no deben confundirse con los del estado. Con el auxilio de las administraciones municipales y provinciales es como principalmente puede interesarse á los hombres en el bien público.

No profeso la opinion de los escritores que gradúan de estériles todos los gastos de los gobiernos. Mr. de Tracy, quien con análisis juiciosos há ilustrado muchos puntos de Economía política, se engaña en mi dictámen, cuando dice: "*La totalidad de los gastos públicos debe colocarse en la clase de los llamados con razon estériles é improductivos* (1). Un

---

(1) Página 364, edicion francesa en 8.º

gobierno es con frecuencia productor de riqueza (1): construye caminos, canales, puertos de mar, edificios públicos, monumentos &c. Con tal que haga prudente uso del total de los impuestos, sino produce, ayuda á producir. Paga á los administradores, á los jueces, profesores... cuyos funcionarios dan productos inmateriales en cambio de sus emolumentos: hacen reinar la paz, difunden la moral, las ciencias, y estos bienes ejercen un feliz influjo en el desarrollo de las artes. Si la autoridad derrama los ingresos en recompensas á sus servidores, si el despilfarro sigue á los trabajos y á los abastecimientos, tambien se engañan los que llamaren estériles á gastos de semejante naturaleza: son destructivos.

Sin embargo los impuestos enormes y las profusiones del poder tuvieron apologistas, no tan solo entre las gentes habituadas á vivir de abusos, sino tambien entre los hombres que buscan la verdad. Los impuestos considerables, han dicho, obran como un estímulo que escita al trabajo á la clase obrera: despues, las sumas espendidas por los numerosos agentes del poder, son el segundo aliciente del trabajo.

En cuanto á mí, no cierro los ojos á ninguna verdad. El gravámen tributario ha producido algunos resultados tan ventajosos, como imprevistos.

---

(1) No lo es seguramente cuando monopoliza la sal, el tabaco, la pólvora etc. La produccion seria mucho mas abundante en un régimen de libertad, y el gobierno lejos de producir entonces, disminuye la cantidad de los productos.

Smith afirma que el alto precio de la mano de obra ocasionado por los impuestos, sugirió procedimientos, máquinas económicas de que la industria inglesa ha recogido copiosos frutos. Aquellos que votaban las contribuciones no esperaban tal cosa, y hay á no dudarlo medios menos caros de alentar los progresos de la mecánica.

Los gobiernos disipadores emplean útilmente alguna parte de los impuestos con que agobian á los pueblos: en medio de sus necias profusiones les vemos tal vez animar una ciencia, abrir comunicaciones nuevas en beneficio de los contribuyentes. Pero porque los recaudadores que defraudan al estado ostenten en algun hecho particular su generosidad, ¿debemos concluir que las malversaciones son muy útiles para el ejercicio de la beneficencia?

Es quizás posible que en seres rudos y apáticos influyan las exorbitantes contribuciones á manera de esas calamidades que causan la desolacion del labrador y le obligan á luchar con la naturaleza para prolongar una vida de miseria. Este aliciente cruel, que acaso jamás se agitó con miras de interés público, le repelerá siempre el estadista bastante ilustrado para saber desterrar la pereza disipando la ignorancia. Los vehículos mas poderosos de la industria, son las luces y la esperanza de recoger el fruto de nuestros afanes.

En tiempos de ignorancia los funcionarios públicos enviados de la capital á los confines de las provincias pueden despertar las necesidades de los ricos:

despliegan un fausto antes desconocido, usan diversos productos de las artes y hacen gala de ellos; y con todo, sus gastos y sus ejemplos son muchas veces mas funestos á las costumbres que provechosos á la industria. Estos hombres, generalmente frívolos y pródigos, enseñan á disipar las rentas mas bien que á emplearlas con utilidad.

Por mucho tiempo estuvimos fascinados, y lo estaremos todavía con la naturaleza de los gastos de los funcionarios. Estos agentes del poder no crean las riquezas que forman sus emolumentos, pues ya existían en la sociedad; son productos que cambian de poseedores. Que el sueldo de un intendente sea de cuarenta mil francos: dicha suma es la contribucion de veinte propietarios, cada uno de los cuales pague dos mil francos. Si el fisco no les exigiese esta cuota, la dedicarían en parte á la mejora de sus haciendas, en parte á sus consumos útiles ó agradables. ¡Por ventura se cree que el público no hallaría mas ventajoso emplear sus rentas de cualquiera de estos modos que contribuir para las comidas y los bailes del intendente!

A ningun observador puede embaucarle la siguiente frase, tantas veces repetida: "*Lo que el gobierno exige al público en contribuciones, lo restituye al público.*" Para restituirlo fuera preciso hacerlo sin pedir nada en cambio, y el gobierno no restituye los productos que recibe, puesto que los cambia por otros. Que un obrero pague cuarenta sueldos al fisco consumiendo artículos sujetos á dere-

chos, tabaco, sal, vino, &c.: si trabaja despues para el gobierno un dia y le dan cuarenta sueldos ¿se le reembolsa de su dinero? No: há cambiado su trabajo por cuarenta sueldos y la contribucion siempre fué perdida.

Muchas veces el impuesto no vuelve, ni aun por medio del cambio á los contribuyentes. Dijose y repitióse que el autor del *Telémaco* há incurrido en graves errores de Economía política; y en efecto, sus ideas acerca de la reforma de Salento prueban que graduaba de perjudicial para el campo la industria de los pueblos. Semejante opinion sería inútil combatirla; pero guardémonos de juzgar con lijereza á Fenelon: su error es una consecuencia falsa de un hecho cierto que pudiera tener á la vista. Si el príncipe agobia con impuestos la agricultura á fin de construir un palacio y de prodigar espectáculos en tal punto del reino, ese punto aislado ofrecerá el cuadro de la opulencia, mientras el estado quedará sumido en la miseria.

Si lograsen persuadir á los príncipes buenos, humanos que la prodigalidad alienta la industria, que las profusiones enriquecen á los pueblos, se les haría creer que pueden aumentar sin tasa y multiplicar los impuestos y los arrastrarían á los mismos resultados que aquellos déspotas del Asia, que se consideran propietarios de los bienes de sus vasallos.

La ciencia financiera tuvo luengos años por fin arbitrar recursos para el fisco y sustraer á las rentas una cuota cada vez mayor: es de apetecer que

ahora enseñe á disminuir las cargas públicas.

La base de un buen sistema tributario solo puede ser la reduccion de los gastos. Para calcular qué tropiezos se hallan cuando se quiere pasar de esta teoría á la práctica, basta conocer la fuerza del interés personal y de la pasion al oro. No hablando ya de la rapacidad de las gentes hechas á vivir de abusos, los hábitos de profusion en los gobiernos, así como en los particulares, son difíciles de vencer.

Sería preciso descartarse de los gastos que enriquecen á los individuos y esponder con economía lo que enriquece al estado (1). Cuando los gastos son muy reducidos, es tambien harto embarazoso atinar con los medios menos onerosos de proveer á ellos.

Quisiéramos que cada individuo contribuyese á

---

(1) Respecto de los últimos, tan solo es temible llegar hasta la parsimonia. Nada mas fácil que economizar grandes sumas al tesoro autorizando compañías para emprender trabajos reclamados por la pública utilidad. Sin embargo, dicho medio no está exento de inconvenientes. Algunos canales, por ejemplo podráu abrirse sin costar nada al erario; pero será preciso, que los accionistas hagan por mucho tiempo ganancias considerables, mientras que si el público adelantase los gastos de la construccion, solo tendria que soportar los de la conservacion. En cualquier caso el público es quien paga, y únicamente tratamos de averiguar de qué manera le sería mas soportable. Si el público es bastante rico para pagar en el momento, pagará menos: este sistema será, pues, el mas ventajoso; pero si las anticipaciones son demasiado considerables para el tesoro, y se tratase de establecimientos muy útiles, es harta felicidad poder llevarlos al cabo sin demora, salvo el tener que pagarlos despues mas caros.

los gastos públicos en proporción de sus rentas; mas ¿qué odiosa pesquisa nos revelaría las rentas de cada particular? Sería necesario conocer asimismo las cargas con que estuviesen gravadas. Dichas bases cambian sin cesar, y sería poco renovar una vez cada año las pesquisas vejatorias. Aparte de los ardidés que emplearían los contribuyentes de mala fé, hay muchos hombres interesados en no descubrir el estado de sus negocios, sin que por eso se pueda concluir nada contra su probidad. En muy limitadas repúblicas, tales como Hamburgo, Génova, si han llegado á imponerse contribuciones proporcionales tomando por base la renta ó la fortuna de los ciudadanos, quedó encubierta cada suma vaciada en el tesoro. Entra en la naturaleza de estas contribuciones el ser pagadas en secreto bajo la fé de un juramento que garantice la fidelidad observada en la adjudicación de la cuota. Jamas se encontrará en todos los habitantes de un estado considerable una conciencia tan escrupulosa que se pueda subvenir á la totalidad de los gastos públicos con impuestos que descansan en una buena fé tan generosa.

En la imposibilidad de conocer las rentas en manos del poseedor, si se proponen gravarlas en el momento de su salida para ser empleadas, en breve se conoce que una multitud de gastos no son materia imponible. Algunos escritores juzgan que se resolvería el problema gravando los artículos de consumo de cada individuo. Todas las rentas pagarían contribucion, imponiéndola sobre la molienda de los gra-

nos; pero semejante carga, lejos de ser proporcional, se haria mas insoportable á medida del número de hijos que hubiese que alimentar, y se aligeraria por los recursos que nos ofreciese la fortuna de procurarse en abundancia otros artículos de consumo.

Las investigaciones acerca de un impuesto único y proporcional resultaron ilusorias, y por tanto fué preciso variar las contribuciones á fin de repartirlas con menos desigualdad. Las dificultades de conocer las bases sobre las cuales conviene asentar cada una de las contribuciones son todavía estremadas. El rendimiento anual que consiste en la renta de las tierras, es el mas conocido: los otros son mucho menos apreciables. El rédito de las sumas prestadas á interés es tan fácil de disfrazar, que casi siempre se há temido inquietar á los capitalistas con pesquisas infructuosas y que por otra parte harian emigrar los capitales á una tierra mas hospitalaria (1): las utilidades de las empresas industriales son difíciles de comprobar, y así se afecta á los empresarios con impuestos, tales como las patentes, cuyas bases son por

---

(1) Las rentas de los créditos contra el estado son bien conocidas, pero la equidad no permite gravarlas. Si abriendo un empréstito al cinco se anunciase que la renta sería gravada con el impuesto de un quinto, equivaldría á cerrar el empréstito al cuatro. Si despues de haberlo celebrado sin condicion se exigen contribuciones de los prestamistas, es hacer bancarrota por tanto como asciende el importe total del impuesto que se les reparte.

precisión inexactas. El mismo imposible se toca respecto á los salarios: fuera de que pareceria odioso tomar abiertamente parte de las ganancias del pobre, aunque algunas veces sean escesivamente cercenadas por los impuestos sobre consumos, gravámen que soporta toda clase de renta.

Bien se quiera decretar impuestos, bien se quiera suprimirlos, es absolutamente necesario saber qué condiciones deben llenar para ser lo menos perjudiciales posible, y es lo que vamos á examinar.

1.º Las contribuciones no deben ser inmorales. Creo supérfluo decir tambien lo que una justa indignacion hizo repetir contra las loterías. No falta quien afirme que si fuesen abolidas en un estado, la afición al juego convertiría la supresion en provecho de las loterías estrangeras, y que de consiguiente interesa conservarlas. ¡Lógica singular! ¡me apropio vuestro dinero, porque otros quizá os lo robarian! Aun dado que la pérdida en dinero fuera esa misma, habria una ganancia inmensa en moral, y á lo menos dejáramos de ver al gobierno dando un escandaloso ejemplo haciendo el oficio de baratero, oficio el mas vil y el mas execrable de todos sin escepcion, pues que el asesinar no es un oficio. Mas ¿á qué hombre sensato se le hará creible que si los obreros, los domésticos no pudiesen jugar sino por medio de agentes estrangeros perseguidos por la justicia, perdiesen sus salarios y sus gajes tan facilmente, como cuando hay esmero en abrirles en cada calle casas de juego, en cuyas puertas se hacen con impudencia todas

las invitaciones que pueden alucinar la codicia de los tontos?

Tambien considero muy inmorales, muy propios para hacer estallar un dia los bandos y las renchillas entre los habitantes del estado, esos y otros impuestos que solo afectan á ciertas fracciones y que deshonran á los que se someten á pagarlos: tales eran en Francia la talla y la corvea.

Débense asimismo reputar inmorales las contribuciones que ofrecen muchos alicientes al fraude, que inclinan á abandonar los trabajos mas honrados para lograr ganancias ilícitas, que hacen útil la delacion, que obligan á castigar los delitos por ellas mismas provocados, dejando muchas veces el vicio por único patrimonio á los hijos de los que convirtieron en culpables.

2.º Conviene que la casi totalidad del dinero sacado del bolsillo de los particulares entre en las arcas del gobierno. Los impuestos cuya recaudacion exige gastos considerables y un ejército de dependientes, van seguidos de un recargo perjudicial á nuestros gastos privados y que no aprovecha á nuestros gastos públicos.

Observemos que ciertas contribuciones se pagan á la vez de tres maneras: en dinero, en tiempo perdido y en vejaciones experimentadas. La pérdida de tiempo puede ser valuada en una suma á la cual es menester añadir el importe de la contribucion, si se quiere saber lo que cuesta. Las vejaciones fatigan, desaniman al productor y disminuyen así la produc-

cion; y en fin, si se añaden enredos, procesos, es necesario tambien gastar el tiempo y el dinero; ¡cuántas sumas agregadas á la exigida para las necesidades del gobierno!

Las contribuciones vejatorias hacen sentir mas su natural opresion cuando se arriendan y de consiguiente se explotan con toda la codicia del interés personal. Cámbiese el arriendo en administracion y ganarán á la vez los contribuyentes y el tésoro que participa de las utilidades de los arrendatarios.

Esta suerte de contribuciones, en llegando á establecerse, halla despues proteccion en las ganancias que procuran á muchas personas. ¿Que sería de los empleados en habiéndolas suprimido? Pudiera seguirse un rumbo muy natural, y sería despues de haber resuelto la supresion de tal tributo, percibirla todavía por cuanto tiempo fuese necesario para hacerle rendir una suma suficiente á los retiros de los empleados.

Un impuesto es vejatorio si sujeta á pesquisas las moradas de los comerciantes ó de los fabricantes: es intolerable si sujeta á todo el mundo á visitas domiciliarias. En el primer caso la vigilancia halla fácil disculpa: si está de antiguo establecida, los que la soportan, sabian á cuanto se obligaban al elegir su profesion; mas no hay razon bastante poderosa para justificar las pesquisas generales. Los ingleses hallaron insoportable un impuesto sobre las chimeneas, porque les obligaba á permitir la entrada en sus estancias á los agentes del fisco, y el impuesto

no prevaleció. Conviene que la opinión execre las contribuciones vejatorias; así mantiene la dignidad del carácter nacional. También importa mucho que los contribuyentes sean bastante ilustrados, para convenirse de que no se puede optar sino entre inconvenientes, y de que es preciso someterse á las contribuciones exentas de los vicios mas graves. En Francia se declamó mucho contra el impuesto de las ventanas: díjose que se pagaba el aire y la luz.

Esta frase de retórico es muy vaga: el impuesto sobre las ventanas no envuelve visitas desagradables: es un impuesto moviliario que no es el peor de todos.

3.<sup>o</sup> La humanidad, el interés social reclaman que no se impongan contribuciones capaces de hacer sufrir á la clase obrera; mas tambien es un sueño intentar subvenir á gastos considerables con derechos exigidos á los artículos reservados al consumo de los ricos. La venta de dichos artículos escasea, y como no son necesarios, el encarecimiento del precio reduce cada vez mas su consumo. Puedense gravar, por ejemplo, los coches de lujo, pero nunca pasará de mezquino el recurso. El impuesto sobre el tabaco, sin el monopolio, reúne en alto grado las condiciones apetecibles. El tabaco no es artículo de primera necesidad y su consumo es bastante general para rendir un producto elevado. Sin embargo, adoleciendo cada impuesto de sus inconvenientes, este tiene la desventaja de exigir gastos considerables en su percepción.

Pregúntase con frecuencia sobre quiénes recaen los impuestos en último resultado. Muchos escritores opinan que toda contribucion se reparte al fin entre las diversas clases de la sociedad por efecto de las relaciones multiplicadas que ligan unos á otros. Algunos por el contrario sostienen que la clase que compra y no vende nada, soporta todo el peso de las contribuciones, puesto que el resto de las clases puede hacerse reembolsar sus anticipaciones y aquella no tiene medios de recobrar las suyas, cuyas dos opiniones son ambas muy absolutas. La primera es inesacta: hemos visto mil veces un conducto de las rentas obstruido por un impuesto, mientras que los otros no se entorpecían, ó se entorpecían mucho menos, lo cual no pudiera suceder si la proposicion que combato fuese cierta. Esta proposicion tan solo tiene de bueno la verdad suficiente para probar que la segunda es tambien inesacta. Aquellos que nada venden, no podrán de seguro recobrar el total de los impuestos por su parte satisfechos (1): pero no se sigue de aquí que los productores recobren siempre de ellos sus anticipaciones. Me causa estrañeza oír de Smith (2): "*El comerciante que hace anticipaciones pagando los impuestos, debe por lo general reembolsarse con alguna ganancia;*" y en general no puede ser así. El hombre industrioso verá en breve

---

(1) A no ser por medio de empleos ó pensiones del gobierno.

(2) Tomo 4.º, pág. 376, edicion francesa.

cuál se iba reduciendo el consumo, elevándose demasiado el precio de las mercancías. Lejos de atreverse á gravarlas con las sumas recogidas por el fisco, sobrelleva casi siempre una parte de las contribuciones y en casos raros sin duda, se resigna con sus ganancias disminuidas en el total del impuesto.

Hé dicho hablando de los salarios cuánto importa que las mercancías sean baratas, y estan mas caras de lo que debian, en donde quiera que los impuestos agovian. Los empresarios de industria, amen de sus contribuciones directas, tienen que pagar las que gravitan sobre los consumos: compran mas caros una multitud de objetos, y bien que no puedan lograr el reembolso de las sumas totales arrancadas por el fisco, recobran parte alzando los precios. Si el mal se acrecienta, si los impuestos crecen de dia en dia, es imposible formar capitales: los existentes se destruyen ó retiran, y las empresas cesan ó desmayan: la clase obrera no halla fácil ocupacion, y mientras los artículos de su consumo aumentan de valor, disminuye el precio del trabajo. ¿Qué mas se necesita para demostrar cuán horrible calamidad son los impuestos enormes?

4.<sup>o</sup> Debemos desear que las bases de los impuestos sean fáciles de conocer, que el contribuyente tenga tambien la certidumbre de que en el derrame, el gravámen no le será aumentado por enemistad, ni de su vecino aligerado por el favor.

Con tanta mas razon debemos huir de lo arbitrario, cuanto que siempre deja campo abierto á

grandes desigualdades el modo de repartirse los impuestos. Qué diferencia en el peso que soportan los contribuyentes, segun tengan, ó no tengan hijos, cargas, deudas, y respecto á muchos de ellos segun que el cielo les dispense ó rehuse la salud.

Algunos impuestos que vulgarmente se censuran, me parecen muy preferibles á otros por la mayor seguridad de sus bases. Los derechos sobre las herencias adolecen sin duda de graves inconvenientes, como que no afectan las rentas, sino los capitales; sin embargo, los defenderé á todo trance por la única razon de no ser susceptibles de un repartimiento arbitrario.

Los derechos sobre los consumos, salvo el caso de amaños con los agentes del fisco, ponen á cubierto de la arbitrariedad en la distribucion. Cada cual puede averiguar qué derechos gravitan sobre tal artículo, juzgar lo que sus rentas le permiten soportar y señalarse cuota á sí propio fijando sus gastos; pero esta última ventaja es enteramente ilusoria, cuando los derechos recaen sobre un artículo de primera necesidad, pues entonces es muy desigual por lo mismo que es igual para todos los grados de fortuna. El impuesto sobre la sal ha lisonjeado desde tiempos remotos la codicia de los financieros y no por eso deja de ser uno de los mas injustos que pudieran imaginarse, porque es oneroso para el pobre é insignificante para el rico. En un sistema económico sería de los primeros suprimidos, prescindiendo ya de su funesto influjo sobre la agricultura.

Hay un caso en que la igualdad del repartimiento debe sacrificarse á otra ventaja mayor, y es cuando por medio de un catastro se ha repartido el impuesto territorial tan equitativamente como fué posible, pues entonces reputaría por mas útil que la distribución se mantuviese inalterable. Sin duda que la desigualdad se hace bien pronto lugar: tierras cultivadas con mayor esmero, llegan á producir mayor renta, mientras que la de otras tierras disminuye; inconveniente de mas bulto sería gravar las mejoras en el cultivo. Si las tierras cambiaron de dueños desde el establecimiento del catastro, la parte que debiesen pagar, habrá influido necesariamente en su precio, y su rebaja sería un presente hecho á los compradores. Si los propietarios continúan los mismos, la fijeza les será ventajosa, puesto que es cosa natural que la agricultura se mejore. La fijeza es un estímulo, una recompensa de la industria, y los recargos que resulten aparecen como penas decretadas contra la ignorancia y la pereza. Estas consideraciones han producido felices resultados en Inglaterra, y á pesar de sus inconvenientes ofrecerán siempre los medios de dar impulso á la agricultura.

5.º Un impuesto se hace menos gravoso percibiéndolo cuando el contribuyente se halla en sazón de pagarlo. Los derechos sobre herencias se exigen á tiempo que el pagador se hace mas rico.

Si el impuesto territorial se reclama de suerte que el cultivador se vea comprometido á deshacerse de los productos agrícolas sin dilacion, en vez de es-

perar una época favorable, se le impone un gravámen mas que puede ser abrumador: por el contrario, la idea de hacerles pagar la cuota por dozavos debe serles halagüeña.

El gravámen de las contribuciones sobre consumos se alivia con la facilidad de satisfacerlas; pero la tiranía fiscal convirtió contra los pueblos una ventaja que le permite alzar y multiplicar las cantidades exigidas. De bien pocos contribuyentes dejaria de apoderarse el espanto, si se les pusiese á la vista el total que deban pagar en cada año.

6.º Una cualidad que nunca sobra en los impuestos, una cualidad que encubre la mayor parte de sus vicios, es la moderacion.

Nos causa una verdadera pesadumbre el ver la imposibilidad de una distribucion perfectamente igual de los impuestos; pero en su moderacion tenemos el mas cierto paliativo de la desigualdad.

Es principio inconcuso que deben gravarse las rentas, no herir á los capitales; mas los capitales se hieren sobre todo con impuestos enormes. Si arrancamos á un hombre la casi totalidad de lo que reservaba para sus gastos, será menester que tome de los capitales lo necesario á su existencia. Al contrario, si una cuota que afecta los capitales es moderada, podrá ser cubierta con renta que se destinaba á los placeres, ó si los capitales hacen la anticipacion, las economías logradas despues en las rentas, podrán á poco indemnizarlos.

Considero inútil recordar que para aumentar el

rendimiento de una contribucion, basta muchas veces moderarla. El fraude desaparece ó quiebra al mismo tiempo que se doblan los consumos con la baja de los precios. Hechos son estos reconocidos por todos los observadores.

Despues de haber razonado sobre los impuestos en general se palpa que todos adolecen de graves inconvenientes, y venimos á concluir que el mejor ministro de hacienda es el que pide menos. En un estado exento de contribuciones inmóviles y de aquellas cuya percepcion es muy costosa, y en donde las otras fuesen moderadas, el sistema tributario se aproximaria todo lo posible á la perfeccion.

---

## CAPITULO III.

## DE LOS EMPRÉSTITOS.

Aconseja la prudencia regular las contribuciones por las necesidades del estado escrupulosamente comprobadas; pero sucede con harta frecuencia que en los consejos de los financieros no prevalece otra idea que la de arrancar á los contribuyentes las mayores sumas posibles. Si circunstancias imprevistas reclaman despues nuevos gastos, no pudiendo ya acrecentar los impuestos, se recurre á los empréstitos de que hay muchas clases.

Cuando se quiere obtener sin tardanza el producto de una contribucion que no puede percibirse sino en el decurso del año, no faltan personas dispuestas á anticipar una parte de él, con tal de cedérselas la totalidad. Los financieros que indican por la vez primera á los gobiernos este recurso, no han tenido necesidad de aguzar su ingenio: inviron á esos usureros á quienes veian enseñar á la juventud la disipacion de las rentas antes de haberlas tocado. Tales *anticipaciones* son verdaderos empréstitos: el papel cuya emision provocan y algunos otros representan el total de los que llaman *deuda flotante*.

Los otros empréstitos, aquellos que se inscriben en el tesoro para pagar anualmente el interés, forman la *deuda consolidada*, que no fué siempre, como hoy dia, una mina que se explota con facilidad

y que suponen inagotable. En la época de los primeros empréstitos contratados por los príncipes, no obtuvieron las sumas de que tenían necesidad, sino hipotecando bienes de la corona, y entonces reembolsaban tan pronto como podían. Cuando la mayor expansión de las riquezas permitió prestar sin dar más garantía que el ingreso de los impuestos, continuóse al principio pensando en reembolsar el capital, porque causó pavor contratar una deuda, sin columbrar el día de su estincion. Ya se prestaba *á plazo* y cada año se amortizaba una parte del capital al mismo tiempo que se pagaban los intereses: ya se tomaba dinero *á renta vitalicia*, recurso inmoral, felizmente desusado en nuestros días. No se ocurrió en el momento la idea de prestar *á renta perpétua*, es decir, de devorar sumas prodigiosas y de legar á la posteridad el cuidado de pagarlas, si puede.

Este medio de encontrar dinero en un pueblo abrumado, este medio de llenar las arcas del erario, sin agravar en la apariencia las cargas públicas, fué causa del inmenso desarrollo de la prodigalidad de los príncipes. Quieren allegar centenares de millones para satisfacer miras ambiciosas; pero como esta suma es enorme, en vano tentarían arrancarla á los contribuyentes. ¿Sus sudores pueden todavía producir veinte millones anuales? pues basta: se toman prestados cuatrocientos millones y se pagan los intereses.

Aqueste manantial de dilapidacion y de ruina parece ser barto abundante para saciar la mas ardiente codicia; y sin embargo se ha sabido hacerle

mas caudaloso. Dieron en que se obraba con demasiada lentitud: redoblaron pues la actividad, y una invención infernal ha venido á franquear el paso á los empréstitos. El crédito de un gobierno, así como el de un particular se funda en la opinion formada acerca de su providad y de sus riquezas: se le presta, si se cree que querrá y podrá pagar. Gracias á la invencion de que hablo, cada uno es dueño de contraer deudas con el crédito mas insignificante. El gobierno anuncia, por ejemplo, un empréstito de cien millones que conoce no podrá realizar: lo vende por sesenta millones, acaso menos, á una compañía que se hace propietaria de los cien millones de créditos, la cual sabe revenderlos al por menor con ganancias. Algunas veces esta compañía cede á otra su compra, y sin haber pagado nada, logra ganancias considerables. Así hay circunstancias en que se solicita como favor insigne ser admitido en el número de los que quieren apoderarse del empréstito: se precipitan sobre él como sobre una verdadera presa.

Las vilezas debían necesariamente bullir bajo un régimen de deudas, y el agiotage nació del empréstito. Los títulos de la deuda alzan ó bajan de precio segun el grado de confianza que merece el gobierno: de ahí las ventajas de vender estos títulos en ciertos momentos para rescatarlos en otros. Un juego tal pareció circunscripto á límites demasiado estrechos: entonces el hombre que no poseía documento alguno de la deuda pública, propuso á otro que no quiere comprar, vendérselos á tal precio en tal épo-

ca es una apuesta sobre el precio de las rentas en dicha época. El perdidoso debe una suma igual á la equivalente al engaño, y la bolsa se convierte en garito tanto mas temible cuanto que no hay necesidad de apuntar al juego. Mas la ignominia llega á su colmo considerando que pueden recaer sobre los hombres del gobierno sospechas de mezclarse entre los jugadores, y como son los primeros en saber las circunstancias que influirán en la venta, juegan sobre seguro. Gracias á nuestras invenciones financieras, los administradores de la fortuna pública, aquellos que deben dar ejemplo de delicadeza, pueden convertirse en estafadores en provecho suyo, con esperanzas de hacer bancarrota por cuenta del estado.

La existencia de una deuda pública tiene sin embargo apologistas. Observemos que los primeros escritos en donde se preconiza, fueron publicados en Inglaterra para secundar las miras ministeriales. Mas de un lector habrá tomado por obras de profundos economistas algunos cuadernos de folletistas codiciosos. No obstante, tambien muchos hombres íntegros han encomiado las ventajas de la deuda: á su ver, crea en el estado un nuevo capital, fomenta una clase preciosa de consumidores, proporciona al gobierno el único medio de plantear grandes proyectos é interesa á los ciudadanos ó á los súbditos en la conservacion del orden: así la deuda es una especie de talisman en cuya posesion se encierra la prosperidad del pais.

No dejaré por cierto, sin exámen y sin respues-

ta ninguna de estas aserciones. Es idea muy singular la de que creando la deuda se crea un nuevo capital; por el contrario veo la ruina de los capitales: los particulares prestan al gobierno sus economías: éste gastándolas, las esparce y dejan de existir. El acreedor del estado posee entretanto un título en garantía del pago de sus intereses: si quiere reunir un capital, puede procurárselo vendiendo su renta: pero no imaginemos que haya en tal operacion dos capitales cambiados. Es un error hallar uno en la hoja de papel del acreedor del estado: mientras la guarde no tiene capital, y enagenándola tampoco le tiene su comprador.

No solamente destruye capitales la deuda, sino que encarece los que hubiesen quedado disponibles para el comercio. Ensanchando la concurrencia de las demandas de fondos, hace por precision alzar el interés, ó por lo menos le impide bajar.

¡Cuántos capitales no aniquila desviando de su primera ocupacion á muchos hombres dedicados á una industria honrosa, llevándolos á especulaciones aventuradas y vergonzosas! El autor de las *Observaciones sobre el comercio* publicadas en Inglaterra en una época de efervescencia para la deuda, dice hablando de los negociantes: "no necesitan aventurar su fortuna en los buques que trafican en las estremidades del mundo: se contentan con cruzar y piratear en el circuito de la bolsa, en donde hacen un prodigioso número de presas..." No todos hacen presas; la mayor parte sufren tormenta.

Mucho se habló de las ventajas que procuran á la industria los consumos de los acreedores del estado. Si las riquezas andan bien distribuidas es absurdo persuadirse de que haya necesidad de crear una clase especial de consumidores. En cualquier pais bien organizado cada cual sabe procurarse una renta y se ingenia al gastarla.

¿Si la duda no existiese, los acreedores del estado sepultarían su dinero? acaso muchos de ellos eligieran un modo de vivir mas útil. Ciertamente, se puede vivir con el producto de las rentas del estado y merecer la estimacion, el reconocimiento por sus luces y por su celo en bien del público; pero no es menos seguro que esta clase de rentas fomenta una vida ociosa, estéril, egoista. Algunos financieros desean inocular en las provincias el gusto de poseer rentas del estado; pero yo tiemblo no lo consigan. Veríamos entonces propietarios y aun arrendadores sustraer capitales á la agricultura esperanzados en engrosar sus rentas: veríamos filtrar en los lugares una sed insaciable de ganancias, cuyos resultados necesarios son la ociosidad y la disipacion.

Uno de los mas ardientes panegiristas de los empréstitos, Melon, dice que al estado nunca pueden debilitarle las deudas, *porque los intereses se pasan con la mano derecha á la mano izquierda* (1). Nun-

---

(1) *Du credit public*, cap. 22.

ca será indiferente que las sumas sean arrancadas á la mano que trabaja para darlas á la mano que disipa. Con la frase de Melon que tantos han repetido imbécilmente, no hay estorsion, ni robo imposible de justificar. El dinero jamás se aniquila: si no está en unas manos está en otras, lo que debe servir de consuelo á los espoliados.

Repetidas veces se dijo con aire de triunfo que el dinero que habria de exigirse á los contribuyentes lo ofrecen de buen grado en el empréstito. Sin duda los prestamistas dan voluntariamente sus economías; ¿mas por ventura, pagamos voluntariamente los intereses? ¿ó si fuese necesario algun dia hacer el reembolso, ó si hay que hacer bancarrota, nuestros hijos se someten voluntariamente á ella?

Sin embargo, muchos son tenaces en creer que los pueblos empeñados son pueblos ricos. Si observo la prosperidad de la industria en un pais cuya administracion es viciosa, ¿debo acaso persuadirme de que este pais sería mas rico si estuviese mejor administrado, ó bien pensar que el medio de enriquecerle es administrarle mal?

Así seducen mil errores á los hombres que juzgan por la apariencia. Es ilusion ver en el alza de las rentas un signo de prosperidad pública: este movimiento podrá tal vez anunciar que la calma renace, que el gobierno adquiere estabilidad, pero tambien prueba languidez en la industria. Que el comercio reciba un nuevo impulso á virtud de circunstancias favorables y las rentas bajaran puesto que mu-

chos venderán sus fondos para emplearlos en empresas mas lucrativas.

Los empréstitos que se nos recomiendan como un maravilloso recurso de realizar grandes proyectos, apenas han servido sino para grandes locuras. ¡Ah! si los empréstitos solo se contrajesen para llevar al cabo trabajos interesantes á los progresos de la industria y se tuviese la prudencia de reembolsarlos con fidelidad dentro de cierto número de años, fuera imposible no hacer palpables las ventajas de esta manera de atender en el momento á gastos reproductivos sin decretar impuestos enormes y sin descargar sobre la posteridad el peso de una deuda.

Los gobiernos, no bacinando empréstito sobre empréstito, podrían sacudirlos fácilmente; mas apenas comienza una deuda á disminuir, cuando otra viene á agravar las cargas públicas, y casi siempre vemos los fondos de amortizacion desviados de su destino (1). Una administracion juiciosa parece no ser de mo-

---

(1) Fúndase una *caja de amortizacion* asignándole una renta para invertir en la adquisicion de efectos públicos cuyos títulos vuelven así á manos del gobierno. La caja continúa en esta operacion tanto con su renta primitiva, como con los intereses de las rentas compradas, lo cual le proporciona cada vez mas recursos para extinguir la deuda. Mientras los efectos públicos pierden, la operacion es muy ventajosa: pero cuando ganan, claro está que seria preferible el reembolso. Una suma anual equivalente al dos por ciento de una deuda puede amortizarse en cincuenta años. Veinte millones reembolsarían de esta suerte mil millones y el gravámen

da en nuestros estados europeos: la prodigalidad los encanta en los dias de paz, y los esfuerzos increíbles que hacen durante la guerra, los arrastra á la estenuacion. Si bien meditamos cuántos trabajos útiles podrian realizarse con los productos que una guerra absorbe en pocos meses, y luego probamos á calcular qué inmensas cantidades han consumido los franceses, y los ingleses y los otros pueblos de la Europa durante esas prolongadas guerras, cuyas victorias y desastres hemos sufrido, se aturde uno de los males que los hombres se hacen y de los cambios inauditos que una prudente administracion podria introducir en la tierra.

---

de los contribuyentes se disminuiría cada año por la reduccion del total de los intereses.

Por otro camino se llega mas rápidamente á la estincion de la deuda. Tal gobierno que contrae una deuda de cien millones, necesita que la economía ó un aumento de impuestos le suministren cinco millones para satisfacer los intereses. Si se procura dos millones mas con destino al reembolso del capital y percibe con dicho doble objeto los siete millones hasta la completa estincion de la deuda, se irá disminuyendo anualmente la suma que exigen los intereses, y acrecentando la aplicada al reembolso. Esta última será de dos millones y cien mil francos al segundo año, y ascenderá á cuatro millones quinientos mil, cuando la mitad de la deuda se hubiese amortizado.

Si las rentas ganan tanto que por ejemplo, los compradores empleen su dinero al cuatro, el gobierno abriendo un segundo empréstito por menos del cinco, puede verle cubierto, emplear su producto en el reembolso del primero, y aplicar el beneficio que obtiene en los intereses á la estincion de su deuda nueva.

Los empréstitos siempre serán un peligroso medio de prosperidad. Hay muy corta distancia de tomar prestado á disipar, y por lo menos se ha descubierto á los sucesores de qué modo pueden satisfacer su pasión á la prodigalidad. Cuando en el consejo de Luis XIV, se hubo resuelto abrir un empréstito contra el torrente de Colbert, dijo este ministro á Lamoignon, cuyo dictámen habia prevalecido: *"acabais de hacer una herida que vuestros nietos no verán cicatrizada: de ello responderéis á la nacion y á la posteridad."*

Engañase fatalmente á los príncipes cuando se les imbuje en que la deuda pública interesa á muchos en la conservacion del orden y en la estabilidad del gobierno. No cabe duda que los acreedores del estado deben tener cualquier accidente capaz de comprometer sus créditos ó de retardar el pago de los intereses; pero existen otros medios de adherir mas sinceramente mayor número de personas á la causa pública: la ventaja que acabo de reconocer, ¿puede ponerse en balanza con el peligro de sucumbir un dia al peso de la deuda? Entonces sería llegada la época mas terrible para los pueblos y en mayor grado para los gobiernos. Los pueblos sobreviven á grandes catástrofes; pero los gobiernos en bancarota, pueden desaparecer en el incendio de las revoluciones.

Crisis tremendas esperan á los estados que desdennan hacer alto en el camino por el cual les vemos precipitarse con inconcebible seguridad. Si se predice

que en tal momento tal país no podrá soportar el peso de su deuda, es presumible que dicha prediccion sea falsa: mil circunstancias imprevistas alejan una catástrofe; pero podemos afirmar que á las naciones agoviadas de deudas que se adormecen en sus peligros, les aguarda la bancarrota, á la manera que la muerte es cierta, aunque se ignore el instante.

---

## CAPITULO IV.

### DEL ABUSO QUE PUEDE HACERSE DE LA ECONOMIA POLITICA.

Con el fin de alcanzar los medios de difundir el bienestar, sigue la Economía política paso á paso la formacion, la distribucion y el consumo de las riquezas. La utilidad de su propósito debe oscurecer lo que haya de árido en sus investigaciones. Reducir los males físicos y morales del hombre, hermanar á los pueblos ¿qué cosa mas digna de ocupar el entendimiento? (1).

Al estudiar la ciencia de las riquezas es esencial no perder jamás de vista sus relaciones con el mejo-

---

(1) Causa admiracion que en la universidad de Francia no se estudie un curso de Economía política. Los que recellan atraer la juventud al estudio de las ciencias morales y políticas, á mi entender, conocen muy poco su país y su siglo. El sistema de instruccion debe caminar al compás de la forma de gobierno; así, es indispensable el estudio de estas ciencias para

ramiento y la felicidad de los hombres, y las ciencias se desnaturalizan, no considerándolas sino en sí mismas y por sí mismas. A fuerza de fijarse uno en la producción, en el consumo, vendríamos á concluir por no ver en el mundo mas que intereses mercantiles. Los ingenios superficiales pueden abusar hasta tal extremo de la Economía política.

Hé notado á mi pesar en muchos escritores expresiones que parecen materializar todos los intereses. Smith á quien la naturaleza dotara de una imaginación ardiente, y que supo dar lecciones de una moral ingeniosa, Smith mismo no está á cubierto de semejante reconvencion, por ejemplo: califica con el nombre de *obreros improductivos* todos los hombres cuyos trabajos no crean productos materiales. No solamente envuelve el inconveniente de dar á los magistrados, á los sábios el nombre de obreros, que únicamente cuadra á los hombres empleados en trabajos manuales, sino que sirviéndose de las palabras *obreros improductivos*, se nos precipita en un extraño error, si se nos persuade que los que contribuyen á sostener el imperio de la justicia y los que propagan las luces, nada producen sobre la tierra. Por mi par-

---

formar pares, diputados, estadistas, ciudadanos ilustrados. Tal es por otra parte la tendencia de los ánimos, que serán precisamente estudiadas, y la única cuestion consiste en saber si lo serán bien ó mal. Grave imprudencia sería abandonar á la casualidad el cuidado de resolver este problema: un gobierno discreto debe dar á los jóvenes profesores ilustrados.

te, no alcanzo la razon, ni el gusto de Smith cuando habla de los hombres como de mercancías y de la especie de envilecimiento (1) que esta mercancía puede experimentar. Toda espresion en tal sentido es tan falsa como repugnante.

Nos complacemos en celebrar los beneficios que la industria derrama á manos llenas; pero no llegamos con algunos soñadores hasta darle una importancia esclusiva, una preeminencia imaginaria: guardémonos de suponer que los hombres cuyas facultades embarga, son los únicos ciudadanos útiles, á espensas de quienes existen los demas. Si tales locuras cudiesen, ahogarían la civilizacion. La industria se detendría en medio de su veloz carrera, si las ciencias cesasen de alentar con fecundas aplicaciones. Las ciencias desmayarían sino se viniese á consultarlas mas que para obtener secretos lucrativos; antes quieren que los talentos privilegiados las cultiven con la única esperanza y por la única dicha de contemplar verdades nuevas. El hombre no penetrará sino en la parte menos bella de su dominio y se concentraría en la exploracion de las ciencias físicas y matemáticas, y hay focos de virtud y de luces, de libertad y de felicidad que revelan á sus ojos las ciencias morales y políticas. Todas ellas se verían privadas de un medio poderoso de difundirse, si se mirasen con desden los estudios literarios que sirven para embellecerlas con claridad y brillantez. Dichos estu-

---

(1) *Richesse des nations*, tomo 1.º, pág. 163.

dios son por sí mismos de alta importancia, pues suavizan las costumbres, depuran las almas. El hombre tornaría á la barbarie, si se hiciese insensible á las bellezas del lenguaje, al encanto de la elocuencia, al poder de la poesía. Cuando dicen que un peon de albañil es mas útil á la sociedad que un poeta, dicen verdad, puesto que seguramente querrán hablar de un poetastro, porque si hablasen de algun verdadero poeta, sería la blasfemia de la ignorancia. ¡Cómo el ser inspirado cuyo canto dará ensanche á sentimientos elevados, á pensamientos generosos en todos los pueblos y en todas las edades, podrá ponerse en parangon con el obrero, cuyos fáciles trabajos solo necesitan una inteligencia tan mezquina y limitada!

Para que la sociedad exista, necesita productos inmateriales asi como productos materiales. Querer arrastrar á empresas industriales á todos los ricos, sería concebir el proyecto mas absurdo: lo que se debe razonablemente desear es que la opinion proscriba la ociosidad.

Recusemos las villanas preocupaciones contra el comercio, las cuales mueven á los comerciantes á dejar su profesion, tienden á disminuir el número de estas familias honradas que reservan para la industria capitales considerables, y ejemplos hereditarios de amor al trabajo y de fidelidad á los contratos. Mas no cerremos los ojos á los peligros que se conjuran contra un pais en donde las manufacturas y el comercio cobran mucho vuelo. Este peligro consiste en que el amor de las ganancias se apodere de todos

los ánimos, corrompa las profesiones en que el des-interés sea condicion precisa y las transforma en oficios lucrativos. Si llegase el dia de hacer pedidos de todos los trabajos ¿qué nos presentarían? ¿cuál sería el valor de sus productos? La sociedad no sería sino un conjunto de compradores y vendedores, y las mas nobles facultades de la especie humana llegarían á quedar ociosas, ó bien se extinguirían.

Lejos de envilecer nunca las tareas del espíritu que no producen riquezas, conviene ensalzar los trabajos cuyo fin es material asociándolos á otros que esperan feliz cultivo de las facultades intelectuales. El empresario de industria que fabrica tejidos mas sólidos ó mas elegantes de los que enriquecian el comercio antes de él, es un hombre útil; pero si vela por la educacion de sus numerosos obreros, si abre escuelas para sus hijos y para ellos mismos, si los transforma en seres inteligentes y de probidad, si el ócio, la miseria, los vicios desaparecen de los alrededores de su fábrica, ya deja de ser únicamente un rico empresario industrial: es ademas un ciudadano acreedor al reconocimiento público, es un bienhechor del pais que el cielo señaló para su cuna.

La Economía política bien entendida, será siempre el aliado de la Moral: no tomemos las riquezas como fin, son un medio: su importancia nace del poder que tienen de mitigar las penas, y las mas preciosas son las que contribuyen al bienestar de un número mayor de hombres.

FIN.

# INDICE.

---

INTRODUCCION. . . . .	Pág.	III
PREFACIO. . . . .		XXXV
LIBRO I. <i>De la produccion de las riquezas.</i>		I
CAP. I..... <i>Fin de la Economía política. . .</i>		id.
CAP. II..... <i>De las riquezas. . . . .</i>		4
CAP. III..... <i>De la utilidad, del valor y del</i> <i>precio. . . . .</i>		13
CAP. IV..... <i>De la produccion. . . . .</i>		22
CAP. V..... <i>Del trabajo. . . . .</i>		34
CAP. VI..... <i>De la economía y de los capi-</i> <i>tales. . . . .</i>		41
LIBRO II. <i>De la produccion y distribucion</i> <i>de la riqueza. . . . .</i>		52
CAP. I. .... <i>Importancia de la distribucion</i> <i>de la riqueza. . . . .</i>		id.
CAP. II..... <i>De la propiedad. . . . .</i>		57
CAP. III..... <i>De la division de las propieda-</i> <i>des territoriales. . . . .</i>		63
CAP. IV..... <i>De la libertad de industria. . .</i>		74
CAP. V..... <i>De las leyes que exigen condi-</i> <i>ciones para ser uno admitido al</i> <i>trabajo. . . . .</i>		81

CAP. VI.....	<i>De las leyes que determinan las cualidades que deben tener los productos. . . . .</i>	102
CAP. VII.....	<i>De las diferentes clases de comercio. . . . .</i>	116
CAP. VIII.....	<i>De las aduanas. . . . .</i>	124
CAP. IX.....	<i>De la moneda. . . . .</i>	148
CAP. X.....	<i>Del papel supletorio de la moneda. . . . .</i>	160
CAP. XI.....	<i>Del fomento necesario á la industria. . . . .</i>	167
<b>LIBRO III.</b>	<i>De la distribución de las riquezas. . . . .</i>	173
CAP. I.....	<i>De las rentas. . . . .</i>	id.
CAP. II.....	<i>De la renta de las tierras. . . . .</i>	175
CAP. III.....	<i>De la renta del dinero. . . . .</i>	184
CAP. IV.....	<i>De las utilidades y de los salarios. . . . .</i>	193
CAP. V.....	<i>De las máquinas. . . . .</i>	206
CAP. VI.....	<i>De la población. . . . .</i>	214
<b>LIBRO IV.</b>	<i>Del consumo de las riquezas. . . . .</i>	233
CAP. I.....	<i>Del empleo de las rentas. . . . .</i>	id.
CAP. II.....	<i>Del impuesto. . . . .</i>	245
CAP. III.....	<i>De los empréstitos. . . . .</i>	264
CAP. IV.....	<i>Del abuso que puede hacerse de la Economía política. . . . .</i>	274



